

Tu corazón te Lo dirá pronto

Relatos Eróticos



OLIVIA SAINT

TU CORAZÓN TE LO DIRÁ
PRONTO

RELATOS EROTICOS

OLIVIA SAINT

OLIVIA SAINT PUBLISHING

ÍNDICE

Introduccion

1. Capitulo 1
2. Capitulo 2
3. Capitulo 3
4. Capitulo 4
5. Capitulo 5
6. Capitulo 6
7. Capitulo 7
8. Capitulo 8
9. Capitulo 9
10. Capitulo 10

OTRAS OBRAS DE OLIVIA SAINT

Novelas Bonus solo para ti

Novela 1

11. Capitulo 1
12. Capitulo 2
13. Capitulo 3
14. Capitulo 4
15. Capitulo 5
16. Capitulo 6
17. Capitulo 7
18. Capitulo 8
19. Capitulo 9
20. Capitulo 10

Acerca del Autor

Novela 2

Prologo

21. Capitulo 1
22. Capitulo 2
23. Capitulo 3
24. Capitulo 4

Acerca del Autor

Novela 3

25. Capitulo 1

26. Capitulo 2

27. Capitulo 3

28. Capitulo 4

29. Capitulo 5

30. Capitulo 6

Unas palabras Finales

INTRODUCCION

Este libro es una obra de ficción en su totalidad. Por favor tenga en cuenta que los nombres, personajes, lugares y hechos son producto de la imaginación del escritor, han sido utilizados de forma ficticia y no deben tomarse como hechos reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos y acontecimientos, entidades u organizaciones son totalmente una mera casualidad.

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos bajo copyright reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o introducida en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma, ni por ningún medio (ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación o de otra manera) sin el permiso previo por escrito del propietario del copyright.

El autor reconoce la condición de marca y los titulares de marcas de diversos productos a los que se hacen referencia en esta obra de ficción, que se han utilizado sin permiso.

La publicación/ El uso de estas marcas no está autorizado, asociados o patrocinado por los propietarios de la marca registrada.

Copyright 2019 por Olivia Saint Publishing - Todos los derechos reservados.

Este documento está dirigido a brindar información exacta y fiable sobre el tema y tema. La publicación se vende con la idea de que el editor no está obligada a rendir cuentas, oficialmente autorizados, o de lo contrario, los servicios del personal calificado. Si es necesario, asesoramiento legal o profesional, una práctica individual en la profesión debe ser ordenada.

A partir de una declaración de principios que fue aceptada y aprobada igualmente por un Comité de la American Bar Association y un Comité de Editores y asociaciones.

De ninguna manera es legal para reproducir, duplicar o transmitir cualquier parte de este documento en medios electrónicos o en formato impreso. Grabación de esta publicación está estrictamente prohibida y cualquier almacenamiento de este documento no está permitido a menos que cuente con el permiso por escrito del editor.

Todos los derechos reservados.

La información proporcionada aquí se dice sea veraz y coherente, en el que cualquier responsabilidad, en términos de falta de atención o de otra forma, por cualquier uso o abuso de las políticas, procesos o instrucciones que contienen es la solitaria y de absoluta responsabilidad del lector destinatario. Bajo ninguna circunstancia de cualquier responsabilidad jurídica o la culpa se celebrará contra el editor para cualquier reparación, daños, perjuicios o pérdidas monetarias debido a la información contenida en ella, ya sea directa o indirectamente.

Respectivo autor posee todos los derechos de autor no mantenidos por el editor.

La información que aquí se ofrece con fines informativos exclusivamente, y es tan universal. La presentación de la información es sin contrato o cualquier tipo de garantía de fiabilidad.

Las marcas comerciales que se utilizan son sin consentimiento, y la publicación de la marca es sin permiso o respaldo por parte del dueño de la marca registrada. Todas las marcas comerciales y las marcas mencionadas en este libro son sólo para precisar los objetivos y son propiedad de los propios dueños, no afiliado con este documento.

Mis queridas lectoras, quiero agradecerles por todo el apoyo que me han brindado desde el comienzo durante todo este camino en la escritura, me gustaría, a modo de agradecimiento, brindarles estas **compilaciones de 3 de las mejores novelas románticas**, que mas les han gustado, para que puedan disfrutarlas a un precio mas que accesible y disfrutar en estas fiestas de una buena novela junto con una taza de chocolate caliente a compañía de vuestras familias.

BOXET 1: Tu corazón te cautiva <https://amzn.to/2RiRUpt>



BOXET 2: Tu corazón te lo dirá <https://amzn.to/2TyhLqc>



BOXET 3: Un regalo para tu corazón <https://amzn.to/2SG72Kh>



Les deseo lo mejor en estas fiestas

También recuerda que esta novela es el fruto de mi imaginación creativa, más los relatos de una amiga mía muy íntima, así que Primero antes de todo, quiero dedicar esta novela a ella y a todos aquellos que aún están buscando su alma gemela.

¡Nunca te rindas! Ya la encontraras.

Recuerda que comprando la version impresa de este libro podrás hacerte con la version ebook totalmente gratis, muchas de mis lectoras compran la version en papel y luego el ebook se lo regalan a alguna amiga. Aprovecha esta oportunidad!

También puedes inscribirte a mi club de lectores más íntimos, donde comparto promociones, descuentos de mis libros y también puedes inscribirte para recibir copias de las novelas antes de que sean publicadas en Amazon.

No olvides que las reviews positivas me sirven de aliento para seguir adelante. Siento mucha curiosidad por escucharlas.

¡Muchas gracias!

CAPITULO 1

La tarde era suave, tenue, y les servía de cómplice a los jóvenes amantes. Besos, caricias, y muchas declaraciones de amor sin palabras iban y venían mientras ambos hacían el amor de la manera más intensa y a la vez romántica posible.

Julián, que para ese entonces tenía apenas 20 años, recorría todo el cuerpo de Amanda el cual ya se sabía de memoria. Su lengua marcaba la pauta entre las caderas de ella donde decidió estacionarse por un segundo para explorar sus carnes a través de delicados e inofensivos mordiscos.

Julián es blanco, Amanda también. Los dos desnudos sobre la cama que también estaba desnuda a causa del torbellino de pasiones, conformaban un cuadro perfecto, el de espontaneidad, el de lo sublime y natural, al mismo tiempo que parecían emanar luz de sus cuerpos apasionados, ardientes, y a la vez un poco pálidos.

—Te amo, Amanda. —Exclamaba Julián entre gemidos y jadeos de amor desesperado, de amor sincero.

—Yo lo sé, mi amor. Eres mi todo. —Respondía ella, acalorada, sofocada, como perdiendo el aliento al mismo tiempo que toda ella se perdía entre los brazos de Julián.

Ella estaba sobre él, deleitándolo con sus 19 años de amor y sus pocos kilos de verdadera pasión. Amanda era delgada por aquellos días de su juventud, una mujer muy bella, rubia, de ligero peso y de grandes sentimientos.

El vaivén del cuerpo de Amanda sobre el de Julián era una cosa hermosa, sublime, casi musical. Mantenían un ritmo perfecto, un compás inquebrantable, una armonía silente que les permitía sentir el mismo placer al

mismo instante a cada uno.

Julián no paraba de hacerla suya, y por más que el placer tocaba su puerta, invitándolo a hundirse en el clímax, en el fulgor de una relación perfecta y en un encuentro amoroso intenso que deseaba llegar a su máximo punto de ebullición, él prefería retardar el placer, seguir deleitándose con lo que tenía frente a sí, un mujer perfecta, bella, hermosa, lo mejor que verían sus extasiados ojos.

—¡No pares, mi amor! —Suplicaba Amanda, queriendo ser adorada y venerada como una diosa a la que Julián debía entregarle y generarle todo el placer que ella pidiera. Se erguía, acariciaba los negros cabellos de su amante y se dejaba llevar por el momento, incluso arañándole la espalda en repetidas ocasiones hasta que ninguno de los dos pudo soportar más y el orgasmo fue mutuo, sonoro, como un alarido que despertó desde lo más profundo del bosque en el que se hallaban.

—Te amo. —Dijo Julián como quien confiesa una gran verdad. —Jamás me cansaré de decírtelo.

La cabaña donde los dos tórtolos hacían el amor quedaba en un bosque espeso y a la vez muy tranquilo y relajado, un lugar natural donde casi ningún humano transitaban un lugar alejado de la civilización, del ruido de la ciudad, de todo lo que esté fuera de la burbuja que ellos dos habían creado para amarse de manera infinita dentro de ella.

Esa cabaña pertenecía a un tío de Julián, el señor Pedro. Él también era dueño de la camioneta Pick Up en la que Julián llevaba a Amanda a pasar tardes de verdadero y profundo amor.

—No me siento bien. —Dijo Amanda esa vez antes de bajar de la cama para ir directo al baño.

En sus 19 años jamás había estado tan segura de algo como de las sospechas que tenía de estar embarazada. Ambos ya lo habían hablado días antes, y aprovecharían la oportunidad y la soledad en la cabaña para que Amanda se practicara una prueba en el tocador.

Julián la vio entrar al baño como un cordero que va al matadero, la vio temblar, la vio sentir miedo. Por un segundo quiso ir tras ella y acompañarla, pero también dudo por el solo hecho de no querer atormentarla o incomodarla más de lo que ya podía estar.

La incertidumbre era grande, tan grande como el amor que se tenían. ¿Qué pasaría si ella estaba embarazada? ¿Cómo se lo dirían a sus padres? ¿Qué podrían y deberían hacer? Eran demasiadas las preguntas, muchas las

dudas. Jamás en la cabaña se habían sentido así de estresados y había una razón, era que ese lugar solo era para amarse, para relajarse y dejarse envolver por los más hermosos sentimientos.

Julián pensó en eso por un instante y se armó de valor, dejó que su cuerpo se fuera hasta la puerta del baño, porque su mente y su corazón ya tenían rato allí. Al abrir la puerta, Amanda sonreía con un par de lágrimas deslizándose por sus mejillas. No hizo falta que dijera nada, Julián entendió todo.

Él la abrazó, la condujo hasta la cama, se sentaron uno al lado del otro en silencio hasta que Julián dijo todo lo que necesitaba expulsar de su mente y su corazón.

—Te amo. Lo vamos a tener. Será un niño sano, saludable, y muy amado. Papá me ofreció un puesto en la fábrica, y si todo marcha bien, si trabajo duro, obtendré la dirección de todos los proyectos y nos irá muy bien. La pregunta es: ¿Te quieres casar conmigo? —Preguntó Julián luego de arrodillarse frente a Amanda.

—¡Claro que sí, mi amor! —Fue la exclamación de Amanda, la respuesta más sonora que se oyó en todo el bosque llegando casi hasta los rincones de la ciudad.

Julián le colocó el anillo, la miró a los ojos como queriendo gritarle con la mirada todo lo que ya le había dicho varias veces aquella tarde. Ella sabía que estaba frente al amor de su vida y no tuvo miedo de aceptar lo que en el fondo anhelaba con demasiadas ansias.

Hoy ya han pasado 20 años desde aquella hermosa cita furtiva en los alrededores del bosque, la misma que cambió las vidas de Julián y de Amanda para siempre. Ya tienen 20 años de casados y una adorable hija de 19 llamada Mía.

Mía es encantadora, excelente estudiante, cursa estudios de finanza los cuales ya está por culminar, es de las más destacadas en su universidad y está próxima a graduarse y obtener su diplomaba en finanzas.

Mía fue la única hija que tuvieron Julián y Amanda. Ellos intentaron por todos los medios volver a tener otro hijo, pero nunca pudieron. Probaron toda clase de métodos, fueron ante todos los médicos expertos que pudieron, y aun así no lograron conseguir volver a tener un hijo.

En una ocasión incluso Amanda decidió darle una oportunidad a los consejos de un gurú de la televisión, que aseguraba que la mejor manera de quedar embarazada, o por lo menos el método más efectivo, era hacer el amor en la posición del misionero, quedarse con las piernas levantadas, y todo

aquello durante una noche de luna llena en la que el hombre haya cumplido por lo menos 72 horas sin haber eyaculado, y haber bebido jugo de tomate durante tres noches consecutivas.

Todo aquello no fue más que una anécdota de la cual hoy en día ambos de rien demasiado, pero la verdad es que lo probaron todo y jamás lo lograron. Incluso hasta asistieron, en una vacaciones, a un laboratorio alemán cortesía del papá de Julián, quien sentía que le debía mucho a su hijo por haber puesto en marcha la compañía de una manera excepcional desde que tomó las riendas, triplicando las ventas al punto que hoy en día todos viven muy cómodos gracias a eso.

De un momento a otro, el sexo para Julián y Amanda terminó por convertirse en una especie de tarea, en algo así como un deporte en el que por más que se esforzaban, nunca ganaban un solo juego.

El sexo para ellos dejó de ser algo placentero para convertirse en algo rutinario, casi obligatorio, y además frustrante por nunca obtener los resultados esperados. Por más que lo intentaban de mil y un maneras, Amanda no lograba quedar embarazada, y de un modo u otro, aquello fue mermando en su relación, pero solo en lo sexual.

Ellos, a pesar de varias monotonías, y de varias rutinas en las que terminaron por hundirse, nunca cambiaron en lo que más los caracterizó. Nunca dejaron de ser grandes amigos, porque además de novios, esposos y lo que sea que los catalogue como pareja, ellos siempre han sido y serán grandes amigos.

No pararon de intentar conseguir otro bebé hasta que Mía cumplió 15 años. En ese momento, tanto Julián como Amanda, se dieron cuenta de varias cosas, y una de ella era que ya no iban a poder tener ese hijo. Por más que lo intentaran, por más que hicieran hasta lo imposible, parecía de verdad toda una gran dificultad para ellos, parecía que el destino simplemente no quería que ellos tuvieran otro hijo.

El detalle con toda esa situación no era solo que ya lo habían intentado prácticamente todo, sino que además, luego de varios exámenes y varios cheques médicos de diferentes naturalezas, nunca, pero jamás, dio alguno positivo en algún tipo de enfermedad.

Siempre que iban ante algún médico nuevo, lo primero que les pedían era hacerse exámenes nuevos, y siempre sucedía lo mismo, todo indicaba que ambos estaban en perfecto estado de salud, al mismo tiempo que tampoco había razones para considerar la infertilidad como una opción, pues después

de todo habían tenido a Mía.

Pero había una sola particularidad, Mía no había sido planificada, y tal vez allí estaba la diferencia. Por años ambos pensaron que si dejan de planificarlo, de hacer el amor con la idea premeditada de quedar embarazados, tal vez terminaría sucediendo de manera espontánea. Pero no fue así.

Luego de demasiados intentos y de que Mía estuviera por cumplir sus quince años, decidieron rendirse, y todo sucedió porque se dieron cuenta de que sexualmente ya nada los unía. Para ambos el sexo había cambiado, a pesar de que se seguían amando como grandes amigos.

—Hola preciosa, tu papi y yo te hemos arreglado toda una gran fiesta para hoy. Tú te vas conmigo a que te tomen las medidas para los retoques finales del vestido, y papá se queda en el club haciendo todos los preparativos para tu gran fiesta, porque esta es tu noche.

—Feliz cumpleaños, mi muñeca. —Termino de agregar Julián luego de que Amanda felicitara a Mía cuando la quinceañera bajó a desayunar con ellos.

—Muchas gracias a ambos, de verdad los adoro. Son lo máximo. — Respondió Mía mientras los tres se fundían en un cálido abrazo familiar.

Continuaron la mañana de lo más normal, Mía se arregló, se vistió muy hermosa, y se fue con Amanda a terminar de revisar los asuntos del vestido, mientras que Julián espero que ellas se fueran, para luego él dirigirse hasta el club donde los preparativos ya habían comenzado.

Al llegar al local de la costurera, Amanda sacó de su cartera un fino collar y le pidió a Mía que se diera la vuelta.

—Este collar desde siempre ha pertenecido a nuestra familia. Primero lo tuvo tu abuela y me lo obsequió cuando cumplí mis 15 años. A diferencia de ti, yo no era tan hermosa ni tuve una fiesta tan grandiosa como la que tu papá y yo te estamos preparando, pero te aseguro que tuve una adolescencia hermosa, mágica, fueron años maravillosos de mi vida que jamás olvidaré.

Se lo puso, y la verdad le quedaba estupendo. Era un collar muy fino, con delicadas piedras. No parecía ser tan costoso, no era diamante ni nada parecido, pero ene estética era toda una majestuosidad.

—Gracias, mamá. Te quiero mucho. —Dijo Mía luciendo su hermoso collar.

—Muy bien, ahora vamos a que te arreglen el vestido para que esta noche seas la chica más hermosa de toda la tierra y tus amigas se mueran de envidia

y tus amigos quieran todos ser tus novios.

Mía hizo un gesto de desaprobación con el cual Amanda solo pudo reírse un rato para luego agregar algo con la intención de intentar arreglar lo que había dicho.

—Está bien, sé que exageré. —No todos tus amigos, solo nueve de cada diez querrán pedirte que seas su novia después de esta noche.

Mía se dio cuenta de que su mamá simplemente estaba de muy buen humor, así que no le dio demasiada importancia a pesar de que el tema la incomodaba un poco. Por alguna razón ella nunca había sido muy dada a hablar de novios y esas cosas, no hasta que cumplió cierta edad. Quizás solo era vergüenza, quizás solo era timidez, o puede que simplemente, por mucho que había crecido, por más que ya parecía toda una mujer, en el fondo seguía siendo la dulce niña de sus padres.

Mientras madre e hija estaban en cosas de chicas, revisando las medidas y que todo estuviera en orden con el vestido de Mía. Julián estaba un poco estresado porque al parecer el sonido no era como él esperaba, no se parecía a lo que había ordenado y por lo que había pagado muy bien.

—Pero es que esto no lo que pedí.

—Lo entiendo, señor. Tal vez usted se dejó llevar por las fotos o incluso por el nombre de los equipos que usted solicitó, pero la verdad es que esto es tal cual lo que usted escribió en el correo, si quiere puede verlo por usted mismo.

El encargado de la logística le mostraba a Julián un teléfono celular inteligente desde el cual se podía apreciar que en efecto, él solicitó lo que tenía frente a sus ojos.

—Bueno, ya no es mucho lo que podamos hacer. Está bien. El error fue mío.

—Lo entiendo, señor. Usted solo quiere darle lo mejor a su hija, ella lo merece, y usted se lo dará. ¿Por qué no viene a echarle un vistazo a la torta mientras yo trato de hacer lo mejor que pueda para que usted y los suyos quedes satisfechos?

Julián aceptó, se fue a la mesa de los bombones donde finalmente colaron la torta, y aquello era magnífico. Una torta gigantesca, de tres pisos.

—¡Esto sí es exactamente lo que pedí! —Le dijo Julián al encargado con una exaltación que dejaba notar en su voz lo feliz que estaba por complacer a su hija y darle todo lo mejor.

—¿Seguro que solo la torta es como usted la pidió? —Pregunta el

encargado con algo de suspicacia.

—Bueno, la pista de baile, las luces, todo menos el so...

Julián no había terminado de hablar bien cuando vio entrar por el portón principal, los parlantes y los equipos de DJ que él quería desde un principio, pero que por error no había obtenido.

—Una vez que lo escuché, supe qué era exactamente lo que quería. Solo tuve que hacer un par de llamadas, y ya está aquí el sonido que usted quiere y su hija merece.

—De verdad no sé cómo agradecerle, usted ha hecho un trabajo magnífico, ha puesto todo en su lugar...

—Bueno, cuando haga el cheque por mis honorarios, piense bastante a ver si se le ocurre algo acerca de cómo agradecerme. Por ahora yo solo le sugiero que vaya, se dé una ducha, y vuelva listo para la fiesta que será magnífica, se lo prometo.

Julián no hizo más que seguir el consejo y se fue a casa no sin antes reírse por la insinuación de parte del encargado acerca de una buena propina, al que sin duda se había ganado con méritos.

Ya en casa, todos se reencontraron, llegada la tarde, ya casi al final, un poco antes de que oscureciera, todos se fueron al club. Mía estaba demasiado hermosa, parecía un ángel, mientras que sus padres no desentonaban en lo absoluto. Julián lucía un smoking negro y Amanda un fino traje de gala color vino.

La noche avanzó, los invitados llegaron, y todo fue lujos, diversión, y mucho amor. Cuando Mía bailaba el vals de los quince años con varios de sus amigos de escuela, Julián y Amanda que miraban desde lejos, parados a un lado de la mesa de cocteles, hicieron el más maravilloso de los tratos, cerraron una especie de negocio, un acuerdo que marcaría el resto de sus vida y de su relación como pareja.

—Quiero que tengamos una relación abierta hasta que Mía cumpla los veinte, allí veremos qué haremos.

—Yo no quiero pensar en qué haremos más adelante, pero quiero seguir viendo a Mía feliz, quiero que tú también lo seas, y por supuesto que yo también quiero ser feliz. —Dijo Julián riendo un poco a causa de varias copas de vino.

—Pues me parece estupendo. —Replicó Mía mientras le estrechaba la mano como si fuesen dos extraños pactando un negocio.

—No se diga más. Desde hoy ambos somos libres, solo es cuestión de

saber ser discretos, y no diremos una palabra más de esto hasta que Mía cumpla 20 años.

—Estupendo. —Concluyó Amanda dándole un beso en la mejilla a Julián.

CAPITULO 2

A sí pasaron los meses desde que Julián y Amanda tomaron aquella decisión, aquel pacto justo en la fiesta de quince años de su hija Mía. El trato básicamente se trataba de que cada uno podía llevar su vida sexual de manera libre y plena con cualquier otra persona, siempre y cuando hubiera total discreción en ello.

Ninguno de los dos tenía la obligación de contarle nada al otro, ni siquiera un detalle. Ninguno debía dar explicaciones. La única regla era que fuera lo que fuera que cada uno hiciera, no pusiera en riesgo el matrimonio ni la felicidad de Mía.

¿Por qué ese pacto? ¿Por qué no separarse? Es una pregunta que mucha gente podría hacerse al ver una decisión como esa tomada por una pareja como Julián y Amanda, pero la verdad es que la relación de ellos va más allá de todo entendimiento común.

A Julián y a Amanda jamás les ha importado ni siquiera un poco lo que puedan decir los demás, pero así como eso los tiene sin cuidado, son muy cautelosos con la felicidad de Mía. Ellos no sabían cómo podría tomarlo ella, no sabían si podían hacerle mucho daño al separarse, y como eso era mucho más importante que cualquier otra cosa, decidieron hacer aquel trato.

Por otro lado, tampoco se trataba de una situación en la que ellos quisieran separarse del todo. Es decir, a ambos les fascinaba la vida familiar que llevaban, esa que con años de esfuerzo y dedicación, además de una gran educación en el hogar, pudieron construir como parte de un legado heredado de sus propios padres.

Los padres de Amanda eran profesores universitarios, el papá e Julián dueño de una fábrica, mientras que su mamá siempre se dedicó a las labores

del hogar. Los padres de ambos les enseñaron valores muy profundos sobre la familia, incluyendo el concepto de que no pesa tanto un apellido, un nombre o un grupo sanguíneo, como sí lo hace la convivencia, el compartir, la solidaridad y el respeto mutuo, el amor de los que viven bajo un mismo techo.

A Julián y Amanda les encantaba dormir juntos, tener largas conversaciones tanto por las noches antes de dormir, como incluso en varias ocasiones duran el día, en momentos en los que alguno de los dos se escapaba de sus responsabilidades para ir a pasar un rato con el otro.

Julián y Amanda se convirtieron en grandes amigos, y todo eso era maravilloso. Ambos eran excelentes padres, excelentes amigos y excelentes confidentes. Lo único que hacía que su relación no fuera perfecta, era el hecho de que por más que lo intentaron de mil y un modos, nunca pudieron lograr concebir un segundo hijo, y eso poco a poco fue influyendo en su relación física, en la parte sexual, porque el sexo se tornó totalmente monótono, se convirtió en una rutina, y no solo eso, sino que pasó de ser algo placentero, para ser luego una especie de requisito obligatorio para entrar a una felicidad a la que de igual manera nunca pudieron ingresar de nuevo. Jamás pudieron volver a tener un hijo juntos después de mí, y por muy bien que se llevaban, no pudieron evitar que eso destruyera su vida sexual de manera indirecta. Porque no se trataba de que la inconformidad o molestia por no poder tener ese segundo hijo hubiera arruinado el ánimo, sino que simplemente se aburrían o cansaron de hacer algo más por obligación que por mero disfrute.

Sin embargo, el sexo, aunque sea tabú, un tema tan delicado como controversial, es también una necesidad física ligada a aspectos emocionales que tarde o temprano debemos saciar. En ese sentido, Amanda se terminó volviendo una masturbadora por excelencia, una mujer que aprendió a amar su cuerpo y a disfrutar mucho de él en los momentos que pasaba a solas, en su propia compañía, explorando cosas que no había probado antes.

Por otro lado, Julián no tenía tanto tiempo para terminar de conocerse a sí mismo, pasaba todo el día entre la fábrica y diversos pendientes que siempre debía atender fuera de casa.

Una mañana, mientras Mía se terminaba de vestir para irse a clases, Julián y Amanda ya estaban en el comedor, esperando por ella para desayunar todos juntos y luego cada quien dedicarse a sus labores diarias.

—Como siempre, estas panquecas te han quedado a pedir de boca. Están

deliciosas. Si Mía no se apresura, no encontrará nada más que mantequilla.

—No exageres, Julián. Además, igual he preparado muchas, suficientes como para que te comas las que quieras y aun así no dejes sin desayunar a nuestra bebé.

—“Nuestra bebé” ya tiene casi 16 años de edad y come más que un remordimiento.

—¿De qué hablan? —Preguntó Mía cuando por fin bajó a desayunar, al mismo tiempo que asestaba un gran mordisco a una de las tantas panquecas que había servidas en la mesa.

—Hay mermelada y queso en la nevera, querida. —Agregó Amanda.

—De nada, solo hablábamos de que mejor sigo comiendo estas deliciosas panquecas porque te conozco y sé que por ti no me dejarías ni una. — Respondió Julián en un tono muy jocoso para que luego todos rieran un instante hasta terminar de desayunar.

Todas las mañanas eran iguales para ellos, y por más que pudiera parecer monótono o rutinario, los tres disfrutaban mucho los desayunos juntos en casa. Era un momento especial en el que se contaban chistes, se gastaban bromas unos a otros, se preguntaban cómo marchaban las cosas de cada quien y la pasaban muy bien como familia.

—Bueno, ya tengo la barriga llena, ya me puedo ir tranquilamente. Exclama Julián viendo a Mía con una sonrisa pícara.

—Si no me apresuro me dejas sin desayunar. —Replicó Mía, riendo casi con tatas carcajadas como lo hiciera Amanda quien no agregó nada más que un beso a ambos antes de que se marcharan.

Julián se despidió de Mía con un beso en los labios que sabía más a amistad que a pareja, aunque a ambos les sabía muy bien aquello. Mía, con su falda de cuadros y su camisa blanca de mangas largas, parecía toda una colegiala de revista norteamericana, la típica niña guapa del colegio.

Ya en el auto de Julián, un Nissan sedán del año, Mía hizo lo que mejor sabía hacer: todo a su antojo. Mía era la consentida de su padre y podía manipular el radio del auto como ella quisiera, por lo que sintonizaba la emisora que más le provocara, aun cuando eso pudiera significar interrumpir algún programa en específico que Julián se encontrase escuchando antes de que ella quisiera imponer sus caprichos.

Julián jamás se resistía, no oponía siquiera resistencia. Para él, era todo un deleite ver a Mía cantar y bailar en el auto camino a clases. Veían en ella algo de la rebeldía y al mismo tiempo espontaneidad que lo enamoró de

Amanda, sentía que ella era sin duda una extensión de la mujer que más ha amado en su vida, la misma con la que vivió la experiencia de ser padre, y pensar en esas cosas mientras conducía para ir a dejar a su hija en clases antes de irse al trabajo, era algo verdaderamente placentero para él, que le permitió continuar el día con muy buen bien y con excelente humor después de tan delicioso desayuno y agradable momento en casa como familia.

Julián iba muy bien vestido esa mañana, al igual que todas las mañanas. A él le iba muy bien en su trabajo. Comenzó como el hijo del dueño al que no le dieron ningún privilegio por ello, pero en apenas unas semanas pasó de ser obrero a encargado de producción, y así fue escalando posiciones con el pasar de los años hasta llegar a ser presidente de la compañía y socio mayoritario con su padre.

Julián siempre ha dicho que parte de su éxito se debe a Amanda, no solo pro inspirarlo a ser cada vez más profesional, sino porque siempre estuvo allí, en las buenas y en las malas, para ayudarlo a crecer pero también para tenderle la mano cuando cayó y debió levantarse de nuevo y seguir adelante.

Amanda no es necesariamente una típica ama de casa convencional, nunca lo ha sido y nunca lo será. Ella Es una mujer emprendedora que sabe administrar y liderar, por eso se encargó del hogar durante tantos años, pero también se dedicó a hacer varias actividades además de estar en casa.

Esa mañana en la que Julián llevaba a Mía al colegio, él no sabía que mientras conducía ya para ir a su oficina luego de dejar a su hija en clases, Amanda disfrutaba de sí misma en casa.

Amanda era en esos días, y todavía lo es, una mujer muy sexy. Es lo que muchas personas llamarían hoy en día un MILF, una mujer que supera los 30 años de edad, que incluso está casada con hijos, pero que luce realmente ardiente. Por Amanda no solo es una mujer hermosa con un cutis perfecto y un rostro tan agraciado que parece un ángel, una flor convertida en persona como regalo de los dioses.

Esa mañana, esa mujer tan sexy usaba apenas una bata cuando terminaba de tomar una taza de café para ir a darse una ducha espumosa antes de irse al gimnasio. Amanda tenía un cuerpo espectacular que debía a las varias horas diarias que dedicaba a entrenar, combinadas con un par de cirugías menores en las que terminó de perfeccionar su figura gracias a lo bien que les iba económicamente por lo exitosa que era la carrera de Julián como presidente de la compañía.

Debajo de la bata, Amanda no llevaba nada. Estaba absolutamente

desnuda. Nadie podía verla, estaba sola en su casa, protegida del mundo exterior y de cualquier mirada prejuiciosa. La bata se le aflojó un poco mientras ella pensaba en que debía ir al gimnasio antes de que se le hiciera muy tarde, y recordó a un chico que vio un par de días en el centro de entrenamiento cardiovascular y desde que hasta ahora no volvió a saber más.

Reflexionó por un instante acerca de la gran cantidad de personas con las que nos topamos en algún lugar, esas que de cierto modo nos marcan, que hacen o tienen algo que nos hace recordarlos y esperar verlos de nuevo, aunque eso nunca llegue a suceder.

Tal vez este era el caso con este chico. Tal vez nunca lo volvería a ver. Pero esa mañana, mientras lo recordaba luego de pensar en que debía bañarse pronto para ir al gimnasio, la bata se le corrió un poco y Amanda se encontró a sí misma con un seno al aire, presionándolo con sus propias manos al mismo tiempo que se pellizcaba los pezones recordando aquel atlético, musculoso y sudoroso joven.

Para Amanda no había nada más sexy esa mañana que ese chico, o por lo menos su recuerdo. Dicen que cuando recordamos mucho algo, cuando evocamos una memoria, nuestra mente termina por transformarla hasta convertir ese recuerdo en algo más, que probablemente diste mucho de la realidad.

A Amanda no le importaba nada de eso, ni siquiera lo pensaba. Ella solo recordaba los brazos fuertes, musculosos, bien definidos y bañados en sudor de aquel guapo ser que entrenaba cerca de ella. Amanda lo imaginaba sin camisa, y mientras lo hacía se atrevía a recrear unos abdominales perfectos, también sudorosos. Tal vez parte de su placer en imaginar a aquel chico tan sexy se basaba en su estampa de macho vigoroso sudado que a pesar de estar así, lucía impecable.

—¿Cómo puede un hombre estar tan sudado y tan bien peinado al mismo tiempo? —Se preguntaba Amanda mientras se imaginaba a ella misma de rodillas frente a aquel monumento de persona, ese dios griego que le atormentaba la imaginación y jugaba con su mente.

Se recostó en la cama, pensó en muchas cosas, en situaciones en las que aquel caballero joven y atractivo se le acercaba. Fantaseó con que los dos se quedaran a solas en el gimnasio, pensó en cómo sería conversar con él, imaginó diálogos tan tontos como ficticios que la hicieron desistir de esa idea para ir directo al grano.

Cuando ya por fin lo imaginó desnudo, ella también lo estaba sobre su

cama, abierta, lista para ser penetrada por un gran pene de goma que había comprado hacía unos meses desde que ella y Julián habían hecho aquel pacto en la fiesta de los quince años de Mía.

Primero lamió aquel juguete morado imaginando que era el miembro del joven anónimo de grandes bíceps. Ella imaginaba sus antebrazos sosteniendo aquella viga de carne que ella no paraba de devorar en su imaginación, y que en la vida real era un falo de goma que ella ya no podía babear más.

Lo introdujo en su boca, lo rozó más de diez veces con sus labios, lo humedeció hasta convertirlo en un tronco inundado de hilos de su saliva que representaban el placer y las ganas de una mujer un poco mayor que moría de deseos carnales. Siguió introduciéndolo hasta rozar su garganta con la punta de aquel poste de placer y goma, y luego se deleitó con sus propios pezones.

La euforia, la excitación, el calor del momento hicieron que sus pezones parecieran dos leves volcanes, delicados y finos, esperando por unos labios que quisieran empujarlos hasta el máximo del placer.

La piel de Amanda siempre ha sido blanca en extremo, parece una especie de Ángel que ilumina el sitio donde está por la blancura que irradia cuando está desnuda. Esa mañana, mientras Julián estaba atendiendo negocios, su esposa, la misma a que no follaba desde hacía años, estaba en posición de perrito, penetrándose a sí misma, pensando en un chico más joven que ella que la inundara de placer.

Suave entraba y suave salía hasta que la intensidad se apropió del momento y la velocidad aumentó de formas placenteras, a ritmo ascendente, cada vez más acelerado, cada vez más apurado por alcanzar el tan ansiado placer, hasta que Amanda no pudo evitar lo inevitable: estallar en dos orgasmos consecutivos y posteriormente quedar tendida sobre la cama mientras Julián salía de la compañía directo hasta un museo donde su empresa debía exponer un producto, que casualmente coincidía con un evento literario donde se presentaba un libro de un escritor local bastante reconocido.

Mientras Amanda nadaba en deliciosos y muy placenteros orgasmos, Julián entraba al museo de las bellas artes para supervisar una exposición donde los encargados de relaciones públicas debían realizar una especie de preventa, un evento donde estarían presentando un nuevo producto que lanzarían ese año, además de

Julián, tal como salió de casa, llegó al museo muy bien vestido. Camisa blanca muy bien planchada, corbata azul que hacía excelente juego con el traje que llevaba puesto y con sus ojos que parecían ser como agua del

océano.

—Cuando escribí este libro estaba inspirado por los dioses de la literatura y las demonias de la lujuria. Nada podía salir mal de esa combinación. —Expresaba un tal Esteban Rey, autor de un libro aparentemente romántico con toques eróticos, que se estaba dando a conocer esa mañana en el museo.

Julián, que solo estaba allí para supervisar la presentación de su empresa, estaba un poco fastidiado y salió del salón donde sería la exposición, para recorrer los pasillos del museo y tropezarse con aquellas palabras que le parecieron acartonadas, falsas, e incluso un poco chocantes por el tono egocéntrico y medianamente arrogante en el que percibía los comentarios de aquel sujeto canoso que se autoproclamaba como un gran escritor y poeta.

—¡Qué tipo más pesado! ¡Seguro ni siquiera ha follado en meses, por no decir que años! —Exclamó una joven y muy atractiva morena de ojos claros que estaba parada justo detrás de Julián, al lado de una columna gigantesca y frente a unos cuadros de exposición fija que se mostraban en los pasillos del museo.

Julián no hizo otra cosa más que reírse y voltear, y al ver a semejante mujer tan hermosa, no pudo evitar sonreír. El comentario era ácido, ofensivo, pero también muy acertado o al menos pertinente. La chica tenía razón, el sujeto hablaba del sexo y de otras cosas como si fueran algo muy cotidiano en su vida, pero la verdad en estampa parecía ser todo lo opuesto.

—Qué señor más aburrido. ¿No te parece? —Preguntó la dulce joven mientras extendía su mano para estrechar la de Julián— Soy Lucy, por cierto.

—La verdad es que sí, Lucy. El señor me parece no solo un poco aburrido, sino que es incluso algo ególatra, ¿no te parece a ti? Mi nombre es Julián. Estoy aquí por otros asuntos y quise pasar a ver de qué iba esto, pero creo que mejor me quedo con los cuadros, que sin hablar parecen decir cosas más interesantes.

—Me agrada tu punto de vista, tanto sobre el supuesto escritor este, como eso de los cuadros. ¿Acaso no son los cuadros un reflejo de las realidades? ¿Existirá un cuadro que refleje las cosas que dices este señor? —Preguntó Lucy en tono filosófico sin soltar la mano de Julián.

—No lo sé, no lo creo. Pero de haberlo, ojalá no sea tan parlanchín.

Luego de unos segundos, Julián finalmente soltó la mano de Lucy. La miró un segundo a los ojos y se perdió en ese verdor profundo, pero luego, en apenas un instante, se salvó de la prisión que era la mirada de la chica para hundirse en las profundidades del paraíso de sus curvas.

Mirándola de arriba abajo y viceversa, quiso preguntarle un par de cosas pero no se atrevió, o no pudo, las palabras parecían atorársele en la garganta mientras trataba de expulsarlas, y Lucy aparentemente notó aquello.

—Yo, escritora y profesora de filosofía, vine aquí a tomar nota de esta presentación para luego preparar una clase para mis alumnos, pero la verdad es que creo que mejor pospongo esto a ver qué otro escritor podemos estudiar este semestre, porque para serte franca, no me anima ni un poco que mis alumnos lean a este señor, y mucho menos me entusiasma la idea de tener que leer más de treinta ensayos literarios sobre esto que acabamos de escuchar.

—Te entiendo. Te entiendo perfectamente. —Alcanzó a balbucear Julián, aún preso de la estampa de Lucy quien con su cabello rizado y su sonrisa perfecta, lo tenía hechizado desde el primer instante en que le habló, porque hasta su voz parecía perfecta, era para él como una especie de canto de sirena del que no podía ni quería escapar.

—¿Por qué mejor no damos una vuelta y vemos el resto de cosas interesantes que este museo tiene? ¿Es tu primera vez en estas instalaciones?

—Sí. Como te dije, vine para supervisar una exposición que en realidad no tiene nada que ver con arte, y como aún no comienza y por lo visto aún le falta demasiado, pues decidí dar una vuelta. Lo que no esperaba era que lo que me encontraría sería tan interesante. Y te digo una cosa, obviamente no hablo del supuesto escritor este que tenemos al frente. —Dijo Julián señalando de reojo a Esteban Rey, quien no paraba de repetir su discurso de hombre sapiosexual y devorador de lectoras.

—¡Oh! Cierto, qué pena. No quisiera interrumpir tus deb...

Lucy no había terminado de hablar cuando Julián la tomó de la mano y se fue con ella a recorrer los pasillos del museo. Las instalaciones eran enormes.

—Mira este cuadro, por ejemplo. Parece sacado de una película de terror, al mismo tiempo que pareciera ocultar un secreto muy oscuro.

—Tienes razón, pareciera haber algo de fondo, algo que la mujer de la ventana quisiera decirnos pero no puede. Si tan solo pudiera hablar, si tan solo tuviera las mismas libertades que el tonto fanfarrón ese que está presentando su libro.

MIENTRAS LUCY y Julián admiraban una pintura de un artista local, conversaban sobre lo que cada uno apreciaba en ella, que parecía ser

semejante. El comentario de una solía coincidir con el del otro, lo que los hacía sonreír a medida que avanzaban los segundos juntos.

—Mira ese que está allá al fondo del pasillo, iluminado por luces especiales. Desde aquí no parece ser la gran cosa, pero ese juego de luces lo hace llamar mi atención de una manera increíble. ¿No te gustaría echarle un vistazo? Preguntó Julián, señalando lo que era un cuadro ubicado al fondo de la galería, casi imperceptible ante casi cualquier persona dentro del museo.

Lucy solo asintió con su cabeza y esta vez fue ella quien tomó la mano de Julián para guiarlo hasta aquella obra de arte que se trataba de una gran pintura cuyo protagonista era un anciano que miraba fijamente lo que parecía ser un ocaso bastante abstracto.

—Da la impresión de que estuviera triste ¿No te parece? —Preguntó Lucy como compartiendo un poco del dolor del personaje del cuadro.

—La verdad sí, y para serte honesto, de algún modo de abruma. —Agregó Julián.

—Mira, no me había fijado que aún quedaba otro cuadro en esta galería. Parecía que terminaba con ese, pero fíjate, allá aún queda otro.—Dijo Lucy señalando hacia la derecha, donde estaba lo que parecía un pequeño corredor secreto que daba a alguna especie de recámara oculta por un gran pilar tan grueso como una pared.

Ambos caminaron despacio, como temerosos de adentrarse a algún lugar prohibido. Julián miró un par de veces hacia atrás, como reflexionando sobre lo que dejaba atrás, mientras que a pesar de lo pausado de sus pasos, Lucy parecía estar mucho más enfocada en lo que tenía en frente, sin darle importancia al resto del museo y quizás al resto del mundo.

Al llegar hasta aquel oculto rincón, ambos se deleitaron visualmente con lo que era un cuadro de una mujer vestida de rojo.

—Es hermoso. Todo es hermoso. Ella, el cuadro, su vestido y sus labios rojos. Siento que han escogido bien con ocultarlo en esta sala. Parece una representación interesante de lo que es la pasión espontánea, un tabú, algo que no todo mundo debe ni merece apreciar de cerca. Algo que sencillamente no es para todo mundo, aun cuando se encuentre casi al alcance de todos.

—Tienes razón —Replicó Lucy— La mujer del cuadro luce tan hermosa como imponente, pero más hermosa aún parece ser la metáfora de que hayan dejado este cuadro aquí, solo para quienes se atrevan a acercarse, a air más allá de lo evidente.

—Si me preguntas, este cuadro pareciera estar prohibido. O quizás

simplemente no es para todo el mundo. Tal vez buscaron representar el tabú, o quizás fu solo una excusa del destino para conocerte y poder conversar a solas, lejos de tanta gente, de tantas cosas sin sentido en donde ni tú ni yo parecemos encajar.

Lucy se sintió un poco avergonzada por las palabras de Julián, pero nunca en mal sentido. Todo lo contrario, desde que lo vio, ella no pudo evitar sentirse flechada por él, por eso se atrevió a acercarse hasta donde él estaba e incluso tomar la iniciativa de hablarle.

.—Yo no creo en el destino, no creo que nuestras vidas estén escritas y que ya todo lo que nos va a suceder esté programado. Me gusta más creer que nuestras acciones son el cúmulo de la combinación entre las decisiones que tomamos día tras día, más el azar y las cosas que por casualidad se colocan en nuestro camino.

Lucy dejó de sentirse avergonzada para entrar en una especie de calor coincidencia en el que ambos parecían estar absolutamente de acuerdo. Lo mismo que Julián le decía, ella ya lo pensaba, y lo que ella sentía, esa atracción y ese deseo a punto de desbordar su cuerpo, parecía verse reflejado en los ojos de él.

—Te discutiría eso de la casualidad, porque la verdad es que desde que te vi no dudé un segundo en querer hablarte, pero luego lo pienso un instante y sé que sí, hubo mucha suerte en encontrarnos aquí, porque ni tú ni yo sabíamos de la existencia del otro, mucho menos de que estaríamos en este sitio a esta hora.

—¿Acaso crees en el destino?

—Prefiero creer en el profundo de tus ojos mientras me hablas, que parecen conservar lo espeso de la verdad. Cuando me miras de frente, así como lo haces ahora, siento que es casi imposible que me mientas. No puedo asegurarlo, apenas hoy te estoy conociendo, no sé nada de tu vida. Pero siento la necesidad de hacer esta pequeña confesión aquí frente a este cuadro y en este escenario en el que parece que nos hemos olvidado del mundo exterior.

Las palabras de Lucy no hicieron más que enamorar a Julián de inmediato. La miró fijamente, bajó un poco su mirada para que sus labios coincidieran con los de ella y la besó tan profundamente como el momento y el lugar se los permitió. Nadie los veía, a pesar de que el museo estaba repleto de personas. Ninguno pensó en otra cosa, también a pesar de que Lucy debía estar cubriendo la noticia de la presentación del libro y de que la exposición

del producto de la empresa de Julián ya había comenzado.

Lucy era morena, de carnes firmes y sedosas. Su piel un poco oscura al mismo tiempo que suave y hasta provocativa. Esa mañana ella llevaba puesto un vestido que le quedaba perfecto en su humanidad, tela que Julián pudo acariciar mientras su lengua entraba en la boca de ella.

Julián se dejó llevar por el momento, se olvidó de todo, del museo, de las personas, del evento al que había ido. Julián se olvidó por un momento de que era un hombre casado con una hija, y solo se dejó llevar por el momento, por la suerte y la casualidad de haber conocido a Lucy en ese lugar, de haber coincidido con semejante mujer que además también gustaba de él. Era una casualidad casi inimaginable. Las probabilidades de que algo así le sucediera, eran demasiado bajas por no decir que imposibles.

Julián continuó besando a Lucy hasta que las ganas de ambos fueron más grandes que todo el museo. Se besaron, se tocaron el uno al otro. Ella colocó sus manos, ambas manos por encima del pantalón de él y pudo notar que tenía una erección muy fuerte, mientras que Julián, también un poco sorprendido por todos los efectos que Lucy estaba teniendo en su cuerpo, se dejó llevar y la acarició por completo, incluyendo las nalgas, esas firmes y redondas nalgas que no podía ni quería dejar de apretar con sus manos.

Subió un poco la falda para notar que Lucy no traía nada debajo de esa renda, porque así era ella, una mujer a la que le gustaba sentirse libre en todos los sentidos posibles. Julián deslizó su dedo medio justo entre las piernas de Lucy hasta que ya no hubo más espacio y entró donde desde hacía minutos quería entrar.

Por un segundo, ambos parecieron recordar el lugar donde estaban. Se encontraban besándose y tocándose en un museo frente a un cuadro, a una obra de arte que era la única cómplice del amor que estaban por hacer entre los dos. Luco volteó su mirada, vio para el pasillo que dejaba detrás de ella, pero cuando hizo eso para cerciorarse de que no viniera más nadie y de que no los estuviesen mirando, Julián aprovechó la oportunidad, se arrodilló detrás de ella, le mordisqueó un poco las nalgas, luego posó su lengua sobre ellas mientras introducía par de dedos en la vulva que estaba convertida en todo un río.

Para cuando Lucy pudo recobrar el conocimiento porque estaba como desmayada de la excitación, Julián ya la estaba penetrando sin parar en aquel pasillo, ambos detrás de un pilar del tamaño de una pared, asomados a medias, pendientes de que nadie los viera al mismo tiempo que se entregaban

sin tregua al placer.

Julián no podía ni creer lo que estaba haciendo. Tenía años sin disfrutar del sexo de aquella manera. Se disfrutó por completo ese precioso y magnífico cuerpo tropical, y no paró hasta que primero vio y escuchó jadear a su amante alcanzando el orgasmo, para acto seguido estallar afuera de ella, depositando todo su semen sobre esas nalgas tan perfectas.

Eso pasó hace 5 años. Hoy en día, Julián ya tiene bastante tiempo saliendo con Lucy, llevan una relación informal en la que ella ha intentado varias veces llevar todo un poco más allá pero Julián desde siempre se lo ha explicado, que él tiene un acuerdo con Amanda y debe cumplirlo.

Por su parte, Lucy siempre lo ha entendido, nunca ha querido tener problema con Julián en ese sentido, pero está tan enamorada de él, que siempre que tiene la oportunidad, le pregunta hasta cuán estará en vigencia ese trato que él tiene con Amanda.

Desde entonces, Julián quedó flechado de Lucy, no solo por su magnífico cuerpo, sino por su manera filosófica de ver la vida, por las muy interesantes conversaciones que han tenido desde ese instante en el que se conocieron, y por el sexo tan fogoso, candente y sin igual que Lucy le ha dado desde esa primera vez. Ellos son amantes muy calientes, se adoran como personas, se aman, pero sobre todo se desean demasiado el uno al otro.

Julián se ve con Lucy cuatro o hasta cinco días por semana pero nunca se queda a dormir con ella a pesar de que Lucy siempre le insiste que pasen la noche juntos. Julián lo desea, él quisiera poder dormir con ella, pero por nada del mundo le fallaría a Amanda y el trato que hizo con ella durante la fiesta de los quince años de Mía.

Hoy, en el presente, Julián, como de costumbre, va llegando a casa tarde luego de haber pasado todo el día en el trabajo para luego compartir el resto de la tarde y parte de la noche junto a Lucy. Para no variar, ella le pidió que se quedase pero obviamente él solo sonrió, demostrándole a Lucy que aunque él quiere mucho poder complacerla, sencillamente no puede porque es un hombre de palabra, respeta mucho a Amanda y ama demasiado a Mía. Porque al final de cuentas, todo aquel acuerdo se debe principalmente a la felicidad de Mía.

Julián entra por la puerta principal tratando de no hacer ruido, igual que como lo hace todas las noches luego de haber estado con Lucy, para no despertar a nadie, para no causar molestia, y sobre todo, para que Mía no vea ni sospeche nada y así no se haga preguntas a ella misma ni a sus padres. Sin

embargo, Amanda estaba en la cocina tomando agua.

Esbelta, sexy, con unos senos perfectos que fueron operados luego del nacimiento de Mía. Así estaba Amanda, con una bata muy fina sin nada debajo, dejando notar su perfecta silueta, la misma que lamentablemente ya no despertaba mayores sentimientos en Julián así como él en ella tampoco. No se trataba de que no se quisiera, por el contrario, ambos se tenían un aprecio magnífico, pero todos los intentos fallidos por tener ese segundo hijo, y toda la monotonía en la que cayó la vida sexual de ellos como pareja, hizo que lo físico entre ellos muriera.

Ambos se vieron, ella no lo esperaba, ella sabía que él salía todas las noches, o casi siempre, y regresaba muy tarde. Ella solo ignoraba aquello como habían acordado, pues el trato era que ambos debían ser muy discretos.

Ella lo vio, él la vio. No se dijeron nada. Era como un secreto a voces, era como callar lo evidente. Él subió al cuarto, ella se quedó en la cocina pensando y recordando cosas y luego se fue al sofá de la sala a seguir ocupando su mente en cosas en las que no podía dejar de pensar, cosas agradables, cosas interesantes, cosas que ella ocultaba y que nadie más podía ni debía saber. Porque durante esos 5 años que habían transcurrido después de aquel acuerdo en la fiesta de Mía, Amanda también guardaba un secreto.

CAPITULO 3

Una tarde, cuando Mía ya estaba por cumplir los 16 años de edad, su madre, Amanda, la llevó como de costumbre a sus clases de natación.

—¿Tienes todo?

—Sí, mamá. —Respondió Mía levantando una ceja en ese gesto odioso que suelen hacer los adolescentes de esa edad cuando los comentarios sobre protectores de sus padres parecen ser un tanto molestos para ellos.

—Yo solo me preocupo por ti, por que lleves todo y te vaya de maravilla en tus clases, deberías agradecerme porque la última vez que te lleve hasta casa de tus amigas, dejaste tu bolso olvidado en casa y luego tuve que ir a llevártelo.

—Tienes razón, mamá. Pero eso fue una sola vez y no ha vuelto a suceder. —Replicó Mía.

—Bueno, es cierto que fue solo esa vez que se te quedó el bolso. Pero varias veces has dejado las llaves, incluso en días de escuela has dejado tu carnet y tu identificación, y en más de una oportunidad también has dejado hasta las llaves.

Mía no hizo más que reírse, sabiendo que su mamá tenía toda la razón, y la propia Amanda, al ver la sonrisa de Mía, dejó el tono de madre estricta para reírse también un poco de la situación y de lo descuidada que suele ser su hija.

Ambas se fueron en el auto de Amanda, un Neón último modelo que con varios años de esfuerzo y trabajo en la compañía de su papá, Julián había podido regalarle. Era gris con adornos plata, y un reproductor de música con el que Mía suele jugar cada vez que puede.

Mientras iban camino al gimnasio donde estaba la piscina en la que Mía recibía sus clases de natación, Amanda recordó que debía realizar una llamada para confirmar la cita con el dentista que planeaba ejecutar esa misma tarde al dejar a su hija en clases.

—Hasta luego, hija. Me escribes para buscarte. —Fueron las palabras de Amanda al despedirse de Mía luego de dejarla en el gimnasio, mientras que Mía, como toda adolescente, sintió pena de despedirse con un beso frente a sus amigas, que la estaban esperando a la entrada del lugar.

—Buenas tardes. Le habla Amanda. Llamo para confirmar la cita que tengo para hoy. —Dijo Amanda por teléfono mientras hablaba, aún sin mover su vehículo de la entrada del gimnasio.

Del otro lado de la llamada le confirmaron la cita, y Amanda, una vez que colgó, encendió de nuevo el auto y condujo directo hasta clínica dental. Al llegar, estacionó su vehículo justo frente a la entrada. Era un lugar bastante moderno, con puertas corredizas que a los lados tenían cornetas que se activaban al pasar las personas, emitiendo mensajes de voz de saludos si alguien entraba, y de despedida si alguien salía. Era toda una maravilla moderna aquel lugar.

Una vez que dio un par de pasos dentro de la clínica dental, se dirigió de manera directa hasta la recepción donde una joven rubia de poco más de veinte años de edad y con dentadura tan perfecta como su cabellera larga y lisa, la cual la atendió de inmediato.

—Buenos tardes, ¿en qué podemos servirle?

—Hola, yo llamé hace poco por...

Amanda no había terminado de hablar cuando fue interrumpida de nuevo por la chica de recepción.

—Claro, usted es la señora Amanda. Desde luego. Ya la hago pasar con el doctor Orlando.

—Perdona, pero debe haber un error. Mi médico desde siempre ha sido el señor Curiel.

—Disculpe, creo que usted no lo sabe. El señor Curiel se fue del país hace un tiempo, ya no trabaja aquí. Pero el doctor Orlando Ha estado atendiendo a todos sus pacientes durante este tiempo, desde que él se fue, y todo ha ido de maravilla. Seguro usted apenas lo conozca, verá que...

—Un momento. ¿El señor Curiel se fue del país y nadie me notificó ni siquiera cuando llamé para apuntar mi cita?

—Creíamos que usted ya sabía. Como le acabo de decir, el señor Curiel

se fue hace tiempo ya. Si no se le notificó debe haber sido porque usted no estaba activa en cuanto a citas aquí en la clínica. Le pido que por favor nos disculpe, si desea ser referida a otro dentista, podemos hacerlo también.

—No se trata de eso —Replicó Amanda— yo no tengo nada en contra del supuesto doctor Orlando ese, pero me parece que debieron avisarme antes. De verdad creo que eso no estuvo bien de parte de ustedes. Es cierto que fueron varios meses los que tardé sin volver por acá, pero nadie viene al dentista todas las semanas. Yo soy una de las más antiguas pacientes de esta clínica, de verdad creo que...

Amanda no había terminado de expresar su inconformidad y las razones por las que le molestaba lo ocurrido, cuando vio salir a un hombre joven, moreno, calvo, de alta estatura y con una sonrisa perfecta en sus labios.

Ese hombre era Orlando, el nuevo dentista. Acababa de despedir a una paciente, pasando por un lado de Amanda, acompañando a la otra mujer hasta la puerta de la salida en un gesto de increíble caballerosidad que casi ningún médico podría tener en estos días.

—Él es el doctor Orlando. —Dijo la chica de recepción tratando de ser amable con Amanda y entendiendo perfecta su molestia.

—Está bien. —Respondió Amanda.

—Buenas tardes, señora. Mi nombre es Orlando, soy el médico que está atendiendo a los pacientes del doctor Curiel. Pude escuchar que no está usted muy a gusto con que el señor Curiel se haya marchado sin notificarle, pero le ruego que lo disculpe. Estoy seguro de que usted fue una de sus más asiduas pacientes, pero el pobre tuvo que tomar un vuelo muy de prisa para aprovechar una grandiosa oportunidad que recibió para ir a trabajar y establecerse en uno de los más grandes laboratorios dentales de Europa. Comprenderá usted que vida a veces nos da oportunidades gigantescas, demasiado como para no verlas, y por supuesto que no podemos dejarlas pasar. Una vez más, le ruego que lo disculpe a él, pero sobre todo que nos disculpe a nosotros, porque nuestro deber fue llamarla y comentarle lo sucedido. Lo que pasa que entre tantos pacientes, a veces se nos hace difícil atender por teléfono a todos, y nos enfocamos en los que están más activos. Pero hagamos algo, dejemos que esta consulta de hoy corra por nuestra cuenta. Sé que debe tener dudas, sé que el doctor Curiel es un magnífico dentista, no en vano recibió su grandiosa oportunidad para trabajar en Europa. Mi propuesta es que me permita atenderla personalmente, le prometo que no se arrepentirá, y como ya le dije, esta consulta es gratis, va por cuenta

de la clínica. Y si por alguna razón usted no queda satisfecha, con todo gusto y responsabilidad la podemos referir a otro médico. ¿Le parece? ¿Está usted de acuerdo?

Hacia rato que Amanda había dejado de escuchar a Orlando para dedicarse únicamente a detallar toda su estampa. Era guapo, joven, muy atractivo y además muy elocuente y educado. Orlando era de esos hombres que con solo hablar un segundo ya podía enamorar a una mujer, y no con armas de seducción, sino porque simplemente era un hombre de verdad muy culto y lo dejaba notar en sus palabras al tratar el tema que fuera.

—Vamos, no sea tímida —le dijo Orlando a Amanda a verla sonreír sin emitir palabra alguna— vamos hasta mi consultorio y veamos cómo estamos para saber cómo proceder. Estoy seguro de que lo suyo es solo limpieza, pero igual debemos hacer un chequeo por si acaso.

Amanda siguió sonriendo mientras se dejó llevar por Orlando de la mano. Atravesaron un pasillo bastante estrecho, giraron a la derecha y continuaron por otro pasadizo de mejor tamaño hasta entrar a un consultorio cuya entrada estaba al final de ese corredor. Una puerta blanca de madera muy fina que al abrirse dejó ver todo un arsenal de equipos médicos dentales de la más alta tecnología.

—Tome asiento. —Dijo Orlando al hacerla pasar, señalándole una camilla de lo más cómoda y moderna, con soportes ergonómicos automáticos que funcionaban por cuenta propia y podían ser controlados por un dispositivo remoto que él tenía en el bolsillo de su bata.

Amanda lo miró de pies a cabeza, se dejó hipnotizar durante un par de segundos por la sonrisa del muy atractivo nuevo dentista, y decidió que se dejaría atender por él solo por la curiosidad que despertaba en ella aquel hombre de piel morena y muy interesante estampa.

Al sentarse en la camilla, Amanda se dejó llevar por todas las órdenes que Orlando le dio. Primero aceptó inclinarse un poco mientras él accionaba los mecanismos que le brindaron mayor comodidad. Luego, él colocó sobre el pecho de ella, una especie de tela protectora que servía para proteger su ropa de posibles manchas que pudieran ocasionarse durante la consulta. Una suerte de babero moderno para pacientes dentales.

Mientras sus fuertes manos colocaban aquella pieza de tela sobre el pecho de Amanda, ella no pudo evitar sonrojarse como tampoco pudo evitar sentir curiosidad de aquellas grandes y fuertes manos que por momentos rozaron sus senos aún cubiertos por una blusa y un sostén, aunque ambas prendas

parecían rogar por desaparecer y dar libertad a un par de magnolias operadas de manera perfecta, siendo una magnífica obra maestra de uno de los más importantes cirujanos estéticos de la ciudad.

Amanda, a su edad, era una mujer muy bien conservada. Haber tenido a Mía tan a temprana edad causó en ella lo que muchos llamarían el efecto MILF, ese de ser una mujer mayor, de 40 o más años de edad, pero al mismo tiempo ser también igual o hasta más atractiva que una mujer mucho más joven de quizás incluso veinte años menos.

Amanda tenía literalmente muchos años sin sentir esas cosquillas que estuvieron embargándola durante toda esa consulta. Por momentos sintió deseos de salir corriendo, quizás por temor o vergüenza de que el dentista Orlando supiera o conociera sus pensamientos. Hubo instantes en los que ella solo pensaba en cómo se sentiría que el propio Orlando le quitara la blusa y el sostén con sus manos y luego se asustaba al imaginar que sus ganas y sus deseos oscuros pudieran ser detectados por Orlando que realmente solo se dedicaba a hacer su trabajo mientras Amanda moría de nervios.

—Bueno, ya le hemos tomado una muestra de rayos X a la dentadura, ya hemos hechos una revisión total, y todo parece estar en orden. No veo problema alguno para proceder a hacer la limpieza, salvo que debemos esperar por lo menos 24 horas para terminar de comprobar todo con la radiografía, y si todo está como parece estar, desde mañana ya podremos avanzar con el procedimiento de limpieza que parece ser lo único que requiere por los momentos, y aprovecho de felicitarla por conservar tan en buen estado sus dientes.

Amanda sonrió por un instante ante las palabras de un Orlando que sonaba tan sabio, amable, y sobre todo, muy profesional y al mismo tiempo con mucho tacto para tratar a las personas. Amanda se preguntaba si Orlando sería así con todas sus pacientes o solo con ella. Luego pensó que su duda era más egocéntrica que otra cosa, y se preguntó otras cosas más a sí misma, como si las otras pacientes de Orlando sentirían lo mismos que ella. Luego recordó lo que vio en él al llegar, cómo acompañó a esa otra paciente hasta la puerta, y ahí entendió que simplemente se trataba de un dentista muy profesional y atento con sus pacientes, ante el que ella simplemente comenzaba a caer encantada gracias sus atenciones.

Orlando tomó la mano de Amanda, le ofreció una servilleta por si quería limpiarse o algo, y luego le señaló dónde quedaba el baño por si deseaba usarlo antes de irse, lo cual Amanda agradeció para luego proceder a en

efecto utilizar el baño.

Estando frente al espejo, se preguntaba si ella, con lo conservada que estaba y lo bien operada que había resultado luego de dar a luz a Mía, tendría aún algún tipo de encanto. Ella sabía muy bien que la vida sexual con Julián se había extinguido, pero también entendía que a ambos, tanto a ella como al que legalmente seguía siendo su esposo, les queda algo de gasolina para reencontrar, no solo el amor, sino la pasión de desear y sentirse deseados.

Recogió su cabello por un momento, lo colocó en diferentes formas tratando de hacerse alguna especie de peinado diferente, robó distintas maneras, y con ninguna quedó satisfecha. Se veía a sí misma y se preguntaba si acaso Orlando pensaría que ella fuese atractiva. Ella sabía que lo era, ella tenía la certeza de que para un hombre promedio, ella resultaría interesante, al menos físicamente, pero su duda surgía primero porque Orlando no era necesariamente un hombre promedio, y luego porque no sabía si quiera si Orlando la veía como algo más que una paciente, dado su amplio sentido de profesionalismo con el que trataba a quienes atendía.

— ¿Todo bien? —le preguntó Orlando a Amanda, mientras ella salía del baño luego de que él estuviese todo ese tiempo esperando por ella.

—Sí, doctor. Muchas gracias. Me gustaría tomar mi próxima cita para mañana mismo, si está usted disponible.

—Yo lo estoy, sin duda. Pero recuerda que debemos esperar los resultados de los rayos X para ir más seguros.

.—Yo creo que si apuntamos mi cita para última hora de la tarde, da tiempo de tener esos resultados en mano y poder avanzar con lo que sigue a continuación.—Comentó Amanda mientras ambos caminaban por los pasillos de la clínica, esta vez ya de regreso a la salida donde la recepcionista rubio aguardaba por ellos para afinar detalles de pagos.

—Tiene usted toda la razón, señora...

—Amanda. Puedes llamarme Amanda. —interrumpió ella, tratándolo de tú, dándole a entender a Orlando que podía existir confianza entre ellos.

—Muy bien, Amanda. Ya sabes que mi nombre es Orlando. Te dejo con mi secretaria para que afines los detalles de la cita de mañana, te espero por aquí luego de las 4pm.

Orlando, al despedirse de Amanda, tuvo el instinto de darle un beso en la mejilla, algo que Amanda notó que él no hizo con la paciente anterior, a

pesar de haberla acompañado hasta la puerta como acababa de hacer con ella. Ese gesto de parte de Orlando, hizo que Amanda se sintiera un poco complacida. No sabía si lo había hecho a raíz de que ella le pidió que la llamara directamente por su nombre, pero igual planeaba no faltar a esa cita.

—Gracias, doctor. Mañana nos vemos. —Dijo Amanda, agregando una sonrisa a su despedida para luego dirigirse a la secretaria.

—Bien, ¿para cuándo necesita su próxima cita? —Preguntó la joven rubia.

—Para mañana está bien. ¿Podría ser la última?

—Está bien. Mañana a las 5pm la estará esperando el doctor. Puede que a esa hora la clínica luzca cerrada, pero él estará aquí hasta las 6 pm. Trate de no llegar tan tarde para poder garantizarle que será atendida.

—Me parece estupendo. Justo a las 5 en punto yo estaré aquí.

Y diciendo eso, Amanda se marchó hasta su automóvil sin dejar de pensar en que tal vez estaba cometiendo un error pero la única manera de saberlo era intentándolo. Encendió su vehículo, y cuando aceleró para marcharse, vio que tenía un mensaje en su celular, era Mía, pidiéndole que la fuese a buscar en la piscina del gimnasio.

Amanda condujo varios minutos hasta el gimnasio con una sonrisa que solo tiene una mujer cuando siente cierta emoción, cierta sensación de que las cosas van bien. En el caso de Amanda, se trataba del hecho de que por fin, después de tanto tiempo, había comenzado a sentir deseo por alguien.

—¿Y esa música? —Preguntó Mía al abordar el auto de su mamá, quien traía puesta una emisora que había sintonizado antes de alejarse de la clínica y donde estaban colocando música de cuando ella era adolescente.

—Bueno, hija. Es mi carro. Por un día en el que yo elija la música que suene en él, no pasará nada malo. ¿O sí? —Comentó Amanda riendo, de muy buen humor. Mía no hizo más que encogerse de hombros ante el humor de su mamá, y sobre todo ante lo acertada de sus palabras, pues después de todo, ella era la dueña del auto y tenía derecho de colocar la música que ella quisiera. Lo raro o extraño provenía del hecho de que Amanda casi nunca lo hacía, parecía estar celebrando algo. Mía prefirió no preguntar, y en el camino a casa hablaron de las clases de natación, de cómo le fue esa tarde en la piscina, y de una salida juntas que tenían pendiente y que debería ejecutar en los siguientes días.

Llegaron a casa, prepararon cena juntas, comieron juntas, y aún luego de varias horas, Julián, como de costumbre, no estaba.

—¿Otra vez mucho trabajo en la compañía? —Peguntó Mía.

—Sí, hija. Ya sabes que gracias a que tu papá trabaja tan duro es que podemos llevar la vida cómoda que tenemos. Hay que agradecerle tanto...

Mía una vez más se encogió de hombros como la típica adolescente que era, y subió a su cuarto, no sin antes ayudar un momento a su mamá con los platos sucios.

Al llegar lo profundo de la noche, ya casi de madrugada, Julián apareció, como casi todas las noches en las que llegaba tan tarde, tratando de no hacer el más mínimo ruido. Revisó la cocina, encontró un plato de comida para él, lo devoró en apenas unos minutos, sentado en el mesón, reflexionado sobre la extraña vida que llevaba y recordando lo delicioso que había sido el sexo oral que Lucy le había dado hacían apenas algunos minutos, como un agradable y placentero regalo de despedida que ella le dio para que no dejara de pensarla el resto de la noche.

Luego de comer, subió hasta la recámara y allí encontró a Amanda dormida, o eso creía él. Se acostó justo a un lado de ella, porque a pesar de que ellos ya no eran realmente una pareja de esposos, seguían durmiendo juntos y aparentando una vida familiar que ya casi no tenían, a pesar de seguir siendo grandes amigos que aún sentían algo el uno por el otro.

Por su parte, Amanda permaneció con los ojos cerrados sin dejar de pensar en Orlando. Su corazón se aceleraba cada vez que pensaba en él, en que debía arreglarse, depilarse, ponerse bella para él. Eso era lo que sentía, la necesidad de hacerse cariños a ella misma para agradecerle a un hombre que recién conocía y que le resultaba extremadamente atractivo.

Mientras ella pensaba en su sensual dentista, Julián terminaba de acomodarse en la cama y conservaba en sí algo del olor del perfume de Lucy. A Amanda no le molestaba en lo absoluto, pero desde luego que podía percibirlo muy bien. El propio Julián se dio cuenta y se cambió de ropa, aun creyendo que Amanda dormía, cuando en realidad no podía hacerlo, como tampoco podía ni quería pensar en otra cosa que no fuese en aquel moreno de sonrisa perfecta.

Fueron pasando los minutos que luego se convirtieron en horas, hasta que entre los ronquidos de Julián, Amanda pudo conciliar el sueño y caer profundamente dormida. A la mañana siguiente, aunque durmió poco, se sentía viva, llena de energía, con ganas de avanzar el día.

Los tres bajaron a desayunar juntos como de costumbre. Julián vestía impecable, igual que Mía. Ambos terminaron de desayunar y se fueron juntos

s cumplir sus respectivos deberes. Todas las mañanas, de forma casi religiosa, Julián siempre llevaba a Mía hasta sus clases para luego él irse a trabajar.

Mientras padre e hija se fueron cada uno a lo suyo, Mía comenzó a prepararse. Primero llamó al spa y solicitó una cita exprés para depilarse lo más urgente posible. Le apartaron el cupo para las once de la mañana, lo que le dio tiempo de sobra para darse un baño con cremas, exfoliar su piel y arreglarse el cabello de manera grandiosa.

Llegó la hora de ir al spa, fue, la atendieron como una reina dándole no solo el servicio solicitado de depilación sino que además le aplicaron toda una serie de masajes que la dejaron totalmente relajada. Cuando por fin terminó su cita allí, ya había pasado mediodía, y haberse saltado la hora del almuerzo, tenía mucha hambre y un poco de dolor de cabeza. Se fue de inmediato a un restaurant, pidió algo ligero para no tener inconvenientes luego, pues ya había seleccionado un pequeño vestido que le quedaba tan perfecto como ajustado, y si comía al menos un gramo de más, no le quedaría tan genial como esperaba.

Llegó a casa, devoró la poca comida que compró y se acostó a tomar una siesta luego de tomar una pastilla para el dolor de cabeza. Despertó 90 minutos después, con mucha hambre, y decidió comerse un par de trozos de frutas que tenía en el refrigerador, para luego darse un baño refrescante.

Cuando salió de la ducha, sus pezones estaban increíblemente duros. Cuerpo lucía perfecto, como una diosa bajada del Olimpo, preparándose para ir a un consulta con el dentista que más había levantado su apetito sexual, algo que hacía años ningún hombre lograba, o por lo menos no a ese nivel.

Se colocó muy despacio el vestido, lo hizo primero sin ropa interior para luego colocarse un pequeño hilo dental que reposaba sobre la cama, pero una vez que se probó el vestido así, sin nada debajo, y estando recién depilada, decidió que lo más fresco sería quedarse así como estaba.

Se hicieron las 4:30 y recibió un mensaje de texto de la clínica justo cuando cogía las llaves del auto y su cartera:

“Le recordamos que tiene una cita hoy al final de la tarde. Por favor confirmar antes de las 5:00pm, o en caso contrario, la cita será cancelada. Gracias.”

Se detuvo un instante en la cochera para devolver el mensaje y confirmar que en efecto ya iba saliendo de su casa para dirigirse hasta allá. Luego se montó en el asiento del chofer, suspiró por un instante y luego sonrió al sentir

el frío del cuero del asiento en sus piernas y en el resto de su humanidad sin ropa interior.

Así, utilizando ese corto vestido, se dirigió hasta el consultorio. Cuando llegó, ya eran casi las 5 y todo estaba como se lo habían pronosticado. El consultorio permanecía abierto, pero no para el público, solo había dos personas dentro, el doctor Orlando, y la señora de limpieza. Ella ya estaba recogiendo sus cosas para irse, y la reja de entrada a la clínica estaba a medio cerrar.

Cuando se bajó del auto, notó que el vigilante del edificio, quien rondaba la cuadra, se acercó hasta ella y recordó que la recepcionista, quien ya no se encontraba en la clínica, le había comentado algo al respecto.

—Buenas tardes, señor. La clínica ya está cerrada.

—Buenas tardes, señor. Disculpe, pero yo tengo una cita justo a esta hora.

—Ah, es cierto. Disculpe. Puede pasar.

El vigilante sabía que una MILF iría esa tarde al consultorio ya casi de noche, más no sabía quién sería, por lo que tuvo que hacer ese teatro de que estaba cerrada la clínica. Una vez que ella hizo ese comentario, la dejó pasar y ella cruzó la puerta al mismo tiempo que la señora de limpieza se iba del edificio.

—¡Buenas tardes! Exclamó Amanda para hacer notar su llegada.

—¡Buenas tardes, ya le atiendo!

Orlando, quien se encontraba en el baño, respondió desde la distancia, apresurado, como queriendo no hacer esperar a Amanda. Al cabo de unos segundos, apareció frente a ella, secando su rostro y sus manos con una toalla.

—Perdona, señora Amanda. Pero es que...

—Amanda. Solo dime Amanda.

—Está bien —Dijo él sonriendo y viendo de pies a cabeza lo que sin duda era un monumento de mujer situado frente a él— Pase adelante. Ya no queda nadie en el edificio, pero no se preocupe, la propiedad está muy bien resguardada, y como puede ver, apenas usted entró, el vigilante ya cerró todo.

—Gracias Orlando. ¿Puedo llamarte por tu nombre? Te me haces muy joven y siento que puedo tener confianza contigo.

—Oh, desde luego. La verdad es que me sucede exactamente lo mismo contigo. Ven, pasa, vamos al consultorio para contarte sobre los resultados de los rayos X.

Amanda avanzó con él, y sus nalgas se veían como de quinceañera

contoneándose por los pasillos de una escuela. Al llegar a la camilla, Orlando le pide que se siente y pudo ver lo corto del vestido, que era tan diminuto que casi dejó ver todo.

—Bien, aquí están los resultados. Todo se ve en perfecto estado, así que podemos proceder hoy a hacer la limpieza. —Comentó Orlando cuyas manos temblaban un poco, dejando claro que se encontraba un tanto nervioso.

Orlando la miró a los ojos y fue ineludible el deseo. Él no estaba del todo seguro, pero sospechaba, y ante la duda, decidió arriesgarse de manera un poco torpe. Se dejó de caballerosidades y fue directo hasta los labios de Amanda y los besó con delicadeza. Ella se dejó besar por un par de segundos, pero luego lo empujó por el pecho, casi lanzándolo hasta el otro extremo del consultorio.

Orlando se tropezó, pensó que se equivocó, que no debió besar a Amanda, pero entre tantos pensamientos no le dio tiempo de adivinar que Amanda en realidad solo lo estaba apartando un poco de ella para luego lanzarse sobre él con toda libertad, con las ganas de una tigresa, con ese deseo incontenible que se convertía en un río que escapaba de ella, bramando entre sus piernas.

Amanda lo vio a los ojos y eso fue suficiente para que Orlando se dejara llevar, porque con la mirada le envió un mensaje muy claro: ella quería tener el control. Se abalanzó sobre él, lo besó con pasión y con mordiscos en los labios mientras le arrancaba su bata de médico y luego los botones de su camisa en lo que era el preámbulo más salvaje jamás vivido por Orlando.

La erección de Orlando era demasiado notoria, y apenas Amanda pudo sentir aquel roce entre sus piernas, se arrodilló frente a ese dios de ébano que ya estaba sin camisa, mostrando sus grandes músculos y lo que aparentemente era un enorme pene debajo de tela gabardina.

Ni corta ni perezosa ella hizo lo que tenía años sin hacer, bajar el cierre del pantalón de un hombre, para luego sacar el pene y lamerlo por unos segundos y después introducirlo en su boca. Algo que tenía muchos años sin hacer y que siempre practicaba mucho con Julián hasta que la monotonía de la vida de casado y de tratar de tener un segundo hijo, les robó toda esa deliciosa chispa que algunos llaman “juego previo”

Con aquel mástil negro en sus labios, el mismo que los estiraba hasta más no poder, manda no podía evitar babearse un poco. Era difícil para ella y al mismo tiempo extremadamente placentero, el reto de introducirlo todo en su boca, incluso hasta llegar a su garganta, pero luego de varios intentos, de

varios hilos de baba, y entre tantos gemidos por parte de Orlando, ella supo que lo tenía como quería, dada la tensión que podía percibir entre sus labios, con un miembro cada vez más palpitante y con unas venas que parecían querer estallar.

Orlando, que solo se dejaba llevar, dejó su papel tan pasivo y decidió tocar la humanidad de Amanda. Comenzó por apretar esos firmes y perfectos pechos, para luego meter su mano debajo de la falda del vestido donde no encontró ropa alguna, solo piel y humedad, esperando que él hiciera su entrada triunfal.

Amanda se dio la espalda luego de haber pasado más de 20 segundos mordiéndose los labios mientras Orlando la estimulaba por completo, lamiendo sus pezones y jugando con su clítoris que se convertía cada vez que él la tocaba, en todo un río de pasión.

Estando ella de espaldas a él, apoyada sobre la camilla, Orlando no pudo negarse ante la súplica de una mujer fogosa.

—Hazme tuya, Orlando. ¡Fóllame aquí mismo!

El doctor no esperó un segundo más y la penetró con todas sus fuerzas. Al principio escuchó gemidos de dolor y placer por parte de Amanda, que conforme avanzaba el juego, se hacían cada vez más sonoros y menos dolorosos. En ese vaivén de caderas y de testículos rozando y chocando, las carnes se hicieron una sola hasta que Orlando, penetrándola muy fuerte desde atrás y sin parar de apretar esos pechos que lo tenían loco, no pudo evitar llegar al orgasmo, para lo cual extrajo su pene de Amanda y la hizo arrodillarse para rociar todo el néctar de su placer sobre esas tetas que definitivamente lo tenían enamorado.

Así, con Amanda arrodillada frente a él teniendo los pechos totalmente cubiertos de él, se dio cuenta de que esa hermosa mujer despeinaba pero igual de bella, sería la mujer con la que querría pasar el resto de sus días. Porque aunque muchas personas no lo crean, el amor sí existe luego de una sesión de sexo casual.

Luego de aquello, ya Julián no sería el único en tener un romance a escondidas, un romance verdadero al margen de la falda vida de casados que ambos aparentaban desde que hicieron aquel trato en el que acordaron vivir cada uno su experiencia por separado, pero siempre de manera discreto para no lastimar jamás los sentimientos de Mía, quien seguramente no podría soportar que ellos se separaran.

CAPITULO 4

aquella tarde fue la primera de muchas veces en las que Orlando folló a Amanda de maneras grandiosas, dejándola siempre sin aliento, a pesar de que a ella le gustaba tener el control. Era como ser un cazador cazado, Amanda quería dominar todo pero ella quien terminaba extasiada y luego agotada por las intensas sesiones de sexo con Orlando.

Luego de esa primera vez, él se ofreció a escoltarla hasta su casa, siendo todo un caballero. Ella aceptó la compañía, pero una vez que ambos autos se estacionaron frente a la casa de Amanda, ella recordó el acuerdo de discreción que mantenía con Julián, y no tuvo más opción que enviar un mensaje de texto al celular de Orlando:

“Disculpa, ha sido una velada maravillosa, la pasé genial en tu consultorio, y agradezco mucho que me hayas acompañado, pero hasta aquí llega nuestra cita. Llámame mañana, quiero verte en la mañana, antes de mediodía”

Y así, estando ambos autos aparcados frente a la casa, Amanda solo debió esperar un par de segundos para ver cómo la gran y hermosa camioneta blanca de Orlando se marchó despacio. Una vez que quedó ella sola, procedió a bajarse, abrir el portón, y entrar.

Amanda se sintió extraña, mientras iba entrando a la casa, trató de no hacer ruido y pensó en que ahora ella estaba haciendo lo mismo que Julián y de algún modo comenzó a comprenderlo aún más, se sintió todavía más cercana a él de lo que ya era. Eran como dos amigos viviendo juntos un mismo estilo de vida pero en paralelo, uno al lado del otro, sin que la vida de ninguno de los dos se viera afectada, y por tanto, sin dañar la felicidad de

Mía, que al final de cuentas era todo lo que realmente importaba.

Cuando Amanda entró a casa, Julián no estaba, como ya era costumbre, y Mía apenas estaba por llegar con unas amigas que le darían el aventón, según acababa de leer en su celular Amanda a través de un mensaje enviado por la propia Mía.

Se sintió un poco sucia, pero sucia en el buen sentido. O al menos a ella le parecía agradable tener en su cuerpo el olor a hombre que Orlando le había esparcido por todo su cuerpo. Se quedó un rato en la sala, como hipnotizada recordando las cosas que hizo y las que le hicieron a ella, y sonrió antes de subir a darse un ducha con agua tibia.

Mientras el agua le recorría el cuerpo, ella solo pensaba en su caballero moreno de manos fuertes y pene gigantesco. Era como un sueño. El sexo con Julián nunca había sido malo, es solo que ya en los últimos años había dejado de ser algo por placer para convertirse en una especie de tarea en la que trataban de conseguir ese segundo hijo que nunca llegó.

A la mañana siguiente, Amanda se levantó un poco más temprano que de costumbre, y ya para cuando Julián y Mía estaban en la cocina esperando el desayuno, ella ya estaba vestida con ropa deportiva sirviendo cereal con leche y frutas.

—Espero que les guste. —Dijo Amanda mientras tarareaba una canción.

—¿Otra vez con la música de hace mil años? —Preguntó Mía en tono de broma.

Julián se rió sin saber muy bien por qué Mía hacía ese comentario, aunque obviamente infería se trataba de una broma en la que ella trataba de decirle a su mamá que la música que escuchaba era muy vieja.

—¿Y eso que estás tan activa y vestida desde tan temprano? —Preguntó Julián a quien le pareció un poco raro ver a Amanda usando ropa deportiva y estar tan entusiasmada y tan de buen humor, cuando lo usual era que a esa hora el estuviese en bata con bastante sueño todavía.

—Es que hoy comienzo mis clases de yoga. —Sentenció Amanda mientras Julián y Mía intercambiaron miradas de extrañeza que concluyeron con sendas encogidas de hombros por parte de cada uno.

Julián terminó su café, Mía terminó un último sorbo de jugo que le quedaba, y habiendo desayunado ambos, cada uno se fue a lo suyo mientras Mía se quedó en casa esperando que su nuevo instructor de yoga la llamara.

En realidad se trataba de Orlando, ella solo esperaba que él cumpliera lo que ella le había pedido, y en efecto así fue.

—Hola ¿Cómo estás? —Preguntó Mía al atender la llamada telefónica del otro lado de su celular, el cual no dejó sonar más de un segundo.

—Hola Amanda. Bien, ¿y tú? Me encantaría verte hoy.

—Yo estoy muy bien, gracias. A mí también Orlando. Necesito que nos veamos lo más pronto que puedas en un café o algo por el estilo.

—Muy bien. Como tú órdenes. Solo dime el lugar, y en menos de media hora estaré allí.

Lo primero que hizo Amanda fue sonreír, le daba demasiado placer, no solo tener la certeza de que su amante moreno se la iba a follar de nuevo, sino también el hecho de escucharlo hablarle de esa manera, demostrando que en realidad ella tenía el poder. Eso definitivamente la excitaba.

—Excelente. Te espero en el Le París. ¿Sabes dónde queda?

—Desde luego. —Respondió Orlando. En meda hora estaré allí.

Amanda se terminó de arreglar, se fue muy sexy a pesar de que vestía ropa deportiva. Parecía esas actrices porno que hacen de mujeres mayores y sexy que van al gimnasio. Al llegar al café, notó que Orlando no estaba allí, de hecho el sitio como tal estaba completamente vacío, por eso ella escogió ese lugar, porque sabía que se trataba de un espacio muy discreto, muy poco concurrido, donde muy difícilmente algún conocido la vería.

Amanda llegó, se sentó en una de las mesas que estaban en lo más profundo del local, buscando la mayor discreción posible, y pidió un café. Al cabo de unos minutos recibió un texto que casi la encoleriza:

“Perdona. No podré ir. Surgió algo.”

Ese mensaje provenía de Orlando. La sangre se elevó rápidamente a la cabeza de Amanda quien por poco escupe el sorbo de café que acababa de tomar, y mientras pensaba en muchas cosas para responder que al final ni siquiera escribió, sintió cómo un par de manos fuertes y grandes le cubrieron los ojos por detrás. La sorpresa no tardó ni dos segundos, porque esas mismas manos le soltaron el rostro casi de inmediato para que el autor de aquella broma, posara frente a ella enseguida.

Se trataba del propio Orlando. El menaje de texto era solo un chiste para molestarla un poco, algo que ella decidió tomarse de buen humor a pesar de que le pareció una broma de mal gusto, por obvias razones, Amanda es una mujer a la que le gusta tener todo bajo control y no desea por nada del mundo ese tipo de sorpresas. Sin embargo, estaba tan alegre de ver a Orlando que decidió ignorar aquello.

—¿Vienes o vas al gimnasio? Te ves espectacular. —Agregó él al

saludarla.

—No importa de dónde vengo, y voy a donde tú me quieras llevar. — Respondió Amanda de forma muy pícara.

Orlando no lo pensó un segundo más, la tomó de la mano, la levantó de la mesa y se la llevó hasta el estacionamiento. Luego que salieron del café, le señaló el camino hasta su camioneta.

—Dejemos tu auto aquí un momento, no iremos muy lejos. Ya he hablado con el vigilante y le he dejado una generosa propina para que cuide muy bien tu auto, así también agregamos discreción a este pequeño paseo que aunque no será muy lejos, tampoco será del todo breve. ¿Te parece?

A Amanda la idea le fascinaba, estaba encantada con ver cómo Orlando se encargaba de todo para hacer las cosas tal como ella las hubiese deseado. Ella solo asintió con la cabeza, y al cabo de unos minutos ya ambos iban en la camioneta de Orlando, alejándose un poco de la ciudad en dirección al bosque.

—Ya que has venido deportiva, daremos un paseo.

Orlando estacionó frente a un bosque en el que suelen acudir atletas durante el fin de semana, pero que en día de semana, lejos de ser una pista para ciclistas y maratonistas, es casi un desierto. No hay prácticamente nadie y se convierte en un lugar muy solitario.

Amanda no se veía muy contenta, le parecía un poco raro el plan. Orlando bajó del auto, se fue hasta la parte trasera, y allí mismo se cambió. Cuando Amanda vio la figura de Orlando a la luz del día en plena naturaleza, le dio igual que aparentemente él la llevó allí solo para caminar y trotar un poco. Su sola compañía ya le encantaba, y más luego de haber visto aquel escultural cuerpo sin camisa, el cuerpo del hombre que hacía tan solo unas horas la había follado salvajemente en su consultorio odontológico.

Orlando, ya vestido para la ocasión, se paró afuera de la puerta del asiento que ocupaba Amanda, y muy caballerosamente le abrió la puerta y le tendió la mano. Ella bajó lentamente, y los dos en silencio se adentraron por los senderos del bosque.

Caminaron por varios minutos, hablaron de cosas no muy trascendentales, cada uno contó qué tal había comenzado su día, y así fueron pasando varias estaciones donde la vegetación comenzaba a cambiar y todo el lugar empezaba a llenarse de una vegetación cada vez más frondosa, con árboles muy grandes que daban sombras inmensas, imposibilitando ver el sol.

—¿Sueles hacer ejercicio? —Le pregunta Amanda a Orlando.

—No muy a menudo, el trabajo no me lo permite. Pero sí hago mi mejor esfuerzo por mantenerme en forma.

—La verdad es que se nota. Estás muy en forma, debo confesar.

—¿Y tú? —Preguntó Orlando.

—¿Y yo qué? ¿Qué si me ejercito?

—No —respondió él con una sonrisa misteriosa— Que si tú también tienes ganas de follar ya mismo...

Amanda dudó un segundo, la pregunta la tomó de sorpresa, y por tan solo un instante en el que quiso tratar de entender la pregunta de Orlando, no pudo ni enterarse, ni resistirse a lo que fue una follada brutal en el bosque.

Orlando primero la tomó por las muñecas, la hizo colocarse de frente a un árbol, apoyando sus manos en él, y estando así la tocó toda, de maneras un poco toscas y abusadoras, pero al mismo tiempo propinándole un infinito placer a Amanda. Luego de haberla tocado toda y de haberle bajado el mono de maneras muy rudas, procedió a dejar esos pechos al aire, sin la más mínima intención de ser delicado.

Sacó los dos senos de Amanda por encima del sostén deportivo que ella traía puesto, y así, sin quitarse la ropa por completo, con las tetas al aire, inclinada, recostada a un árbol con el mono hasta las rodillas, Orlando la folló pero esta vez con más fuerza. La sesión fue breve pero intensa, Amanda podía sentir todas y cada una de las venas del pene de Orlando con ganas de explotar dentro de ella.

—Eres mía. —Le dijo al oído mientras con un antebrazo le rodeaba el cuello y con la mano libre, estimulaba su clítoris— Me perteneces, siente mi pene dentro de ti... ¡Eres solo mía!

A Amanda le fascinaba la forma en la que Orlando la penetraba en medio del bosque, pero lo que la hizo estallar en orgasmos múltiples fue escuchar aquellas palabras con ese aliento jadeante y de respiración entrecortada, que le susurraban al oído que ella tenía un dueño, y ese era únicamente Orlando.

Amanda era feliz llevando las riendas de todo en la vida, pero cuando se trataba de hacer el amor, ella quería tomar la iniciativa si era necesario, pero lo que más le gustaba era ser dominada, que la hicieran ser una perrita sumisa que se dejara follar de todas las formas imaginables, y de las que no también.

Luego de esa intensa sesión de sexo, ambos se acomodaron la ropa y volvieron a salir del bosque tomando la misma senda por la que entraron. Abordaron la camioneta, se dirigieron hasta el café donde estaba el auto de Amanda, y Orlando, muy caballerosamente, le dio un pequeño obsequio antes

de que ella se bajara de su camioneta para irse a su auto.

—Entiendo que quizás no podrás usarlo, entiendo que incluso es posible que no puedas aceptarlo. Pero yo realmente quiero darte este collar. Tómalo como un pequeño presente que quiero tener contigo, porque de verdad que me encanta el tiempo juntos.

Amanda pensaba que Orlando tenía razón, sería muy indiscreto utilizar ese collar. No debería ponérselo bajo ninguna circunstancia porque eso indicaría que ella obviamente estaba saliendo con alguien más, y aunque el acuerdo decía que cada uno, tanto ella como Julián podían hacer su vida sexual de manera libre sin rendirle explicaciones al otro, el mismo acuerdo también establecía que debía existir total discreción, y utilizar ese collar seguramente atentaba contra esa que podría llamarse cláusula de un contrato no escrito.

—Lo aceptaré porque la verdad es que tú también me tienes fascinada, y no solo por el sexo, sino por todo. En realidad eres un hombre encantador, magnífico, muy caballeroso y muy atento. ¿Cómo podría una decirte que no a algo? Es realmente casi imposible. También es cierto, sin embargo, que muy difícilmente podré usarlo, pero prometo que algún día, no sé cuándo, me lo verás puesto. ¿Está bien?

Orlando no respondió nada, solo la miro fijamente a los ojos, le dio un beso suave, breve, pero al mismo tiempo encantador, y se activó el botón que abría la puerta de su lujosa y moderna camioneta, de manera automática.

Amanda se dejó llevar por ese beso a ojos cerrados y corazón abierto. Tomó el presente y se bajó de la camioneta de Orlando para abordar la suya y dirigirse a casa a preparar el almuerzo, como un ama de casa común y corriente, ocultando la vida que comenzó a llevar desde ese momento, de forma paralela, con Orlando, el nuevo y verdadero amor de su vida.

Para Amanda, todo aquello no dejaba de ser extraño. Incluso, tal vez nunca dejó de serlo. Era hablado, acordado, era algo de lo que ella y Julián no podían sentirse avergonzados ni mucho menos molestos. Era algo que ambos habían acordado y sobre todo, era algo que ambos querían. Pero para Amanda, nunca dejó de ser algo realmente extraño a pesar de que ella adoraba el tiempo con Orlando. Era como realmente vivir dos vidas diferentes, una paralela a la otra y que jamás se mezclarían.

Ese mismo día, mientras Amanda regresaba a casa, Julián estaba con Lucy. Él ya tenía mucha más experiencia que Amanda en aquello de vivir una segunda vida al margen de la que tenía para los ojos de la sociedad, es decir,

esa vida de casado que todo mundo veía, esa vida perfecta que era como una burbuja en la que mantenían a Mía a salvo de cualquier prejuicio moralista.

Mientras Amanda preparaba un delicioso pastiche de almuerzo, ella no sabía que como de costumbre, Julián se lo perdería, y solo lo comerían ella y Mía. Julián estaba muy ocupado con sus dos manos sobre la nuca de Lucy mientras ella le hacía un sexo oral sencillamente maravilloso.

Para Julián, el deleite involucraba todos los sentidos, especialmente la vista. Ver esos labios carnosos bordeando todo su pene mientras Lucy lo miraba a los ojos, de rodillas, era algo que sencillamente no tenía comparación.

—¿Te gusta así, mi amor? —Le preguntaba Lucy a Julián, casi sin poder hablar muy bien, con la boca bastante ocupada.

Julián, erguido frente a su amante de ébano, no podía responder con palabras y solo lo hacía con gemidos y varias exclamaciones que denotaban lo placentero que era aquello que su amante le daba, ese placer evocado y transformado en una mujer más joven que él que sabía complacerlo en todo.

—Me encanta lamerte todo, mi amor. —Decía Lucy mientras su lengua parecía hacer dibujos de saliva sobre el muy tenso pene de Julián hasta que él no soportó más y estalló una galaxia entera de estrellas blancas y espesas sobre los labios que sabían decirle y hacerle cosas maravillosas a las que muy fácilmente se convirtió en adicto.

Así fueron transcurriendo varios días, uno tras otro. Julián ya habituado a pasar las tardes junto a Lucy cada vez que lograba escapar de la oficina temprano, y cuando el deber era mucho y no podía salir tan temprano, igual pasaba casi toda la noche junto a su amante.

Por otro lado, Amanda iba todas las mañanas, o al menos 4 veces por semana, a lo que todos creían eran clases de yoga en las que realmente solo era feliz y complacida, muy bien complacida por Orlando en cualquier sentido posible.

Una noche en la que Julián por pura casualidad no pudo ir a ver a Lucy, regresó temprano a casa y no encontró ni a Mía ni a Amanda. Al entrar y ver que no había nadie en casa, se preocupó un poco, le pareció muy extraño. Resulta que ese día por la tarde, a Mía unas amigas la habían invitado a ir al cine, y como era casi un hecho que Julián no estaría en casa siquiera para enterarse, nadie le avisó.

Julián se enteró de aquello porque llamó a Mía, quien no le atendió la llamada pero le escribió un mensaje de texto explicándole que estaba a mitad

de la película y por ello no le contestaba. En ese mensaje también le explicó todo lo demás, lo de la invitación y por qué él no fue consultado, por lo que no se molestó, pues le pareció que era completamente lógico.

Lo que si seguía extrañándole, era el hecho de que Amanda también hubiese salido sin avisar. Pero el misterio se resolvió muy pronto cuando escuchó el sonido de una camioneta afuera de la casa. Era Orlando dejando a Amanda.

Julián pudo ver desde la ventana cómo Mía estaba a bordo de ese auto y se despedía del conductor con un beso en la boca. También logró ver que era un hombre moreno quien conducía y concluyó que en definitiva no conocía al sujeto en cuestión. Julián se sintió de verdad muy extraño, no sabía definir los sentimientos que se le atravesaban en el corazón. Se fue hasta el mesón de la cocina a esperar que Amanda entrara, y cuando ella lo hizo, el solo le dijo:

—Necesitamos conversar.

CAPITULO 5

—**S**é lo que has estado haciendo, y sé que tú sabes a qué me refiero.

Con esas palabras recibió Julián a Amanda, quien impresionada con verlo allí tan temprano, algo definitivamente fuera de lo usual, no supo cómo responderle.

—No me malinterpretes. No te estoy juzgando. Tú aves lo que yo he estado haciendo todo este tiempo, y también veo que tú has estado haciendo lo mismo. Ese fue el acuerdo, no hay nada de qué lamentarse ni mucho menos nada por lo cual molestarse. Pero eso no significa que esto no deje de ser un poco extraño para ambos, quizás muy extraño, pudiéramos decir.

—Yo...

Antes de que Amanda dijera algo, Julián la interrumpió.

—Permíteme decir algo y luego te escucho, mi amor. Insisto: no quiero que me malinterpretes, no te quiero juzgar ni culpar por nada. Al contrario, debo confesar, tal vez muy desde una trinchera egoísta, que hoy he tenido una revelación que ha sido una suerte de alivio. No seamos más un par de tontos, no sigamos jugando a complacer al mundo, aceptemos nuestra realidad tal como siempre nos hemos aceptado.

Amanda no hacía más que mirarlo con mucha atención, directo a los ojos, sin saber qué más agregar, esperando que él termine de hablar para actuar de algún modo aunque no sabía cómo.

—Quiero que sepas que aún a un modo muy extraño, yo te sigo amando. Es solo que nuestra relación hace rato que de cierto modo evolucionó. No me gusta decir que lo nuestro ha muerto, es solo que ahora hemos llegado a un nivel que quizás nadie jamás ha vivido. Yo te sigo amando, y mucho, y eres

toda mi vida y te agradezco por darme a Mía. También quiero decirte que no te culpo por el hecho de que no hayamos podido tener ese segundo hijo que tanto quisimos. Lo intentamos por todas las vías posibles y no se pudo, y eso no es culpa ni tuya ni mía, y lo que somos hoy en día es el resultado de esa apuesta que no se nos dio. Pero mira esta casa, mira a Mía, mira lo felices que somos. Solo necesitamos ese pequeño escape que estamos tomando y nuestras vidas seguirán un curso perfecto.

Amanda soltó varias lágrimas y se dejó llevar hasta los brazos de Julián que ya estaban extendidos, esperando por ella.

—Tienes razón. —Le dijo Amanda a Julián entre sollozos y abrazos.

—Lo único importante es que Mía también sea feliz, por lo que debemos comenzar a ser más discretos. Creo que lo mejor a partir de ahora será olvidarnos de estas aventuras durante la semana, dejar Mía todos los fines de semana donde su tía, con su prima Miranda, a aprovechando que se llevan muy bien, y así aprovecharemos ese lapso para poder tener lo que necesitamos tener, y luego los lunes seguiremos brindándole a Mía el hogar familia que necesita, ese que tanto la protege y donde está realmente segura.

—Está bien, mi amor. Haremos eso. —Agregó Amanda sintiendo que liberaba un gran peso, que se quitaba una inmensa carga de encima.

Luego de esa conversación, las cosas tomaron el rumbo que Julián muy bien describió. Ambos, tanto él como Amanda, hablaron con sus respectivas parejas y les explicaron que lo mejor era dejar de verse a medias para comenzar a verse por 48 horas continuas durante el fin de semana, y luego cada uno volver a su ruina semanal.

Orlando lo tomó muy bien, incluso le fascinó la idea. Lucy por su parte, aunque ya estaba acostumbrada a ver a Julián casi todos los días y por lo tanto esta nueva decisión no le resultaba tan placentera como ella quisiera, le agradó saber que por fin podría dormir con su amado, y no solo una sino dos noches a la semana. Ella quisiera más, ella quisiera tenerlo todas las noches, pero con eso bastaba por los momentos.

De esa manera, apenas llegó el primer fin de semana, tanto Julián y Lucy como Orlando y Amanda, se desquitaron por todo lo alto. Julián se fue de vacaciones con Lucy a una playa cerca de la ciudad, mientras que Orlando secuestró a Amanda y se la llevó hasta una cabaña en el bosque donde pasaron todo el fin de semana casi sin salir de la habitación matrimonial.

—Y dime, ¿cómo se llama tu novio? Porque ya tienes uno, ¿cierto? —Le pregunta Miranda a Mía mientras sus padres disfrutaban de ese, el primer fin

de semana de muchos en los que se escaparían lejos con sus respectivas parejas mientras Mía compartía con su prima.

—Ehm...

Mía no supo qué responder, ella con todo lo bella que era y la edad en la que estaba entrando, incluyendo la nueva etapa de comenzar a ser estudiante universitaria, aún no había estado con ningún chico. Ella realmente estaba enfocada en sus estudios.

—Bueno, está bien. No lo tienes aún, yo he pasado por eso. Seguro te fijaste en alguno muy apuesto y popular. Pero como te digo, tranquila que tu prima Miranda te enseñará a conquistarlo.

Mía trataba de no prestar demasiada atención a las palabras de Miranda, ella en serio quería enfocarse en lo suyo. Pero por alguna razón, o por muchas más bien, una tarde, en clase, luego de que ya tenía cierto tiempo en su carrera universitaria, después de haber transcurrido un par de años, ella finalmente conoció a Jack, y aunque no fue exactamente como Miranda lo describió, algo eléctrico sucedió cuando Mía lo vio por primera vez.

Era una clase de finanzas, Mía era excelente estudiante, pero en esa clase solía ser un poco pasiva, no participa demasiado como sí lo hacía en otros cursos, y todo debido a que con esa asignatura no se sentía tan confiada como con las demás.

Jack entró tarde a la primera clase de ese semestre, pero era un chico alto, apuesto, aunque a pesar de ello no muy popular. O por lo menos no en el sentido en el que Miranda lo pronosticaba. Para la prima de Mía, ella seguramente se enamoraría de algún jugador de fútbol americano.

Jack era más un chico intelectual de esos que no necesariamente se portan bien. Un chico malo con el cerebro de un nerd y la inteligencia de un verdadero sabio, un hombre joven que sabía mucho de muchas cosas. Eso y mil cosas más era Jack, por lo que nada de raro tendría que Mía se fijara en él, como cualquiera de las otras chicas de su clase.

CAPITULO 6

Cuando Mía vio a Jack por primera vez, desde luego que fue un verdadero flechazo, sin embargo, para ese entonces ella ni siquiera le había hablado, se sentía muy nervosa de solo verlo pero le encantaba cuando él hablaba en clase.

—Debes verlo, no es solo muy guapo, sino que además es muy inteligente. Pero no te confundas, no es el típico nerd, el típico ratón de biblioteca. Jack es de verdad un hombre muy interesante y me atrevería a decir que misterioso. Maneja el periódico de la universidad, tiene varios libros publicados, y siempre está leyendo o escribiendo sobre algo. Es tan inteligente que incluso casi siempre parece que sabe más que los profesores. De hecho, yo diría que él perfectamente podría ser el profesor en vez del alumno.

.—Bueno, prima, yo te voy a dar un consejo que me vas a agradecer: busca la primera oportunidad para estar a solas con él, demuéstrole que le gustas, y si en algún momento se atreve a darte un beso, toma su mano y hazlo que te agarre un seno. Te aseguro que con eso, ese tal Jack quedará emocionado. Pero no le des todo, hazlo que se esfuerce por unos días y luego...

—¡No! Nada de eso. Yo no voy a estar...

—¡Un momento! ¡No me digas que res virgen! —Exclamó Miranda, en tono de burla

Mía no dijo nada, y como bien dice un dicho acerca de quien calla, otorga, Miranda entendió que en efecto ella tenía razón y su prima Mía de 19 años de edad, era en realidad virgen.

—¡No lo puedo creer! Con tantos chicos babeándose por ti, y resulta que

tú ni siquiera has estado con alguno antes en tu vida. Todos esos muchachos seguramente se masturban usando tu nombre y tu imagen en la ducha, y resulta que ellos ni saben que tú ni siquiera sabes cómo hacer todo eso que ellos imaginan...

Miranda no había terminado con su desfile de comentarios burlones cuando Mía ya se había marchado a su habitación. Cuando los padres de Mía la dejaban los fines de semana donde su prima Miranda, ella tenía una habitación para ella sola, donde solamente se cambiaba luego de salir del baño, pues a la hora de dormir solía compartir habitación con Miranda. Esa noche, molesta por las burlas de su prima, prefirió ir a encerrarse en su recámara de donde no salió hasta el día siguiente.

A la mañana siguiente, Miranda fue hasta la habitación de su prima, la cual estaba trancada, por lo que dio la vuelta a la casa, subió al tejado y entró por la ventana como lo haría un novio romántico al más puro estilo de Romeo y Julieta.

—¿Qué estás haciendo? ¿Acaso estás loca? —Preguntó Mía Miranda mientras ella entraba por la ventana, en lo que parecía una proeza bastante arriesgada.

—Loca siempre he sido, desde niña. —Respondió Miranda ya dentro de la habitación.

Mía miró para otro lado con rostro de profundo fastidio, pues la verdad no tenía ganas de hablar con nadie y menos con ella. Miranda, por su parte, se sentó en la orilla de la cama con cara de perro recién regañado.

—Mira, yo sé que no hice bien en burlarme de ti. Es solo que tal vez le estás dando demasiada importancia al asunto. De verdad me siento culpable si te hice sentir mal y quiero contarte algo para que quizás lo tomes como ejemplo y no cometas el mismo error.

Mía dejó de doblar las sábanas y entendió que Miranda le hablaba de manera muy sincera, por lo que decidió sentarse en un sofá que estaba en esa recámara, y así quedar de frente a su prima.

—Yo era igual que tú en algunas cosas, no muchas. Una de ellas es que yo pensaba que el sexo era una cosa grandiosa que debía practicar cuando estuviera preparada y todo aquello. Y la verdad es que eso no es falso, pero tampoco es tan importante como creemos. Cuando perdí mi virginidad lo hice con un chico mayor que yo, muy popular, y yo pensaba que desde esa noche seríamos novios, y nos casaríamos, y tendríamos un gran número de hijos, y resulta que al día siguiente ni me hablaba, y cuando lo confronté, resultó que

el muy imbécil ni siquiera recordaba haber estado conmigo.

Miranda hizo una pausa, se notó que un ligero nudo se le atoró en la garganta, y con ello Mía se concentró aún más en lo que su prima tenía que decirle.

—Esa noche él estaba ebrio, solo por eso estuvo conmigo. Y yo como una tonta toda ilusionada. No quiero que te suceda lo mismo, quisiera que dejaras de darle tanta importancia porque lo más seguro es que la persona con quien estés, tampoco se la dé. No te quiero decir con esto que vayas y te acuestes con ese tal Jack o con el primer idiota que se te atraviese, solo quiero que sepas que cuando estés lista y desees hacer el amor por primera vez, trata de disfrutarlo, de ser feliz, y no te ates a ti ni a esa persona a una ilusión que no tiene base. Las parejas que llegan lejos, los grandes matrimonios, no es porque hayan esperado mucho para tener sexo por primera vez, sino porque se entienden muy bien como pareja porque han vivido juntos y se llevan de maravilla. Entonces, tómatelo con calma, no te enrolles, y por favor, discúlpame.

Después de aquellas palabras sinceras de Miranda, a Mía no le quedó más remedio que reconciliarse con su prima, quien después de todo, si algo tenía era experiencia. Amabas se dieron un profundo abrazo, y con una muy pequeña lágrima en los ojos, Miranda le volvió a pedir disculpas a Mía hasta que ambas rieron de nuevo y bajaron a desayunar.

Amabas pasaron el resto del día juntas, y entre tantas conversaciones, Miranda le terminó recomendando a su prima que se armara de valor y se atreviera a hablarle a Jack. Que nada de malo había en sacarle algo de conversación a quien en efecto era un compañero de clases. Le recalcó que no era necesario que le dijera que le gustara, ni siquiera que se lo insinuara. Miranda finalmente le habló de lo importante que es hacerse notar, demostrarle a Jack que ella existía, y a partir de allí, ver cómo podían fluir las cosas.

A la semana siguiente, ay en clases de nuevo Mía se armó de valor y entró a la universidad decidida a hablarle a Jack por sus propios medios. Mía llevaba ya días esperando que fuese Jack quien lo hiciera, pero la verdad es que era un joven muy ocupado, al que todo mundo conocía, y por ende siempre estaba distraído, siempre había alguien que lo llamaba o alguien que se ponía a conversar con él. De verdad era muy difícil que Jack se fijara en tantas cosas con tantas distracciones.

Esa mañana, ella lo vio de frente y apenas lo miró, todo su cuerpo

empezó a temblar. Mía tenía ya 19 años, pero en asuntos de amor aún era toda una adolescente. Con solo mirarlo, se sonrojó profundamente. Él caminaba sereno en dirección a ella, por un momento quiso desistir de su plan, pero recordó las palabras de Miranda y emprendió su camino directo hacia Jack. Ambos avanzaban en dirección uno frente al otro, no había manera de que no se encontraran, las manos le sudaban demasiado a Mía, y sentía que hasta se le había olvidado la manera de caminar, y cuando ya por fin lo tuvo de frente, no se atrevió ni a mirarlo y siguió de largo, pasándole apenas por un lado, sin siquiera saludarlo.

Una voz en su interior le recordó que era tonto ponerse tan nerviosa por tan solo saludar a alguien, y recordó que podía hacerle una pregunta sobre la clase, por lo que decidida, se detuvo, dio la espalda y comenzó a caminar en dirección hacia Jack cuando vio un par de chicas muy bellas lo interceptaron y comenzaron a conversar con él, sonriéndole, moviendo sus largas y hermosas cabelleras. No había forma de que Mía pudiera competir contra esas chicas por captar la atención de Jack, quien gustosamente conversaba con ellas, por lo que solo miró su reloj, vio que aún faltaba mucho para que comenzara la clase en la que por cierto compartiría aula con Jack, y ante las ganas que tenía de que el mundo se la tragara, prefirió irse hasta el salón a esperar que combara la clase, siendo como siempre una sombra más que Jack ni siquiera podría notar en clase.

Llegó al salón, estaba vacío. Se sentó en uno de los asientos y sacó sus audífonos para ponerse a escuchar música desde su celular. Escuchó toda clase de canciones pop, típicas de adolescentes despechadas. Mía se sentía decepcionada de sí misma, avergonzada y hasta molesta. Sentía que había sido una completa tonta, no tanto por no atreverse a hablarle a Jack, sino por creer que él se podría fijar en ella, y mientras pensaba en todo aquello y tarareaba la letra de la canción que estaba escuchando, vio cómo un par de zapatos se posaron sobre ella, u al levantar la mirada, Era Jack quien le hablaba algo que ella no podía escuchar.

—Hola, ¿te puedo preguntar un par de cosas? ¿Me regalas un minuto de tu tiempo?

Mía no lo podía creer. Era Jack, y le estaba hablando a ella. Tardó casi 5 segundos en darse cuenta de que debía quitarse los audífonos para poder escucharlo, Jack de verdad la traía totalmente boba.

Cuando por fin pudieron hablar, Jack le contó que tenía un proyecto para un nuevo periódico, uno feminista, uno que resaltara el talento femenino de la

universidad, y había estado investigado y encontró que Mía era la alumna femenina con las más altas calificaciones en esa institución.

Mía aceptó encantada, y durante toda esa semana le costó dormir. No podía creer, no solo que Jack le hubiese hablado, sino además el hecho de que muy probablemente tuvieran que trabajar juntos. Los días fueron pasando, se empezó a forjar una especie de amistad entre ellos, y Mía estaba resignada a que tal vez él nunca la vería como otra cosa. Aprendió mucho de él, de tantas cosas en apenas una semana, hasta que por fin les aprobaron el proyecto.

¡Mía! ¡Estamos listos! ¡El periódico va! —Gritaba Jack desde lejos la mañana en que le dieron la noticia, y por la que tanto ansiaba verla a ella para contarle.

Mía, al escuchar aquello, salió corriendo a encontrarse con él y abrazarse, para ambos había sido un gran logro, habían pasado toda una semana redactando el proyecto, y cuando por fin la idea se vio consumada, mínimo sentía que debían abrazarse, lo cual en efecto pasó, y justo allí, en el patio, frente a todos, surgió un ligero beso en los labios.

—Perdona, no quise...

—Disculpa, me dejé llevar por el momento. ¡Esto es grandioso!

Ambos siguieron celebrando pero ya sin estar tan cerca uno del otro. A l cabo de unas horas les tocó compartir trabajo en lo que sería la oficina del periódico cuyo equipo hasta ese momento solo lo conformaban ellos dos, y sucedió lo inevitable.

Jack estaba contento, alegre por el logro, y al mismo tiempo, algo cansado. Se fijó en Mía, quien no paraba de trabajar afanosa en ordenar aquella péquela y vieja oficina, y vio en ella a una chica muy bella y trabajadora, además de muy inteligente. Vio su cintura, su cabello, su estampa tan dulce y natural y no pudo evitar querer tomarla por las caderas, voltearla y besarla.

Todo aquello, Jack lo llevó a cabo. Y Mía, que tenía semanas rogando que aquello sucediera, se dejó llevar en lo que fue el más profundo, intenso y apasionado beso que alguien diera o recibiera jamás en aquella universidad.

El beso siguió como era de esperar, con unas prolongadas y sensuales caricias. Y mientras más se acariciaban el uno al otro, más ganas tenían de devorarse por completo. Hasta que Mía tuvo que decir algo:

—Jack, hay algo que debo confesarte.

CAPITULO 7

Jack no entendió nada de aquello, y su rostro lo decía todo. ¿Qué confesión podía ser tan importante como para querer hacerla justo en ese momento tan especial y apasionado?

—Jack, yo soy virgen. —Dijo Mía.

—¿Y eso qué tiene que ver en este momento?

—Bueno, es que me imagino que tú vas a querer...

—Yo no voy a querer nada que tú no quieras. Cuando quieras dar ese paso, lo daremos juntos, y cuando no, pues yo te respetaré. Por favor, Mía. Eso no importa en este instante. —Sentenció Jack antes de seguir besando y acariciando a Mía.

—Pero es que yo sé que no me vas a querer ver más si yo no quiero...

—Mía, tú me gustas muchísimo. Eres la única mujer que he conocido que es inteligente y bella y me presta atención a todo lo que digo. Por primera vez siento que alguien e verdad se fija en lo que pienso y opino, eres la única persona en toda esta universidad que me pregunta cómo me siento y también la única que no espera nada de mí. Tú eres otra cosa, tú eres una chica demasiado especial, y quizás ni te merezco, pero por ahora, déjame seguir besándote que esto está muy rico.

Mía sonrió, se sintió muy a gusto con lo que Jack le dijo, y decidió olvidarse de tantos prejuicios y dedicarse a hacer lo que el propio Jack le había pedido: seguir besándose en paz. Luego de casi 20 minutos en ese plan y de que la lengua de Jack casi tocara la garganta de Mía, ambos volvieron a sus clases y desde ese día mantuvieron un noviazgo muy bonito.

Para el cumpleaños 20 de Mía, Jack tenía una interesante sorpresa para su novia. Organizó un picnic en el jardín de la casa de un amigo. Llevó una

torta, velas, y algunos bocadillos. Él no planeaba nada fuera de pasar un gran momento que ella pudiera recordar, porque estaba muy enamorado de ella. La casa quedó sola, los dos se besaron intensamente hasta que él sacó una botella de vino.

—Si no quieres, no tomes. Pero déjame disfrutar de tu compañía y celebrar la suerte que tengo de haberte conocido, tomando un buen vino añejo.

Jack no había terminado de decir aquello cuando Mía ya se estaba sirviendo una copa. Porque Jack tenía ese efecto en ella, le da seguridad, confianza, la motivaba, tal vez sin proponérselo a ser ella misma, a atreverse a hacer las cosas, a no tener miedo cuando él estaba allí acompañándola.

—Gracias por todo, Jack. Por la torta, las velas, el momento. De verdad eres muy especial.

Jack escuchó aquellas palabras, y cuando Mía terminó de hablar, era porque él ya estaba sobre ella quitándole la blusa. Nadie lo planificó así, Jack no sabía que se quedarían a solas, y Mía ni sospechaba que se día, justo el día de su cumpleaños, ella perdería la virginidad.

Él besó su cuello y fue bajando hasta su pecho donde encontró dos pezones rosados que parecían volcanes perfectos, simétricos, esperando que su lengua apaciguara el fuego que reinaba en ellos. Mía por su lado sentía que estaba teniendo fiebre, que la temperatura en su cuerpo aumentaba al ritmo de la pasión que emanaba de ellos dos.

Él la colocó abierta de piernas y le dio a conocer las bondades de un beso bien dado que no solo se agradece cuando es en la boca. Y entre cosquillas y gemidos, Mía se fue dejando llevar hasta que sintió el gran deseo, el grueso y tenso deseo que Jack tenía por ella. Al principio fue tan doloroso como saber que lo más rico de la vida puede hacerte daño, un dolor que comparado al placer, era nulo.

Así, entre gemidos y nuevas experiencias. Ambos sellaron su amor en una casa ajena, en el día del cumpleaños de Mía. Cuando la felicidad de ambos no podía ser mayor y sus fuerzas para el amor ya estaban agotadas, cada uno vistió al otro como en un gesto protector y se fueron del lugar.

Jack la acompañó hasta la puerta de su casa, donde sus padres la esperaban con una torta para celebrar. Ellos no lo sabían, pero su niña ya se había convertido en mujer esa tarde, así que a ella particularmente le sobraban las razones por las cuales celebrar.

Cuando Mía entró a la casa, fue recibida como una reina. Sus padres le

dieron varias bolsas y varias cajas que contenían los más variados regalos. Cantaron el cumpleaños, comieron torta, y a mitad de la cena. Ambos muy solemnemente, le dieron una noticia:

—Mía, sabemos que ya eres toda una mujer, estamos muy orgullosos de ti, y queremos darte una noticia. Tu madre y yo nos vamos a separar. No lo tomes de mala manera, entiende que nosotros nos amamos, nos adoramos, somos los mejores amigos el uno del otro, pero es momento de dar un nuevo paso en nuestras vidas.

—¿Qué? ¿Ustedes están hablando en serio? ¿De verdad esto les parece una fabulosa noticia para darme en el día de mi cumpleaños? —Dijo Mía antes se subir corriendo y llorando hasta su recámara.

CAPITULO 8

Conforme fueron pasando los días, Mía lo fue tomando cada vez de manera más madura. Sin embargo, fue necesario que ella tuviera que acudir a un psicólogo, más por iniciativa propia que de nadie más.

—Es importante que entiendas que existen muchos tipos de relaciones, unas mucho más abiertas que otras, pero la que tienen tus padres es una cosa fuera de serie, bien lejos de cualquier cosa que yo en mis años de profesional haya podido conocer.—Le decía la sicólogo a Mía.

—Lo sé, yo misma no puedo entender cómo es que se quieren tanto todavía, y no intentan darse una segunda oportunidad. No sé. Yo de verdad no soporto la idea de verlos separados.

—Ellos ya tuvieron su oportunidad de llevar una vida juntos, ahora les toca conocer a otras personas y ser felices por otros lados. Igual, debes sentirte súper especial, porque el lazo más fuerte que los une eres tú misma. Ellos se aman, a su manera pero se aman. Ya no se desean el uno al otro, solo quieren que cada quien sea feliz, por lo que no existe celos entre ellos por eso han tomado esa decisión que tú no solo deberías respetar sino además apoyar, porque toda esa mistad profunda, todo ese amor que se tienen, lo tiene muy bien cuidado y conservado por ti, porque te aman y te adora. Tú nos aves desde cuándo ellos han estado esperando hasta que tú tuvieras la edad y la fortaleza suficiente para entender esta decisión. De verdad es admirable todo lo que ellos han hecho por mantenerte feliz y por no hacerse daño el uno al otro. Es increíble, sencillamente increíble.

Mía no hizo más que asentir con la cabeza, sabiendo que todo lo que la psicólogo le decía, era totalmente cierto. Y mientras ella discutía sobre eso en el consultorio, reflexionado de maneras profundas, Lucy esperaba a Julián de

una manera muy peculiar para celebrar.

Julián y Amanda ya estaba oficialmente divorciados conformes pasaron los días y los detalles legales de ese trámite o proceso que siempre suele resultar largo, tedioso y muy engorroso. Al llegar a casa de Lucy, donde ahora finalmente Julián se mudaría, la encontró de rodillas, esperando por él.

—Tengo horas esperando por ti, mi amo, mi señor. Ven que quiero darte las felicitaciones más deliciosas que jamás haya recibido alguien. Quiero darte con mi lengua todo lo que mereces por ser un hombre tan perfecto, por ser mi dueño desde la primera vez que nos vimos.

Julián no lo pensó dos veces y avanzó, cerró la puerta tras de sí, estando en la sala de la casa de Lucy, la que ahora sería la casa de ambos, se dejó llevar por el placer y la lujuria, esa que siempre había reinado entre ellos, porque la relación que mantenían involucró sexo desde siempre, desde aquella vez en el museo cuando sin conocerse muy bien hicieron el amor a escondidas, esa llama de fuego ardiente que jamás se ha extinguido entre ellos, porque no solo se aman, es que se desean como un par de adolescentes enamorados.

Ella comenzó por lamer su abdomen una vez que Julián quedó sin camisa, pero al estar completamente desnudo, ella no hizo otra cosa que no fuera comérselo por completo. Primero lamio su abdomen, luego bajó hasta su pene y se deleitó dando rienda suelta a su lengua. Después de eso quiso también aportar placer a los testículos de su hombre y lo consiguió. Mientras lo hacía feliz, lo miraba a los ojos, y esa fue, de alguna manera, la forma en la que bautizaron al que sería ahora su hogar como pareja de todos los días. Ya no se verían a escondidas, ya no deberían inventar excusas, ya no eran una pareja que solo estaba junta los fines de semana para llevar y mantener una extraña vida paralela durante la semana. Ya eran oficialmente una pareja normal, de esas que desde hace rato deseaban ser, al menos en lo importante. Porque no es que fueran muy normales que digamos, de hecho se puede decir que no lo son en lo absoluto, pero lo que cuenta es que sea como sea, ahora serían todavía más felices lo que ya de por sí eran.

Y así, entre tanto amor lujurioso, Julián terminó por depositar todo su seo entro de la boca de Lucy, expulsando amor acuoso y blanquecino que terminó cayendo en la garganta de la joven morena de trasero bien firme, la misma que supo enamorarlo desde la primera vez que se vieron.

Por su parte, Mía y Jack comenzaron a desarrollar una extraña costumbre, la de tener sexo a cada rato en lugares públicos o en casas de amigos. Nunca

era planificado, solo era cuestión de que nunca desaprovechaban una oportunidad. Bien fuera en casa de amigos, en baños de la universidad, en algún parque solitario, siempre de un modo u otro, se daba la oportunidad de hacer el amor y ellos no la desperdiciaban, porque así de fogosos eran, porque así le gustaba ser y porque así eran muy felices.

Una tarde, Jack estaba follando a Mía en estilo perrito y no aguantó las ganas de dejarse llevar y terminó muy rápido. En un primer momento, Mía se molestó un poco, se podría decir que quedó insatisfecha, con ganas de más. Pero apenas unos segundos después, un policía pasó cerca. Estaban en un parque, estaban follando de la misma manera a la que ya estaban acostumbrados, profanando lugares públicos.

Todo comenzó en una fiesta a la que fueron juntos. Al cabo de un rato, Jack estaba un poco cansado del olor a humo en el sitio, casi todo mundo fumada, y le propuso a Mía salir a tomar algo de aire fresco. Una vez que caminaron un par de cuadras, fueron hasta un parque donde Jack le habló de lo mucho que la amaba, y cuando fue describiendo una por una las razones, terminó hablando de lo delicioso que era el sexo con ella, y de una cosa pasaron a la otra, lo que fue una exposición de teorías, se terminó convirtiendo en una demostración práctica.

—Mi amor, nos acabamos de salvar de un gran bochorno. Yo te amo mucho, pero creo que ya es hora de tener un lugar propio, un sitio donde amarnos sin problemas y sin exponernos a un muy mal rato y a una vergüenza tanto para nosotros como para nuestras familias.

Cuando Mía le dijo aquellas palabras a Jack, activó en él un sentido de querer hacer las cosas bien. Esa noche Jack se dio cuenta de que era momento de dar un nuevo paso, de establecer de manera más seria su relación con ella y de avanzar como pareja. No se trataba de casarse ni de cosas formales tradicionales, pero sí tenía algo que ver con eso. En definitiva, Jack comenzó a pensar que necesitaba un empleo mucho mejor para poder darle a quien seguramente sería su futura esposa, todo lo que merecía.

Luego de aquello, Jack pasó días buscando alternativas, buscando la fórmula exacta para lograr lo que deseaba, hacer feliz a Mía y cumplirle como el hombre de su vida, como eso que él era para ella.

Mientras eso pasaba, Julián invitó a Mía a pasar un fin de semana con él y Lucy en la que ahora era su nueva casa. En un primer momento, Mía no estaba muy a gusto con la idea, le daba algo de celos pasar un fin de semana con la que era algo así como la sustituta de su madre. Mía amaba mucho a su

mamá, y solo porque la propia Mía fue quien le pidió que fuera, es que ella aceptó

Desde un principio Mía no quería ir. No solo porque no le tenía mucho aprecio a Lucy, sino incluso por el amor que le tenía a su padre, prefería evitar una confrontación. Pero el solo hecho de que fuera su propia madre quine la incitara a ir, que fuera la propia Amanda la que le pidió que la conociera y que se dieran una oportunidad, ayudo a que Mía aceptara.

Después de todo, no se trataba ni de ella ni de su mamá, se trataba de hacer feliz a Julián. Ella, Mía, debía entender que tanto Julián como Amanda, decidieron hacer una vida en paralelo a la que llevaban como familia, y era momento de que Mía no solo aceptara y respetara eso, sino también de que comenzar a apoyarlos, especialmente a su padre que fue quien tuvo que irse de la casa.

Esa decisión de irse a casa de Lucy, no fue algo que Julián tomara de manera apresurada, bajo algún tipo de presión o por alguna obligación. Julián tomo esa decisión porque quiso, porque le pareció lo más correcto, lo más acertado, en parte por su generosidad, y también porque era algo que Lucy llevaba años pidiéndole, era algo que debía complacer a todos, incluso a su nueva mujer, a esa morena que desde siempre lo había hipnotizado.

Llegó el día en el que Julián pasaría buscando a Mía para ir hasta casa de Lucy. Todo comenzó bien, o eso parecía. Mía esperaba a su papá muy contenta como siempre, pero apenas emprendieron el viaje hasta la casa de Lucy, Mía comenzó a mostrar una cara diferente. Dejó de ser una chica simpática para dar respuestas odiosas a casi cada pregunta que Julián le hacía. Incluso comentarios tontos y sin importancia. Mía los tomaba muy a pecho y se esforzaba en darle a su padre la pero respuesta en casi todo momento.

Ella no se daba cuenta, pero con eso, eso que estaba logrando muy bien y que hacía de manera casi inconsciente, estaba demostrándole a su papa que por lo visto ella jamás se llevaría bien con Lucy, porque era muy obvio que la odiaba.

—Vaya, el día está bastante soleado. ¿No te parece? Parece estarlo más que de costumbre.

—Pues creo que no hace falta ser un experto de la NASA para darse cuenta de eso. Con solo salir hoy ya uno siente que se derrite. Yo creo que hoy definitivamente no es un buen día. No es un día de esos en los que las cosas salen bien, en los que todo es felicidad. No, no parece ser un día de esos. Si supieras, que más bien parece ser un día oscuro, de no ser, claro, por

este intenso sol que estamos recibiendo hoy y que yo diría que es hasta por gusto, que no vale la pena.

Esas últimas palabras eran como puñaladas directas al corazón de Julián. Él esperaba con mucha ilusión que Mía y Lucy se llevaran Bien. Él no quería que Mía viera en Lucy a una nueva madre, él solo quería seguir siendo feliz y mostrarle a Mía de qué se trataba esa felicidad. En pocas palabras, él solo quería compartir su felicidad con su hija, con su única hija.

Pero Julián, por otro lado, estaba muy al tanto de lo temperamental y emotiva que era su hija, sabía que en gran parte todo aquello no era más que una especie de pataleta que tenía montada por los celos que Lucy desataba en ella. Así que decidió no prestar demasiada atención y dejar que el día fluyera de la mejor manera posible.

Al llegar a casa, Lucy los recibió muy nerviosa. Ella realmente estaba enfocada en agradar a Mía, ella quería que Julián se sintiera orgullosa de ella y sobre todo quería llevarse bien con Mía, y es que después de todo, no había demasiada diferencia de edad entre ellas dos.

—Hola, Mía. Te he estado esperando desde hace rato. Es un verdadero placer tenerte aquí.

—¿Sí? Pues si fuera por mí, aún estarías esperando. Pero ya sabes, para eso existen los padres, para obligarnos a hacer cosas que no queremos.

La respuesta de Mía fue verdaderamente incómoda, Lucy no supo qué hacer y solo miró los ojos de Julián como buscando refugio en ellos. Por su parte, Julián solo pudo reírse un poco del muy perspicaz comentario de su hija.

La tarde avanzó y por educación, por desenvolvimiento social, o por lo que sea, Mía y Lucy terminaron interactuando un poco más, y todo terminó de arreglarse cuando Lucy le mostró a Mía una sorpresa que había preparado con mucho cariño para ella.

—Mira, esto lo hice especialmente para ti porque me dijeron que pocas cosas en la vida te gustan más que este tipo de tortas, la famosa tres leches. La hice con mucho cariño porque tu papá definitivamente te adora, y ese cariño que él siente por ti, es capaz de transmitírsele a cualquiera con quien él hable de ti, porque de verdad es contagioso, habla con tanto cariño y con tanto amor de lo que representas para él, que a quienes nos importa mucho tu papá, nos termina encantando la idea de poder conocerte. Por eso hoy digo que tengo suerte de finalmente verte en persona, pues tu padre siempre me habla de ti, y por eso mismo es que hoy con muy buenos deseos, prepararé esta

torta para ti.

Con semejante explicación y ante tal detalle, Mía no pudo evitar soltar una lágrima que pronto se borró cuando probó lo que era la más deliciosa torta que hubiera probado en su vida. Desde ese momento pasaron el resto del día muy conversadoras, y desde ese momento se hicieron grandes amigas, lo que al mismo tiempo hizo muy feliz a Julián.

CAPITULO 9

*H*abiendo pasado unos meses desde aquella noche en la que de algún modo Mía le exigió a Jack que tuvieran un nido de amor propio, un lugar donde hacer el amor de manera tranquila y en privacidad, él la fue a buscar en la universidad para llevarla hasta un lugar donde le tenía preparada una sorpresa.

La llevó hasta un edificio, y estando ambos parados frente a él, la cargó en sus brazos, subieron unas escaleras hasta el primer piso, y le abrió la puerta de lo que era un apartamento que él había comprado para los dos.

—Yo sé que lo normal es boda y toda la cosa, pero yo soy muy práctico y preferí invertir en esto, porque sé que lo necesitamos y porque tú misma en cierto modo así me lo hiciste ver. Yo te adoro, Mía. Eres muy especial para mí y solo quiero hacerte feliz.

Estando ya dentro del apartamento y luego de esas palabras tan sinceras como románticas, Mía no pudo esperar a estrenar el apartamento de la mejor forma, y de hecho no tuvo ni que pedirlo. Jack ya sabía lo que debía hacer. Así que subió con delicadeza el vestido que Mía traía puesto mientras la besaba tanto en los labios como en el cuello, de forma muy apasionada.

Luego de tener sus nalgas en sus manos, procedió a tocarla toda, de manera más completa, hasta que ambos terminaron en uno de los rincones del apartamento que acababan de comprar y que al mismo tiempo se dedicaban a estrenar. Mía estaba sobre Jack, cabalgando al más puro ritmo del amor incandescente que se tenían. Los pechos de Mía rebotaban y Jack se daba un gran deleite con ellos, hasta que ambos explotaron de placer y de amor, en lo que definitivamente fue un muy interesante y original bautizo para ese nido de amor de paredes y techo que era para ellos el fin de una vida sexual

arriesgada para comenzar a centrarse en los siguientes pasos para terminar de establecer la hermosa relación que desde hacía un tiempo habían comenzado a construir.

—Yo estoy muy feliz de que ya estés por graduarte. Yo ya recibí mi título, y mira, nos está yendo muy bien. Ya tengo mi empleo y me he permitido compra este lugar para nosotros. Sé que apenas en algunos meses nos terminará de ir mejor, y tú estando ya por graduarte harás que seamos una pareja moderna, una pareja joven y trabajadora. Yo me siento muy orgulloso de ti y quiero darte solo lo mejor.

Esas palabras para Mía fueron el mejor discurso post sexo que jamás hubiera tenido. Las palabras de Jack definitivamente le llegaban bien hondo en su corazón y se sentía realmente plena, feliz y satisfecha al lado de ese magnífico caballero que solo sabía darle satisfacciones.

Luego de aquello, fue cuestión de apenas unos días para que Mía fuera hasta casa de su madre a contarle las buenas nuevas. Era sábado, Mía fue de visita, y le dijo a su mamá que se mudaría a vivir con Jack.

—No me ha propuesto matrimonio, madre. Ha hecho algo que considero mucho mejor, ha comprado un apartamento para nosotros y lo ha puesto a mi nombre. Sé que lo más tradicional es que nos casemos, pero yo de verdad no lo veo tan importante, y me siento orgullosa de que en tan poco tiempo ya tengamos un lugar donde vivir juntos.

—Pues te felicito, hija. Me parece una maravilla. De verdad. Y bueno, aprovecho la buena nueva para decirte que te apoyo en tu decisión, y también para contarte que Orlando se vendría a vivir conmigo. Ya lo he consultado con tu padre, y en vista de que ya veíamos venir esto de que seguramente te mudarías y tratarías de hacer tu vida por ti sola como era de esperarse, pues tato él como yo hemos estado de acuerdo en que lo mejor es que Orlando se venga a vivir aquí conmigo y así no solo evito estar sola en casa, sino que además tendré una gran compañía.

Dicho aquello, pasaron un par de semanas y Orlando ya estaba instalado en casa de Amanda, en la que alguna vez fue la casa donde ella vivió con Mía y con Julián. La vida da muchas vueltas, y con ella pasan muchas cosas, como lo que sucedió luego de un tiempo cuando Mía fue de nuevo a visitar a su madre Amanda, en esta oportunidad estando ya instalado Orlando en aquella casa.

—Hija, necesito contarte algo. —Le dijo Amanda a Mía en esa oportunidad.

—¿Qué cosa, madre? Ya me tienes hasta preocupada. No me hables así que me asustas. Dime, ¿qué paso? ¿De qué se trata?

—Tranquila que no es nada malo, pero sí un poco impresionante.

—Ay, mamá. Por favor dime ya de una vez que me tienes hasta estresada.

—Bueno hija, vas a tener un hermano.

En primera instancia, Mía no entendía nada. No comprendía lo que las palabras de Amanda le estaban diciendo, hasta que la vio llevarse las manos a la barriga, en ese instante se dio cuenta de que se trataba de que Amanda estaba embarazada. Aquello era sin duda una gran noticia, pero al mismo tiempo un poco extraña. Por tantos años, tanto ella como Julián lo intentaron por todos los medios y no pudieron. Ahora, cada uno había comenzado a rehacer su vida amorosa, y resultó que por fin Amanda pudo volver a quedar embarazada.

—¡No lo puedo creer! —Exclamó Mía— Déjame llamar a Jack para contarle, se va a emocionar mucho, ya verás.

Luego de esas palabras, luego de un profundo y sincero abrazo con su madre, y luego de felicitar a Orlando, Mía salió un momento al patio para darle la espectacular buena nueva a su querido Jack.

—¡No lo vas a creer! ¡Voy a tener un hermano!

Al propio Jack le costó entenderlo en un primer momento, pero luego cuando por fin captó lo que Mía le estaba diciendo, no tuvo más palabras que de felicitaciones.

—Qué bien, mi amor. Me alegra mucho, de verdad que sí. Esa noticia es maravillosa. Apenas pueda, pasare por allá para felicitarle personalmente. Me imagino que en este momento están todos emocionados celebrando.

—Bueno. Sí. Emocionados sí, y mucho. Celebrando no tanto, estamos ya por acostarnos a dormir. De hecho aprovecho para decirte que hoy dormiré aquí, pero...

Mía no pudo terminar de decirle a Jack lo que le estaba contando, porque justo mientras conversaba con él, ocurrió una cosa demasiado extraña. De la nada sintió un mareo terrible, unas náuseas horribles y unas ganas de vomitar que se convirtieron en un desmayo. Así, tan sencillo como eso, Mía, mientras hablaba por celular con Jack, se desplomó en el patio de la casa, cayendo totalmente inconsciente al piso.

CAPITULO 10

Orlando vio todo desde la ventana y Salió corriendo a auxiliar a Mía, pero cuando llegó era un poco tarde, ella ya estaba en el piso, con la mirada perdida. De urgencia se fueron todos corriendo a alta velocidad hasta una clínica, y cuando por fin la atendieron. Afortunadamente Mía no estaba tan grave como parecía.

—Debo darles una noticia maravillosa —dijo el médico— Lo que sucede con la paciente, no es otra cosa sino que está embarazada.

Todos se vieron las caras, asombrados, incrédulos ante el hecho de que madre e hija estaban embarazadas. Para ese momento, en la clínica solo estaban Amanda Y Orlando, pero justo cuando recibieron la noticia, apareció Jack llegando muy apresurado.

—¿Qué sucedió? Por favor díganme que Mía está bien.

—Claro que sí, hombre. ¡Lo que sucede es que vas a ser papá!

Orlando y Jack no se conocían, pero nada más con recibirlo de esa manera y con semejante noticia, a Jack le bastó para que él le cayera extremadamente bien, y ante tanta emoción, a Orlando también comenzaba a agradarle la familia de Amanda.

Todos se abrazaron, el propio Jack aprovechó de felicitar a Amanda y a Orlando, ellos lo hicieron con él, y al final todos se terminaron de confundir pero en abrazos. Cuando Mía ya estuvo mucho mejor, salió de la sala de urgencias y recibió la noticia al igual que todos.

—A ver, muchachos. Amanda y yo lo hemos estado pensando bien, sabemos que ustedes han comprado un apartamento recientemente, pero vaya que esto que está pasando es muy interesante. Yo les propongo que vendan el apartamento, se vengán a vivir con nosotros, la casa es muy grande y la

familia apenas está comenzando a crecer. Tanto a Amanda como a mí nos encantaría tenerlos con nosotros, y así les quedaría algo de dinero por si desean invertirlo en algo, puede ser un negocio para ir garantizando la estabilidad económica desde ya y poder darle todo lo que merece a ese niño que está por venir. Vamos, ¿Qué dicen?

Jack y Mía se vieron a los ojos por tan solo un instante, y caso al mismo tiempo ambos dijeron que definitivamente aceptaban la proposición, lo que termino de ser una razón para celebrar. Luego de unos instantes, Mía dijo algo muy importante cuando ya todos iban en la camioneta de Orlando de regreso a casa.

—Necesito ir mañana a verme con papá. Quiero ser yo quien le cuente.

—Muy bien, no te podré acompañar porque tengo trabajo, pero si me lo permites, puedo llevarte y dejarte con él y de ahíirme yo hasta mi trabajo. — Agregó Jack.

Pues hagamos algo más interesante, yo mañana no tengo trabajo, puedo prestarles la camioneta así van más seguros, y no solo sabes que Jack podrá llevarte, sino que le dejo el auto para que se vaya con él al trabajo y pueda pasar luego por ti. Así no solo te lleva sino que también te busca. Creo que es lo justo, creo que así debe ser. Por favor no me rechacen mi oferta que lo hago de muy buen corazón porque todo esto de ser padre abuelo al mismo tiempo, me tiene muy ilusionado y solo quiero hacer las cosas bien.

Tanto Mía como Jack estuvieron de acuerdo. Esa noche todos durmieron en la que desde ese entonces sería su nueva casa, la casa familiar, la casa de todos y de crecerían muy felices los niños que estaban por nacer.

A la mañana siguiente, desde muy temprano, Jack llevó a Mía a ver a su papá y él de allí se fue hasta su trabajo en la camioneta de Orlando. Mía había quedado de verse en una café con Julián porque quería darle una noticia muy especial y quería que fuese en el café a donde él solía llevarla por las tardes cuando era niña.

—Hola, papá. Te he citado aquí porque tengo una, bueno, dos noticias grandiosas que darte.

—Hola, mi amor —respondió él luego abrazándola con mucho cariño— Cuéntame, de qué se trata, ya me tienes ansioso.

—Bueno, siéntate bien porque esta es una noticia bomba. Estoy embarazada, y no solo eso, pues además de madre, también voy a ser hermana. Sí, como lo escuchas, tanto mamá como yo, estamos embarazadas, justo al mismo tiempo.

Julián no sabía qué hacer. Se paró de la mea, comenzó a dar saltos, abrazó varias veces a Mía. En ocasiones la soltaba, creyendo que la podría lastimar por el embarazo, luego la volvía a abrazar, incluso hasta quiso cargarla en brazos y de nuevo le preocupó lastimarla a ella o al bebé. Fue tal la emoción que gritó varias cosas alegres y terminó por ofrecer una ronda de café a todos los presentes a cuenta suya.

Por confusiones ente tantas emociones, a Mía se le olvidó el plan de que Jack la pasaría buscando luego, y ella, también por lo sentimental que estaba con su papá, aceptó cuando Julián le ofreció llevarla hasta casa para así aprovechar de felicitar tanto a Amanda como a Orlando.

Para Julián era increíble, por fin Amanda había logrado quedar embarazada. No se preocupó en detalles tontos como si era él el infértil o qué fue lo que realmente pasó, porque tal vez fue algo del destino, tal vez así debía ser.

—Vamos, de verdad estoy muy emocionado. Aun no lo puedo creer. Tú mamá debe estar enloquecida de la emoción, será madre y abuela al mismo tiempo. Eso se cuenta y no se cree.

—Sí, parece de película. En serio yo estoy muy emocionada y aún creo que esto puede ser un sueño. Es increíble.

Y así, entre tanta felicidad, el camino se les hizo bastante breve, pero al llegar a casa, ni Amanda ni Orlando estaban. Habían dejado una nota diciendo que Amanda había tenido un antojo y ambos decidieron salir a algún mercadillo cerca para satisfacer a la futura madre, o bueno, a una de ellas.

—Bueno, qué lástima que no estén, pero que bien por ellos. Diles que de verdad estoy muy emocionado. Tanto que ya mismo me voy para mi casa a contarle a Lucy, ella no me lo va a creer.

—Está bien, papá. Maneja con cuidado, controla esa emoción. Dale mis saludos a Lucy, dile que extraño sus tortas. Yo les daré tu mensaje a mamá y a Orlando. Pronto te visitaremos Jack y yo.

Julián se marchó, se fue muy feliz a casa. Al llegar, Lucy lo estaba esperando en la sala con un sobre en la mano. Julián no sabía de qué se trataba, sí le pareció un poco raro, pero decidió primero contarle la noticia y luego preguntar.

Julián no paraba de hablar y parecía no respirar, estaba tan emocionado, tan contento, que no se daba cuenta de que Lucy necesitaba contarle algo muy importante. Él en sus ojos dejaba ver lo feliz que era, y cuando finalmente terminó de hablar y lo que Lucy esperando muy pacientemente

para no interrumpirlo, le dijo:

—Te felicito, mi amor. Me alegra mucho, sé lo importante que es todo esto para ti. Tu hija embarazada, Amanda embarazada, sé lo mucho que ambos lo intentaron. De verdad me alegro, pero si crees que las casualidades de esos dos embarazados son algo realmente increíble, espera a que te cuente que no solo vas a ser abuelo, sino que también vas a ser papá.

Julián casi se desmaya de la emoción, primero se quedó mudo, incluso hasta palideció un poco. Por fin llegó ese hijo que tanto esperaba, el que tanto había buscado tener con Amanda y no pudo, y lo va a tener justo al mismo tiempo en que su hija está embarazada y en el que la misma Amanda también lo está. Era sencillamente una cosa loca difícil de creer.

Luego de esa gran noticia, Julián no pudo esperar y decidió llamar a Amanda para felicitarla de inmediato y contarle. Durante la llamada, ambos lloraron de felicidad, y nueve meses después, ya todos estaban en la clínica, atendiendo lo que además fue la casualidad todavía más extraña: las tres dieron a luz el mismo día.

La escena era maravillosa, primero Orlando sosteniendo a Lili, una preciosa bebé de piel morena y cabello rizado. Luego, Julián orgulloso cargando a Richard, un apuesto caballero recién nacido muy parecido a su padre, y todos se reunieron cuando finalmente apareció Mía en silla de ruedas cargando a Coco y Kimi, una hermosa pareja de gemelos recién nacidos.

—Esta fecha quedará en la historia de esta maravillosa gran familia como el cumpleaños grupal más bello que pueda existir. Año tras año nos reuniremos y celebraremos juntos y felices. —Fueron las palabras de Jack para cerrar el círculo de felicidad que los embargaba a todos.

OTRAS OBRAS DE OLIVIA SAINT

OTRAS OBRAS DE OLIVIA SAINT

Me encantaría que también le eches un vistazo a mis otras obras, **las cuales puedes leer de forma gratuita a través de Kindle Unlimited:**

Por ejemplo: la tetralogía completa de la serie “*Tentaciones Prohibidas*” (4 libros en 1) sé, que te va a encantar:



[¡Consíguela aquí!](#)

Para ver mas de mis obras no dudes en visitar mi perfil en Amazon

Author Central:

[Visita mi perfil accediendo aquí](#)

Muchas gracias por elegirme

Besos

Olivia Saint

NOVELAS BONUS SOLO PARA TI



Disfruta de las siguientes 3 Novelas de mi autoria de forma absolutamente gratuita.

NOVELA 1



Solo con estar a Mi lado Hoy
Sensaciones

CAPITULO 1

*M*ientras caminaba por la calle era imposible que los hombres que pasaban dejaran de verla, incluso parecía que los pitidos emitidos por los pajaritos en los árboles alababan su belleza. Caminaba rápido pero segura, calzaba unas zapatillas deportivas, las cuales eran sus favoritas; subiendo la vista lentamente hasta su pequeña cintura, se veía un hermoso pantalón jean rojo ajustado a sus esbeltas piernas, que hacía justicia a sus nalgas bien proporcionadas, que se comprimían jugosamente conforme caminaba.

Y si aún la visión no se ha nublado de tanta tentación, era posible apreciar su ceñida camisa de un azul celeste abotonada hasta el pecho, donde el sostén de unos senos medianos era visible a través de la prenda. Tenía al descubierto su cuello, aquel que todo varón quisiera besar despacio. Y su mirada, por no ensalzar más su silueta, era digna de ser pintada; unos ojos grandes de avellana, nariz fina y una boca pequeña de labios no tan gruesos, perfectos con la delicada forma de su cara. Por su espalda caía su sedosa cabellera castaña como un río en montaña, de un olor tan fragante que hipnotizaba a quien fuera.

Caminaba por el largo bulevar “Primavera”, los árboles a cada lado eran altos y frondosos, albergando a decenas de pájaros que cantaban en plena mañana y volaban veloces de árbol en árbol. Como en todas las mañanas, el bulevar estaba un poco concurrido de personas, pero sin llegar a verse como las calles de New York o Tokio. Algunas personas iban apresuradas y otras más tranquilas. Algunas iban de traje y maletín, con un café en la otra mano; y otros de miradas jóvenes iban con mochilas a sus espaldas. Aunque hubiera tanta gente, no se escuchaba un parloteo excesivo, sino más bien que, todas

las voces se asemejaban al sonido de un arroyo y, combinado al de los pájaros, hasta le resultaba relajador.

En las calles sí que era diferente. Aunque no tan fuerte, llegaba a sus oídos el motor de los autos y las cornetas; esas personas llevaban más prisa que los que iban a pie junto con ella. Las tiendas por su parte comenzaban a abrir poco a poco. Por esa zona sólo había tiendas de ropa y restaurantes, las cuales estaban abriendo sus puertas de mano de sus propietarios. Uno de ellos hasta sus manos frotó, con la sensación de que le esperaba un buen día a su restaurante italiano. Sí, era una mañana hermosa, ella la estaba disfrutando, con un sol que acaba de despertar y cuyos rayos apenas tibiaban el rostro.

A unos pasos delante de ella, y ella acercándose, un mendigo discutía con una persona. El mendigo estaba algo insistente.

Vamos, hombre, ¿no me puedes dar un poco de dinero?! ¡Sólo un poco!

Señor, en serio, no tengo dinero Ella pasó justo a su lado en ese momento. Si tuviera...

¡Oh, mierda! Explotó el mendigo, si te vi hace rato comprando el café que llevas en la mano. Maldito mono de la sociedad, seguro que dentro de ese maletín llevas bananas.

Señor, ¡basta! No tengo por qué escuchar sus insultos...

Aún con aquellos gritos Miranda no reaccionó como el resto de las personas que giraban sorprendidas ante la escena. Ella estaba sumergida en su propio mundo, pensando y pensando, dándole vueltas a algo que se había apoderado de su mente. El mendigo le quitó el café a la persona y se lo echó encima, ensuciando completamente su planchado traje, a lo que salió corriendo empujando personas para abrirse paso, y Miranda, ni pendiente de aquello.

Iba caminando hacia la universidad. Siempre que decidía ir caminando cortaba camino por el “Primavera”, el bulevar. La vista era más hermosa con tantos árboles y la ancha pasarela. Miranda lo tenía todo, además de esbeltas piernas y nalgas, cintura reloj de arena, senos jugosamente medianos, y el rostro de un ángel, tenía todo lo que una chica de su edad pudiese querer, incluyendo auto propio. Un regalo de su padre hace dos años, un auto compacto y lindo, ideal para una chica linda como ella. Por lo general ella iba a todas partes en él, incluso a su universidad, que sólo quedaba a unas cuatro calles de su casa.

Pero hoy decidió, sin mucho esfuerzo, ir a caminar a la universidad para distraerse, porque los gemidos de su hermana Elza con su cuñado no la

habían dejado dormir anoche. Por más que cambiara de posición una y otra vez en la cama, y apretara los ojos o intentara relajar su mente, allí estaban los gemidos, uno tras otro, reiteradas veces, pruebas de una sesión de sexo apasionado, con Elza y su cuñado acostados desnudos en la cama, él detrás de ella sin siquiera un hilo de separación de por medio, sus piernas enlazadas al igual que los dedos de sus manos, mientras que la mano libre de él abrazada el firme abdomen de Elza, todo al tiempo en que él la penetraba repetidas veces por la vagina; lo hacía lentamente, a un ritmo sereno, pero constante, intenso, cual máquina, mientras se besaban en los labios y aquellos dedos enlazados se apretaban más y se hundían en la sábana. Y cada vez que sus labios se separaban, eran para él decirle que la amaba y ella responderle con los fuertes gemidos, que lo excitaban salvajemente, y a Miranda atormentaban.

Pero en realidad, no fue eso lo que no la dejó dormir. No, no fueron los gemidos de su hermana. Fue otra cosa. Un sentimiento. Un sentimiento relacionado con aquello fue el culpable de que no conciliara el sueño. Era aquel su enorme inquietud.

Cuando eran niñas, ella y Elza siempre estaban juntas. Hacían de todas travesuras y eran cómplices de la otra. Jugaban a las muñecas, correteaban de arriba abajo... Adonde quiera que fuera una, allá iba la otra; no les gustaba estar separadas, y cuando les dijeron que cursarían el cuarto grado en salones diferentes, fue el día más evidente para sus padres; no había quien pudiera detener el chorro de lágrimas que brotaban de sus ojos, y sus llantos ahogaban cualquier consuelo que ellos intentaron darles.

Después de un buen rato, cuando se habían cansado de llorar, sus padres les dijeron que hablarían en la escuela para ver si era posible ponerlas juntas como en los años anteriores. Esto las calmó un poco. Dicho y hecho, al día siguiente fueron a la escuela y trajeron a casa una grata noticia: Pasarían a Miranda al salón de Elza. Los ojos de las hermanas se habían llenado de esplendor y se pusieron a saltar en sus camas como locas. A sus padres la escena los conmovió y ellas pasaron despiertas casi toda la noche, viendo televisión y jugando al campamento con las sábanas de la cama sobre algunas cuerdas puestas para este fin.

No quiero salir, Miranda decía Elza fingiendo estar asustada, afuera de la tienda hay un oso.

No te preocupes, Elza, mira cómo hago que se vaya de aquí. Y acto seguido Miranda salió rápido de la tienda, que era la sábana en alto, directo

hacia el pequeño oso de peluche, tomándolo con la mano y arrojándolo al closet. Ambas se echaron a reír y Elza añadió: Ahora vendrá su mamá y será peor la cosa. Volvieron a reír, se quedaron dentro de la tienda hablando de osos, animales salvajes y al avanzar la noche se quedaron dormidas, y el pobre osito durmió en la cesta de ropa sucia, con su hocico en un calcetín.

Cuando comenzaron clases, seguían haciendo lo mismo para engañar a sus amiguitos: Como son gemelas, cuando uno de ellos les preguntaba por su nombre, por ejemplo: “¿Quién es Elza?”, ellas respondían al mismo tiempo: “¡Soy yo!”, lo que las mataba de risa, pero a sus amiguitos y compañeros les irritaba un poco, sin embargo no dejaban de hablarles porque ambas eran muy amables y divertidas, salvo esa pequeña broma que repetían constantemente.

Físicamente ambas siempre han sido muy parecidas, idénticas. Siempre ha costado poder diferenciarlas, y más en la escuela cuando niñas, debido a que debían usar el mismo uniforme. En la adolescencia, diferenciarlas se hacía más fácil gracias a que ambas tenían estilos un poco diferentes, pero siempre vistiendo bien, lindas y coquetas. En cuanto a personalidad, es lo único que las distinguía. Miranda es extrovertida con las personas, es usual que sea ella quien inicia la conversación con un extraño; puede hablar con quien sea sobre lo que sea, excepto de novios y relaciones amorosas, en esos temas es tímida, reservada, sus alas se encogen como un ave asustada.

Una vez, en una salida de amigos al centro comercial, integrada por ella y cuatro más, entre ellos otra chica, caminaban visitando cada tienda de ropa, siempre lo hacían. A los chicos no les irritaba mucho aquello, pues les gustaba que ellas se probaran vestidos, camisas y pantalones y además que consultaran sus opiniones al respecto. En sus cabezas cada uno se imaginaba a sí mismos quitándoles la ropa, imaginaban el cuerpo desnudo y blanco de Miranda y la otra chica, se imaginaban teniendo sexo con ellas allí mismo en la tienda, encima del mostrador, en los asientos, en los probadores. Obviamente nada de esto salía de sus cabezas porque podría romper la amistad que había entre ellos, y aunque a veces imaginaran esas cosas, ellos sólo las veían como amigas, nunca como para entablar una relación seria.

En un momento uno de los tres chicos dice algo dirigido hacia la otra chica:

Carmela, si tuvieras novio, ¿harías que él siempre viniera a acompañarte a comprar ropa?

Carmela se rió imaginando aquello, viéndose al espejo el vestido que se

estaba probando.

Sí, muy seguramente que sí. Claro que... si no estuviese ocupado. Pero sería lindo. Además, de no querer hacerlo, me haría sentir mal.

Con razón siempre que quieres salir con nosotros suele ser a un centro comercial dice el mismo chico, los otros dos lo secundaron asintiendo. Pero está bien, a mi no me molesta, pero pensaba eso, que es un reflejo de lo que quisieras hacer con tu pareja.

Pero no era lo único en lo que pensaba este bribón. Con poco disimulo no podía quitar sus ojos de los pies de Carmela, los cuales estaban calzados con unas sandalias de tiras finas que subían por sus piernas, terminando debajo de sus rodillas en un estilo romano. Él tenía una fascinación por los pies femeninos. Desde que cumplió catorce años comenzó a fijarse en ellos y a gustarle. Pero los pies de Carmela eran unos hermosos especímenes que lo volvían loco; y siendo ella su amiga, y que su gusto predilecto era mostrarlos usando sandalias, él agradecía en silencio tener aquellos deliciosos pies tan cerca de él.

Pues sí, me gusta. Yo tuve un novio hace un año, pero no le gustaba salir conmigo a ver ropa o zapatos, y, no sé, no me gustaba eso. Primero, no me gusta salir sola, y segundo, él se mostraba malhumorado cada vez que le preguntaba por qué no, y me respondía que era muy aburrido verme probar ropa por una hora... Yo no aguanté la situación y lo dejé. A quien comenzaba a aburrir era a mí.

Será que era gay agrega otro chico. Yo te digo, a mí sí me gusta salir con mi novia. Me gusta verla probarse cosas para mí. Me gusta verla, sólo eso.

Sí, bueno, ojalá hubieran más chicos como tú dice la chica.

Miranda se empezó a sentir incómoda. De pronto sudaba y sentía caliente sus mejillas. «Mierda, debo estar roja», pensó. Ni siquiera quería hablar, preguntar cómo le quedaba el vestido o qué hora era, nada, para que no le preguntaran a ella lo que fuera sobre el tema.

¿Y tú, Miranda? ¿Te gustaría probarte ropa con tu novio? Le dirigió la palabra el mismo chico que se lo hizo a Carmela.

Sus mejillas se sonrojaron y todos lo observaron. Se siguió viendo al espejo como si no hubiera escuchado y de pronto entró al probador para cambiarse.

Bueno... En visto Dijo el chico que aún no había opinado nada. Todos rieron.

Al salir del probador respondió:

Me gustaría comer un helado, ¿y ustedes?

Bueno, sí, claro, ¡vamos!

Fueron a la heladería que quedaba en la planta alta del centro comercial. Todos pidieron el mismo helado envasado sabor chocolate con trozos de galleta. Ahora mientras comían sentados en una mesa, hablaban sobre qué películas ver al día siguiente en casa de uno de ellos.

El chico que no había opinado nada sobre novios y probarse ropa, sentía un cariño especial por Miranda. Y él más que nadie se había dado cuenta que Miranda, aún ahora comiendo helado y hablando sobre películas para el día siguiente, estaba incómoda por los comentarios anteriores, de lo cual ya había pasado media hora. Pero no le dijo nada, prefirió mantenerlo para sí mismo, por ahora.

Al día siguiente fueron a casa de Carmela para ver las películas. Sería sábado de clásicos, y cada uno de ellos había llevado una película para ver. Mientras veían “Blade Runner”, a mitad de la película Miranda salió de la habitación para servirse más refresco. Detrás de ella salió él. Estaba nervioso e inseguro pero quería dar el paso. En la cocina, Miranda se sentó para beber un poco. Él se sentó a su lado, muy cerca de ella y también se sirvió un vaso.

¿Qué te va pareciendo la película?

Va bien. Ford parece estúpido pero está interesante. Ambos rieron con ganas.

Pienso lo mismo. Aunque pienso que se ve confundido, lógico y como debe ser en su posición.

No, claro, jaja. Miranda dio otro trago.

¿Pero sabes a quién veo confundida? Oh, bueno, me hace confundir, más bien.

¿A quién? ¿La chica que es un replicante? No la veo confundida, se ve segura de ser lo que cree ser.

No, a ti. Le tomó una mano entre las tuyas. Miranda vio eso, luego levantó sus ojos asustados y sorprendidos a los de él.

¿Qué quieres decir?

Miranda, ayer cuando salió el tema del novio te pusiste nerviosa, lo vi. Y luego mientras comíamos los helados seguías pensativa al respecto. Me gustaría saber más de ti, de lo que sientes y de lo que pasa por tu mente. Miranda...Me gustaría ser tu...

Detente. Quitó su mano de las de él. No necesito un novio. Y es lindo lo que propones pero sé por dónde vas y no quiero eso. Te quiero como un

amigo, como un hermano, y hasta ahí. Lo siento, tampoco quiero perder esta amistad. Se levantó y regresó a la habitación de la película. Él permaneció sentado en cocina, viendo la mesa, sin nada que pensar. Pasaron días antes de que volvieran a hablar con normalidad.

Y así había sido siempre. Miranda ha tenido amigos, y chicos allegados, que han querido una relación con ella y ella siempre los rechazaba. No lo hacía con mala intención en absoluto. Miranda es una chica preciosa e inteligente, atributos bien apreciados por los chicos lo que impide que ella escape de sus miras. ¿Quién podría resistirse a su mirada tierna con una mente instruida? ¿Quién podría resistirse a la belleza de su tez blanca, de sus piernas, su cintura de muñeca, su cabello largo y brillante, sus senos de esmeraldas? Es toda una chica que se ha ido formando en lo físico y lo cultural a medida que ha pasado todo este tiempo. Y cuánto tiempo ha pasado ya. Ha crecido, pero esconde un secreto.

CAPITULO 2

Finalmente llegó a la universidad. Era como un recinto, de tres plantas, tan grande como una mansión. Su fachada repintada —no hacía más de cinco años— con un color vino tinto, y las largas columnas de blanco. Como cabecera encima de la universidad estaba su logo, representado por un oso de pie dentro de un círculo blanco que tenía escrito “Universidad de Santa Bárbara. Año 1947.”, todo sobre un fondo azul.

Subió los siete escalones de la entrada, y abrió las puertas principales empujando cada una con una mano, y delante de ellas apareció a sus ojos un pasillo techado que llevaba a muchos otros, con una concurrencia de estudiantes caminando a todas direcciones. Sintió el aire acondicionado refrescar su piel, con las puertas cerrándose detrás de ella. Siguió caminando hacia su salón de clases. El techo estaba a unos tres metros del piso, los pasillos eran anchos, cada uno bien iluminado.

Todos los estudiantes parecían pasarla bien, se reían, comían, dialogaban, algunos estudiaban. Aunque unos pocos sí llevaban cara de preocupación, y a los lados sus amigos bromeando al respecto. Caminando entre todos era difícil seguirle la pista a uno, pero Miranda destacaba más que por su pantalón rojo, por su hermosura.

Tan pronto como comenzó a dar los primeros pasos fue reconocida por diferentes estudiantes.

¡Miranda!, ¿qué tal? ¿Preparada ya para la excursión del domingo? Le preguntó una chica entre un grupo de cuatro.

¡Michel!, claro que sí. Ya tengo todo preparado Respondió ella, viéndola a los ojos, sonriendo, pero sin dejar de caminar. Allá nos vemos.

Ey, ¿Cómo estás, Miranda? tan pronto fue interceptada por un compañero

de una de las asignaturas ¿Estudiaste para Diseño? Es algo complicado lo de la última clase.

¿Qué tal, Carlos? No, sólo he leído un poco, pero de momento he entendido. Luego te puedo ayudar. Lo mismo: Sonrisa, contacto visual, pero sin dejar de caminar. Cinco pasos después...

¡Por fin te veo, Miranda! Saltó delante de ella una amiga, necesito tus apuntes de la clase del profesor Madriz porque no sé qué hice mi cuaderno. ¿Trajiste el tuyo?

Julia, ¿me quieres matar de un susto? Respondió divertida, con la mano en el pecho. Sí, sí lo traje, pensaba estudiar en la hora libre. Ten. Me lo devuelves en el salón. Abrió su bolso, sacó su cuaderno y se lo entregó a Julia.

¡Gracias! Claro, en cinco minutos te veo allá. Y desapareció entre la multitud de estudiantes, cosa que divirtió a Miranda. Julia siempre ha estado loca.

Más adelante en otro pasillo, al lado de la puerta del salón al que se dirigía estaban sus amigos. Se dirigió hacia ellos.

Hola, Mi, ¿Cómo estás? ¿Todo bien? La saludó un chico que está con ella en una asignatura extra curricular. Chico que ella encuentra atractivo, así que se apenó un poco.

Hola, Félix. Bien, sí, todo bien y tú. Se llevó un mechón de cabello detrás de la oreja, aún sin dejar de caminar hacia el salón.

Bien también, no me quejo. Buen día. Le sonrió e hizo un gesto con su mano, pero como ella, él tampoco dejó de mover las piernas. Y en un segundo sus cabezas estaban en sentidos opuestos. Sólo con aquellas oraciones de él, Miranda imaginó que lo besaba.

Llegó hasta la puerta del salón junto con sus amigos y comenzaron a hablar sobre la clase anterior.

Miranda es una chica un poco popular dentro de la universidad, pero no en el aspecto superficial de pertenecer a la élite de estudiantes con más dinero y vanidosos, no. Es popular por su personalidad extrovertida, de no tener miedo de hablar con un chico o chica entre los pasillos o salones de clase en cada una de las asignaturas que cursa. Sumándole a esto, está que además pertenece al grupo de excursionistas de la universidad. En el año anterior estuvo en el grupo de los Scout, del cual aún conserva amistad con varias personas. También está en el de música, tocando el violín. Desde que entró en la universidad quedó encantada con las asignaturas extracurriculares:

Teatro, Taller Literario, Música, Scouts.... Y siempre ha sido muy activa en todos, participando en las clases, organizando eventos y actividades, y claro, gozando de tener carisma y gracia al tratar a la gente.

El mes pasado organizó un concierto del grupo de música. Ella se encargó del diseño de los anuncios y de correr la voz. Muchos estudiantes le decían que irían sólo porque ella lo había organizado, y por ser así, sería algo genial. Y así fue; asistieron muchos estudiantes, tanto que en la sala no cabían más, y en los días posteriores al menos cinco estudiantes por día la felicitaban por su gran trabajo y le decían que si necesitaba ayuda en algún otro evento ellos podían ayudarla.

Minutos después entró el profesor y detrás de él Miranda y sus amigos. Una vez que estaban todos adentro él cerró la puerta, borró el pizarrón y abrió su maletín para iniciar la clase. Aún no había comenzado a hablar y ya el ambiente se sentía aburrido. Miranda vió a su alrededor y las caras de sus compañeros denotaban pereza y sueño.

Bueno, muchachos, antes de comenzar la clase de hoy, quería hablarles de algo que me sucedió mientras venía para acá. Y es que... venía en mi auto tranquilito, escuchando musiquita y la autopista se congestionó, y yo pensé "oye, qué raro esto". De pronto, para mi asombro, veo que varias personas se bajan de su auto y caminan hacia adelante, donde comenzó el tráfico. Y luego escuché clarito un grito. Pero no era en la autopista. Luego todo se normalizó, los carros empezaron a moverse y no había nada en la calzada. Luego me puse a pensar en eso, pero lo que más me pregunto es a qué se debió el grito que escuché. Bueno, en fin. Era eso, muchachos. Luego pasé por una venta de periódicos y compre uno. No lo pude leer todo en el camino, y, no lo intenten tampoco, es peligroso que conduzcan y hagan otra cosa a la vez, solo que yo lo hago porque bueno, es una mala mañana mía pero ustedes no deben caer en malas mañanas. Deben evitarlas en todo lo posible. Ustedes están jóvenes, sanos, tienen toda una vida por delante...

Progresivamente las palabras del profesor iban quedado enmudecidas a los oídos de Miranda, como si todo a su alrededor se estuviera silenciado más y más, excepto los gemidos de su hermana Elza. Excepto los benditos gemidos. Eso era en lo que venía pensando en todo este tiempo. Estaban clavados en la mente de Miranda. Los escuchaba una y otra vez, incluso allí en el salón. Y todo porque la habitación de ella y su hermana están muy cerca, literalmente al lado de la otra. Por ello cada gemido era perfectamente audible, y lo que más ayudaba era que Elza no intentaba hacerlos en voz

baja... No, parece que quería ser oída por ella, por Miranda.

Había sido una noche de ensueño para Elza. Las sábanas mojadas por el excesivo sudor de sus cuerpos desnudos y pegajosos. La lengua de su esposo recorriendo su cuerpo desde las plantas de sus pies hasta su cuello. Las manos de ella en las pomposas nalgas de él, cuya voz grave le susurraba al oído que le excitaba adentrarse por el ano, a lo que ella tomó como petición y de inmediato le ofreció aquel templo para recibir de lleno todo el miembro grueso y venoso de su esposo. Había sido una noche fenomenal para ambos, pero para Miranda... fue un infierno.

«Todo fue culpa de Luca, ojalá nunca lo hubiera conocido», pensó Miranda.

Luca fue aquel amigo que hace un par de años cuando veían Blade Runner, le intentó decir a Miranda lo que sentía por ella y ésta lo rechazó. Él la quería tanto que no dejó que aquello matara su amistad, por lo que después de varios días meditándolo prefirió dejar atrás aquel momento y volver a hablarle como si nada hubiese pasado, cosa que Miranda en su momento había agradecido, pues Luca en verdad le caía muy bien como amigo y tampoco quería perderlo.

Ellos se conocieron cuando tenían ocho años, en un campamento de verano. Ella se le acercó a Luca al verlo solitario en una mesa, parecía triste, por ello no dudó en hablarle.

Hola, ¿qué haces aquí solo? Todos los demás están allá en los juegos.

Nada. No quiero jugar.

¿Y qué quieres hacer aquí?

Nada. Soltó un suspiro. Ver las nubes.

Yo a veces las veo en mi casa. Un día vi una en forma de tiburón, y le dije a mi mamá que el tiburón en el cielo nos iba a comer a todos. Ella se rió y me dijo “muchacha loca”.

Luca se rió.

Bueno, el otro día vi una en forma de dinosaurio. Pero se desapareció muy rápido.

Veré nubes contigo. Estoy cansada de jugar tanto. Así que Miranda se sentó a su lado y levantaron sus miradas en busca de nubes con forma de algo. Pasaron juntos ese campamento, jugando con los demás, estando juntos en cada salida programada al bosque, hablando de series de tv y películas de terror. A ambos les asustaba mucho la de la muñeca diabólica.

Cuando terminó el verano e iniciaron las clases, se sorprendieron al

encontrarse en la misma escuela. Resulta que a Luca lo habían cambiado a la escuela de Miranda, y para más asombro, en el mismo salón, esto provocó que se hicieran más amigos. Se sentaban juntos, en el recreo comían en la misma mesa. Eran inseparables. Y cuando entraron a la secundaria lograron hacer que sus padres los inscribieran en la misma escuela. Participaban en actividades juntos, estudiaban juntos, en fin. Amigos.

En los años de secundaria hubo un día que tenían examen y Luca no había podido estudiar nada de nada, por lo que le pidió ayuda a Miranda.

Ya sé lo que vamos a hacer le respondió ella. La respuesta de cada pregunta la escribiré en un papelito, lo doblaré y colocaré atrás de mí, sujetado por la cintura de la falda y sobresaliendo un poco para que puedas tomarlo. De todas formas mi cabello lo ocultará un poco.

Luca quedó sorprendido ante el ingenio de Miranda pero no podía creerlo.

¿Pero cómo harás para que yo lo tome? Si me paro y me coloco a un lado de ti será sospechoso, además que estarás sentada en tu silla, para yo agarrarlo...

Tú no te levantarás, lo haré yo. Me levantaré, me pondré al lado de tu mesa, dándote la espalda y tapando la visión del profesor hacia ti, en ese momento deberás tomar el papel discretamente. Para hacer más tiempo, de ser necesario, o de que el profesor vea que me levante, le diré que le tengo una pregunta y necesito ayuda. Si él se acerca hacia mí no hay problema si aún no has agarrado el papelito, con mi cabeza taparé su visión y lo marearé con palabras sin sentido sobre el examen. Pero si por el contrario no viene hacia mí, sino que yo vaya hasta él, entonces, tendré que ir, y para entonces tú ya tuviste que haber tomado el papel. Y, si aún no lo has hecho pero ya viste dónde está, me regresaré a tu puesto, me volveré a poner dándote la espalda como si analizara el examen, para que vuelvas a tener oportunidad de tomarlo.

¡Pero qué brillante! Me asusta pero podemos intentarlo.

También me asusta, sabes que nunca he hecho nada parecido. Pero creo que funcionaría, pero tenemos que sentarnos en la misma columna, no digo que detrás o delante del otro, pero sí en la misma columna. Igual el profe no sospecharía mucho porque sabe que soy aplicada y estudiosa. Pero todo se vería realmente sospechoso si me siento en un extremo del salón y tú en el otro.

No hay problema, donde te sientes me sentaré detrás de ti.

Así lo hicieron y se salieron con la suya; el profesor no se dio cuenta de la treta, y aunque Luca no pasó el examen con nota alta como Miranda, o como suele sacar, sí que lo pasó con sólo un par de puntos menos que ella. Bastante aceptable para haberse copiado y haberle costado entender varias veces la diminuta letra de Miranda.

Desde ese periodo de secundaria Luca había comenzado a fijarse en Miranda como más de una amiga, y a fijarse más en sus atributos en desarrollo. Y aunque él solía lanzarle indirectas de ser algo más que amigos, Miranda siempre las rebotaba, entendiéndolas perfectamente pero sin querer hacérselo saber. Luca es un chico bien parecido, de la misma edad que Miranda, rasgos finos, de piel blanca pero bronceada, flaco y un par de centímetros más alto que ella, de ojos castaños con cabello liso y corto.

Cuando estaban en preparatoria, fue el periodo en que más intentos hizo Luca para llamar la atención de Miranda. Un día Miranda se había quedado sin mesa en el salón. Luca enseguida se percató de eso.

No te preocupes, yo te busco una mesa le dijo, mostrándole una sonrisa.

Gracias, Luca le respondió, devolviéndole la sonrisa pero más que todo por sentirse apenada del ofrecimiento de él, pero le gustó, desde luego, pero aún no significaba nada para ella.

Luca fue hasta otro salón, uno desocupado, que estaba a tres salones de distancia. Tomó una mesa con su respectiva silla en cada mano y las cargó de vuelta. Las puso donde Miranda estaba de pie, a un lado de la puerta, detrás del último alumno, pues era el único lugar desocupado, y casualmente quedaba justo al lado del asiento de él. Ambos se sentaron sin agregar nada más.

En otra ocasión la había invitado a salir, pero ella se negó alegando que sus padres no la dejarían salir sola con él; que aunque se conocieran desde niños, les daba inseguridad. Esto fue por llamada telefónica. A lo que Luca respondió:

Oh, bien. Bueno, ya sé qué hacer. Por cierto, ¿tus papás estarán mañana en tu casa?

Sí, en todo el día. ¿Piensas venir a la casa?

Sí, algo así.

Bueno, en eso no tendrán problema.

Bien, es bueno saberlo. Luca tramaba algo, pero no podía decírselo a ella, así que cambió el tema preguntándole si había estudiado para el examen que tendrían en tres días.

Al día siguiente por la noche sonó el timbre de la casa de Miranda. Su padre fue a abrir la puerta.

Oh, hijo, ¿qué haces aquí? ¿Miranda te invitó? Le preguntó extrañado al visitante; Miranda no le había dicho que iría alguien a verla.

Buenas noches, señor. No, no me invitó pero quisiera hablar con usted y su esposa sobre algo, o si me permiten la oportunidad.

Está bien, hijo, pasa. El señor cerró la puerta detrás de él y pasaron a la sala. Ambos se sentaron en los sillones. Él llamó a su esposa, y Miranda vino con ella, Elza había salido a la biblioteca pública.

¿Luca? ¿Qué haces aquí? Preguntó Miranda incrédula.

Vine a pedirles permiso a tus padres para que puedas salir conmigo.

Ah, ¿sí? Inquietó el padre. La mamá sólo quería escuchar lo que el muchacho tenía que decir. Siempre le pareció bueno, pero es de esas madres que no se fían de nadie.

Luca iba bien vestido. Camisa planchada de color blanco, pantalones negros y zapatos lustrados, sin mencionar su cabello peinado hacia atrás y un poco de perfume. Perfume que sólo usaba en ocasiones especiales.

Sí, señor. Les pido permiso para que Miranda pueda salir al cine conmigo. Pienso que podríamos salir a la película de las cinco de la tarde, que terminaría alrededor de las seis y media. Al salir podríamos comer un helado y aún nos daría tiempo de regresar aquí, a su casa, a las siete y media u ocho de la noche, apenas caída la noche. Quisiera saber qué opinan. Les doy mi palabra de que no saldremos a ningún otro sitio, y estaremos aquí a esa hora.

Miranda estaba impresionada. Luca se veía tan varonil, tan adulto y a la vez tan tierno pidiéndole permiso, pero al mismo tiempo ella sentía algo de vergüenza por ambos.

A mi me parece bien, cariño dijo la mamá de Miranda refiriéndose a su esposo. Luca acaba de mostrar respeto, cortesía, que en serio quiere salir con Miranda y que parece que dice la verdad Aquí finalizó con unas pequeñas risas para evitar una atmósfera pesada.

El papá, luego de quedarse viendo fijamente a Luca por unos segundos, y de ver su ropa, juzgó que quizás Luca sería un buen muchacho después de todo, a fin de cuentas, ¿qué muchacho que sólo quiere acostarse con una chica va hasta la casa de sus padres a pedirles permiso? Si fuera algo así de vano como sólo sexo lo dejarían pasar y buscarían a otra chica, pero cuando haces algo así, puede significar que sientes verdadera empatía por la chica.

Está bien, hijo. Es de hombres lo que acabas de hacer. Confiaré en tu palabra. Máximo a las ocho. Y le compras el helado este de chocolate con trozos de galleta, el que es de envase; es el favorito de Miranda. Todos sonrieron. Luca se levantó, le estrechó la mano al señor, le dio un beso a la señora y dijo que se iría, pero ésta lo detuvo y le dijo que por favor se quedara a cenar. Luca obedeció avergonzado y cenaron juntos, justo en eso había llegado Elza, por lo que también los acompañó en la cena.

De nuevo en el ahora, en el salón, con el profesor hablando ahora de la clase propiamente, y las miradas aburridas, confundidas e idas de los estudiantes lo observaban, Miranda seguía absorta recordando los gemidos de Elza. Gemidos fuertes, progresivos, constantes, sensuales a más no poder, envueltos en la angelical voz de Elza... Fijándose en esto, Miranda empezaba a excitarse en plena mesa en el salón de clases. Sentía a sus pezones erguirse, y tenía muchas ganas de sentir algo dentro de su vagina. Comenzó a mover los ojos, queriendo meterse dedos pero sabiendo que no podía hacerlo, movió sus piernas, las dobló, puso una encima de la otra, las estiró y lo único que quería era tocarse.

En eso, dos chicos no dejaban de verla, sentados a lado de ella con una columna de mesas de por medio entre ellos y Miranda.

Mira cómo mueve sus piernas... Le susurra uno al otro.

Sí... es tan hermosa. Quisiera tocarla...

Ellos eran compañeros de ella, en esa asignatura y en otras tres. A diferencia de ella, ellos no eran ni un poco populares; no tenían más conocidos que los chicos del grupo de informática, todos ellos adictos a los videojuegos, comics, computadoras y alejados verbalmente del resto de estudiantes de la universidad. Nadie les causaba problemas pero a su vez nadie les hablaba. Estos dos eran robustos, blancos, usaban anteojos a causa del excesivo uso de ordenadores y videojuegos, manos sudorosas, cabello liso corto, algo de acné pero tampoco eran completamente feos. Lo que sí eran es vírgenes, pues masturbarse todos los días no cuenta. Y todo el tiempo estaban tan excitados que podrían clavársela a un palo con peluca y falda.

Ella es tan hermosa... Preciosa. Parece una diosa nórdica... Tan blanca y bien proporcionada.

Sus senos son de tamaño perfecto. Y mira su rostro, Erick, provoca lamerlo como un perrito.

Sí, es demasiado sexy. Mira ahí, si te fijas bien, se puede ver su ropa interior marcada en el pantalón, qué rico.

Sólo me imagino apretando sus nalgas.

Pero jamás lo lograrás, ¿eh? Se ríe.

Al menos no eyaculo cuando una chica me besa.

¡Eh! Dijiste que nunca lo mencionarías. Sabía que no debía contártelo, asno.

Estaban deseosos de llevar a sus sucias camas a la esplendorosa Miranda. Ser besados por sus labios, pero lo que no sabían es que ella tenía un secreto.

CAPITULO 3

La clase avanzaba tan lenta como una tortuga con un saco de papas encima, pero eso no afectaba a Miranda, quien seguía recordando los gemidos de su hermana, y en eso, una puerta se abrió en su cabeza. Una puerta que dejó salir una curiosa duda: «¿Cómo se sentirá que me follen así como a mi hermana Elza?». «Digo, cómo sería, cómo se sentiría, que me follaran suavemente, o duro contra la cama... que me besaran en todo el cuerpo mientras sienta dentro de mí un grueso pene, y unos ojos encendidos en éxtasis me observaran. Tengo tiempo para eso, y tengo con quién, pero no con quien yo quiero hacerlo. Pero quizás no estaría mal usar a cualquiera de los chicos que se babea por mí. Debo pensarlo, pero vaya... en este momento quiero tener sexo».

Existen diversas formas de follar. Está la salvaje, donde el coito es agresivo, tan rápido que provoca dolor tanto al pene como a la vagina. Aquí no suele haber muestra de amor ni caricias. Las únicas caricias son cachetadas a las nalgas, fuertes apretones de senos y brazos, jalones de cabello y espalda aruñada. Está la romántica, donde la pasión es más sana, más políticamente correcta. Palabras de amor se escuchan de ambas partes, el coito puede ser lento o rápido, pero acompañado de miradas perdidas en los ojos de la pareja, de abrazos, de besos, y una sensación de seguridad ante un mundo turbulento, rodeados de velas y toda la decoración que se requiera necesaria, justo como el cuñado de Miranda se folla a Elza.

Conocemos también las posiciones, si hablamos de formas de follar, el plato esencial son las posiciones, más allá de estilos. Clásicos como el perrito o el misionero son atemporales. Entre las posiciones más creativas encontramos la del helicóptero, algo un poco difícil de dominar pero cuando

se le coge el truco, bueno, se disfruta. Y no olvidemos a los fetichistas, a un grupo en especial que gustan de follar disfrazados de animales grandes e insectos. Es su obsesión, y de no tener sexo así pues simplemente no podrían. La mente humana es tan torcida cuando de placer sexual se trata, que nunca podremos saber cuál sería su máximo.

Miranda se dejó llevar por sus pensamientos, imaginándose a su hermana ser follada por su cuñado, imaginando ser ella en su lugar, cosa nada difícil de lograr por ser gemelas. Se olvidó de la clase, a la mierda lo que sea que estuviera hablando el profesor, ya luego pediría a sus amigos que le explicaran, pero ahora la lujuria la tenía prisionera. La estaba dominando el instinto primitivo de la carne. Su deseo de masturbación estalló. Tomó su bolso y sacó de él su chaqueta gris de algodón. Se la puso, le quedaba holgada como debía ser, y algo larga, pero no metió su brazo derecho en el brazo de la chaqueta. Lentamente llevó ambas manos hasta su cintura y desabrochó su pantalón y bajó la cremallera.

Luego, echada hacia delante apoyando su codo izquierdo sobre la mesa, llevó sus dedos hasta su pelvis, deslizándolos entre el vello púbico hasta tocar sus propios labios. Estaban calientes y humedecidos por el sudor. Introdujo dos dedos entre ellos, los frotaba contra sí, sus dedos rápidamente se empaparon de una sustancia líquida y algo viscosa, esto la excitó aún más. Comenzó a masturbarse mejor, introduciendo más a fondo sus dedos, apretando sus piernas contra cada una y sellando sus labios para retener todo lo posible sus propios gemidos.

Cuando era niña tenía muchos amigos, tanto niñas como niños. En el recreo nunca faltaba la diversión, pero en el salón de clases era diferente; Miranda siempre se concentraba, su vista permanecía directo a la maestra y cada vez que uno de sus amigos le quería decir algo, ella los silenciaba con un "Sshh".

Pero Elza más que amigos tenía muchos novios inocentes, es decir, esos noviecitos cuando se es niño, que no saben besar ni lo intentan hacer, pero que les divierte mucho llamarse "novios" y jugar a andar arriba y abajo juntos, aunque diez minutos después lo olvidan y juegan al escondite entre todos.

Si vas a ser mi novio tendrás que besarme le decía Elza a uno de sus amiguitos.

¿Qué? Ay, no, eso es cochino respondía este, arrugando su rostro, pero podemos agarrarnos de las manos.

Bueno, está bien, mejor así. Elza aceptó con una alegría inmensa. Se dieron las manos y comenzaron a correr juntos. La brisa les peinaba el cabello hacia atrás y sus rostros lucían tan chistosos como tiernos. A veces se lanzaban papелitos en el salón con escritos como: “Me gustas”, “Novios”, “te quiero”, con una letra deformе y grafito afincado.

Pero la infancia de Miranda, como se ha dicho, era diferente, mientras Elza estaba a un par de metros de ella jugando a los novios, Miranda era así:

No, no, no, hagamos esto les decía ella a sus amigos, entre ellos otras niñas: Corramos por toda la escuela, desde aquí hasta aquí, y hay que tocar la pared, él último que llegue es un huevo podrido por una semana.

¡No! Una semana no. ¡Que sea un mes! Respondió uno de ellos, con risas sacadas de algún villano de las películas. Él era el más travieso, aunque buen muchacho, estudioso en sus lecturas, pero le brotaba la maldad, inocentemente hablando.

Está bien. Y mañana, como dice, Paula, podemos volver a jugar al escondite. Terminó Miranda. Todos hicieron exclamaciones manifestando su acuerdo y luego se alinearon para comenzar la carrera. Irónicamente, el huevo podrido fue quien propuso que fuera un mes. Ahora quería que sólo fuera por una semana.

Sus propios dedos la estaban volviendo loca. Pensaba en lo altamente excitante y rico que sentía sus dedos en su hendidura de Eva, tan apretada, caliente, mojada, suave y delicada. Sus pezones estaban erectos y se mordía el labio inferior. Nadie se había dado cuenta aún; la técnica furtiva de Miranda estaba resultando.

Desde sexto grado sentía un gusto por los niños más grandes que ella, pero, por alguna razón, ellos nunca se fijaban en Miranda. Bien sea que fueran de niveles superiores o de su misma edad pero altos, a ella le gustaba.

Miranda, necesito contarte algo se le acercó en el recreo un compañero, era un poco más alto que ella y algo robusto, pero era lindo, de ojos azules con cabello rubio.

A Miranda le llamaba la atención ese compañero, y aunque a veces jugaban, no pasaba nada más. Miranda notó que él estaba muy nervioso, estaba sudando y sus mejillas estaban rojas como globos.

¿Qué cosa?

Es algo que me da pena decírtelo pero quiero hacerlo. No puedo aguantarme más.

Miranda comenzaba a maquinarse que se trataba de que ella le gustaba.

Varias veces ella había notado que él la veía e inmediatamente volteaba la cabeza hacia otro lado, pero ya era tarde. «Sí, me lo va a decir, que le gusto. ¡por fin!»

Adelante, puedes decirme lo que sea. Le respondió emocionada.

Bueno... verás. Miranda iba a estallar de la emoción. Me gustaría que... tú... Los ojos de Miranda se agrandaron como pelotas de golf y su corazón explotaría. Quisieras... Miranda no siente poder aguantar la emoción. Ayudarme a enamorar a Claudia... ya sabes, tu amiga.

El corazón de Miranda dejó de palpar. Sus ojos se quedaron grandes como estaban. Su mente en blanco, pero dentro de ella sintió quebrarse algo, y de pronto sintió que no podía tragar saliva, le estaba costando; aquí descubrió esa expresión de “un nudo en la garganta”. Cuando él la veía, en realidad no veía a Miranda sino a Claudia; en esas ocasiones ellas dos estaban juntas. Qué desgracia para la niña Miranda.

También está aquel caso cuando había pasado al primer año de secundaria, los chicos grandes de su sección se la pasaban con ella y otras chicas, eran un grupo de amigos, incluido Luca, claro, pero siempre estaban intentando enamorar a otras chicas del salón y le pedían consejos a ella.

Oye, Miranda, ¿cómo puedo acercarme a Estefanía? Digo, eres mi amiga y eres chica, ¿podrías ayudarme? De verdad quiero tratarla. ¿Crees que es mucho si sólo le hablo y ya?

Luca se percataba de aquello pero le sentaba bien, pues Miranda le gustaba mucho, pero no tenía el valor de decírselo o de demostrárselo de alguna forma, por más pequeña que fuera.

Ese mismo año en el verano también hubo campamento. Miranda y Luca no se lo perdieron. Este era en otro bosque, uno al este del estado, un bosque grande y lleno de vida salvaje, pero desde luego que el campamento estaba instalado en las cercanías de la civilización. Luca y Miranda iban sentados juntos en el autobús, hablando con dicha de que al fin había llegado el verano. Cuando llegaron se bajaron y debían esperar a que llegara uno último que se había demorado por un imprevisto con un neumático. La idea era que estuvieran todos los muchachos reunidos para darles la bienvenida.

Luego de treinta minutos llegó el autobús faltante. Sus muchachos fueron bajando.

¡Stefan, por aquí! Gritó Luca, sacudiendo su brazo.

Entre la multitud Miranda no veía mucho, y sólo estaba pendiente de encontrar dónde estaría el guía. De pronto se les acercó un chico. Luca y él se

dieron la mano y se abrazaron.

Miranda, mira, él es Stefan los presentó Luca, es un amigo mío. Stefan, ella es Miranda, amiga también, jaja.

Cuando Miranda lo vio quedó muda. Vio el rostro de Stefan y su consciencia desapareció. Quedó enamorada de él desde ese primer momento. Se estrecharon las manos con sonrisas.

Un gusto, Miranda —Dijo él.

El gusto es mío. Miranda estaba nerviosa, se sentía sonrojada, buscó rápidamente su espejo de bolsillo y se tranquilizó al ver que no tenía las mejillas rojas.

Ese verano fue inolvidable para ella. Ya no eran sólo ella y Luca en la mayoría del tiempo, sino que ahora Stefan se les había unido. De vez en cuando Stefan le decía cosas lindas, como “Qué bella estás esta mañana” o “Luces linda con esa ropa”. Miranda las agradecía de buena manera, y le devolvía los elogios. A veces hacía comentarios sobre los músculos en crecimiento de Stefan, pues éste se ejercitaba; cosa que a él le gustaba escuchar viniendo de ella. Aunque a Miranda no le gustaba hablar mucho con chicos que la elogiaran o fueran tan buenos con ella como lo era Stefan, lo cierto era que a él sí lo quería tratar, que hablaran mas para conocerlo mejor. Porque para ella, él era distinto.

Pero esto sólo sucedía cuando Luca no estaba con ellos bien sea porque se habría apartado para orinar o para buscar algo o por algún otro motivo, debido a que Stefan sabía que Luca gustaba de Miranda, pues él mismo se lo dijo hace tiempo. El problema es que, está en la naturaleza de Stefan ser cordial y lindo con las chicas; no es que te esté intentando conquistar, es sólo que él es así, en su personalidad forma parte tratar bien a las chicas, eso es todo. Evidentemente, era algo que Miranda no sabía ni lo sospechaba.

Sentada en su mesa, en el salón de clases, con sus compañeros alrededor, ahora Miranda pensaba en los labios y las manos de Stefan, con lo cual se seguía masturbando. Imaginó cómo éste la tocaba, pasando sus manos por sus nalgas desnudas, besándole el cuello, lamiéndole la mejilla... La velocidad de sus dedos adentro aumentaba un poco más.

Miranda recordó que fue Stefan quien le dio su primer beso, allá en aquel campamento. Ese día estaban todos reunidos en una gran cabaña que era el comedor. Les estaban dando las instrucciones sobre una actividad que se realizaría ese día. La actividad era en pareja, y consistía en que cada pareja debía entrar a una cabaña que estaría completamente desordenada con

muchas, muchas cosas regadas por todas partes, allí debían encontrar artículos de supervivencia en un tiempo de tres minutos.

Stefan y Miranda sentados juntos, inmediatamente se vieron a los ojos y asintieron. Luca, que se sintió un poco rechazado, no tuvo otra opción más que ponerse con Andreína, una chica muy linda también, carismática y amable sobretodo, pero él quería con Miranda. Luca y Andreína fueron la segunda pareja en participar. Habían recolectado nueve artículos. Bastante bien. Miranda y Stefan fueron la pareja número cinco. Ellos reunieron siete.

En la noche luego de la cena, Stefan entró en la habitación de Miranda con dos latas de refresco para hablarle sobre la adrenalina que sintió en la mañana en esa actividad. Y que ella había sido una excelente pareja. Conversaron al respecto, bromearon, hablaron de sus infancias y cuando habían visto la hora, ya era casi las dos de la mañana.

Puedes quedarte a dormir aquí, por mí no hay ningún problema le dijo Miranda.

Stefan se había apenado pero respondió:

Está bien, gracias, Miranda. Dormiré en el piso, pero necesito una almohada como un cachorro necesita el periódico Ambos rieron nerviosamente.

No, nada de eso. Puedes dormir aquí en la cama conmigo. Es grande, los dos cabemos.

Stefan hizo un esfuerzo por ignorar las piernas de Miranda, puesto que ella llevaba un short muy corto, y mantuvo su mirada en sus ojos. Ante todo, ya eran amigos, se llevaban de maravilla, y aunque Miranda le parecía obviamente muy hermosa, era una amiga.

Está bien. Sí, es verdad, es grande. Sí que tienen dinero los de este campamento para poner camas grandes en cada habitación. Ambos rieron.

Apagaron la luz y Stefan se metió en la cama con Miranda. Ambos estaban rígidos, en posición boca arriba. Stefan movió un milímetro su mano y halló la de Miranda, su dedo meñique tocó el de ella. Nada pasó. Estaban nerviosos. No querían hacer algo que pudiera incomodar al otro. Pero Stefan no lo pensó ni un minuto más, aprovechó la luz apagada, calculó la ubicación de la cara de Miranda, se levantó un poco, su mano atinó con precisión el rostro de ella y sin decir nada sólo la besó. La besó en los labios. Miranda juntó los suyos y Stefan volvió a besarla. Se besaron lentamente, pensando cada uno si esa era la mejor técnica que estaban aplicando. Luego se abrazaron así acostados en la cama, y Stefan no evitó poner sus manos en las

prominentes nalgas de Miranda. A ella le gustó, se pegó más a él y durmieron en esa posición.

En la clase ya no podía aguantar más. Sus dedos le estaban dando el mejor placer del mundo. Quería llevarse la mano izquierda hasta sus senos pero sabía que de hacerlo todos notarían su espectáculo. Ya tenía las piernas y nalgas sudadas. Sus dedos lo estaban alcanzando. Estaba cerca de llegar. Imaginaba que sus dedos eran el pene de Stefan follándola suavemente aquella noche en el campamento. Y llegó. Su orgasmo estalló, sus dedos se empaparon de una sustancia líquida que lanzó su vagina, al mismo tiempo que se le escapó un gemido, sus piernas se estiraron rígidas y aterrizaron de nuevo en el piso. Abrió los ojos. Todos la veían feo, con cara de “¿Pero qué mierda?”, excepto los dos nerds. Ellos se estaban babeando viéndola, y al presenciar su orgasmo, ellos mismos eyacularon. Miranda los veía a todos y sólo añadió:

Maldito Luca.

CAPITULO 4

La clase acabó al mismo tiempo que ella. Todos se levantaron de sus asientos y comenzaron a salir por la puerta. Miranda fue la última, perdiendo tiempo abrochándose el pantalón discretamente y quitándose la chaqueta. Pasó por el baño para limpiarse. Entró en un cubículo y con un rollo de papel higiénico que siempre tenía en su bolso prosiguió a limpiarse los labios vaginales de aquella explosión de fluidos. También en las entrepiernas, puesto que se había regado. «Vaya mierda esto, ahora tendré que andar así sucia todo el día... ¡se siente desagradable!», pensaba mientras se limpiaba. Al salir del baño se dirigió a la biblioteca.

Pensaba que estaba teniendo un muy mal día. Masturbarse en clases, pero a qué nivel tuvo que llegar para hacer semejante cosa, y encima haber soltado un gemido y que todos la pillaran con las manos en la masa, qué vergüenza. Pero aún así, eso no se comparaba al día en que Stefan por fin había aceptado ir a su casa. No, el día de hoy para nada ha sido tan malo como aquel.

Miranda y Stefan se veían varias veces, pero en cada campamento de verano, año tras otro, y siempre la reunión era grata para los dos. Se contentaban al volver a ver al otro. Pero Miranda no quería dejar la relación hasta ahí: Verse cada verano en los campamentos no era para nada alentador; ella quería más cercanía. Así pues, varias veces había invitado a Stefan a que fuera a su casa, pero éste cada vez rechazaba la invitación con sutileza; a veces decía que tendría una reunión familiar, otras veces alegaba que estaría ocupado en casa ayudando a su padre, que días anteriores ya había solicitado su ayuda para tal día. Siempre lograba inventarse algo creíble, no es que no quisiera ir a casa de Miranda, algo lo empujaba a aceptar, lo que sucedía era que le apenaba.

¿Qué pensarían los papás de Miranda de él? ¿Qué haría él? ¿Y si el ambiente se tornaba pesado, incómodo? ¿Cómo diría que necesitaba irse en caso de que ya no aguantara la situación? Para empezar, ¿Cómo sería su papá? ¿Le caería bien? ¿Le molestaría todo el rato? Todas estas preguntas y muchas otras atormentaban la mente del pobre Stefan cada vez que Miranda lo invitaba a su casa. Sí que Stefan era un muchacho cortés, pero a la vez era inseguro, pensaba en cada cosa que podría salir mal en alguna situación.

Al fin, un día hablando por llamada telefónica Stefan aceptó la invitación. Y no fue que Miranda sacara el tema, no; él mismo le dijo: «Miranda, ¿sabes? El sábado estaré desocupado, podría ir a tu casa si gustas. Lamento no haber podido ir las veces anteriores. Espero aún no sea tarde». Cuando Miranda escuchó esas palabras envueltas en la voz fuerte de él, simplemente explotó en felicidad. Sí sintió nervios, pero más le ganaba la emoción de alegría que de inmediato le respondió con un: «¡Siiiiiii! ¡Yuuupiiii! ¡Claro que sí, Stefan!», girando en la cama. Miranda les contó a sus padres al día siguiente y arreglaron que fuera una cena entre adolescentes; ellos, sus padres, los dejarían solos en el comedor y sala de estar, estarían en su habitación, pero de vez en cuando saldrían para cerciorarse de que todo estuviera en orden.

Ese día, cuando ambos despertaron en sus camas estaban increíblemente asustados. Durante todo el día no hacían más que pensar sobre la cena: cómo sería, qué se pondrían, cómo deberían actuar, qué ademanes hacer, todo se lo cuestionaban, ¿y si caía un meteorito encima de la casa? Había llegado la noche. La cena estaba casi lista. Sonó el timbre de la puerta. Miranda fue a abrir. Estaba radiante como siempre. Vestía unas finas botas grises, llevaba una falda gris que apenas le llegaba a las rodillas, quería mostrarle sus sexys piernas a Stefan, y usaba una franelilla rosada, un poco chillona, ajustada al cuerpo, que resaltaba perfectamente su cintura de muñeca, su plano abdomen y sus esculpidos senos. Lucía el cabello agarrado en una cola de caballo que la hacía verse más hermosa.

Cuando abrió la puerta vio a Stefan y a un lado de él... estaba Luca. Ella no había invitado a Luca. «¿Qué hace aquí?», pensó por un momento. En ese instante que Luca vio a Miranda, su respiración se congeló. Se había enamorado perdidamente. Miranda le gustaba, pero ahora era un hecho de que se había enamorado de ella. Los saludó de beso y abrazo y los hizo pasar. Asumió que Stefan había preferido traerlo para no sentirse tan presionado.

Stefan y Luca iban vestidos de camisa manga larga. El primero la llevaba

de blanco recogida hasta los codos, y Luca de un verde manzana. Ambos pantalón y zapatos negros. Stefan estaba más musculoso que antes, aspecto que derritió a Miranda en cuanto lo vio, y vestido así, su imaginación comenzaba a volar sobre travesuras en la habitación. Luca por el contrario seguía flaco como siempre, nunca se había molestado en ejercitarse, aún así, lucía a la altura de aquel.

Chicos, creo que vinieron muy formales para una simple cena les dijo Miranda, bromeando.

¿Tú crees? Respondió Stefan con un divertido arqueado de cejas.

Eso temía, pero no estaba seguro de cómo sería, jeje Dijo Luca.

En eso Elza bajó de su habitación y fue hacia la puerta a saludarlos. Cuando vio a Stefan sintió chispas en su pecho que en un segundo se volvieron llamas. Miranda le había comentado a ella innumerables veces sobre un tal Stefan, que le parecía lindo, que en el campamento hicieron tal cosa, y todo ello. Más no le contó nada de sus sentimientos por él. Y claro que también le avisó que él iría a cenar; a Elza le gustaba la idea, conocería a un nuevo amigo de Miranda, nada más. Pero Stefan la sorprendió, no esperaba a alguien tan bello. Primero saludó a Luca, igual de beso y abrazo.

Elza, él es Stefan los presentó Miranda. Stefan, ella es Elza, mi hermana.

Un gusto, Stefan Se estrecharon la mano y se dieron un beso en la mejilla. Miranda me ha hablado mucho sobre ti.

Elza iba vestida con unas sandalias, licra negra, ideal para sus piernas y nalgas esbeltas, y una blusa blanca transparente, por lo que el sostén que usaba también era blanco. Podía verse muy bien su sensual abdomen, plano como el de su hermana. Y su cabello, su cabello negro suelto. Una maravillosa cascada que cubría sus hombros.

Stefan quedó fascinado por Elza. Se enamoró en el segundo en que la vio, y cuando se dieron el beso tuvo un fuerte cosquilleo en el pene; además, el perfume que Elza llevaba lo transportó mentalmente a una cama donde estaban follando salvajemente.

Igual. El gusto es mío, Elza. Miranda también me ha hablado mucho de ti. Me dijo que eran gemelas pero vaya, en verdad el parecido es increíble, son la réplica exacta de la otra.

Los cuatro rieron. La mamá, bien vestida bajo un delantal de cocina, los saludó y les sirvió la comida a los cuatro, luego subió. El papá de las chicas salió minutos después, los saludó, se sirvió refresco, bromeó un rato y volvió a subir.

Pasaron a la mesa para comer. La cena lucía deliciosa. Eran dos dorados pollos con una ensalada de diferentes colores y aroma fresco como el aire nocturno. Una olla de arroz y largas piezas de pan para quien gustara, junto con una bandeja de queso y otra de jamón. Y claro, tres botellas de refresco, cada uno de sabor diferente. La mesa estaba tan bien decorada junto con los colores de la comida que parecía una cena navideña. Sí, mamá se había lucido para sus hijas y visitantes.

Se sentaron así: Elza y Miranda en cada lado corto de la mesa, y Stefan y Luca en el los largos. Así pues, a mano derecha de Elza estaba Stefan, a su izquierda Luca, y en frente Miranda. Y por consiguiente, a mano izquierda de Miranda estaba Stefan. Stefan como Luca estaban en medio de ambas bellezas de pelo negro.

¿Quién quiere pollo? Preguntó Miranda, con cuchillo en mano lista para picarlo.

Los tres levantaron la mano. Miranda picó la porción para Luca y le sirvió en su plato, luego picó y sirvió el de Stefan.

Yo me sirvo, hermana, pásame el cuchillo Le dijo Elza. Miranda se lo dio.

Si me permites, Elza, déjame cortarlo por ti. —Se levantó Stefan—. Vi algunas clases de cocina hace un tiempo. Se acercó a Elza, ella, encantada por el detalle le pasó el utensilio.

Vaya, Stefan, ¿Por qué no lo habías dicho antes si querías cortarlo tú? Dijo Miranda, internamente dolida porque el ofrecimiento no fue para ella

No lo sé Se enrojeció. Me había paralizado, supongo. Elza, como Miranda, no dejaba de verlo mientras cortaba el pollo. Lo miraba con brillo en los ojos.

Elza cortó el de Miranda y todos comenzaron a comer. Se servían a sí mismos el arroz, el pan y el refresco. Los minutos avanzaban y los platos se vaciaban. Stefan se había percatado de que a Elza se le había acabado el refresco de su vaso.

Elza, ¿quieres más? Le preguntó, señalándole el vaso.

Oh, sí, por favor Le respondió ésta. De inmediato Stefan le rellenó el vaso. Qué amable. Gracias. Se sonrieron mutuamente.

Luego cuando terminaron de comer, se iban a levantar de la mesa. Miranda lo hizo, luego Luca, cuando Elza estaba empujando su silla hacia atrás para salir, Stefan se apresuró en la suya:

Permíteme, Elza.

Se colocó detrás de ella y jaló con suavidad su silla. Elza se levantó y giró para verlo a los ojos.

Gracias, Stefan.

Los ojos de ambos brillaban con fervor. Y tanto Miranda como Luca lo notaban muy bien a kilómetros de distancia. En toda la noche, así había sido el comportamiento de Stefan. No tenía ojos ni mente para nadie más que no fuera Elza. Muy servicial, muy carismático, muy atento con ella. Miranda se sentía mal, aislada; Stefan no le prestaba atención, apenas si la veía cuando hablaba, pero cuando lo hacía Elza, sus ojos no se despegaban de sus labios y ojos.

Pasaron los días, y Elza y Stefan comenzaban a salir ellos dos solos. Al poco tiempo, dos meses, se hicieron novios. Sus salidas habían aumentado, ahora lo hacían casi todos los días, pero eso sí, nunca llegaban tarde a casa, cosa que a los papás de ella les gustaba. Por lo que Stefan, al contrario de sus inseguridades, se ganó la confianza de ellos en pocos días.

A Miranda el noviazgo de Elza con Stefan le había roto el corazón en millones de fragmentos imposibles de recoger y volver a unir. Experimentaba un sentimiento agridulce: Por un lado estaba alegre de ver a su hermana feliz con alguien, pero por el otro estaba triste de que Stefan se enamorara de su hermana y no de ella. Aún con todo, no le contó sobre sus sentimientos a su hermana, porque sabía que de hacerlo ella sería capaz de terminar con Stefan, y para Miranda eso sería peor, porque sin querer los habría separado. Miranda amaba demasiado a su hermana, y por tal amor, era capaz de vivir con eso.

Una tarde, algunos años después, estarían todos en el segundo año de preparatoria, Miranda descubrió algo insólito. Estaba en su casa, en su habitación haciendo una tarea de literatura. Sus padres habían salido. No escuchó cuando abrieron la puerta de la casa. Al rato, cuando salió de su habitación para bajar a la cocina por un vaso de agua, escuchó unos sonidos. La habitación de Elza estaba al lado de la suya. Los sonidos provenían de allí. Eran gemidos. Hermosos gemidos. Miranda caminó muy, muy lentamente hasta llegar en pocos pasos a la puerta de su hermana. La puerta no estaba cerrada, entre ella y el marco se formaba una rendija. Y Miranda los descubrió. Observó a través de aquella rendija, a Stefan desnudo apoyado en sus brazos encima de Elza, acostada en cama, desnuda también, follándose con embestidas rápidas. Los pies de Elza y las nalgas de Stefan se apretaban y aflojaban.

Miranda estaba incrédula. No podía dejar de verlo. Estaba en shock. Era muy inocente para eso, pero Elza, todo lo contrario. El cabello de Elza estaba pegado a su rostro sudado, varias veces Stefan se lo retiraba con sumo cuidado, pero sin dejar de penetrarla. Elza había subido sus piernas por encima de las nalgas de él, y con ellas enlazadas, mantenía a Stefan amarrado, asegurándose de que no se fuera sin terminar el trabajo. Stefan no paraba de azotarla con su miembro viril. Luego de unos segundos hizo a un lado sus brazos para bajar hasta el rostro de su compañera. Se besaron con pasión, sus bocas se habían perdido, de pronto se voltearon y ahora era Elza quien estaba encima. Stefan la abrazaba por la cintura mientras le seguía azotando su empapada fruta del Edén. La cama rechinaba, y el cuerpo desnudo de Elza estaba completo frente a los ojos ocultos de su hermana. Su espalda sudada, sus grandes nalgas sentadas sobre los muslos de Stefan.

Miranda no aguantó más de aquí y regresó a su habitación. Llevándose en la mente aquella escena de sexo de Stefan con su hermana. Desde entonces, sintió una profunda desilusión sobre el sexo y su secreto hoy día es que es virgen a causa de ese desamor.

CAPITULO 5

Y a en la biblioteca, Miranda leía un libro de historia. Leía acerca del fascismo de Mussolini en Italia. Miles de italianos habían abandonado Italia a causa de su dictadura, con un gobierno que no tenía piedad por el campesino y que, debido a su deliberada violencia salvaje contra éste, parecía estar conformado por mafiosos más que por políticos, muy al contrario de lo que el propio Mussolini prometía: Erradicar a la mafia de toda Italia. En unas importantes votaciones donde Mussolini era candidato, sujetos vestidos de traje se paraban afuera de las instalaciones de votación. A todo el que iba a entrar a votar le decían que votara por Mussolini, sino les pasaría algo. Y a los que salían y se les preguntaba por quién habían votado y les respondían por cualquier candidato menos éste, lo agarraban y lo zambullían en una paliza tremenda. Así de violento era su régimen, y aún ni líder de estado era.

Miró la hora en su reloj de pulsera. Era tiempo de irse. La lectura estaba muy interesante pero debía dejarla. Guardó sus cosas, devolvió el libro a su estante y salió de la biblioteca.

Ella no era virgen en lo físico, ya que ha usado toda clase de consoladores, de distintos tamaños y materiales. Secretamente los había ido comprando uno a uno. Y cada vez que lo hacía iba vestida muy diferente a su estilo particular, con una chaqueta que poco suele ponerse, gorra y lentes. Tanto para no ser reconocida por algún conocido en la calle como para que los empleados de la tienda no supieran que era su rostro el mismo que siempre iba a comprar consoladores y otras cositas pícaras. Con uno algo pequeño, de goma, se quitó la virginidad ella misma, en la intimidad nocturna de su habitación antes de dormir, hace un par de años. Pero en realidad, jamás

ha estado con un hombre. Jamás.

Era una especie de luto que mantenía guardado a su amor platónico.

Su descubrimiento de la masturbación lo tuvo en casa de una tía, en vacaciones navideñas cuando tenía unos catorce o quince años. Su tía tenía un jacuzzi. A la familia le gustaba bañarse en él cada vez que se reunían en su casa. De hecho, por ello preferían que las reuniones navideñas fueran en casa de esa tía. El día de su descubrimiento, Miranda estaba sola dentro del jacuzzi, todos, incluyendo a Elza, habían salido hacía unos treinta minutos, porque ya era de noche y hacía mucho frío. Miranda dijo que se quedaría sólo un rato más. El jacuzzi tenía una larga manguera para usar dentro de él, sabrá Dios con qué fin, pero la tenía.

La manguera funcionaba y tenía dos modos de uso: Regadera y chorro. Debajo del agua la sensación del chorro se sentía relajadora en la mano de Miranda, en la pierna y en la barriga. Era divertido, en verdad. En eso se le ocurrió... «¿Y si lo apunto dentro de mi va...?». No había nadie cerca, todos estaban adentro. Y así lo hizo. Dentro del jacuzzi hizo a un lado el traje de baño, dejando descubierto sus labios vaginales, pegó la cabeza de la manguera a sus labios, ayudándose de la mano que retenía el traje de baño, movió a un lado un labio y activó el chorro. Aquel fuerte chorro salió disparado pasando a través de sus labios. Éstos vibraban por la presión. Repentinamente Miranda había descubierto el paraíso, con un simple chorro de agua.

Al llegar a casa cuando la navidad terminó, quería volver a experimentar aquella deliciosa sensación, pero no tenía ni jacuzzi ni manguera. Pero el foco no tardó más de dos segundos en encenderse. La primera noche que llegaron, a la hora de irse a dormir tenía verdaderas ganas de sentirlo. Sus dedos, ellos solitos, encontraron el camino hasta el jardín del Edén y se instalaron muy bien allí. Miranda había descubierto otra puerta para entrar al Paraíso, y la llave eran sus dedos. Le encantó sentirlos húmedos en sus adentros, y el placer que le daban era igual que el alcanzado con los chorros de agua.

Cada noche era el mismo ritual. Antes de dormir se masturbaba con los dedos. Con la mano derecha era sencillo, pero con la izquierda le costaba; no sabía cómo pero, era como si sus dedos de esa mano no encajaran bien, era algo curioso, así que sólo se masturbaba con la derecha. A veces lo hacía sin ropa interior ni ropa inferior de por medio, pero las sábanas se impregnaban de su sudor y ciertamente no le gustaba, por lo que era inusual cuando volvía a hacerlo de esa forma. Y cuando más adelante descubrió la pornografía...

Sus dedos bailaban su propia canción favorita cada noche sin falta.

Ya veterana en el arte con los dedos, comenzó a probar otra cosa. Un día, un tazón con frutas dejado en la cocina volvió a encender el foco en su cabeza.

Probó con bananas, zanahorias y pepinos, en ese orden. La banana era lo mejor, era suave y delgada, lo malo era la textura; si no tenía cierto cuidado la banana se podía romper dentro de ella. No era algo grave porque sacarla era fácil, el problema era que rompía el clímax.

Luego la zanahoria, primero la pelaba antes de usarla, puesto que la piel es algo árida para la tarea, además que sería algo sucio. La zanahoria también funcionaba, mejor que la banana, puesto que ésta no se rompía como la anterior, y, otra ventaja, la zanahoria desde la punta hasta el extremo va aumentando su diámetro. Así podía graduar el nivel que su vagina podía soportar. Dependiendo del tamaño de la zanahoria, a veces podía introducirla casi toda, y a veces sólo la mitad.

Por último el pepino. Sólo lo probó una vez. Era muy grueso para ella. Apenas si puedo introducir unos cuatro centímetros de él y ya sentía dolor. Pero pensaba que más adelante, si adquiría más elasticidad en su zona “v” volvería a intentarlo.

Como le parecía muy asqueroso comer la fruta usada para su placer, cuando terminaba su obra la tomaba, salía a la calle y la dejaba cerca de un perro callejero que, cuando ella se alejaba, rápidamente comenzaba a comerla. Si ese perro fuera un hombre, estaría muy, muy a gusto comiendo aquellas frutas.

Conforme la relación de Elza con Stefan iba evolucionando, ella se dedicó a estudiar. Elza y Stefan se la pasaban juntos. Hacían planes cada tantos días. A veces veían películas en casa o hacían otra cosa. Se apoyaban mutuamente. Cada plan de vida que se les ocurría lo compartían con el otro, y cada noticia buena o mala que tenían era igual de compartida. Podría decirse que no había secretos entre ellos. Y ante esa relación tan hermosa, Miranda, aún más madura, no tenía como otra meta más que estudiar e ir a la universidad. Pero las metas de Elza, envuelta en el amor de edad temprana, eran casarse y tener hijos. Con eso soñaba. Eso quería.

Una noche hicieron una reunión en casa de las hermanas para despedir a Luca. Estaban ellas dos, sus padres, Luca y Stefan. Luca se iría a una universidad muy lejos de ahí, precisamente al este del país, y ellos viven en el occidente. Se iría para no volver nunca más. La noticia les cayó a todo de una

tonada agridulce. Pero era algo genial para Luca. Todos estaban sentados en la sala de estar, alrededor de una baja mesa de cristal. Estefan y Elza en un sofá, Luca y Miranda en otro, y los padres de las chicas en otro también.

Los extrañaré a todos, chicos comenzó Luca. Y a ustedes también, señor y señora Sorvini. Han sido muy gentiles conmigo desde que soy amigo de las muchachas. Sepan que les tengo cariño, aunque nunca lo haya dicho.

Oh, Luca, qué bellas palabras repuso la mamá de las muchachas. Para nosotros has sido como un hijo, ¿no es así, cariño?

Sí, es verdad, muchacho respondió su esposo, con una sonrisa. Has sido como un hijo para nosotros. Nuestro cariño te lo has ganado. Y en verdad deseamos que te vaya bien en la universidad, y bueno, en la vida.

El señor y la señora Sorvini se levantaron y cada uno le dio un cálido abrazo y volvieron a sentarse. Luca se sentía avergonzado. Estaba rojo, pero le alegraba mucho escuchar aquellas palabras. No podía cambiar la enorme sonrisa que tenía en el rostro.

Sí, Luca, eres un gran, gran amigo agregó Miranda. Te echaremos de menos y yo también te deseo éxitos en tu futuro. Sabes que puedes escribirme o llamarme cuando quieras. ¿Podré yo hacer lo mismo para saber de ti?

Gracias, Miranda. De verdad significa mucho para mí. ¡Y claro! Puedes comunicarte conmigo cuando gustes, ten por seguro que yo haré lo mismo para saber cómo están todos por aquí.

Miranda se acercó más él para abrazarlo. Fue un abrazo largo. Luca pudo oler su perfume y quedó embriagado. Jamás olvidará la fragancia de su amada platónica. Lo mejor fue sentir sus senos en su pecho. La despedida era hermosa pero con el ambiente algo triste.

Oye, Luca, pero no te vayas a olvidar de escribirme a mí también, ¿eh? Dijo Elza. Te queremos como a un hermano. Eres como de la familia, y desde luego te deseo éxitos y un futuro provechoso.

Muchas gracias, Elza. Sé que sí. Siempre me lo han hecho saber por su trato. Y no, imposible olvidarme de escribirte, hermana.

Elza se levantó, caminó hasta Luca y también lo abrazó. Luca volvió a disfrutar el calor femenino, los senos, una fragancia y, sobre todo, el cariño que en verdad se tenían. Volvieron a sentarse.

Bueno, ahora es mi turno, Luca Se anunció Stefan. Nos conocemos desde pequeños, hemos hecho una y mil cosas juntos...

Excepto acostarse, imagino Dijo sorprendidamente el papá de las chicas. ¡Papá! Exclamaron ambas al unísono.

Luca y Stefan se rieron con ganas, al igual que el señor.

Sí, excepto eso Continuó Stefan. Pero como venía diciendo, hemos estado juntos desde la primaria. Tenerte como amigo ha sido genial. No me voy a alargar más que el resto, porque todos sabemos que esto no es una despedida sino un hasta luego. Todos asintieron. Pero como todos, yo también te deseo éxitos y un porvenir lleno de triunfos y metas cumplidas. También te quiero, hermano.

Se abrazaron palmeándose las espaldas y volvieron a sus lugares.

Bueno, cambiemos de tema antes de que soltemos lágrimas Dijo Elza. Stefan y yo tenemos una noticia que darles.

Hijo, espero que no sea que esté embarazada Atajó el papá de Elza señalándolo, entrecerrando los párpados dejando una línea de visibilidad para los ojos.

No, no, señor. No es eso. Elza, ¿lo digo yo?

Sí, dilo tú.

Nos vamos a casar.

Hubo un breve silencio en la habitación.

Eso fue... Inesperado Dijo la madre de Elza.

No se casarán dentro de poco, ¿Verdad? Preguntó el padre.

Miranda y Luca se vieron las caras. Miranda intentó no estallar en su interior. Estaba respirando, manteniendo la calma.

No, señor. No dentro de poco, pero sí en algunos años con el favor de Dios.

Sí, papi. Mira, ya estamos comprometidos. Elza levantó su mano y Stefan la suya para mostrarles sus anillos de compromiso. Apuesto a que ninguno se había fijado que los llevábamos puesto.

Fue la gota que derramó el vaso. La cólera de Miranda se había desbordado. Furiosa tomó del brazo a Luca, se levantaron y a paso rápido caminaron hacia las escalera.

Miranda, ¿qué tienes? La detuvo su padre con voz firme pero preocupada.

Nada. No tengo nada, papá. Olvidé algo en mi habitación.

¿Pero por qué te alteraste así?

¿Cómo?

Así, como enojada. ¿No te da gusto que tu hermana esté comprometida?

Esto hirvió un más la sangre de Miranda. «Como si a él le diera gusto», pensó

¿Y a ti?

El papá no supo responder.

Bueno... Sí, supongo.

Bien, ahí está mi respuesta.

Enseguida jaló a Luca del brazo, esquivó a su padre y casi corriendo subió las escaleras, Luca parecía un muñeco de trapo siendo arrastrado por un huracán. Atravesaron el pasillo y entraron en su habitación como dos rayos. Cerró la puerta en un azote y pasó el pestillo en una fracción de segundos. Todos abajo quedaron perplejos.

CAPITULO 6

Una vez en el cuarto de Miranda, Luca no podía creer lo que estaba a punto de suceder, la muchacha de la que toda su vida ha estado enamorado, esa joven tan hermosa, sexy y divertida que tan loco lo vuelve, quiere hacer el amor con él justo antes de que se marche de viaje al exterior a cursar estudios universitarios. ¿Qué adolescente no sueña con semejante despedida? Bueno, resulta que en aquel arranque de celos y frustración por parte de Miranda, ella estaba dispuesta a desquitarse del mundo y de su mala suerte, acostándose con Luca. Ella no tenía problemas con Elza, ella sabía que su hermana no tenía la culpa de nada, todo había sido fortuito, ella conoció primero a Luca y luego a Stefan, y le hubiera gustado que Stefan se fijara en ella vez de su hermana, pero hay cosas en nuestras vidas que definitivamente no podemos controlar.

En aquella oportunidad, una vez que ambos cruzaron la puerta del cuarto de Miranda, ella empujó a Luca sobre la cama para luego cerrar la puerta del cuarto, quedando los dos absolutamente a solas, él tumbado sobre la cama, bocarriba, con su mirada fija sobre Miranda mientras su pene apuntaba al cielo con una potente erección, típica de adolescentes enamorados.

Miranda lo vio fijamente, no necesariamente con ojos de deseo, sino más bien con una mirada que parecía la de alguien muy dispuesto a cumplir una misión. Miranda se veía determinada, dispuesta a hacer el amor con Luca, pero muy lejos de estar excitada. Sin embargo, Miranda pensó que todo sería cuestión de entrar en calor, de excitarse el uno al otro, o por lo menos de que cada uno supiera hacerse entrar en calor a sí mismo, como bastante sabía hacerlo ella cada vez que se masturbaba.

Con tantos pensamientos flotando en su mente, Miranda decidió sacudir

la cabeza y concentrarse en finalmente hacer el amor con Luca, por lo que comenzó soltando su ropa, principalmente su blusa para luego dejar caer una de las tiras de sus sostenes y mostrarle al joven puberto los pechos con los que tantas veces había soñado y por lo que se habría masturbado no menos de cien veces.

Miranda no había terminado de mostrar su seno derecho cuando Luca se puso de pie frente a ella, sin miedo de ocultar su gran erección, mirándola fija a los ojos, tratando de leer en ella lo que tal vez era muy obvio: ella solo quería desquitarse y esa podría ser su oportunidad para llevarse un grato y delicioso recuerdo, pero contrario a lo que mucha gente pudiera creer o lo que muchos otros chicos vieran hecho en su lugar, luego de mirar bien el rostro de Miranda, prefirió acomodar su pene en su ropa interior de modo que dejara de ser tan obvia su intención de follar a Miranda, al mismo tiempo que le acomodó la blusa a ella, haciendo que de nuevo quedase totalmente vestida.

Miranda, luego de mostrarle el seno que jamás estuvo del todo al descubierto, planeaba comenzar a masturbarse frente a Luca, pero el joven no la dejó avanzar tan lejos, y ella solo pudo quedarse muda e inmóvil.

—No lo tomes a mal, al contrario, eres una muchacha muy bella, hermosa, y toda la vida me has gustado, es algo que desde siempre has sabido bien. Pero yo no soy idiota, Miranda, yo sé que no te gusto, y sé que esto lo estás haciendo por rebeldía y no porque de verdad lo deseas. Tú me gustas mucho, jamás en la vida me había enamorado así como lo estoy de ti, y estoy seguro de que jamás me gustará alguien al nivel en que te deseo a ti, pero no quiero llevarme un recuerdo en el que yo sea algo desagradable para ti, y mucho menos quiero ser yo un muy mal recuerdo para ti. Así que aunque te agradezco que me hayas tomado en cuenta para esto que planeabas hacer y que de verdad no sé cómo llamarlo, debo decirte que lo mejor es que lo dejemos así, y en cambio te invito una malteada.

Miranda, ante las palabras de Luca, no pudo sino estallar en llanto. Cuando creía que nada podía salir peor después de que el amor de su vida se enamorase su propia hermana gemela, ahora resultaba que en la misma noche en la que su hermana le rompía el corazón, ella también terminaba siendo rechazada por el único muchacho que tal vez podía merecerla.

—Si quieres llorar, aquí tienes mi hombro, y si quieres dejar de llorar, en mi bolsillo hay un pañuelo. Y sea lo que sea que quieras hacer en la vida, aquí tienes a un amigo que te apoya. Pero te quiero y te aprecio tanto como

para saber aconsejarte cuando lo necesitas, y créeme, en este momento tú no necesitas sexo, tú necesitas un abrazo y una malteada.

Miranda lo vio por un segundo, continuó con su llanto y se fundió en un profundo abrazo con Luca, quien a pesar de ser un chico un poco fastidioso al que ella siempre tuvo en la Friendzone, parecía ser también el único chico al que ella realmente le preocupaba, el único que de verdad tenía sentimientos nobles para ella y por lo visto el único que sabía lo que a ella le convenía.

Ese recuerdo por siempre quedó marcado en la memoria de Miranda, especialmente porque fue la primera vez en mucho tiempo, que alguien le habló de manera tan sincera y al mismo tiempo tan desinteresada, o en todo caso, primera vez que alguien ponía el bienestar de ella por encima de cualquier otra cosa.

Con ese recuerdo tatuado en la mente, Miranda hoy finalmente camina de regreso a casa luego de un largo día de clases en la universidad. La universidad para Miranda siempre ha sido un lugar para pensar, para distraerse, y sobre todo para compartir con otras personas que suelen tener gustos e intereses similares a ella.

Miranda sale de la universidad por el portón de carga, por donde suelen entrar y salir los vehículos que transportan insumos para comedor y cafetín, el mismo portal por donde también circulan los vehículos de mantenimiento y los de uso oficial por parte de la casa de estudios.

Una vez que Miranda atraviesa el portal, decide sacar una barra de chocolate que tenía guardada en su bolso. Ella no es muy amante de todo tipo de dulces, no es la típica chica que ama los bombones y las flores, pero los chocolates habían constituido en su vida una especie de calmante, una suerte de ventana para momentos en los cuales quisiera que su mente escapara. Sin embargo, en esta oportunidad el chocolate no iba a ser tan efectivo, o por lo menos no por mucho tiempo.

Luego de caminar varios metros hasta la estación del metro, Miranda depositó en un bote de basura la bolsa donde venía el chocolate que minutos antes había fallecido en su boca. Bajó las escaleras de manera serena y aguardó con calma que llegara su vagón, ese que la llevaría directo hasta su casa, o al menos la dejaría a tan solo unas cuadras de su destino. Cuando su carroza eléctrica por fin llegó, no la conducía ningún príncipe azul y para extrañeza de ella y de ciudad en general, ese día la estación no estaba tan llena de gente como otros días, lo que le permitió abordar el metro con cierta rapidez.

Una vez dentro del metro no pudo evitar volver a pensar en Stefan y Elza, en aquella nefasta noche en la que ellos anunciaron su matrimonio y en las palabras de su amigo Luca del que más nunca volvió a saber nada. Miranda hoy, sentada en un vagón del metro ya camino a su casa, se pregunta qué será de la vida de Luca, pero luego sacude la cabeza, sonrío, y piensa en que seguramente ha de estar muy bien, porque la gente buena merece que las cosas le salgan bien.

Tomando las cosas de manera positiva, Miranda ve las luces que apenas iluminan el túnel que ella y todos l presentes en ese vagón van atravesando. Los faros van pasando uno a uno por un lado de ella, como hojas que caen en otoño, como un carnaval horizontal de pequeñas luces que le recuerdan que a pesar de todo, a pesar de las cosas agradables o no que podamos vivir, la vida siempre continúa y el mundo sigue girando.

Con esa actitud positiva Miranda comenzó a recordar cómo ella misma terminó colaborando con los preparativos de la boda. A Elza le encantaba la idea de casarse de una manera un poco distinta, y había decidido que el vestido que llevaría puesto sería rosado en vez de blanco; después de todo seguía siendo un color tierno, bastante femenino, y que además le sentaba muy bien.

Miranda y su mamá acompañaron a Elza a escogerlo, y aunque le dolía saber que su hermana se casaría con el hombre de sus sueños, ella estaba muy feliz de ver a su hermana tan contenta, tan alegre, y sobre todo tan deseosa de compartir su felicidad con ella, lo cual hacía que Miranda incluso en ocasiones se sintiera un poco mal por sus pensamientos de rencor hacia esa boda, porque quedaba muy claro que su hermana Elza jamás había tenido la intención de herirla, y que todo lo que había sucedido había sido una cuestión de mero azara, algo fortuito. Elza y Stefan no planearon enamorarse, el mismo Luca tampoco planificó enamorarse de Miranda, las cosas son como son y sucedan como suceden, no como nosotros quisiéramos, al menos no siempre.

Cuando por fin llegó el día de la ceremonia, Miranda fue la dama de honor, ella fue la principal encargada de que todo saliera bien. Miranda escogió la locación, una hermosa hacienda que alquilaban para ese tipo de eventos y con la que Elza había quedado enamorada desde niña cuando una vez habían ido como parte de una visita escolar. La hacienda era enorme, perfecta para la boda de Elza con Stefan porque podían invitar a cuanta gente quisieran y aún sobraría mucho espacio.

Aquella hacienda que Miranda escogió y donde finalmente Elza y Stefan se casaron, poseía además una gran piscina, un parque para niños, y zonas de entretenimiento campestre que incluía además caballos de paso para el deleite visual de los presentes. Cuando llegó el momento decisivo, Miranda no pudo evitar que una pequeña lágrima se deslizara por su mejilla cuando Elza y Stefan dijeron sus votos y juraron amarse para siempre en la eternidad en las buenas y en las malas.

Hoy, de regreso a casa, ya a punto de bajarse del metro para terminar de caminar hasta su hogar, Miranda recuerda muy claramente la palabras de su hermana Elza luego de haberse finalmente casado, palabras que ofreció durante el brindis y en las que engalanó por todo lo alto a Miranda.

—Quiero agradecerle a todos por haber venido y por compartir conmigo este momento tan especial. La felicidad no cabe en mí, es por eso que los necesito, para que sean parte de este amor tan inmenso y puedan ser testigos de algo que yo misma no podría creer. Hoy soy la mujer más feliz de la tierra, en gran parte porque me he casado con un hombre maravilloso al cual adoro, un hombre sin igual. Pero la principal razón de mi felicidad es que nada de esto hubiera sido posible, o al menos no de esta manera, si no fuera por mi hermana Miranda. Gracia a ella conocí al hombre de mis sueños, gracias a ella pudimos llevar a cabo esta ceremonia tan hermosa, y le debo desde los mejores momentos de mi vida a través de todos estos años juntas, hasta haber escogido este maravilloso vestido que no sé si me queda tan bien como creo, pero que al menos a mí particularmente me fascina.

Esas fueron las palabras de Elza durante el matrimonio, palabras que hicieron que Miranda rompiera en llanto para luego salir corriendo a abrazarse con su dorada hermana. Hoy, para Miranda eso es un recuerdo agridulce. Por un lado recuerda con cariño las palabras de su hermana refiriéndose a ella con tanto amor y admiración, mientras que por otro lado solo puede pensar en que la vida es injusta al quitarle al hombre de sus sueños y castigarla con el hecho de que hoy en día tenga años de casado con su propia hermana gemela.

Mientras Miranda piensa en esto, mientras ella va recordando momento de su adolescencia o incluso posteriores a eso, finalmente baja del vagón y camina por las escaleras hasta arriba para salir de la estación y llegar hasta la calle. Cuando sale de la estación una suave brisa le hace sentir que ya está cerca de casa. Al ver el restaurante chino sabe que no es cuestión de presentimientos y que en efecto está a tan solo una cuadra de su hogar.

Luego de caminar varios metros, finalmente llega hasta la entrada principal de la casa donde Derek la esperaba con brazos abiertos, listo para contarle cómo le había ido en su día de escuela. Derek es el hijo de Miranda y Stefan, el mismo que ella cuida como su madrina que es. Miranda siguió tan apegada a su hermana a pesar de todo, que hoy en día no solo es madrina de su hijo, sino que es una especie de nana o niñera y vive con ellos en la misma casa.

CAPITULO 7

A sí es hoy en día a vida de Miranda, los días transcurren muy parecidos unos a otros. Su único momento diferente suele dar en la universidad, donde en realidad son varios momentos diferentes los que suele vivir día tras día. Por eso, no siempre va a clases conduciendo su auto, ese LeBaron que Stefan y Elza le regalaron para que pudiera trasladarse con comodidad, pues después de todo ellos son muy amables y atentos con ella, y tiene mucha lógica, no debería ser de extrañarse, principalmente porque además de que ellos son realmente personas muy nobles, también hay que recordar que ella es la niñera y a su vez la tía que también es madrina de su único hijo Derek, así que nada de raro tendría que ellos quisieran que Miranda estuviera en las mejores condiciones posibles.

—Hola “Nanda”. Adivina cómo me fue en clases, hoy no me puse triste en ningún momento, así que me fue muy bien.

Derek no se hizo esperar apenas Miranda entró por la puerta, él la estaba esperando para contarle cómo había ido su día de escuela. Él la llama “Nanda” como una abreviación de Miranda, al mismo tiempo que sirve también como una aproximación a la palabra “Nana”. Derek es un niño muy cariñoso, y según sus propias palabras, cuando algo no le agrada, se pone triste. Las palabras que le dijo a Miranda, daban a entender de que había sido un día magnífico en el que absolutamente nada le había desagradado, algo difícil en niños pequeños que casi siempre desean que todo sea como ellos quisieran.

—Hola querido Derek, cuánto me alegra escucharte decir eso, ven para acá y dale un súper abrazo a tu tía.

Derek y Miranda se abrazaron por largo rato, y en ese pequeño momento

en el que fueron capaces de construir una especie de burbuja que los alejaba del mundo entero, Miranda aprovechó de regalarle al suelo una lágrima que cayó desde su ojo directamente hasta una cerámica color blanquecino que adornaba la entrada de la casa. Derek no la vio llorar, Miranda se esforzó para que así fuera, pero con toda la alegría que Derek podía despertar en ella, su realidad jamás cambiaría, Miranda siempre llevaría consigo el estigma de haber perdido al hombre de su vida para luego verlo felizmente casado con su hermana y terminar ella siendo parte de ese universo, ayudando de manera trascendental a que las cosas entre ellos fluyeran de manera magnífica, pues al ayudarlos con Derek, Stefan podía dedicarse a sus negocios y así proveerles la vida que viven, mientras Elza podía ser una mujer atenta y dedicada a su marido, manteniéndose igual de hermosa que siempre.

Al terminar de entrar a la casa, luego de haberse secado muy bien las lágrimas de su rostro, Miranda avanzó tomada de la mano de Derek hasta la cocina donde Elza la esperaba para saludarla.

—Hola Hermanita. ¿Cómo te fue hoy en clases? Cada día más cerca del título, ¿no?

—Hola Elza. Yo muy bien, fue un día un poco largo pero no me quejo, estuvieron interesantes algunas cosas. Y sí, ya este año por fin terminé mi carrera, aunque la verdad yo no sé si ejerza, yo de verdad no pienso despegarme de este pequeño que ha robado mi corazón desde el día que supimos que ya estaba en tu barriga.

Las palabras de Miranda llenan de emoción a Elza, sabe que su hijo está en excelentes manos.

—Gracias por ser así con él y con nosotros, de verdad eres todo un ángel. Debes estar muerta de hambre, hoy saliste muy temprano, no dio tiempo de darte desayuno. Aparte también vi que dejaste tu auto, seguro has caminado mucho así que lo mejor es reponer esas energías.

Las palabras de Elza también eran muy reconfortantes para Miranda. Después de todo, su relación de hermanas gemelas jamás se ha visto afectada aún cuando una se haya quedado con el amor platónico de la otra. Elza le sirve un plato de pasta a Miranda y ella le agradece con una sonrisa y un gesto amable, en señal de que es una persona feliz, al menos en apariencia.

—Gracias, Elza. De verdad que sí tengo hambre. Dejé el auto porque realmente me apeteció caminar un poco, pero tienes razón, después de un día tan largo y de haber caminado tanto, tengo algo de hambre. —Dijo Miranda antes de sentarse a devorar la pasta que Elza le había servido.

Así transcurrían usualmente los días de Miranda. Como ya estaba por culminar su carrera universitaria, no necesitaba ir a clases todos los días, solo asistía a uno o dos cursos por semana, mientras el resto de las actividades las realizaba desde casa y las entregaba a distancia por correo electrónico. La mayor parte de su tiempo la pasaba con Derek, y mientras él estaba en clases, ella ocupaba su mente leyendo diferentes tipos de libros, especialmente de historias de aventura cuando se trataba de ficción, y un poco de turismo o incluso de botánica, cuando quería leer algo real.

Miranda usualmente esquivaba la presencia de Stefan, que esa tarde, cuando ella acababa de llegar de la universidad, aún se encontraba en su trabajo. Miranda trataba de no coincidir con él porque aunque pasaran los años, ella no deseaba de amarlo y también de desearlo. Así que para evitar inconvenientes, ella prefería verlo lo menos posible. Pero esta noche, al igual que la mayoría de las otras noches, la eterna tortura de Miranda se hacía presente.

Con Derek ya dormido y con Miranda acostada viendo el techo, esperando que los dioses del sueño la abrazaran y se la llevaran para no traerla de vuelta hasta la mañana siguiente, la cena estaba servida para que Elza y Stefan dieran rienda suelta sus impulsos sexuales, en un matrimonio donde la llama de la pasión se mantenía encendida, en parte gracias a Miranda por cuidar de Derek y permitirles tener una vida amorosa regular sin contratiempos.

—¡Oh! ¡Así mi amor, no te detengas, sigue así, sigue así que está delicioso! —Exclamaba Elza desde la habitación de al lado mientras Stefan le practicaba sexo oral.

Stefan estaba de rodillas frente a una esquina de la cama, la misma donde Elza yacía acostada bocarriba bien abierta de piernas. Stefan lamía con suavidad el punto indicado para que Elza fuera feliz, lo cual podía evidenciarse en sus palabras y en sus gemidos que muy perfectamente Miranda podía escuchar desde lo más profundo de su insomnio.

Stefan continuó explorando los placeres de Elza con su lengua hasta que ella misma terminó pidiendo una modificación en su deleite:

—¡Hazme tuya, mi amor! ¡Por favor, enséñame cuánto me deseas!

Stefan entendió que Elza quería ver su pene, así que se colocó de frente a ella y le mostró la gran erección que ella causaba en él, tan solo unos segundos antes de colocarse sobre ella y penetrarla en posición del misionero.

Por su parte, Miranda que estaba escuchando todo, habiendo terminado su faena como niñera luego de haber dejado a Derek dormido en su recámara,

comenzó a fantasear con la figura de Stefan, imaginando cómo se vería de pie, erguido, tenso, listo para amala a ella en vez de su hermana. ¿Cuántas veces había fantaseado Mirando con eso? ¿Cuántas veces se había masturbado pensando en el hombre de su vida que ahora era su cuñado? Las respuestas a esas preguntas no existían, la única que podría tener siquiera una idea era la propia Miranda, pero habrían sido tantas veces que de seguro habría perdido la cuenta.

Mientras mirando al techo Miranda escuchaba los gemidos de su hermana a punto de llegar al orgasmo, Miranda comenzaba a hacer lo mismo que casi todas las noches: tocarse a sí misma, fantaseando con ocupar el lugar de Elza. En esta oportunidad solo humedeció un poco sus dedos, y sin agregar mayor cosa, juguetes ni nada por el estilo más que su propia humanidad, comenzó a darse deleite con los ojos cerrados, pensando que por un momento ella era la esposa de Stefan. El sonido de la cama de su hermana le hacía fácil el trabajo de recrear la escena.

Mientras el colchón de la habitación de al lado sonaba, Miranda se imaginaba que Stefan la poseía con fuerza, como todo un macho, y mientras Elza no paraba de gemir, ella debía taparse la boca para evitar que sus gemidos se unieran a los de su hermana. Miranda escuchaba cómo poco a poco iba aumentando la frecuencia y la intensidad del sonido que los amantes vecinos hacían, emulando la velocidad en sus dedos, hasta que justo en el instante en el que Elza gimió y hasta gritó con fuerza, ella también alcanzó el clímax y luego el orgasmo para que luego reinara el silencio en toda la casa.

Stefan y Elza se abrazaron luego de su faena amorosa, mientras Miranda solo pudo abrazar a la almohada, soñando con los brazos de Stefan antes de quedarse dormida para a la mañana siguiente repetir su tortuosa pero a la vez deseada rutina.

CAPITULO 8

A la mañana siguiente, otro día más transcurría en la tranquila vida de Miranda, Elza, Stefan y Derek. Era sábado, día libre de escuela y de trabajo, día en que Los chicos solían irse al estadio mientras Las mujeres aprovechaban de hacer compras para la casa.

Siempre que Stefan y Elza salían, Miranda aprovechaba para fantasear con ser la esposa de Stefan, y mientras se quedaba cuidando a Derek, soñaba con no ser su tía madrina, sino su propia madre. Después de todo, Derek tenía gran apego hacia ella y no hacía difícil imaginar que fuese su propio hijo. Pero los días en que Stefan y Derek se iban al estadio donde el niño jugaba fútbol, Elza y Miranda compartían mucho más, y era allí donde Miranda volvía a sus días de niñez cuando eran muy unidas como hermanas gemelas que son.

—¿Qué compraremos hoy? —Preguntó Miranda luego de vestir a Derek con su uniforme de fútbol que constaba de zapatos deportivos negros, medias y short azules, y camiseta blanca. Las medias eran tan altas que casi le llegaba a las rodillas, algo que a Derek no le causaba mucha comodidad, pero igual se sentía feliz de lucir como todo un jugador profesional.

—Creo que solo algunas frutas y verduras, y bueno, cosas de chicas. — Respondió Elza guiñando un ojo en tono cómplice.

Generalmente, cuando las gemelas salían solas, compraban cosas útiles para el hogar, desde comida hasta accesorios para limpieza, pero también dejaban algo de tiempo para comprar maquillaje e incluso probarse una que otra prenda, que si les gustaba también se la llevaban. Esta mañana no tenía por qué ser distinta, los chicos se iban al estadio y ellas pasarían una mañana de chicas.

Stefan pasó rápido por la cocina, Derek ya lo esperaba en el auto, y de manera muy veloz tomo su desayuno y el de Derek, para dirigirse hasta el garaje, no sin antes darle un beso en los labios a Elza y uno en la mejilla a Miranda.

—Hasta luego, hermosas mujeres. Nos llevamos el desayuno porque vamos un poco tarde y si me atraso un segundo más, Derek podría ponerse un poco molesto. —Dijo Stefan antes de terminar de irse.

Él no lo sabía, pero con ese tono jocoso y de muy buen humor con el que hablaba de Derek, terminaba de enamorar a Miranda, pues al final de cuentas ella eran quien más tiempo pasaba con el pequeño, y que Stefan hablara así de él, la hacía sentirse muy bien, porque al final de cuentas era muy profundo el apego y el amor sincero que ella sentía por él, al igual que por Stefan y por su propia hermana. Pero lo que Stefan tampoco sabía era que cada vez que tenía un gesto amable con ella, bien fuera algo como un beso en la mejilla o un simple piropo como el que cavaba de dirigirle, le rompía el corazón porque de cierto modo le recordaba cuál era su lugar, que sin duda no era el mismo de Elza.

Como fuera, esta mañana Miranda no quiso dejarse abrumar por esos sentimientos tristes, y con su mejor sonrisa terminó de desayunar panquecas con Elza para luego irse de compras.

—¿Nos vamos en tu auto o en el mío? —Preguntó Elza cuando ya estaban por salir.

—Podemos ir en el mío, sé que te da un poco de pereza manejar.

Elza agradeció el gesto de su hermana con una palmada en el hombro una sonrisa genuina, de esas que te dan paz y tranquilidad y te regocijan el alma. Diez minutos después ambas iban camino al boulevard de la ciudad, donde usualmente los sábados se llenaba de toda clase de gente comprando todo tipo de verduras y frutas frescas a causa de un pequeño mercadillo que se instalaba allí los fines de semana.

Al estacionar el auto se fijan que el lugar está casi vacío, y que en los bordes de la calle, donde están las aceras, había una cinta que recorría la zona de lado a lado. Esa cinta tenía una inscripción, pero las letras eran muy pequeñas como para poder leerlas bien desde lejos. Elza pensó que aquello a extraño, pero decidió no hacer mayor caso. Ella bajó primero del vehículo y se dispuso a cruzar la calle mientras Miranda terminaba de cerrar el vehículo, pero lo que siguió a continuación fue espeluznante.

Miranda, cerrando la puerta del auto para comenzar a cruzar la calle, vio

cómo un grupo inmenso de ciclistas arrolló a Elza sin tiempo alguno para evitar la desgracia. Todas las bicicletas fueron pasando una por una por encima de la humanidad de la gemela que yacía en el piso convulsionando por los múltiples golpes que recibió en tan solo unos segundos. Resultó que se estaba efectuando una carrera de ciclistas de la que ellas no estaban conscientes, por eso la poca afluencia de personas, y la cinta amarilla era una advertencia.

Para la poca fortuna de Elza, en esa zona donde ellas estacionaron, no había personal de seguridad para alertar a los peatones, y por mala suerte, ella pasaron por allí justo en el momento en el que el grupo de ciclistas terminaba de completar la décima vuelta. Una por una las bicicletas salían despedidas por un lado mientras los ciclistas volaban hacia el otro. No hubo uno que quedara de pie, ni bicicleta que quedara en buen estado. Pero la parte sin duda la llevó Elza.

La pobre Elza recibió tantos impactos en su cuerpo que solo se dejó caer, el peso de sus párpados fue enorme, tanto que decidió cerrarlos al caer en estado de coma. Varias personas se acercaron y comenzaron a llamar a toda clase de cuerpos de atención, entre ellos la ambulancia que estaba apoyando la carrera.

Miranda corrió hasta donde su hermana y trató de ayudarla de algún modo pero no supo cómo, hasta que llegaron los paramédicos y comenzaron a atender a Elza, explicándole a Miranda que debía hacer espacio para que ellos pudieran socorrerla.

—Bueno por lo menos está respirando. —Dijo uno de los auxiliares de la ambulancia que ya le había tomado el pulso a Elza mientras Miranda Solo podía observar todo horrorizada, en estado de shock.

—¡Déjenme pasar, soy su hermana! —Le gritó Miranda a un policía que le impedía el paso, y el médico que acababa de llegar y había comenzado a atender a Elza, le hizo una seña al guardia de que la dejase pasar.

—¡Dios mío, no! ¿Cómo pudo pasar esto? —Gritaba Miranda arrodillada frente a su hermana.

—¿Cuál es su nombre? —Preguntó el médico mientras trataba de ver si las pupilas de Elza daban algún tipo de respuesta a su linterna.

—¡Miranda!

Miranda no se dio cuenta de dos cosas, debido al estado de conmoción en el que se encontraba. Primeramente no se percató de que el nombre que le estaban preguntando era el de su hermana y no el suyo, y por otro lado

tampoco se fijó en la confusión que eso podía generar. Ella solo quería devolver el tiempo y que su hermana no hubiera sufrido ese horrible accidente.

—Ok, ¿Entonces el nombre de la paciente es Miranda? Asumo que usted es su hermana gemela. Son idénticas.

Miranda se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo. Por un segundo se quedó muda, reflexionando, fijándose en que si volvía a responder afirmativamente, todos darían por sentado que ella era Elza, y todos creerían que Elza, quien acababa de sufrir un accidente y muy probablemente moriría, era Miranda.

Miranda lo pensó, por su mente en un instante pasó la posibilidad de comenzar a ser quien siempre había querido ser, la esposa de Stefan y a madre de Derek. Sonaba maquiavélico, frívolo y hasta despiadado, pero si se piensa con cabeza fría, no tendría por qué ser algo injusto. Después de todo, parecía que la vida le estaba devolviendo la oportunidad que hace tiempo le quitó.

—Sí, soy su hermana gemela. Su nombre es Miranda. Yo soy Elza, mi esposo y mi hijo son toda la familia que ella tiene en la ciudad. Dígame cómo se encuentra, doctor. ¿Sobrevivirá?

—Pues la verdad lo dudo. Quiero decir, es muy pronto para establecer un diagnóstico, pero no quiero darle falsas esperanzas. El accidente fue grave, y por lo visto quedará en estado de coma, del cual yo particularmente dudo mucho que pueda volver a recuperarse. Vamos todos de inmediato a la clínica, suba usted en la ambulancia con ella y allá la podremos atender mejor, como merece, y así podremos hacerle exámenes y conocer a fondo su condición.

Las dos fueron subidas a la ambulancia, y mientras iban camino a la clínica con Elza anestesiada en la camilla, Miranda aprovechó de intercambiar los documentos de identidad y así dar ejecución al plan que la vida le estaba presentando, la oportunidad de por fin ocupar el lugar que tanto había deseado.

Miranda no odiaba a su hermana, y mucho menos le deseaba la muerte. Por el contrario, la quería mucho, la amaba y la admiraba. Ellas siempre fueron hermanas muy unidas, más allá del hecho de ser idénticas en lo físico aunque en cuando a personalidad en realidad eran muy diferentes. En el fondo, a pesar de tantas cosas, de ser tan distintas, y del hecho de que Elza se terminara casando con el hombre de sus sueños, Miranda no sentía ningún

tipo de rencor hacia ella. Y por su parte, Elza también adoraba a su hermana Miranda, siempre fue su punto de apoyo, una persona valiosa que siempre tuvo a su lado. Hoy la vida solo les estaba dando un gran vuelco a ambas.

Estando ya en la clínica, las enfermeras le sugirieron a Miranda que mejor se fuese a casa a descansar, que por lo pronto su hermana seguía con vida, y que si había alguna novedad le avisarían de inmediato. Miranda, que ahora se hacía llamar Elza, no sabía bien qué hacer, hasta que pensó que lo mejor era ir a casa a tratar de reflexionar sobre lo ocurrido, pues al final de cuentas, aunque todo apuntaba a ser una gran oportunidad para ella, igual le agobiaba el hecho de saber que su hermana quedaría, por lo visto, en estado vegetal.

Al llegar casa, Miranda no encontró a nadie, y de inmediato recordó que Stefan y Derek estaban en el estadio, en la práctica de fútbol del pequeño que siempre había sido sobrino y ahijado de la mujer que ahora sería su madre. Rápidamente Miranda se dejó de sentimentalismos y fue hasta el cuarto de Elza, seleccionó prendas, desde ropa interior hasta joyas y maquillaje, las colocó sobre la cama y se metió a bañar en la ducha del cuarto matrimonial donde Stefan y Elza pasaban la mayor parte del tiempo.

Al salir, se sintió renovada, se imaginó ser Elza de verdad, y decidió que desde ese momento, eso sería ella, la esposa de Stefan y la madre de Derek. Se aplicó labial y perfume de Elza, se colocó un hilo dental y un sostén bastante diminuto de Elza, y se puso finalmente un vestido casual que le quedó a la perfección. Pasados unos minutos, escuchó que Derek veía entrando a la casa con un balón que arrastraba con los pies, mientras Stefan venía detrás de él. Cuando Stefan levantó la mirada luego de cerrar la puerta tras de sí, encontró a Miranda, llorando, haciéndose pasar por Elza, aunque sus lágrimas eran totalmente genuinas.

—¡Ha ocurrido algo terrible! ¡Esta mañana hemos salido Miranda y yo, y la pobre ha sufrido un accidente espantoso!

Stefan no entiende nada, pero tampoco se da cuenta de quien habla es en realidad Miranda y que la que realmente sufrió el accidente fue su esposa Elza.

—¿Qué? ¿Cómo sucedió eso? ¿Estás bien? ¿Dónde está Miranda?

—Yo estoy bien, a mí no me pasó nada. Pero mi pobre hermana está en estado de coma y muy probablemente nunca salga de ese estado. Íbamos camino a comprar frutas y no nos fijamos que se estaba llevando a cabo una carrera de ciclistas, yo tuve suerte de quedarme atrás, pero ella sí fue embestida por todas esas bicicletas. ¡Ay no, Stefan! ¡Eso fue horrible!

¡Parece una pesadilla!

Stefan entendió que su esposa estaba conmocionada (aunque en realidad era Miranda quien le hablaba) y no sospechó nada, pues Miranda estaba usando todas las prendas de Elza. La abrazó profundamente y luego le hizo una propuesta.

—Vamos de inmediato a la clínica a ver cómo sigue.

Miranda aceptó, esperaron que Derek se cambiara de ropa y fueron todos a la clínica. Al llegar, los pronósticos parecían acertados. El médico les dijo que aunque estaba estable, respirando normalmente, aparentemente los golpes que sufrió en la cabeza la dejaron en estado vegetativo de por vida, salvo que un milagro la hiciera recobrar la conciencia de nuevo.

Stefan y Miranda se devolvieron a casa, tristes, agobiados, muy afectados por lo sucedido. Derek no se había dado cuenta de lo ocurrido, solo creyó que su tía estaba enferma, pero sí le quedaron ciertas dudas.

—¿Por qué Tía Miranda debe quedarse a dormir en la clínica? ¿Por qué estaba dormida tan temprano?

A Miranda le causó una emoción de nostalgia saber que Derek la extrañaría de ese modo si a ella le pasara algo, pero por fortuna, ahora ella ocupará el lugar de Elza y podrá tenerlo todos los días consigo, solo que ahora en rol de madre en vez de tía, madrina o niñera.

—Hijo, tu tía ha sufrido un accidente y deberá pasar mucho tiempo en esa clínica. Allí la atenderán bien. Ella necesita descansar, que la atiendan personas que sepan cómo hacerlo. Nosotros aquí no podríamos, pero allá va a estar mejor. Te lo prometo. Y algún día, cuando despierte, la iremos a visitar.

Derek se encogió de hombros, seguía sin comprender demasiado, pero decidió irse a su cuarto. Mientras tanto, Elza y Stefan pasaron el resto del día arreglando los papeles para que el seguro cubriera todo lo relacionado con el accidente. Llegada la noche, los dos se fueron a dormir luego de leerle un cuento a Derek. Para Miranda fue un momento hermoso, Stefan la abrazaba mientras ella le leía al pequeño, quien se quedó dormido a los pocos minutos, permitiéndoles a los adultos irse a descansar también.

Cuando por fin se fueron a la cama, Stefan la abrazó en posición de cuchara, y ella no paraba de pensar en su hermana. Miranda quería vivir esa vida, esa era la oportunidad que ella sentía que la misma vida le había quitado y que ahora se la estaba devolviendo, pero también sentía que el precio por aquello era la vida de su hermana Elza, y eso la hacía sentir terriblemente mal.

Mientras Miranda pensaba en todas esas cosas, pudo sentir que la polla de Stefan se fue poniendo muy dura, pero no supo cómo reaccionar. Ella adoraba a Stefan, siempre había querido ser suya, pero estaba muy triste y aún un poco conmocionada como para pensar en sexo.

—No te preocupes, todo estará bien. —Fueron las últimas palabras que se pronunciaron en esa habitación antes de que ambos se quedasen dormidos.

CAPITULO 9

*A*l despertar a la mañana siguiente, todos fueron a la clínica a visitar a Elza, que ahora todos creían era Miranda. Miranda, que ahora ocupaba la vida de Elza, no se estaba separando de su hermana, se estaba convirtiendo en ella. Al llegar a la clínica todos trataron de hablarle a Elza, llamándola por el nombre de Miranda, pero ella igual no respondió de ningún modo.

—Yo realmente dudo que ella vuelva a su estado natural. Tendría que ocurrir una especie de milagro. —Dijo el médico antes de que todos se marcharan a continuar con sus vidas.

El día fue transcurriendo, era domingo y no había mucho por hacer. Stefan tenía el día libre de trabajo y Derek no tenía escuela, así que fueron un rato a un parque a pasar la tarde y luego fueron a cenar pizza.

Cuando llegó la noche se fueron a casa, y al igual que la noche anterior, tanto Stefan como Miranda acompañaron a Derek en su habitación mientras conversaban con él y le leían cuentos hasta que finalmente se quedó dormido.

Con Derek dormido, Stefan se fue a la cocina a tomar agua y Miranda aprovechó de ir a la habitación matrimonial para ponerse ropa muy sexy y encontró en el guardarropa de Elza un baby doll demasiado sensual. Se lo puso y decidió esperar así a Stefan, acostada en la cama usando solo esa prenda negra que le resaltaba el busto de una manera muy atractiva.

Cuando Stefan entró al cuarto, creyendo que ya iría a dormir, no se imaginaba que Miranda lo estaría esperando en posición perrito con esa ropa tan sexy. Apenas entró y vio a Miranda en esa posición, cerró la puerta tras de sí y se apresuró a colocarse de pie de tras de ella al borde de la cama.

Miranda siempre había tenido curiosidad acerca de cómo se sentiría ser

penetrada por un hombre, y más intriga la causaba que fuese en esa posición, por eso estaba así en la orilla de la cama. Stefan por su parte no desaprovechó la oportunidad y la penetró de inmediato. Apenas su pene entró en Miranda, pudo sentir un cambio de temperatura que le brindó una sensación increíble, estaba penetrando, sin saber, a una mujer que jamás había tenido un pene real dentro de sí.

Stefan solo necesitó pararse firme detrás de Miranda, ella, aún con toda su falta de experiencia, se encargó de todo. Ella movía sus caderas para adelante y para atrás, cosa de que la penetración fuese cada vez más intensa y profunda, haciendo que cada vez que la polla de Stefan entraba en ella hasta el fondo, sus dos cuerpos emitieran un sonido brusco al chocar.

Mientras Stefan la penetraba, Miranda se volteó un poco, tomó una de las manos de él y la colocó sobre su cabello, y Stefan comprendió de inmediato que Miranda quería que él le halara los cabellos. Luego de unos segundos penetrándola así, Stefan quedó estupefacto cuando Miranda se levantó de la cama, lo empujó por el pecho para que quedase sentado en un sillón que estaba en la habitación, y se montó sobre él, cabalgándolo con su pene dentro de ella, al mismo tiempo que le pedía que la tomara por el cuello.

Stefan estaba sorprendido, Elza jamás había sido así. Él no sabía que en realidad se estaba follando a Miranda, pero vaya que lo estaba disfrutando, tanto que no pudo contener sus ganas de eyacular y terminó haciéndolo al mismo tiempo que Miranda alcanzaba un orgasmo.

Así pasaron los días y el sexo entre Stefan y Miranda se convirtió en algo tan regular como la costumbre de que ambos le leyeran un libro a Derek antes de dormir.

—Estoy impresionado, el sexo contigo ahora es más salvaje. No sabría decir cómo o por qué, pero se siente distinto, y la verdad es que me gusta mucho. —Dijo Stefan a Miranda cierta mañana antes de irse a trabajar, no sin antes darle una nalgada a la que el juraba que era su esposa.

Así fueron transcurriendo los días, todos se fueron acostumbrando a la ausencia de Elza mientras Miranda se fue creyendo su papel cada vez más. Al cabo de dos años, Miranda finalmente resultó embarazada de Stefan. No lo podía creer, su sueño se estaba terminando de volver realidad. Tuvieron una hermosa hembra a la que decidieron llamar Miranda, y cuando todo parecía ir color de rosa para ellos, el médico de Elza llamó para dar una noticia que le erizó la piel a Miranda:

“¡Tengo grandes noticias! ¡Ella ha vuelto!

CAPITULO 10

Todos se vistieron de prisa y fueron hasta la clínica. Stefan conducía entusiasmado, su cuñada aparentemente estaba de vuelta. Lo que no sabía era que se trataba realmente de su esposa. Iban Derek, Miranda, él y la pequeña Miranda en el auto, todos entusiasmados de algún modo, mientras Miranda realmente se hacía toda clase de preguntas en su mente.

¿Será este el fin de su fantasía? ¿Qué sucedería ahora que Elza estaba de vuelta? ¿Estará Elza realmente bien? ¿Qué sucederá con la pequeña Miranda? ¿Qué pensará Stefan de ella? Definitivamente la vida se estaba burlando de ella, le brindaba oportunidades para luego arrebatárselas y dejarla en posiciones muy tortuosas.

Cuando llegaron a la clínica, a pesar de que Miranda trataba de que todos pasaran primero que ella, en realidad todos esperaban que fuese ella la primera en saludar a Elza.

—¿Elza, estás bien? —Fue lo primero que se atrevió a decir Miranda, preguntando de manera tímida y nerviosa mientras todos sonreían, incluyendo a Derek que traía consigo un ramo de flores.

—Hola. La verdad yo me siento bien, pero lamento decirles que aunque me han informado que ustedes son mi familia, yo realmente no puedo recordar nada en lo absoluto.

Miranda suspiró de Alivio, luego abrazó con fuerza a su hermana y todos lloraron por un momento pero luego se alegraron de nuevo de que al menos ella estuviese viva y de nuevo consciente.

—Deben entender algo, en este momento ella no recuerda nada, así que no la juzguen si ella no siente que ustedes sean su familia. De hecho, estos

casos son muy extraños, muy poco comunes, y por lo general, las pocas veces que algo como esto sucede, la persona termina rehaciendo su vida aparte, lejos de su familia, porque en realidad es como si volviera a nacer, como si fuera otra persona.

Las palabras del doctor de algún modo fueron reconfortantes para todos, les lavaba la culpa de sentir que Miranda (que en realidad era Elsa) ya no fuera a ser parte de sus vidas, dándoles a entender que ella formaría su propio rumbo a partir de ese momento. Luego de las palabras del médico, Stefan sale de la habitación en la clínica junto a los niños mientras Miranda y Elza se quedan a solas. Las hermanas se ven profundamente una a la otra y Miranda no evita hacerle una pregunta que la estaba perturbando desde que entró a la habitación.

—¿De verdad no recuerdas nada? —Pregunta Miranda, de pie, a su hermana Elza que acostada en la camilla de la habitación no emite respuesta alguna sin quitarle la vista de los ojos— ¿Cómo fue que al llegar, respondiste por el nombre de “Elza” si en realidad no recuerdas nada que quién eres?

—No te preocupes, hermana. Sé guardar secretos. Solo prométeme que podré ver a Derek todas las veces que quiera.

Miranda quedó perpleja, estupefacta ante la respuesta de Elza. No tuvo palabras, sintió un gran nudo en la garganta, no sabía si pedir perdón o qué otra cosa hacer para tratar de enmendar lo que había hecho.

—Lo siento. —Fue todo lo que pudo decir antes de estallar en lágrimas.

—No te preocupes, Miranda. La vida continúa, yo estoy feliz de poder estar viva y ver que todos están bien también. Aprenderé a vivir de nuevo. No te preocupes.

Con esas últimas palabras de parte de la verdadera Elza, las hermanas se despidieron tras un abrazo inmenso en el que ambas lloraron por largo rato sin despegarse una de la otra. Finalmente Miranda se fue a su casa a seguir viviendo la vida que ahora legítimamente le había otorgado su propia hermana, donde ahora ella viviría definitivamente para siempre con el hombre de sus sueños.

ACERCA DEL AUTOR

Espero que hayas disfrutado de mi novela así como yo disfrute escribiéndola para ti mi querida lectora, pero esto no termina aquí, me gustaría saber tu opinión y también que me puedas ayudar dejando una review en el libro en el siguiente enlace:

[¡Sí, quiero ayudarte con mi opinión sobre el libro!](#)

Las reviews positivas me ayudan a mejorar y a seguir dedicándome a la escritura la cual es mi pasión desde muy pequeña.

También puedes inscribirte a mi club de lectores más íntimos, donde comparto promociones, descuentos de mis libros y también puedes inscribirte para recibir copias de las novelas antes de que sean publicadas en Amazon.

[Inscríbeme a tu lista de lectores VIP](#)

Por último, siéntete libre de contactarme a **oliviasaint.atora@gmail.com**



NOVELA 2



Tenias que ser tu el Elegido
Sensaciones

PROLOGO

Las caricias siempre conmueven. El escalofrío del amor recorre la piel para llenarla de emoción. La sensación de nunca apartarse de la persona que se ama es una condena. Nada más atractivo que ser confidente de secretos apasionados. La locura de amar, es una ciencia y a la vez, un eterno misterio que el destino determina o es algo que cada uno de nosotros tiene que develar en el tiempo de la existencia. Esa es la pregunta del millón de dólares, la del premio mayor.

Amar. Enamorarse. ¿Cómo se encuentra el amor verdadero? ¿Qué parte del cuerpo siente más el amor?, ¿Dónde hay más amor en el cerebro o en el corazón? ¿Se ama hasta la traición o ciertamente hasta morir?

Nadie se va de este mundo sin amar por lo menos una vez, quien ha amado en la vida, esta se le convierte en un antes y un después. El riesgo de entregar lo mejor de lo que somos hace vulnerable a los amantes, pero la única manera de volverse un solo ser para juntos recorrer un tiempo, un instante que para algunos puede ser toda una vida y para otros, es un fulguroso recuerdo que se aviva en la soledad o en el sufrimiento, es la entrega total.

La respuesta ante la duda de amar, aunque eso implique que el mundo se deba acabar, sería, claro que sí, siempre volveríamos a cabalgar en las ondulantes noches para soñar con un encuentro perfecto, con esa persona que esta predestinada para compartir una vida. Amar es una obstinada realidad que a todos nos toca confrontar. Es el pecado original. Es la búsqueda primigenia que nos lleva a saber finalmente quienes somos. El ser humano viene al mundo para amar y ser amado.

CAPITULO 1

AMOR SIN NADA QUE PERDER

“UN AMOR, UN CORAZÓN, UN DESTINO”. BOB MARLEY

La soledad hace que la voz interna del ser humano grite. Sin pausas. Y sin pedir permiso. No sé tiene, el más mínimo decoro cuando se da rienda suelta a lo que en ese intimo instante aflore. Así de fuerte es la sensación de libertad y auto encuentro. El amor es ingenuo si nace de la sinceridad. Los corazones tienen una forma particular para vibrar en sintonía. Una mirada. Un gesto. Un algo que difícilmente se entiende puede convertirse en la excusa perfecta para ir de la mano con la persona que en esos momentos se alinea con los pálpitos que da el pecho.

Con cada nota musical, al ritmo de un compás, la silueta esbelta recorre los espacios reducidos de la habitación. Gritos. Saltos y eternos suspiros.

Muchas veces encontrar el amor verdadero tiene mucho que ver con saber lo que mueve los cimientos de los sentimientos. Quien más comparte consigo mismo puede hacerle entender a quien desee compartir su amor, cuales son las razones que le hacen vibrar y llenan por completo su mundo.

“Me quedo callado, soy como un niño dormido, que puede despertarse con apenas solo un ruido, cuando menos te los esperas... Yooo, YO no me doy por vencida, yo quiero un mundo contigo, juro que vale la pena esperar y esperar, y esperar un suspiro, una señal del des-tiiii-no, no me canso, no me rindo, no me doy por vencida...”

¡TE AMO LUIS FONSI! ¡TE AMO! ¡MIO MÍO MÍO!

—¡Anna por favor baja el volumen!. —Le dice su amada madre.

Exhausta de tanto bailar, sudorosa y al vibrar en su tiempo de ensoñación vespertina, Anna danza. Ya cansada se desploma en la cama. Desde que tiene uso de razón bailar a solas y gargarear queriendo alcanzar los tonos altos de las canciones que más le gustan, han sido su mejor consuelo para el estrés y la vida agitada que día a día suele llevar con cada uno de sus proyectos.

—Por Dios hija mía, tengo suplicando a Kaiser, por una ración de torta, date prisa y ponle algo de comer. Me escuchaste Anna. —Clama doña Teresa desde la cocina.

Kaiser es un pastor alemán que llegó a la familia hace un par de años. Unos amigos se mudaban y no tenían con quien dejar al cachorrito. Anna y él se conocieron en ese momento y se han vuelto en amigos inseparables. A tal punto que Kaiser duerme en la puerta de la habitación de Anna. Y la espera allí durante el día hasta que regresa de la universidad. La adora.

El agua se escurre en cada parte de las curvas definidas y con aspecto blanquecino producto de la falta de exposición a los rayos del sol. Practicar yoga le ha dado una silueta hermosa.

Anna continua inmersa en su monologo, hecho canto.

Yoo..., Yo no me doy...clauf clauf, la tos le impide finalizar, el agua le sale a borbotones por la nariz. Entre risa y llanto termina de bañarse. Se le hace tarde para verse con Rodrigo.

El amor, el amor tiene puertas insondables. Desde el momento que se conocieron ella supo que estaba en su destino amarlo.

Tin tin tiri (sonido de notificación del movil) le llega un mensaje a su WhatsApp.

¡Coño! Rodrigo, ya me está escribiendo. —Entre líneas lo dice mordiéndose los labios.

De un salto mete su cintura estrecha, en un jean, aún más estrecho.

Se admira en el espejo, de medio cuerpo girando las caderas, le gusta lo que se refleja y para reafirmar su pensamiento. Ambas manos levantan las nalgas. Con un menear rápido, vuelve todo a su lugar.

Sabe que, a su Puqui, como cariñosamente, llama a su novio Rodrigo, le molesta a niveles indescriptibles esperar.

A la carrera se despide de su madre Teresa. Corre, la respuesta auditiva apenas le alcanza para descifrar solo la última frase.

—Tarde. —Dice la mama.

Entiende que la súplica y preocupación, era que se cuidara.

—Por favor, hija querida, no vayas a llegar tarde. —Es un rosario en

forma de retahíla que repetía cada vez que por una u otra razón salía, su hija de casa.

—Mi puqui, puqu. —Le suelta Anna entre besos melosos a Rodrigo.

—Amor tengo más de 10 minutos, esperándote. ¿Te parece justo. —Dice Rodrigo mirándola con recriminación.

Sin decir nada, lo colma de besos y lo muerde con toda la intención de sacarlo de esa rabia.

Ante esos embates, difícilmente podía Rodrigo, mostrar oposición alguna. Sus labios se entreatren y su lengua aprueba la insistencia de Anna para que se deje de tanta discusión.

Las sonrisas cómplices hacen ver que nada pasa. Así es el amor. Un estado permanente de tranquilidad y compañía que los convence a seguir juntos caminando por la vida.

Hace más de un año que son novios. Angélica, la mejor amiga de Anna, los presento en su fiesta de graduación. Lo notable de aquella velada fue que Rodrigo no estaba en la lista de invitados, pero como dice Anna fue un acto del destino.

Ese día llovía profusamente. Las carreteras se llenaban de faros destellantes que trataban de abrirse paso por el torrencial de agua. La brisa de la tarde se hacía cómplice para dificultar aún más todo el caos que por lo general suelen causar los aguaceros.

El auto de Rodrigo fallo, unas cuadras próximas a donde se llevaba a cabo la reunión familiar, que festejaban con su amiga, bueno más bien, era una conocida, la había visto en sus clases en la facultad.

Alguien que salía de la fiesta para buscar hielo, lo reconoció. Estaba empapado. Así fue como entro a la fiesta y se conectó con Anna que sonreía y no dejaba de hablar sobre los animales, como ayudarlos, que hacer en caso de situaciones locas que inventaban su círculo de amigos, que trataban de atosigarla para ver si podía salir bien parada de la situación absurda que le planteaban:

Imagina que el perro, se pone a jugar con un sapo y por loco se atragant. —Se oye a la multitud, decir al unisonó, muere.

Con calma, y siendo una estudiante avanzada de medicina veterinaria, Anna responde.

—Simple, el que corre peligro, no es el perro sino el sapo porque de alguna manera puede morir asfixiado, la ayuda se centraría en poder sacarlo sin hacerle daño al canino, que, por no haber ninguna especificación del

tamaño de los dos animales, he de suponer que era un sapo pequeño, en la boca de un pinche. Lo ayudo a expulsar y voila. Todo solventado.

Rodrigo quedo impresionado por la seguridad e ingenio de la niña de pelo hermoso, largo, sedoso y bien cuidado. Un cabello que se hizo recoger para darle más claridad a las ideas, se llama Anna. No puede negar que su cuerpo, es una escultura digna de la mejor sala de arte contemporáneo que la pueda exhibir.

El aplauso de la audiencia, la hizo dar, las respectivas reverencias para marcharse por algo de tomar.

—Disculpa tu nombre es Googl. —Replico Rodrigo.

Perdó. —Dice Anna con absoluta indiferencia.

—Que eres la chica más hermosa e inteligente que he conocid. —Insiste para romper el hielo.

—Disculpa, pero no me conoces y las estadísticas, te arrojan claramente al porcentaje que simplemente no llegará hacerl. —Dispara Anna a los que osadamente quieren algo más que ser amigos. Está acostumbrada a rechazar a cuanto galán le aparece en su camino.

—Vaya no me esperaba nada menos de tu ingenio y sentido locuaz. — Como puede le contesta Rodrigo.

El destino presenta distintas opciones y puntos de enlaces para armar las vidas de quienes piensan que el azar y la buena suerte son los principales ingredientes para vivir junto con los hechos que ya están establecidos y solos debemos cumplir.

Ante la mirada suspicaz de Rodrigo, Anna camina al encuentro de los demás miembros de la fiesta, ya que por un momento los dejo para calmar su sed. Sin saber cómo su zapato se enredó en unos cables, puestos improvisadamente para poder poner en el lugar algo de música, se tropieza y como por arte de magia, cayó en los brazos de quien, minutos atrás era un tonto que pretendía caerle bien. Los ojos de Anna se iluminaron, su mente trajo a colación un recuerdo de su abuela. Pensó: ¿Esto es una señal? El destino le está dando instrucciones evidentes de seguir un destino.

Hacer lo que otras personas hacen le resulta por demás súper aburrido y no encaja en los principios que desde muy temprana edad le supo inculcar, Eleonor. Su querida abuela.

—Venga para acá mi niña. La mano de la Sra. Eleonor toma a la pequeña niña y la sienta en su regazo.

—¿Qué ves en esta noche en el cielo? Los ojos de doña Eleonor además

de las palabras interrogaban con ánimo de transmitir una herencia ancestral a esta criatura que lleva sus genes.

—¡No lo sé! Veo oscuridad. Dice la pequeña niña con inocencia e incompreensión.

—Mi niña hermosa. Me has dado una respuesta sabia. Esa oscuridad puede acompañarte toda la vida. Muchas personas tienen diversas razones y motivos para ser felices, pero se ausentan de la realidad y solo ven lo que sus ojos le permiten. Es una gran oscuridad.

—Sigo sin entender que me quieres decir Eleonor Margarita.. —Con voz dubitativa responde la hermosa niña de ojos dulces.

—Abuela suena mejor. Anna tienes que ir descubriendo poco a poco que camino debes seguir en la vida. El destino no está hecho del todo. Si miras bien en esta noche de luna, encontraras luces, estrellas. Siente el aroma de las flores que ya descansan y dejan escapar, lo mejor de sí. Te imaginas que cada una de esas estrellas sea un camino distinto en la vida de cada persona y con cada paso que das de una en una, lo vas viviendo. Lo vas construyendo.

—Abuela y como puedo saber de todas ellas ¿cuál seguir? ¿Eso me parece demasiado complicado. —Responde Anna con la mirada perdida en el espesor de la noche.

Estas charlas entre Anna y su abuela Eleonor era un ritual que conservaron por muchos años.

—¿Amor y cuando me harás la viejecita más feliz del mundo con un bisnieto. —Comenta con resignación Eleonor. Muchos años después.

—No vayas a comenzar con el fastidio. —Indica Anna en tono burlón, con una mirada de melancolía porque en el fondo, sabe que el amor no ha tocado a su puerta.

—Mi niña a tu edad, yo ya había parido a tu mama y a tu tío.

—No se abuela, a lo mejor ese es mi destino. —Menciona Anna con la intención de molestar a la abuela.

—Tu sabes que eso no es así. Tenemos lo que cada uno de nosotros ha escogido. Y aquí entre nosotras. Tu abuelo que en paz descansa, lo conocí por pura suerte, eso lo pensé en ese momento. Recuerdo ese día como si fuera ayer, unas ganas terribles me invadieron para ir aquel domingo, después de la misa a la heladería. Viene a mi mente, cada detalle, el olor del lugar, los sabores, las risas de las jovencitas y chicos que allí estaban. Y en un momento determinado y para mi asombro, se aparece aquel chico hermoso, lleno de una virilidad única y sin saber porque, me dirigió la palabra con una

voz dulce y llena de tanta cercanía que desde ese momento supe que seríamos el uno para el otro. Tu abuelo fue una persona especial.

Una lágrima hace saltar las emociones de la abuela Leonor, que la decora con una sonrisa pícara.

—Lo que te quiero decir hija mía, mi niña, es que te des la oportunidad de encontrar al hombre que realmente sea para ti y no vayas a cometer el error que hacen muchas chicas, de entregarse por cualquier cosa que no sea sentir un amor que este verdaderamente predestinado para tu felicidad. Bueno realmente para la felicidad de ambos. —Dice con voz entrecortada Eleonor.

CAPITULO 2

MELODÍA DE AMOR

“ANDÁBAMOS SIN BUSCARNOS, PERO SABRIENDO QUE LO HACÍAMOS PARA ALGÚN DÍA ENCONTRARNOS...”

(RAYUELA)

*A*mar es una condición intrínseca en los seres humanos. Desde la infancia existen indicios de lo que el amor significa para cada uno de nosotros. Los amores imposibles nos asaltan. Con el devenir del tiempo la realidad va empujándonos a compartir las vivencias y los anhelos con las personas. Los amigos no pueden suplir lo que el amor de pareja reclama. Y con delirio el corazón pide un complemento. Una persona que llene esos espacios. La búsqueda nace sin darnos cuenta. A la luz de la luna. En el crepúsculo o en una lluvia torrencial, el corazón se pliega al alma que pide a gritos amar. Y el día que logran encontrarse saben que desde siempre se buscaron.

—Señorita, puede venir por favor. —La voz revelaba preocupación e inquietud.

—¿Dígame, en que puedo ayudarla. —Con una sonrisa amable responde la azafata.

—Tendrá algún sedante para sobrellevar el vuelo con más tranquilidad. Me aterra volar y tengo mucho tiempo que no lo hago.

La ensoñación por el miedo y la ansiedad por ver a su amiga Angélica transportan los pensamientos de Anna, a otros momentos, donde junto a su

amiga, recorrían los pasillos de la escuela, vociferando palabrotas y realizando acciones atrevidas típica de las adolescentes, se cuajaban de la risa y ponían caras elocuentes de asombro, cuando no encontraban en su repertorio algo que decir.

Angélica es parte de la vida de Anna desde que tiene uso de razón, además de ser su confidente y amiga, eran vecinas. A los padres de Anna le agradada que Angélica fuera su amiga porque era una chica bien portada, con buenos modales y con un núcleo familiar estable, cuyo soporte principal era la religión.

—¿Crees que algún día seremos vecinas y nuestros hijos seguirán manteniendo esta amistad como lo hacemos tu y yo? —Inquirió Anna con voz melancólica.

—¡My god!, amiga ni lo pienses, claro, eso es algo que seguramente nos va a suceder porque la vida la tendrá muy difícil si pretende separarnos. ¿O no? (enfaticando el tono la voz en el no) El entrecejo levantado de Angélica esperaba la respuesta contundente de Anna que afirmara ese pacto de no separación.

—Lo que sucede es que, el destino nos lleva de la mano y... (Posa la mirada a la distancia) aunque no lo entendamos en ese momento del por qué suceden las cosas, van a suceder. Lo que más me preocupa, es poder saber a cuáles estrellas (se refiere a las señales que la vida envía y que la abuela Eleonor ejemplifico tan sabiamente) seguir para construir el destino que mejor me convenga. —Termina Anna de decir su preocupación agarrada de la mano de Angélica.

—¡Tu si eres pendeja muchacha!, Ya vas a comenzar con tus vainas del destino. Que destino, ni que nada, el amor puede con todo y ciertamente nuestro destino va a ser, estar juntas por siempre, por siempre y para siempre. —El cálido abrazo le da ánimos a Anna, pero su corazón le dice otra cosa.

Los días pasaban con tanta emoción que no daban oportunidad en reflexionar sobre tantas cosas y mucho menos, contemplar cualquier posibilidad de seguir un determinado destino. La vida es una sola. Hay que vivir cada momento y el incierto futuro se abrirá paso cada día.

La mente no tiene un patrón fijo de como evoca o porque trae al presente algún hecho que ya, haya ocurrido. Lo presenta en pensamientos y cada uno de nosotros, los usa según los entienda. Lo cierto de todo, es que tienen una razón de ser.

—¿Y por fin, ya decidiste con quien vas a ir al baile del colegio. —Dice

en voz baja Angélica. . —Mi amore, el dulce amore mío, Giovanni será mi acompañante oficial. —Afirma con absoluta convicción.

—No lo sé aun, amiga. El destino no me ha enviado ninguna señal. —
Responde con los hombros encogidos Anna.

El amor ideal, el sueño de poder conseguir a la persona correcta, es una sensación llena de pesar y esperanzas, que se diluyen entre los suspiros de quien espera el momento oportuno para compartir las emociones con la persona adecuada.

—Espero que más tarde que nunca logre conseguir a mí, amore. —
Irónicamente deja escapar Anna, esta suspicacia.

Angélica la mira de reojo. Las risas van acompañadas de golpes de almohadas y gritos desenfundados de las dos diciendo en coro: El amore mío, donde estas, amore mío, mi amore...

Las luces de la cabina del avión, parpadean, la voz del intercomunicador indica que el vuelo se aproxima al Aeropuerto Internacional Toronto Pearson. Con las habituales palabras de agradecimiento por escoger a Air Canadá para su vuelo.

Desde que Anna pone un pie en el aeropuerto se da cuenta de la inmensidad de tal estructura. Se comprende porque recibe a miles de pasajeros procedentes de diversos lugares. Es un aeropuerto internacional. Ocupa el puesto 29 en el ranking de aeropuertos grandes en el mundo entero.

Angélica la esperaba cerca de su andén donde recogerían posteriormente sus maletas.

Los ojos se le llenan de lágrimas, ambas se abrazan con el poco espacio que le dejaba el inmenso embarazo de Angélica.

—¡Que bella te ves, amiga. —Con besos y un abrazo que no parece nunca terminar. Se saludan.

—Parezco una mama hipopótamo. ¡Estoy gordísima. —Con lágrimas emocionadas. Replica Angélica.

El recorrido hacia la casa de Angélica es rápido. Al llegar deja las maletas en la habitación de huéspedes y bajan a la sala para ponerse al día de todo lo que sucede en su casa. Hace algunos meses que no sabe nada de su familia y sobre todo de su amado padre.

—¿Cómo esta papa. —La emoción de la pregunta hace que Anna se tome su tiempo para dar la mejor respuesta.

—Desde que paso todo, él ha tratado de superarlo, pero le ha sido duro. Sabes que te adoro, eres mi hermanita. Y jamás intentaría nada que pudiera

perjudicarte. —Con la voz entrecortada responde Anna.

Angélica siempre cuestiono la fe con la que su padre y madre se entregaban a la religión. Veía a la vida como las chicas de su círculo escolar la veían. Era una niña que crecía y el ímpetu de su espíritu la hacía tener un carácter fuerte. En oposición rotunda de su padre, a escondidas, llevándole la contraria tuvo uno que otro novio. Inocentes besos se escurrían tras las puertas de la iglesia. En algún pasillo oscuro. Esos eran sus pequeños secretos.

Para cuando ingreso en la universidad entrego su inocencia al amor de su vida. Y por no sentirse apoyada, los encuentros furtivos se hicieron más cotidianos llevándola al punto de iniciarse sexualmente sin tomar las medidas pertinentes, como la de usar protección durante el furor del acto sexual. Uno de esos encuentros imprudentes la hizo salir embarazada. Cuando trato de hablar con su padre este la desterró de su vida y de su casa. Ese mismo día partió con su amado a Canadá para tener un nuevo comienzo. Con la esperanza que con el nacimiento de su bebe su vida sería más llevadera.

Las lágrimas unas tras otra recorrían las mejillas de ambas chicas. Confrontaban el dolor y no había medias tintas para no permitir que aflorara en toda su dimensión ese sentimiento, cargado de culpas, de arrepentimientos y mucha nostalgia por la manera en cómo sucedieron las cosas.

—Tu padre, tuvo de cierta manera, sus razones. —Los ojos de Angélica se entreabrieron demostrando incredulidad. Por lo que estaba diciendo Anna.

—No me malinterpretes. De igual manera tú tuviste las tuyas. Lo que quiero decir amiga, es que ambas razones se confrontaron de manera tan abrupta que el resultado, es lo que sucedió. Y solo ustedes pueden subsanar este gran abismo que se creó entre ustedes. Hay que pasar la página. Más aun con la llegada de tu bebe. —Le dice tiernamente Anna quitando sus lágrimas de las mejillas.

—No lo sé Anna, esa herida esta tan reciente que para mí resulta algo difícil pasar, así como si nada, la página. —Clarifica Angélica mirando por la ventana.

—Bueno la idea no es que caigamos en malas vibras. Cuéntame. Me enteré que esperas una linda niña. ¿Para qué fecha seré tía. —Con ansias le pregunta Anna.

—El doctor cree que será la próxima semana. —Una sonrisa se esboza en la tez blanca de Angélica.

—¡QUE BIEN! ¡SERE TIA PRONTOOOOOOOOOOOO! —El grito

ensordecedor de Anna hizo que Angélica se colocara ambas manos en los oídos.

—¡Estás loca! Baja la voz. No vas a llamar la atención. Todos están durmiendo. —Dice Angélica apenada.

—No me importa amiga que se enteren todos. Somos felices. —Sigue Anna celebrando con inmensa emoción aquel dulce momento.

La vida nos prepara intencionalmente para que, en cada momento saquemos el mejor provecho. Aunque la mayoría de las veces lo sepamos un poco tarde. Los días se suceden unos a otro. El destino juega siempre a nuestro favor.

Anna carece del don de no llamar la atención, no puede pasar desapercibida. Su figura estilizada se desenvuelve con gracia y estilo. El vaivén de las caderas, hace que cada uno de los transeúntes que están en sus predios; vengan acompañados de sus parejas, familiares, amigos o hijos, de manera automática giren sus cabezas, algunos son descarados y voltean por completo, otros de reojo por ser más recatados, la siguen con disimulo, es un caminar típico de pasarela. Los años de práctica de baile y yoga han surtido efecto en su cuerpo. No tienen ningún desperdicio. Cualquier mortal la adecuaría con precisión milimétrica en su checklist, de una mujer perfecta. Suerte que tienen algunos hombres de poder tener como novia, esposa o amante a semejante espécimen femenino. Rodrigo, es el afortunado que goza de las caricias y besos de la preciosa Anna. El destino los ha unido.

Antes que nazca la bebe. Anna decide salir a hacer unas compras porque después no tendrá el tiempo. Aunque nunca ha cuidado a un recién nacido. No hay nada que YouTube no pueda explicar. Su principal preocupación es estos momentos es comprarle un presente a Rodrigo para cuando regrese a su lado.

“Tengo que conseguirle algo a Rodrigo. Pero no sé, qué le puedo comprar, ¿una buena colonia?, ¿Una camisa?, ¿una noche romántica, con ropa íntima incluida?” Habla para sí misma Anna mientras se lleva las miradas de hombres y mujeres. Ella va distraída y el mundo la sigue procurando su belleza.

Se dibuja un movimiento sensual en la comisura de los labios. Mueve la cabeza con picardía, la mirada va desde el suelo hasta el nivel de los ojos, los cabellos caen hacia la cara, las caderas sueltas, siguen el ritmo de los movimientos de su cabello y su pícara sonrisa, con una de sus manos quita el exceso de cabello de la cara. Su sensualidad, ingenuidad y hermosa sonrisa,

le hacen brillar en cualquier lugar.

“Ya sé, que voy a regalarle a Rodrigo”. La prisa delata que ciertamente despejo la incógnita de saber que regalarle a su amor.

La puerta del establecimiento se abre y con una serie de campaneos se les da la entrada triunfal a los clientes y los asesores, saben por el sonido que una potencial compra está llegando a sus manos.

—¿En qué puedo ayudarla? —Amablemente le sale al paso, una asesora.

—¿Que me recomienda para un regalo? ¿Es para mi novio? —Con duda pregunta Anna.

—Revise el pasillo 3, allí hay muy buenos títulos. —Su propuesta suena convincente.

Con la misma gracia al caminar que le acompañó hasta llegar a la librería, se dirige al pasillo 3. La mirada va dándole un vistazo en cámara rápida a los diversos libros que se encontraba a su paso.

Gira a la izquierda y ve la indicación en color verde del pasillo número 3, la sección es una de las más concurridas. Esto lo nota rápidamente. Su atención se la llevo un título. Como siempre le ha hecho caso al corazón, a lo que le dicte la corazonada, supo que ese era el libro que le regalaría a su novio. La mano se extiende para alcanzarlo. De la parte contraria del pasillo, unos pasos apresurados, vienen en procura de un ejemplar, que precisamente es el que eligió Anna. En ese instante preciso suena el ringtone de un celular y la persona que está a punto de tomar el libro, actúa para contestar, pero sin perder de vista el hecho que ya tiene el libro en sus manos. Las manos coinciden. La fuerza de la intención para apoderarse del libro se equilibra, es de igual intensidad, pero en sentidos contrarios. Por un momento el libro no podía ir a ninguna parte. Se sonrían, los involucrados y sus miradas cruzan las fronteras del desconocimiento. Una brisa suave se cuele entre los dos. El leve roce de las pieles, les eriza la atención. El aroma penetrante del perfume con tonos cítricos y dulces del galante caballero, impresiona a Anna. La estela de una extraña coincidencia, los lleva a saludarse con un tímido, ¡qué tal!

—No puedo permitirme, quitarte el libro que elegiste, pero para que estemos claros, yo fui quien lo tomo primero. —La voz suave y enérgica del extraño, lleno de vigor y de brillo la mirada de Anna.

—Te lo agradezco. Es un presente que voy a darle a una persona especial. —Responde Anna sin más detalles.

—Bueno quiero felicitarte porque acabas de elegir uno de los mejores

libros que se han escrito en esta temporada. También lo había elegido para dárselo a una persona que aprecio. Esta vez me gano tu sonrisa. No tengo problema en dejar que hagas feliz a esa persona especial. Para quedar un poco más tranquilo será posible saber quién tendrá la fortuna de ese libro. —Pregunta el extraño que tiene deseos de romper el hielo.

—Mi novio, es para mi novio. —Agrega Anna con toda la intención de hacer saber que tiene pretendiente.

—¡Que curioso! También lo quería para darle un buen regalo a mi querida y amada novia. —Responde irónicamente el extraño.

Anna siente que ese pequeño encuentro es una señal. El destino le abre las puertas para vivir un momento único.

—Vaya coincidencia. El amor nos hizo coincidir en este lugar. —Dice Anna con una sonrisa a medias.

—Bueno eso parece, me permites que te invite por lo menos un café. Estamos acá. El lugar es ameno. Un café y nada más. Es lo menos que me puedes permitir por dejar que hagas feliz a tu novio. —Dice el extraño con los ojos a medio cerrar para puntualizar, un por favor.

—No tengo nada mas que hacer. Total, ya conseguí lo que estaba buscando. —Comenta Anna.

—Esa es tu manera de decir que si quieres tomar un café conmigo. Es una buena excusa para que charlemos un poco, de la vida y del mundo que nos rodea. —Dice él.

Aquel encuentro carecía de normalidad. Corría la media tarde. Ambos: Anna y el elegante caballero, se dejaban llevar por el momento, sin entender razón alguna para aquella cita que no se había concertado con antelación. Coinciden en tomarse un café juntos.

El destino entregaba las cartas. Les tocaba a ellos jugar.

El aroma destilado del café que recién se prepara tiene distintas tonalidades. La sutileza de los granos tostados se cuelan con gran facilidad para acariciar el olfato, la refinación del olor, toma cuerpo cuando se pone al fuego, es allí donde deja escapar, un amargo olor a tierra que se intensifica y junto al delicado sabor intenso que deja en el paladar, produce una combinación estimulante que difícilmente puede resistirse, finalmente se degusta su tibia robustez en los labios, en el paladar y en el olfato, un gusto que a solicitud de quien lo pida, puede ser más ligero o más cargado. Sin importar como se solicite su preparación hace que cualquier momento sea un encuentro estimulante.

—Hoy temprano en la mañana tuve unos deseos incontrolables para salir a buscar un presente para mi novio. No tenía la mínima idea sobre que podía regalarle. Hasta que.... —Hablabla Anna cuando fue intempestivamente detenida por la mano del apuesto caballero que la coloca en señal de alto.

—¿Hasta el día de hoy, no sabías que ibas a regalarle a tu novio?, eso puede suceder por dos motivos a mi modesto modo de ver las cosas: o bien tienen poco tiempo de noviazgo o no son el uno para el otro.

La mirada inquisidora de Anna se cruza rápidamente con el extraño que, a cada paso del tiempo, le siente más próximo. Le arroja una sensación que pocas veces se tiene con personas que apenas se conocen. La afinidad en los comentarios, los gestos, las miradas y la terrible necesidad de conocer más del uno y del otro, de compartir más detalles de sus vidas, los hace que se dejen llevar por un impulso instintivo. Esas ganas son el producto de un deseo inexplicable de conexión.

Anna como buena interlocutora y de mente ágil, deja pasar el comentario que sin dudas trataba de buscar algún punto de inflexión para darle rienda suelta a su galantería del joven extraño.

—Déjame ver señor sabelotodo. —Infiere Anna

—No para nada, en lo absoluto. No lo sé todo. Por el contrario, cada día trato de aprender de las personas que me rodean. He llegado al punto de conocer detalles de una persona con solo cruzar algunas palabras. — Responde amablemente el caballero.

—No tienes razón con lo que dices sobre mi novio. Pero y ¿tu? ¿Sabes todo lo que quieres en la vida? ¿Vives el día a día como va sucediendo? ¿Eres de las personas que andan por allí cumpliendo su vida como está escrito?, yo les digo, caminantes vivientes aburridos.

Aunque vestía casualmente era inevitable darse cuenta que usaba un reloj poco común. El aroma de su fragancia masculina atrapaba seductoramente a cualquier mujer que transitara cerca de su bien tratado cuerpo. Pectorales definidos y amplia espalda, eran elementos que estaban a la vista por la camisa blanca que se ceñía a su figura varonil y ágil.

Se tomó unos segundos, mientras el humo tibio del café se escurría por su cara. Degustaba con una elegancia que no se aprende de la noche a la mañana. Sorbo a sorbo no apartaba la mirada de Anna. Que nerviosamente, trataba de no incomodarse ante el asedio de esos ojos marrones claros que le desnudaban el alma. Entrecruzaba las piernas. Tomaba un poco de café. Se recogía el cabello. Miraba su reloj. No encontraba que hacer mientras

esperaba la respuesta de su interlocutor que se tomaba todo su tiempo en responder. Callado. Como un niño malcriado. La mira con atrevimiento.

—Realmente no creo mucho en eso del destino. Algunos se pasan sus días, esperando una señal y así, se les va la vida.

—A mí no me parece tan sencilla tu explicación. La vida no puede ser una tienda departamental donde para un lado van los perdedores, en otra los locos, más allá los románticos, y así sucesivamente. Eso sería muy cuadrado para compaginar con la dinámica de la existencia humana. El destino se lo construye cada quien, eso sí, el libre albedrío nos hace seguir un camino determinado. El detalle es saber interpretar, (puntualizando con sus dedos haciendo las respectivas comillas en el aire) las señales que nos envía el destino. —Indica Anna finalizando sus conjeturas con un sorbo de café.

—Me parece que cada quien es libre de pensar lo que quiera. La vida me ha enseñado que las personas deben buscar lo que quieren y ese enfoque les permite conseguir los caminos para lograr lo que desean. La suerte es estar preparado para cuando aparezca la oportunidad. Ojo eso no lo digo yo, lo dicen las personas que saben del tem. —dice con gallardía el galante hombre.

—Puedo preguntarte algo. —Indica Anna.

—Adelante. Soy todo oídos. —Responde Roberto con rapidez.

—Tenias planificado en tu enfoque diario de vida perfecta estar aquí sentado con una mujer inteligente y bella, saboreando una buena conversación con un rico café. —Anna levanta la mirada y cruza sus brazos en señal de triunfo.

—La verdad es que sí.

—¿Qué? —Sube la voz Anna, desaprobando la testarudez de su hermoso interlocutor.

—No me has dejado terminar. Desde que puse un pie al lado de mi cama luego de un buen descanso. Supe que hoy no me podría ir mal y que cualquier empeño en el que pusiera mi atención, sería sin duda alguna, un éxito.

Anna lo detallaba mientras recibía la explicación del apuesto extraño: Era alto, piel morena, con el cabello despeinado, pero bien llevado, el brillo de sus ojos irradiaba fuerza y ternura a la vez, la misteriosa mirada de sus ojos fulgurantes, los cubría con unos lentes redondos amplios enmarcados en negro. Su imagen discreta de intelectual no encajaba con su accionar seductor.

—Vamos hacer esta cita no planificada, más interesante. —Sugiere Anna.

—Tienes toda mi atención.

—Juguemos a preguntas y respuestas rápidas. No debes pensar mucho, solo tienes que responder con rapidez. ¿Qué comience el juego? (pone la macabra voz del muñeco de la película Saw, Juegos macabros.) La risa siniestra acompaña la solicitud de jugar, su interlocutor ríe a carcajadas.

—Estas loca. —Dice con los ojos rojos de tanto reír.

—¿El mar o la montaña?

—Una cabaña en la montaña con un camino al mar.

—¿Rojo o negro?

—El rojo me enloquece.

—¿Con ropa o sin ropa?

—No importa mientras halla emoción.

—¿Arriba o abajo?

—De lado. Pensamiento lateral. —Y se sonríen.

—¿Una excusa irrefutable?

—No fue lo más correcto. Acompañado de una mirada de cachorro perdido. Nunca falla.

—¿Posición sexual preferida?

—Depende de la libido.

—¿Crees en el amor perfecto?

—Cada día hay que construirlo.

—¿Lo más sexy de una mujer?

—Su manera de seducir sin caer en lo vulgar.

—¿Qué te hace dudar?

—Lo que no puedo controlar.

—¿Eres feliz?

—Soy inmensamente exitoso y la fortuna de hacer lo que me gusta, me acompaña todos los días. Esa es mi felicidad.

El tiempo se diluye sin que puedan notarlos. Las ausencias o carencias no tienen cavidad para esa danza de filtros y dobles sentidos. Las risas. Lo cómodo que se sienten, hace ver a las demás personas que están ante una pareja enamorada y son el uno para el otro.

Estos tipos de encuentros parecieran ser una anomalía, pero, por el contrario, son una corrección que realiza el destino ante decisiones poco acertadas que han tomado los involucrados.

—¿Cómo me fue en tu evaluación psicológica? ¿Tengo posibilidades de seguir compartiendo un momento contigo? ¿Cuál es mi diagnóstico doctora.

—Le pregunta con empeño, el caballero que la fortuna le puso al frente a Anna.

—Lo que puedo notar es una excesiva necesidad de vivir con un plan determinado. Creo que no te arriesgas demasiado y por eso controlas cada paso que das porque definitivamente quieres que las cosas ocurran como las quieres y no como deberían ser. No niego que seas un hombre feliz, pero yo le agregaría algo más a esa vida perfecta tuya.... —Responde Anna finalizando con una incertidumbre para darle más misterio a su interpretación.

—¿Y que será? —Pregunto incrédulo.

Lo que dijo Anna más que sorpresa le pareció un tiro tan certero que no entendía como esta chica que apenas conocía pudiera tener una telemetría tan precisa sobre su sentir ante la vida.

—¿Un rico helado de tres sabores. —Acto seguido de una estruendosa carcajada.

Él no podía dar crédito a lo que sucedía, por primera vez en la vida se sentía indefenso. Esta chica hermosa lo llevaba a sus predios, un camino que había transitado muy poco, cosas del destino, corazonadas, vivir como deben suceder las cosas, no tener un plan preciso. Su cabeza daba vueltas mientras el hechizo de la mirada cargada de ingenuidad y una sonrisa incapaz de producir descontento o cualquier sentimiento de desagrado, lo convidaban a seguir disfrutando de esa chica.

—¿Un helado? Exactamente qué es lo que quieres decirme.

—Uhmhhh (mordiéndolo su labio superior) Ya tengo tu atención. Y por lo que puedo notar quieres una probadita más de esta dulce locura.

La vida es dulce y descubrir nuestra mejor elección de eventos y señales para finalmente construir nuestro destino, es algo que todos tenemos el deber de hacer.

Tomándole de la mano. Acortando las distancias. Anna le susurra. Sígueme que no te va a doler.

Los fines de semana, los centros comerciales están llenos a mas no poder, repletos de miles de personas. La temperatura fría del exterior favorece para que todos encuentren un refugio más reconfortante. Mirar tiendas y comprar regalos es para muchos una terapia. En lugar de estar sufriendo los embates del frío que típicamente para esta época del año se siente en gran parte de Canadá prefieren pasarla bien en un sitio más concurrido pero lleno de una temperatura agradable.

No iba resultar sencillo escaparse de aquella situación inesperada para ninguno de los dos. Los pensamientos estaban haciendo blanco en cuanto tema relacionado con el destino, el amor, sus parejas, la empatía y las coincidencias extrañas ocurridas para que se diera este encuentro. Pensar en darle un fin rápido a la experiencia de seguir juntos, resultaba poco atractiva.

El ruido de las puertas de los diversos establecimientos, no dejaba de retumbar por todo el lugar. Los niños escapando de las manos seguras de sus padres, lloriqueando por cuanto juguete o dispositivo electrónico que conseguían a su paso. Personas hablando de múltiples cosas. Algunos otros, usaban sus teléfonos inteligentes. Había una que otra mirada con un pensamiento que los distanciaba del lugar, algo que demostraba claramente una pérdida, una ruptura o algún tipo de diagnóstico de salud que le daba poco espacio para disfrutar de la vida como hubieran deseado que fuera y no como se les está presentando en estos instantes.

Entre esa diversidad de aromas, pensamientos y vivencias particulares caminaban; Anna y su recién conocido amigo.

La perspectiva que tenía Anna de la situación, la entretenía a todo dar, aunque es una férrea practicante de dejarse llevar por las señales que la vida le envía a cada persona y sus repetidos esfuerzos por darle a su vida y a la de su amado más imaginación, sentido de improvisación para vivir con más libertad, entiende que, en la vida, no se puede tener siempre, todo. Sin embargo, con aquel extraño, atractivo por donde lo quisiera ver, no solo por su estilizada figura masculina sino también por como la hacía sentir, se le colaba la idea que si era posible tenerlo todo.

Estos momentos la llevaron a evocar tiempos pasados donde como una chiquilla vibraba con cada palpito que el universo le ponía a su paso. Se sentía muy identificada con esa emoción y sin tener una explicación clara de lo que estaba viviendo ese día, dejó que las circunstancias redefinieran ese encuentro y le invadió la curiosidad de ver, si finalmente podían, juntos, descubrir lo que pasaría.

La noche caía poco a poco, el crepúsculo invitaba a compartir los sentimientos más puros y sinceros, las luces se encendieron en bandada. El ambiente continuaba animándose vibrando al ritmo de grupos musicales que tomaban los pisos del concurrido centro comercial. Anna y el caballero elegante que conoció ese día, seguían concentrados en su conversación. Las pieles se encontraban en puntos precisos, roces de manos, tomadas de brazos para cambiar de dirección o alguna sujeción por las caderas para evitar

colisionar con alguna otra persona. Sus cuerpos se tocaban producto de la inercia del vaivén de las personas que transitaban por todo el lugar.

Anna no aguanto más la angustia de saberse presa de un sentimiento tan repentino y extraño. Lanzo una pregunta con el mismo ímpetu que tuvo minutos antes cuando de manera inteligente, le hizo varios cuestionamientos y así pudo tener una sincronía más precisa con el hombre que apenas conocía.

—¿Crees que esto que nos está pasando, sea algo normal? No te asusta el hecho que llevamos vidas separadas y ahora, justo en este momento tengamos esta sensación de encuentro y ausencia. —Le pregunto Anna sin dejar de mirarlo a los ojos.

—No me desagrada compartir contigo estos momentos. Dime algo. Termina de decirme que sabores le agregarías a mi vida: ¿paciencia, tolerancia, pasión?, ¿emoción, paz, amor?, a ver ilústreme. —Dice con un movimiento de la mano solicitándole más información.

—No sé si te vaya a gustar lo que te diga. —Indica Anna con cara sobria.

—¡Vamos, dilo y ya!

—Los sabores que le agregaría a tu vida son: Chocolate, a quien no le puede gustar el chocolate, mantecado y lo terminaría con un toque de limón perfumado. —Su mirada se transformó en picardía y una sonrisa que mostraba a medias su dentadura, era provocativa, todos estos gestos, la hacían ver muy sexy.

Él con fuerza, busca imponer respeto y con la idea de marcar su sentimiento de macho alfa, la atrajo hacia su pecho y la miro por primera vez con una intensidad poco usual. Ella se sintió presa, pero la agradable aura que emanaba del extraño, le era irresistible. Se dejó acercar más de lo que hubiera permitido a cualquier amigo. Los brillos de los ojos se avivaron, surcaron matices impregnados de emoción. El aroma de los cuerpos dejaba poco que esconder. A Anna le parecía tan envolvente la fragancia que usaba él. En una ausencia completa de resistencia, ambos se entregan para saborear esa intimidad. Era lo único que podían permitirse en un lugar tan concurrido, pero ambos sabían que la fuerza con que palpitaban sus corazones, les abría un espacio para vibrar al unisonó, envueltos en un solo sentir.

Piden sus respectivos helados con los tres sabores como sugirió Anna.

—¿Qué te parece la combinación de sabores? —La voz sugerente de Anna, le hace saber al extraño que busca una respuesta que vaya más allá de una simplicidad. Su mirada lo interroga. Le hurga el alma.

—La verdad es que nunca había pensado que una combinación de un

sabor dulce con un cítrico fuera tan agradable. ¿Y será posible que la princesa me dé su nombre, algún número telefónico, cualquier pista que posibilite un segundo encuentro. —Indica con alevosía y voz incisiva, el extraño.

La música que se escuchaba de fondo, en la pista del equipo de sonido. Se adecuaba al momento que juntos Vivian. El sonido estaba en los decibeles precisos para permitir conversaciones amenas. John Legend (al lof me), “What would I do with your Smart mouth drawing me in and you kicking me out/ I got my head spinning.../because all of me/loves all of you... ”. Estas canciones podían ser escogidas por lo clientes que se daban cita en este afamado lugar donde vendían los mejores helados de todo el lugar.

—Se me ocurre algo mejor. Termina tu helado y te digo. —Dice Anna manteniendo la tensión de su acompañante.

Con diligente celeridad, comienza a comerse, el acompañante lo que le quedaba de helado. Una cucharada, dos cucharadas, tres cucharadas y así sucesivamente. La cuchara cae a la velocidad del rayo, en la mesa, pedazos del helado se riegan por todos lados. Su cara es un poema de dolor. Con la mano trata con golpes en el centro de la cabeza, de sacarse la sensación de frío que impregnaba su boca. El paladar se enfrió a tal punto que ni un ápice de calor circulaba por su garganta. Los ojos se le agrandan a más no poder. Su cara esta pálida. Siente que se va a morir. El frío va recorriendo todo su sistema sensorial olfativo. La desesperación ante la abrumadora necesidad de calor casi lo hace desfallecer.

Anna le hace indicaciones para que aspire rápidamente aire por la boca y que lo haga de manera repetida concentrándose en introducir la mayor cantidad de aire tibio en su paladar para atacar con rapidez el congelamiento de cerebro que estaba padeciendo. Le hizo caso y fue saliendo poco a poco del trance que estaba padeciendo. El color volvía a su rostro. Un signo inequívoco que la circulación estaba fluyendo y tras de ella, una sensación de calor agradable le hace volver a este mundo.

—Ya, (carcajada), ya (carcajada), te re-cu-pe-ras-te. —Termina de balbucear Anna, secándose las lágrimas de tanto reír.

—Pensé que me iba morir. —Dice él con cara de consternación.

—Amor tu cara es todo un poema. —Indica Anna con vergüenza porque ante la eventualidad de estar siempre con su novio, la palabra amor es un mantra que usan los enamorados para complementar su día a día.

—Si tengo que padecer miles de congelamientos para que tus labios y ojos me miren como lo acabas de hacer y finalmente decorees el momento con

un amor, sin pensarlo dos veces lo sufriría por ti. —Le deja saber con sincera emoción.

Anna no puede evitar sonrojarse ante la declaración precisa que acaba de soltarle el enigmático caballero. A pesar de todo no sintió remordimiento.

—Gracias por tus palabras. Pero vamos a lo que íbamos hacer. Presta atención. Vamos a entrar a la tienda de música, obviamente cada quien por separado. Establecemos un tiempo determinado. Determinamos quien ira de primero. Una vez que sepamos quien va primero, tiene que ir hasta la tienda, con el tiempo corriendo y debe elegir una canción memorizar parte de la letra y luego es el turno del otro, hace lo mismo y aquí ambos tarareamos las canciones para ver si coinciden.

—¿Qué? —Responde asombrado el hombre.

—Así veremos si el destino continúa jugando a nuestro favor. Por qué las señales, si existen y nos corresponde a nosotros descifrarlas. —Dice Anna con emoción, aplaudiendo.

—De verdad es que te falta un tornillo. No podemos hacer algo más sencillo como que me digas tu nombre. Y sin rodeos subamos alguna habitación para darle rienda suelta a lo que sentimos. —La increpa tomándola de la mano.

—Eso sería algo tan común y corriente, además me parece tan aburrido que ni siquiera me da entusiasmo para tener un mal pensamiento con nadie. —Dice Anna con absoluta resolución.

—Voy anotar un numero aquí. Tienes tres oportunidades si no lo adivinas. Iré yo primero. Déjame ver... Ya lo anoté. ¿Un número del 1 al 20?

—Tres

—No

—15

—No

—20

—Tampoco

—Nos vemos en 10 minutos.

Anna se levanta con celeridad. La cintura lleva un tintineo curvilíneo. El vaivén de tu trasero se lleva por completo la mirada absorta del chico. Da poco crédito a lo que ve. Unas curvas bien delineadas. Se pone la mano en la cabeza.

—¡Ufff! Por qué me haces esto señor, mi Dios. Me corta la respiración verla caminar de esa manera.

Se pone las manos en la cara dejando los dedos entreabiertos para no perder la silueta de Anna caminando hacia la tienda de discos. Siente unas ganas instintivas de hacerla suya. Quiere tomar cada centímetro de sus curvas y recorrerlas sin frenos. En ese éxtasis de pensamientos intensos. Repentinamente, ella se voltea. Y no evita notar que el chico está haciendo blanco con su mirada en su trasero. Le sonrío mientras va dibujando un corazón en su pecho, caminando de espaldas hacia el frente. Y con sus labios le indica me llamo Anna. Anna. A N N A.

El sigue los movimientos de los labios, A N N A. T u, e r e s, Mi, A n a, moviendo los labios lentamente para darse a entender. Ella se voltea y entra a la tienda. Él como puede se seca la frente porque hasta ese momento nota que está sudando frio.

Al cabo de 10 minutos. Ella vuelve a la mesa.

—Te toca.

—Tengo una duda, ¿de verdad te parece todo esto divertido?

—Si me parece. . —Se acerca al oído y le susurra. —Y me emociona.

Con su mano sudorosa, se quita los cabellos de la cara. Sonríe. No entiende porque tanta demora para siempre llegar al mismo punto. Pero le sigue el juego.

—¿Puedo elegir cualquier género, idioma o artista?

—Ya, anda, no seas tan cuadrado. Sabes que me llamo Anna y ¿tu nombre es?

Se levanta de la mesa, dejándola con la palabra en la boca. Camina con elegancia hacia la tienda. Ella le sigue discretamente, lo mira y luego ve hacia otro lado. Vuelve a verlo y no tiene compasión en admirar lo delineados de sus pechos que se pronunciaban en la franela ajustada que llevada puesta. La estela del perfume que dejo mientras se levantaba de la mesa. La hizo delirar. Se muerde los labios. Saborea el néctar de belleza que su adonis deja a su paso. Él se voltea y le dice, moviendo los labios me llamo, C H R I S T I A N.

—Carlos. Dice ella.

—No, no, no...C H R I S T I A N

—Te llamas Cristo. . —lo acompaña con una larga carcajada.

El sigue su camino porque entiende que Anna le está tomando el pelo. Ella sonrío mirando a la mesa. Baja la cara. Se recoge el cabello. Da un suspiro y repite.

—Mi Christian. No sin antes pensar que está loca.

“Hacia donde se fue cuando entro” Regresa con la mirada hacia la mesa. Inequívocamente vino hacia la derecha. Mira el reloj y le quedan 8 minutos. Va rápidamente hasta donde algunos de los vendedores.

—Disculpe. Hace unos momentos entro una chica. ¿Sabe que disco escogió?

El vendedor con cara de hastío, señala hacia el fondo de la tienda.

—¿Qué. —Responde Christian con cara de incertidumbre y perdida absoluta.

—Pop. El pasillo de música Pop. —Responde con desgano el vendedor.

Christian consulta el reloj, nota que solo le quedan 5 minutos.

Acelera su paso y piensa.

“Ella es divertida. Le gusta improvisar.” Toma un disco de Ed Sheeran. No. John Mayer. No me suena. Se deja llevar. Faltan 2 minutos. Cierra los ojos y toma lo primero que ve. Se sonríe. Y elige el tema. Lo había escuchado con anterioridad y esa canción le agradaba de sobre manera.

Sale de la tienda con pasos firmes. Con cada metro que recorre. Anna lo detalla y sigue sus movimientos.

“¿Habrás elegido correctamente y sino?, Nos seguirá uniendo el destino. Seremos el uno para el otro”

Ya frente a frente.

—Vamos a cantar al mismo tiempo el coro de las canciones que elegimos. Si el destino nos favorece. Esta será una nueva señal. —Le señala para terminar con el juego.

Los caminos de la vida son complejos, pero nosotros lo construimos con las decisiones que tomamos.

Christian le toma la mano izquierda.

—Este es un experimento muy raro para comprobar, algo que tu y yo sabemos que es cierto porque lo sentimos y eso es suficiente.

Le da una vuelta. El imán de su mirada trata de convencerla despacito que se deje de tantos juegos y le insinúa que quiere besar su boca. Respira con lentitud mientras la toma por la cintura. El Centro comercial es abierto en la zona donde se encuentran. La luna esta fulgurante. Llena. Ella se suelta y le recuerda su trato previo.

A cantar:

“Yo/ Yo no me doy por vencida quiero un mundo contigo.... —Cantaba Anna.

Al mismo tiempo.

“But I’m a Creep/ I’m a Weirdo/ What the hell I doing here..... —Canta Christian imitando el solo de una guitarra eléctrica.

Cada uno siguió a su propio ritmo. Se miraban. Todos los miraban y sonreían, ante la locura de Christian y Anna. Las voces fueron callándose y con el pesar en el alma. Anna no entiende que paso. Simplemente no coincidieron en la música que habían escogido cada uno. La probabilidad de acertar era demasiada remota. Se acercaba a cero.

. —Ha sido un día maravilloso. Pero como todo cuento de hadas debo regresar a mi vida normal. Que conste que tratamos de descubrir esta extraña coincidencia, que nos llevó a sentirnos tan bien uno al lado del otro. —Termino de extender sus manos para dar su adiós. Se encogió de hombros Anna.

—Anna no me hagas esto. A ver si lo expongo de otra manera. —

La desesperación en la voz de Christian era notable. Realmente estaba prendado del sentimiento que le arropo durante aquellas horas que juntos compartieron. Decir un adiós. Era una opción que no se adecuaba a la lógica de su pensamiento. Tenía que conseguir alguna oportunidad para no convertir ese encuentro en un adiós sino en un hasta luego.

—No nos hagamos esto. A mí me gusto estar contigo. ¿Y sé que estas en sintonía con lo que siento. —Le aclaro Christian a Anna que lo miraba con resignación.

—No puedo negar absolutamente nada de lo que dices. No es el momento. El destino quiso que estuviéramos aquí hoy. No sé por qué. Ni para qué. Hay una señal en todo esto, pero aún no lo hemos podido descifrar. Hay que seguir con nuestras vidas. Si debemos estar juntos nos volveremos a ver y de no suceder eso, tendremos un bonito recuerdo, porque así lo designa el destino. —Dijo con pesar y el corazón chiquitico, Anna.

—De verdad que no te creo, tu cara, tus gestos, tu manera de mirarme. Este es nuestro momento. Dejémonos de tonterías. No sé si es algo del destino, pero me siento vivo a tu lado y nos merecemos estar juntos. —Dice Christian conmovido.

Anna no encontraba las palabras necesarias para refutar la fuerza y el convencimiento de lo que habían vivido, ella y Christian durante esos dulces momentos. Hicieron definitivamente, click. Sin embargo, con aplomo, y los pies en la tierra entendió que ambos tenían historias de amor que los precedían. A ella la esperaba Roberto y a él, alguien más, su novia. Ninguno de los dos se merecía comenzar una historia de amor, con cimientos de

dudosa procedencia, donde un pasado empapado de traición, sería su punto de ignición para soportar una vida al lado del otro.

—Anota mi número telefónico 028-7895689 Anna, no coloques nada más. Ah otro detalle por favor no me llames hasta que yo me comunique contigo. —Indica con precisión Anna a Christian.

—¿No entiendo?

—Por favor promételo Christian.

—Me vas a dar tu número de contacto y no podre llamarte. Eso no tiene sentido.

—Christian, mírame a los ojos y promételo. Si el destino nos juntó una vez y somos el uno para el otro, nos volveremos a ver.

Con arrepentimiento, mirando a la distancia y cabizbajo le acepta la promesa.

—Lo prometo.

—No estemos triste hoy ha sido un día demasiado cool para entorpecerlo por la premura de querer estar juntos antes de tiempo. —Le deja saber Anna a Christian para buscar su consentimiento.

Christian no deja de mirarla. Su cabeza se mueve de lado a lado. Niega con resolución, sabe que esa propuesta no es la correcta y los momentos se tienen que aprovechar o se pierden para siempre. Anna se va soltando las manos con las esperanzas a flor de piel que escurre al separarse de él.

—Te voy a encontrar Christian, y seguramente tú a mí.

Suelta sus manos y lanza un beso que estalla en el corazón de Christian que no daba crédito a aquella decisión de Anna.

—¡Eso es todo! Adiós y ya. Esto es todo. Así. ¡Y Ya!

Anna sonrío, sus ojos se hacen un mar de lágrimas y da la vuelta sin mirar atrás. Christian la sigue observando esperando que se retracte de su locura, pero ve como con decisión se marcha, va directo al andén de los autobuses. La sigue con la mirada, compra el boleto y toma el autobús 56. Ella voltea y le dice adiós señalando con las dos manos la forma de un amplio corazón y moviendo sus labios diciendo, nos volveremos a ver.

Christian seguía en trance moviendo su cabeza indicando que no será posible volverse a ver.

El autobús 56 parte y un trozo del corazón de Christian se va con él. Sin más nada que hacer. Vuelve sobre sus pasos recordando cada momento que vivió con Anna y todo lo que sintió a su lado.

La estela de tristeza revoloteaba en sus pensamientos, un aura de duda e

incertidumbre lo envolvió. Tenía tiempo que no sentía una pérdida tan dolorosa. Su andar ausente le llevo a la heladería. No podía creer que la había dejado marchar. Para su consuelo saco su teléfono celular y vio el número. Edito el nombre para no tener problemas con su novia. Anna asesora de bienes raíces. Entro a probar un helado de tres sabores para ver si le hacían pasar el trago amargo pero el desespero no pudo con su sensación física que no le permitía comer absolutamente nada. Prosiguió su calvario de pena y con cada paso sentía que se alejaba más de Anna.

Sin notar lo llevo a la tienda de música y entro con la idea de comprar los discos para por lo menos no perderlo todo. Ubico el de RadioHead donde aparecía la canción Creed, recordaba un poco la letra de la canción de Anna, pero no la identificaba. Se ubicó en la sección de cantantes latinos de música pop pero no lo hallaba. Por descuido y el sin sabor de saber que quizás nunca más vería a Anna, se le cayeron un gran número de CDs al suelo, comenzó a recogerlos. En ese instante unas botas puntiagudas de color marrón se aproximaron demasiado a él. La mirada la iba alzando en cámara lenta, las curvas ajustadas, el pelo suelto y la sonrisa ingenua de Anna le abrían los brazos.

—Anna volviste. —Grito con gran emoción y sin perder un momento la abrazo con angustia.

—Christian volví porque no me pareció correcto irme sin decirte algo más.

Christian la miro con desconcierto.

—O sea de verdad me dejas y te vas.

—Gracias por haberme hecho la mujer más feliz de la tierra.

Acompañó este halago con un sutil beso que le alcanzo la comisura de los labios. Se sintió tan plena y comprobó una vez más que le encantaba por mucho el perfume de Christian.

Se separó de él y corrió sin voltear. Sin permitir que él le dijera algo. O la detuviera.

Christian se quedó petrificado. No sabía por primera vez en su vida que hacer. Tomo con presurosa calma el teléfono. La intención clara de romper su promesa le llevaba a llamar a Anna para saber ¿a dónde se iría?, ¿cuándo podrían verse de nuevo?, en fin, pedirle por menores para coordinar un nuevo encuentro. Busco en sus contactos, ubico Anna asesora de bienes raíces. Se aparta hacia un lado. Para encontrar mejor señal, se aproxima al borde de la saliente del 4 piso.

Una promesa que no se cumple, es una palabra que se rompe y el destino siempre equilibra las cosas.

—Dame mi Nintendo Switch. Le grita un adolescente a otro que parecía su hermano mayor.

Corrían uno detrás del otro. La secuencia de acciones no le permitió a Christian evaluar el peligro. Tras un estruendo, siente un gran empujón que le hace perder el equilibrio, trastabilla, va haciendo malabares con su teléfono. Pasa por una mano, cae en la otra, pero el desequilibrio lo hace prolongar su movimiento descontrolado que lo lleva a lanzar con fuerza su teléfono celular. El dispositivo sale disparado con tal potencia que cruza los predios del piso donde se encuentran ubicados y va al vacío en caída libre. Su mano llega al límite físico permitido y sus ojos siguen la trayectoria del celular que a gran velocidad se estrella contra el piso recién pulido, volviéndose un rompecabezas de piezas, minúsculas que por el impacto se cuelan por cuanto recoveco hay en su alrededor. No puede creer lo que acaba de suceder.

El frío le recorre la piel. Su estómago se retuerce. Ahora sabe que verdaderamente perdió a Anna para siempre. Que otra cosa podría sucederle aquella noche para terminar de borrar lo que vivió con Anna.

CAPITULO 3

AMOR IN CRESCENDO

“CONFÍA MÁS EN LO QUE SIENTES QUE EN LO QUE PIENSAS” (DEEPAK CHOPRA)

El mejor remedio para calmar las penas y darle continuidad a la vida, es el tiempo. Es lo que se recomienda. Tendrá el mismo efecto para las cosas del amor. Es dudoso. El tiempo puede llevarse una gran parte de nuestra existencia y aun así no escapan de la memoria: el primer beso, aquel amor primer ingenuo, la primera vez que compartimos nuestros cuerpos con otra persona, el más platónico de nuestros sentimientos nos persigue sin descanso hasta el fin de nuestros días.

Pensar en amar es un sentimiento en el que no se puede confiar todo. Cuando realmente surge el amor, este no razona simplemente surge como una flama y se clava intensamente en el corazón de los enamorados.

4 años después...

La vida de Anna y Christian siguió su rumbo. Cada quien en lo suyo.

Anna logro terminar su carrera de veterinaria. Es una doctora que goza de buena reputación entre los profesionales de esa área. Junto a su novio Roberto decidieron mudarse de donde Vivian para construir raíces en otro país. Por las oportunidades que ofrecía el mercado canadiense, se dejó llevar por su instinto para vivir en el húmedo Canadá. Su corazón quedo preso en estas tierras desde que vino por primera vez a ayudar a su amiga, Angélica cuya hija tiene 4 años con hermosos risos y unos impresionantes ojos azules. Ahora que están más cerca pueden compartir sus vidas, sus sueños y sus

anhelos.

Ha ganado suficiente dinero para ser socia de una clínica de servicios veterinarios. Clínica de Servicios Veterinarios El Ángel.

—Estoy exhausta. Hoy la clínica fue una locura: Perritos, gaticos hasta llego un águila con un ala herida a la que le debimos hacer una cirugía. —Le va dejando saber a Roberto mientras cada una de sus prendas van desprendiéndose para dejar al descubierto su piel traslucida.

Su novio la observa de reajo, pero no deja de trabajar. Debe estar pendiente del trading que realiza en criptomonedas, es un mercado joven y tiene una volatilidad demasiado dinámica. En un abrir y cerrar de ojos, nacen nuevas criptos y otras se van a pique. Es por esta razón que la intimidad se ha convertido en una rutinaria actividad que apenas alcanza para saciar las ganas de intimidad y contacto con Anna. Ella también se ha dejado absorber por su trabajo, la pasión de lo que produce en su corazón cada vez que puede salvar una vida o mejorar la existencia de cualquier animal que llega a su clínica, le complace por demás.

Mientras toma un baño tibio, las gotas saborean cada rincón escondido de su cuerpo. Su casa hermosa, apartada de la atareada multitud, le permite disfrutar del medio ambiente. Dentro de su trance para deshacerse de todo el cansancio, el olor a medicamentos. Se pone a tararear la canción que la trae a la vida.

“Me quedo callado, soy como un niño dormido, que puede despertarse con apenas solo un ruido, cuando menos te los esperas...”

En uno de los tantos movimientos que realiza para sacar el enjuague de su cabello, que va al ritmo de la canción, contempla la hermosura de la luna, está llena: su plenitud, su fuerza, su inmensidad; la transportan al día que conoció a Christian. Un temblor le recorre la espalda y le sacude el alma. El escalofrió va haciendo vibrar toda su piel y de manera súbita sus pechos se ponen tensos y se le erizan los pezones. Siente una ganas intensas de sentirse amada, quería sentir que la desearan, que la tocaran, que la hicieran parte de una irremediable pasión desbordante que le ha desconectara de la realidad.

Con el instinto a flor de piel, sale furtiva y se pone ropa de encaje negro ceñida al cuerpo, busca un buen perfume y con tacones de gran altitud, le da una curva más prolongada a sus caderas que exudan feromonas. Va a la captura de su presa.

Roberto en la cama revisa los valores de las cripto. De reajo presente que algo le acecha. Al levantar la mirada ve a Anna en modo cacería.

—Amor, esta bellísima, pero estoy por hacer un gran trading y...

—Anna no le dejó terminar, sellando sus labios con los suyos mientras saboreaba con la lengua, las comisuras de sus labios.

La laptop cae a un lado de la cama e intempestivamente salta sobre Roberto que como pataleo de ahogado trata de dar sus explicaciones. Por un momento se deja llevar. Los latidos del corazón se aceleran. Las pupilas se dilatan. Las respiraciones van en ascenso.

El sonido del ukelele trae de vuelta a Roberto a la realidad. Besa con sutileza a Anna. Y se levanta de la cama, con la laptop en mano. El suspiro de Anna se esparce a varios metros a la redonda. Otra noche que se va a la mierda por el trabajo, por un negocio, por una emergencia. Su mente herida y malhumorada la lleva a sentir un anhelo de apego, ideal para sobrellevar esos momentos de gran estrés.

Pensar en Christian se ha convertido en un mantra que la reconforta, le da vigor y hace que sueñe en volverse a encontrar. Las dudas la embargan y la pone a pensar que quizás el destino no es lo que ella pensaba. Y piensa, que será de su vida. Tendrá en sus pensamientos aquel encuentro fugaz que los llevo a dudar de todo lo que les rodeaba y daban por hecho. Fue aquel encuentro una anomalía hermosa y traviesa de la sincronía de la vida.

Respira profusamente. Para poder desestresarse antes de ir a la cama y como ya sabe que no caminará en los senderos del deseo y la pasión debe hacer algo para bajar la intensidad a la que vibra su cuerpo que necesitaba ser amado. No se le ocurre nada mejor que hacer una sesión intensa de yoga, además de relajarla, le permitirá estirar su cuerpo. Esto le permitirá dormir más tranquila.

Ya relajada se entrega a los brazos de Morfeo. En su angustia vivida antes de dormir, su inconciencia la lleva a soñar con Christian que la hace suya. Ve el mar. Las olas mojan los cuerpos que se broncean al calor del furor que tienen al unirse con tal pasión. Ambos ruedan por la tibia arena. Se mueve en la cama y coloca una almohada entre sus piernas. Movimientos pélvicos sutiles van al compás de la resaca del mar que aprieta las caderas de Christian contra las suyas. Con desespero se muerden hasta el aliento. No hay manera alguna de escape. Sobre sí siente todo el empuje que le hace el apuesto guerrero griego cuya desnudez la hace vibrar con intensidad. La almohada se aprieta con gran fuerza en sus piernas. Y la hace despertar en medio de la noche. Esta acalorada. Se levanta de la cama. Mira la luna llena mientras sorbo a sorbo apaga el fuego que le hizo sentir Christian.

No es la primera vez que sucede esta desincronización entre Roberto y Anna. Son más frecuentes de lo que debería ser normal. Cuando no es el mercado de las cripto que arruinan su intimidad surge una emergencia en la clínica que prolonga la estadía de Anna en su trabajo o la hace salir de su casa sin importar la hora para atender alguna emergencia.

Si las cosas no suceden como deberían ser, el destino trata de balancear las circunstancias para que las personas se den cuenta que algo no está sincronizado con lo que deberían vivir.

En otras latitudes.

—Amor despierta, es hora de comenzar la vida. —Dice Christian a su novia Daniela. Que como de costumbre se le pegan las sabanas al sueño y no suele despertar temprano.

—Que rico bebe. Despertar con ese dulce beso. ¿Hiciste jugo?

—Claro. Y también café.

Christian va a la ducha para deshacerse del salobre de su piel producto de la intensidad de su carrera matutina. En su trayecto trata de arrastrar a Daniela, con besos, mimos y apapuches. Tiene intenciones de mojar en la ducha sus deseos y ganas de proyectar con energía el comienzo de la semana. Nada mejor que hacer el amor bajo la ducha.

—No Christian, sabes que me resulta desagradable, salir de la cama y meterme directo a la ducha. El agua por más caliente que pueda estar siempre la siento fría.

La cara de Christian deja entrever que se quedara nuevamente con las ganas. Estas son algunas de las cosas que le desagradan de su novia que no va en sintonía con lo que siente.

Antes de su encuentro con Anna era un tipo encuadrado en la rutina y en el día a día. Pero desde que la conoció se tomó las cosas un poco más a ligera de pensamiento y ha dejado que el sentir, la intuición formen parte de sus decisiones diarias.

Sale temprano a hacia su empresa.

—Buenos días Sr Christian.

—Buenos días Srta. Quilarte. ¿Algún mensaje?

—No Sr Christian. En la oficina lo espera Alejandro.

Se apresura para despejar la inquietud de porque su amigo esta tan temprano en su despacho.

—Hermano cuéntame. ¿La conseguiste? Señala Christian a Alejandro alargando la mano y colocando el portafolio sobre el escritorio. Le indica que

cierre la puerta. Se reclina en la silla presidencial de cuero italiano. Siempre impecable y con gran estilo.

—Christian llevamos años con este rollo. Estas a punto de contraer matrimonio. Como amigo te digo que des por cerrado este tema. Supéralo Anna ya habrá hecho su vida. En el momento que la conociste, sabias que tenía novio. Quizás ya tiene hijos, probablemente tres. Habrá ganado peso. Y el día a día, la habrá resquebrajado. ¡Coño entiéndelo! Daniela es una gran mujer. —Responde con prontitud Alejandro.

Christian se levanta y sirve dos tragos largos de coñac.

—¿La conseguiste?

La mirada de Alejandro llena de resentimiento porque conoce a Daniela y sabe lo que ama a Christian.

—Bueno algo así.

—Coño, no me tengas en esta angustia. ¿Cómo se llama?, ¿Qué hace para vivir? ¿Dónde vive? ¡Habla por dios!

—Un amigo del primo de mi tía, me dijo que el hermano de un conocido de mi tío, tenía una novia cuyo hermano pertenecía a un clan de programadores donde su jefe, es un gran hacker. Le lleve las piezas de tu iPhone. Una a una las fue reconstruyendo. El tipo es bueno. Sin embargo, todo tiene sus límites, es tecnología de Apple. Esos carajos saben lo que hacen (los chicos de Cupertino, como se le suele llamar a los que trabajan en Apple). Y no hay manera de descifrar la lista de contactos sin la participación de algún empleado de la Apple. Una vaina por demás imposible.

—Coño Alejandro, no me estás dando buenas nuevas. Hermano esas son malas noticias. Muy malas noticias.

Christian toma un gran sorbo de coñac, sin importar el grueso del ardor que sintió primero en su garganta y luego se sigue proyectando, en el recorrido del tibio licor por todo su sistema gástrico, finaliza su trago con un suspiro que le permite saborear el matiz de la madera que deja los aromas afrutados del sutil coñac.

—Me puedes dejar terminar.

—Ah, pero hay más... —Lo mira Christian con cierta ironía.

—Él me dice que si logra armar el procesador porque no tiene la pieza donde se encuentra un número de serie, sería posible tratar de ubicar en el iCloud, para ver si para ese momento se realizó por suerte algún respaldo de toda la información de tu iPhone. Esos procesos se realizan en un segundo plano y uno ni se entera.

En esos momentos sin previo aviso entra Daniela a la oficina. Saludo con un beso afectuoso a Alejandro y continúa su camino hasta finalmente alcanzar a Alejandro dándole un beso profundo y rápido a Christian.

—¿Alejandro tan temprano por aquí. —Pregunta con suspicacia. Que estarán tramando a mis espaldas.

Christian alza las cejas mirando a Alejandro para que deje a la brevedad el recinto y se vaya, sin dejar ninguna pista que hiciera sospechar a Daniela de cualquier otra cosa que no se relacionara con el trabajo o su matrimonio que ya está en puertas.

—Daniela deja Alejandro tranquilo. Estábamos hablando del nuevo perfume. Sabes que aun no encontramos, un buen eslogan y tampoco ninguna imagen que lo represente. Ya íbamos de salida porque nos iban a enseñar varios pilotos para ver cual aprobaríamos. ¿Nos acompaña?

Christian siempre ha sido un tipo con un gran estilo y sus palabras tenían una precisión de cirujano. Decía lo necesario y en los momentos más adecuados. Daniela le toma la palabra y inicia la marcha a la sala de juntas. Cuando Alejandro se encuentra con Christian para salir. Chocan los puños en señal de cómplices y terminan su trago por completo.

Las tres presentaciones tuvieron un excelente nivel profesional. Todos los presentes, acordaron que la numero dos fue la mejor de todas. Claramente exponía con sobriedad la nueva fragancia y le daba carácter a la presentación. Sin duda ese perfume iría a la par con la línea de productos exitosos que la casa de perfumes Touche Divine acostumbraba lanzar al mercado. Christian Rizzo construyó su emporio a base de esfuerzo y dedicación. La vena para los negocios le viene de su abuelo paterno italiano.

Arrugando la comisura de los labios. Christian tenía como de costumbre un blog donde marcaba los pros y contras de las presentaciones. Esta tenía pocas objeciones. La intuición le hacía una nueva pasada y no le daba feeling de cómo se intentaba proyectar este producto. Sentía un compromiso mayor porque a diferencia de otras fragancias y perfumes lleva un tiempo dedicado a este proyecto. Lo comenzó a su regreso de Canadá, donde suele descansar de sus días ajetreados.

—¿No te gusta verdad. —Pregunta su jefa de mercadeo y producción.

—¡Ay! no le veo nada de malo Christian. —replica Daniela.

—No lo sé. No me da una sensación agradable. Es decir, no es que se vea mal lo que están planteando, pero me parece que le falta más profundidad y la esencia tiene que llevar a los consumidores a pensar que cuando utilizan el

perfume van a favor de las señales que les da el destino para que construyan una vida emocionante.

Nadie entendía lo que pasaba. La cabeza de Christian era un remolino de pensamientos. Quizás si hubiera sido cualquier otro día, dejara pasar la salida del producto tal cual, como su equipo de trabajo, todos muy profesionales y con amplia experiencia en la mercadotecnia les habían propuesto. El hecho de enterarse de la posibilidad de tener una línea delgada para un posible reencuentro con la vida de la Anna, le hacía llevar al extremo su instinto.

—Las personas están bien. El piloto se rodó con todas mis indicaciones. El punto es que la esencia de la fragancia no la veo reflejada y me da la impresión que solo se enfocaron en la parte masculina. “Cautivo, una fragancia que atrapara tus mejores momentos. Llévalo toda una vida”.

La reunión termina. Y vuelve Christian a la soledad de sus pensamientos en su oficina. Daniela le recuerda por mensajes que debe terminar el proyecto antes del matrimonio porque no quiere que nada se interponga en su luna de miel en Grecia.

La copa medio llena. Nuevamente sorbe un trago. El recuerdo le lleva a pensar en Anna. Su sonrisa. La ingenua mirada que lo retaba a ser más libre y menos comprometido con un destino, ya predeterminado. El beso tibio en la comisura de sus labios. Pasa sus dedos por la boca, apoyándose en ambas manos para reflexionar.

Las horas transcurren. Él se queda en la oficina. Repasa las imágenes del piloto para la nueva fragancia. Con el lápiz en la boca no logra aclarar sus dudas. Entiende que no es solo el lanzamiento de la fragancia, la razón de su constipación, tienes dudas de lo que siente. Del amor. Y más aún cuando está a las postrimerías de asumir un nuevo rol en su vida.

En la libreta van apareciendo garabatos. Una línea. Algunos círculos. Presta algo más de atención, sin dejar de pensar en Anna. Dibuja una línea. Coloca un círculo cargado hacia el lado izquierdo. No levanta el trazo. Va a la derecha describiendo una especie de ocho acostado y luego lo repite hacia la izquierda, pero agrandando el recorrido para darle cuerpo a la parte superior y lo finaliza con una línea suave al lado inferior izquierdo a la mitad. Se da cuenta que es una especie de flor hacia el infinito. Un amor infinito. Dibuja una más. Las coloca a cada lado. Se unen como por una especie de brisa que las deshoja suavemente. Una alusión a lo que le sucedió con Anna. Un nuevo encuentro que no nunca llegó a concretarse.

—¡Ya lo tengo. —Dijo.

Toma su teléfono para reprogramar una cita inmediata con su jefa de mercadotecnia. Poco le importaba que fuera la media noche.

—En serio Christian. Y no podemos esperar unas horas. —Replico la jefa de mercadotecnia.

—Joselyn, me caso pronto y no quiero dejar cabos sueltos. Lo mejor para todos es que le pongamos fecha al lanzamiento de la nueva fragancia y así todos dormiremos más tranquilos.

Correteando por todos lados. La pequeña llama la atención de Anna.

—Tía Anna juega conmigo. Ya vienes muy poco. Te extraño mucho. — Un largo abrazo le atrapo las piernas.

—Mi amor. —Sella su encuentro con un beso y la sostiene en brazos.

—Hola Angélica. Por fin me escape un ratito del trajín de la clínica. Las tenía abandonadas.

—Amiga. ¿Cuéntame cómo van tus cosas. —Replica Angélica.

—¡Ahí!

—¡Niña! Si me lo dices con esa emoción, me voy a vivir contigo de una buena vez. —Riendo le dice entre palabras a Anna, que es una clara evidencia que no es del todo feliz.

—Tú sabes cómo son las cosas con Roberto. Todo tiene un momento. No existe el espacio para la improvisación, el ama más a sus trading que a mí.

—Tu por lo menos tienes alguien con quien compartir. —Dice Angélica con pesar porque el papa de Clarita la abandono cuando las cosas se pusieron duras y se escurrió en la primera falda que consiguió.

Anna le pone la mano en el hombro. Para darle ánimos.

—Tu eres una mujer que se merece alguien que te ame y no que te tenga para cuando le convenga.

—¿Y no has sabido nada más del sujeto. —Dice Angélica en voz baja para que Clarita no oiga nada.

—No amiga. Lo busque por todas partes en el internet, pero difícilmente sepa algo más sino tengo su apellido o un número telefónico. Seguramente tiene familia. Un hombre así con ese sex appeal y tanta belleza, no puede andar por ahí sin llamar la atención de las mujeres. Era demasiado varonil. Debe ser un empresario importante o un empleado importante en alguna afamada empresa multinacional. La tierra se lo trago.

Están preparando que comer en la cocina. Se sientan a mirar la televisión mientras están listos los alimentos. Brindan con una cerveza.

La atención de Anna se enfoca en la televisión. Su pecho va acelerando el

ritmo. Está tomando un trago de la cerveza. Sus oídos van encajando la información que están transmitiendo en ese momento.

Los extraños pueden coincidir en cualquier parte. La chica tropieza con el apuesto caballero. Se sonríen. Ella siente la fragancia. Van a la heladería. Se ríen. Se toman de la mano. Escuchan música. Se abrazan.

Los ojos de Anna se llenan de emoción. El corazón se le va a desbordar. Se tapa la boca con ambas manos. Angélica también está paralizada con la imagen de la propaganda que visualiza. Se sugiere un próximo encuentro entre los personajes que quedan en encontrarse en un futuro, si el destino se los permite.

En el comercial, se dibujan dos árboles con dos infinitos acostados que se unen con una brisa que los deshoja sutilmente y en el centro aparece la palabra en letras doradas CREED, sigue tu instinto. La fragancia que marca tu destino. Encuentra el tuyo. Porque alguien espera por ti. La voz sensual de una chica finaliza el comercial con Casa de perfumes Touche Divine.

Las dos chicas se quedan boquiabiertas. No puede ser. Son demasiadas coincidencias.

—Busca la computadora. ¡Apúrate. —Le dice Anna a Angélica.

Googlean al ritmo de las palabras Touche Divine, Wikipedia muestra lo que su corazón ya presentía. Christian Rizzo es un afamado creador de fragancias y perfumes con presencia alrededor del mundo.

Anna susurra en sus pensamientos, te encontré Christian. Te encontré.

Después de descubrir quién era Christian. Anna llega con emoción a su casa. La vida le daba una nueva señal. El destino tomaba un nuevo giro. Se sienta cerca de la chimenea. El calor la reconforta.

¿Qué será de su vida?, me recordará. Habrá pensado en mí. Se mantendrá viva la conexión que hace unos años logramos sentir.

Recordaba su aroma. Razón tenía de estar impregnada de su fragancia. Ahora entendía la supremacía y lo bien llevado de su perfume. Busco su computadora y encontró su fotografía. Se mantenía igual de atractivo. El corazón tenía una emoción que no había experimentado con su novio Roberto. Que por cierto no estaba en casa. Eso es algo que no era habitual en él.

Comienza a buscar por toda la casa y no lo encuentra. Recorre todos los espacios. Nota sobre la mesa de la cocina un elemento que no encaja con la decoración. Es un sobre blanco. Tenía escrito ANNA.

“Anna, no quise que las cosas se dieran de esta manera. Lamentablemente

nuestra relación tomo otro rumbo. Seguí tus sueños y sin protestar me vine a tu lado hasta Canadá, pero este no es un lugar para desarrollar mi trabajo y lo que me gusta hacer, no es algo que pueda compaginar con el estilo de vida con el que sueñas. Necesito un espacio y me regreso a New York. Las puertas de mi corazón y mi vida seguirán abiertas, por sí deseas volver conmigo. Sabes que te amo, pero existen prioridades y no quiero que, por no seguir nuestros sueños, términos amargados uno al lado del otro. Espero que sepas comprender mi decisión. Toma el tiempo que creas necesario y si no vuelves, sé que ambos seremos más felices de lo que somos ahora. Tuyo siempre Roberto”

El destino comienza a darle señales claras e inequívocas a Anna sobre lo que debe hacer. Había sido quizás un poco egoísta al decidir volver a Canadá usando como excusa su profesión. Muy en el fondo sabe que el verdadero motivo era Christian. Lo que sintió cuando estuvo a su lado no era algo común y corriente.

El verdadero amor no exige, no limita o cuestiona, los comportamientos simplemente fluyen y va dándose en sincronía de los amantes. Es un impulso que los lleva de la mano para conseguir juntos un camino que los conduzca claramente a la felicidad.

Su corazón rebosaba de alegría y tenía demasiadas incertidumbres. Tenía que tomar una decisión y esta vez no debería mirar atrás. Tenía toda una vida por delante y el mejor tributo que podía hacer por ella y su abuela que le dio las llaves para vivir su destino, era vivirla a plenitud.

Ese día el aeropuerto estaba aglomerado. Gran cantidad de pasajeros esperaban por sus vuelos. El retraso debido al tiempo le dio un espacio para reflexionar ante la decisión que había tomado. Se dirigió a la taquilla de venta de boletos y pidió el suyo con destino a New York. El amor le esperaba allí. Seguir viviendo sin tener con quien despertar, con quien compartir las alegrías o los dolores, no era algo que pasaba por su cabeza. El estado perfecto del ser humano es vivir en pareja, estamos hechos para desarrollar lo mejor de nuestra humanidad con un compañero o una compañera a nuestro lado. No cabían dudas al respecto. Tenía que vivir sin miedos y entregarse a lo que su corazón le decía. Síguelo. Búscalos y no te apartes por nada del mundo de su lado. Y eso es lo que estaba por hacer.

CAPITULO 4

EL DESTINO ES EL AMOR

“SOLO TÚ Y YO, SOLO TÚ Y YO, AMOR MÍO” (PABLO NERUDA)

El lanzamiento del perfume CREED ha sido todo un éxito. No puedes negar que tu viajecito a Canadá te va generar una buena cantidad de dinero. —Le dice Alejandro a Christian.

—¿Y de que me vale?

—Vas para el cielo y vas llorando. ¡Coño! Christian. Eres un hombre exitoso. Tienes dinero. Tus negocios van viento en popa. Tu futura esposa es linda y te adora. ¿Qué más le puedes pedir a la vida?

—Que me conceda la oportunidad de conseguir a Anna. —Replica con melancolía.

El ringtone zelda dubstep hace que el teléfono de Alejandro vibre y corte en seco la conversación. Alejandro ve el mensaje. “El águila consiguió el huevo” escribió Martes 13. Trata de disimular y guarda el teléfono.

—¿Quién era. —Con expresión de policía en pleno interrogatorio le replica Christian.

—Nadie.

—Para no ser nadie, te impresiono. Me vas a engañar a estas alturas del juego. Te conozco desde hace muchos años Alejandro a mí no me vengas con estupideces.

—Coño Christian, faltan horas para que te cases. Hermano ya vas a ser feliz. Bueno más feliz. No tienes que concentrarte en nada más.

—¿Es sobre Anna, ¿verdad?

La cara de Alejandro decía mucho. Dudaba, si estaba haciendo lo correcto. Se preguntaba que después de tanto tiempo por la espera de una respuesta sobre lo de Anna, sea en este preciso momento cuando debía entregar una información certera a su amigo.

—Bueno sí, el hacker, logro conseguir el número de Anna. Por cierto, se llama Anna Valeria Sarmiento.

—¿Y el número. —Pregunta Christian con el teléfono listo para llamar sin miramientos.

—De verdad piensas seguir con esto. Te quedan 48 horas para el matrimonio. Esto no tendría sentido de ser a menos que me digas que esa desconocida derrumbará lo que has construido con Daniela durante todos estos años.

—Eres mi hermano y sabes todo lo que me pasa. Yo adoro a Daniela...es mi mano derecha. Pero lo que me hizo sentir esa chica, en esas pocas horas elevo a otro nivel mi vida. Cambie mis sensaciones y me hizo vibrar el alma.

—Si Christian, todo lo que tú quieras, pero ya ha pasado tiempo. De repente solo fuiste una tontería para una chiquilla. Una tarde de travesura. En fin, no pasó nada importante.

—Dame el número y te eximo de cualquier culpa. Alejandro, es mi vida. Te aprecio y sé que no me darías malos consejos, pero debo culminar esto que siente mi corazón. Simplemente la llamo. ¡Y ya!, me caso en 48 horas. Que puede suceder.

Christian marca con emoción el número de Anna Valeria. Repica, repica...” En estos momentos la Dra. Anna Valeria no puede atenderte gracias por llamar a la Clínica de Asistencia Veterinaria El Ángel deje su mensaje...”

—Clínica de Asistencia Veterinaria El Ángel. Te conseguí Anna Valeria.

El vuelo de Anna aterriza a la hora programada. A penas lleva equipaje de mano. La premura le hizo salir con apenas lo que llevaba puesto y una muda de ropa. Había llegado a donde el destino le decía que debía ir.

La oficina principal de Touche Divino está ubicada en la 5th Avenue cerca de la Catedral St. Patrick. Anna no tiene idea de cómo la recibirá Christian. Y más aún, si la va a recibir. Por qué han pasado varios años desde la última vez que se vieron. Sabe que corre el riesgo de perder el viaje, de encontrarse con una realidad distinta a la que espera. Todas estas ideas la van atormentando mientras, va en dirección de la oficina principal de Christian.

Se baja del auto. Y se dirige directo a la recepción del lujoso edificio. Es

modesto, pero sin duda destila estilo por doquier, una enorme valla publicitaria hace alusión a su producto nuevo CREED.

—Buenos días señorita. Necesito ver con carácter de urgencia al Sr Christian. —Dice con desespero.

—¿Qué Christian. —Contesta indiferente y sin verla a la cara.

—Señorita tengo algo de premura, Christian Rizzo. —Mirándola con fuerza responde Anna.

—A ver si entiendo, usted viene sin previa cita y quiere pasar por encima de todas estas personas: inversionistas, promotores de ventas, directores de empresas transnacionales, productores de cine, entre otros. ¿Qué cree que le voy a decir. —Con una mirada desafiante y llena de prepotencia le responde la recepcionista irónicamente.

—Amiga tienes que ayudarme, es una cuestión de amor.

A unos cuantos metros, la salida de un ascensor se llena de una gritería de personas, que tratan de buscar la atención de Christian que va con prisa, junto a él, Daniela y Alejandro van a su ritmo veloz. La algarabía de voces llama la atención de todo los que estaban esperándolo en el salón que van hacia él, como para tratar de conseguir algo.

—Si es algo de amor tendrá que esperar para después de su boda. —Dice la recepcionista.

—¿Qué? ¿Cuándo es la boda. —Dice Anna mirando al río de personas que se mueven como una manada coordinada que sigue al mach alfa.

Anna corre hacia la multitud, va gritando, Christian, Christian. El voltea hacia uno de los lados porque cree oír su nombre, pero todos los que le rodean lo llaman. De un solo salto aborda la limosina que esta aparcada esperándolo. Anna corre hasta donde le dan las fuerzas, pero no fue suficiente para llegar hasta él. En el auto, Christian se siente incómodo y voltea, pero no logra determinar que lo está abrumando.

Anna debe buscar idear otro plan si quiere hablar con Christian porque las circunstancias le están dando pautas claras que acceder a él, no será tan sencillo como pensaba. Él es una celebridad y para colmo de males ni siquiera tiene idea que ella lo está buscando.

Con 24 horas para llevar acabo la boda. Christian está sometido a entrevistas, sesiones de fotos agotadoras. Además de las reuniones pertinentes y necesarias del negocio porque tiene que dejar instrucciones claras mientras se encuentre de luna de miel en Grecia, nadie sabe exactamente dónde estará para evitar cualquier paparazzi furtivo o alguna que

otra llamada. La idea es pasar uno o dos meses fuera de todo lo que se relacione con el trabajo. Daniela lo quiere para ella. Durante toda la estadía de la celebración de su amor.

En la habitación del hotel Anna esta deshecha. Pudo ver a Christian a la distancia y noto como se le hacían mariposas en el estómago. Su pecho se llenó de inmensa emoción. Christian es una ilusión que ha perseguido desde hace muchos años. Y ahora que lo tiene tan cerca parece que el destino lo quiere apartar de su lado, pero esta vez sería para siempre. Mientras reflexionaba sentada en la cama. La luna llena brillaba en lo más alto. Ha sido un presagio. Aquella noche que compartió con Christian estaba igual de fulgurante. Hermosa y arrogante, reina de la noche.

Por otro lado, Christian yacía en la habitación de su casa. Recostado en la cama disfrutaba de su última noche como soltero. No dejaba de inquietarlo el hecho que ahora que tenía la identidad clara de Anna, no pudiera encontrarla, para siquiera oír su voz. Una vez más intenta llamarla, pero no consigue respuesta. Lo piensa mejor y le deja un mensaje de voz:

—Hola Anna, no sé si me recuerdas soy Christian. ¿Te recuerdas? El de los tres sabores de helado de Canadá. Al fin conseguí tu número y bueno, quise saber cómo te encontrabas. Ese día las señales del destino hicieron que coincidiéramos. En fin, la idea es ver si tienes alguna oportunidad de llamarme y ver si en algún momento pudiéramos compartir, aunque sea un café. Nos vendría bien vernos. —Fin del mensaje.

Imaginaba su sonrisa, la silueta traviesa que caminaba con exagerada ingenuidad que la hacía ver tan sexy. Y sus inquietantes juegos lo llevaban a sopesar su relación con Daniela que por mucho distaba de lo que siempre había deseado conseguir en una mujer. Esa creatividad suspicaz que lo hiciera soñar y lo llevara a sentir que el mundo no importaba cuando juntos compartían un simple helado. Daniela ha sido su mano derecha en los negocios, pero es eso, una buena compañera para llevar una vida entre oficinas y negociaciones, los hijos es algo que no le quitan el sueño a Daniela. Sabe que con Anna perdió el control de sus sentimientos y emociones. Las dudas le desgarran el mundo que al amanecer serán una realidad palpable.

Sin saberlo ambos se encontraban debatiendo un mismo punto. Su vida. El amor. Estaban conectados. Esa noche de luna llena, la usaban como espejo para reflejar lo profundo de sus sentimientos. Colgados en sus recuerdos, los momentos que se dieron. Sentados, se piensan uno en el otro. Saben que un

amor de inexplicable intensidad ardía en sus pechos. En silencio razonan. No hay remedio para esa incertidumbre. Los labios de Anna pronuncian su nombre al viento, Christian. Y Christian medio dormido y medio despierto, dice Anna.

El cansancio venció a Anna. Aunque nunca habían estado juntos después de aquel día donde compartieron lo mejor de los dos. No era extraño que a mitad de una noche de ensueño. Sin importar las distancias, se levantarán empapados porque sus almas y mentes hacían el amor. Imaginaban en sus encuentros la manera en que uno y otro tenían para entregarse a disfrutar de sus intimidades.

Cuando por fin volvió a la vida eran las 9: 00 am. Sobresaltada, salta de la cama. Toma un baño y sale corriendo. Llama un taxi y está decidida en entrar a la oficina de Christian a como diera lugar. Ya en el sitio, la recepcionista le ve venir.

—Señorita por favor como hago para ver al Señor Christian Rizzo. No me iré sin que lo vea. Es un asunto de suma importancia. Por favor ayúdeme. — Le dice con mirada inquietante.

—Eso va a ser imposible.

—¿Por qué?

—No puedo darle más información, pero le aconsejo que revise la parte de sociales del periódico.

Anna sale braveando, ante la antipatía de la recepcionista, pero entiende que ese es su trabajo, filtrar las visitas para que el señor Christian solo pueda atender lo prioritario. Con los hombros cabizbajos camina por Central Park, absorta en sus pensamientos. La inercia la lleva hasta un puesto de venta de periódicos y revistas, compra un periódico. En la primera página de sociales aparece el fastuoso evento del matrimonio de Christian Rizzo con la bella Daniela, continuo la lectura y noto que se llevaría a cabo en la Catedral St. Patrick a las 11 a.m.

La manera de llegar más rápido sería a pie. Es la hora pico, tomar un taxi no sería la opción más lógica. El tránsito vehicular a esas horas es espantoso. New York como cualquier gran metrópoli no escapa de ser un lugar altamente concurrido por los miles de empresas que hacen vida en su casco más afanado como lo es, la 5th Avenue.

Anna arranca a caminar a toda prisa. Sabe que el tiempo lo tiene contado. Va abriéndose paso como puede. Trata en lo posible de no perder el ritmo de sus pasos. No sabe qué hará al llegar a la catedral. Gritarle a Christian lo que

siente por él. Dejará que continúe la boda. El camino se le hace eterno. Ahora que lo piensa mejor, nota que los cálculos se quedaron cortos. Precisamente en este día, cualquier retraso implicaría, un paso más a la posibilidad de perder la oportunidad de encarar, al posible amor de su vida. Tener que encontrarse precisamente en estos momentos que se casa Christian. Las piezas colocadas por el destino no eran sencillas de jugar.

Mira con desespero el reloj, ya son las 11:35 a.m. Sabe que por muy rápida que se lleve a cabo la ceremonia tomaría a lo sumo 1 hora o algo más de tiempo. Suda más de lo acostumbrado. Las emociones encontradas y la sensación de pérdida con los minutos que no cesan su eterno andar, son las causas de tanta tensión. Los cruces peatonales los pasa corriendo. Por fin ve a lo lejos lo más alto de la catedral. Esta como a dos cuadras. 12:00 p.m. Corre. Aparta los cabellos del rostro. Ve la caravana. Corre. Abre la puerta del recinto. En el suelo yacen huellas de pétalos de rosas. Granos de arroz. La brisa se lleva su pesar. Hizo lo posible pero ya era demasiado tarde. La angustia apretaba su pecho. Se cuestionaba si había hecho todo lo posible. Se sentó por un momento para recuperar fuerzas, llorar no le bastaría para recuperar todo lo que había hecho para llegar hasta Christian. No le quedaba más remedio que volver tras sus pasos.

De regreso va circunspecta en sus cavilaciones. Un dulce amargo le recorre las manos en sensación de frío. El corazón va arrugado. La ciudad luce sombría. Los recuerdos le siguen. Esperar tanto tiempo para encontrar el amor de su vida y se escapa con tanta fragilidad. Ve a su alrededor. Parejas sonrían. Otras van tomadas de la mano y algunas otras se besan. Felices todos, se alimentan del amor.

Sus pálpitos cansados quieren una tregua. Hacía mucho tiempo que la vida no había sido tan dura y decepcionante.

Sin pensar a donde ir, aprovecha la corriente de las circunstancias que sorpresivamente la han golpeado, a tal punto que no entiende cómo va de un punto de estabilidad hacia otro, del que no tiene la más mínima idea, a donde iría a parar. Frente a un centro comercial decide entrar. Camina debatiéndose entre lo que siente y lo que acaba de suceder. Tiene claro que no puede intervenir en la nueva vida de Christian. Ser un segundo frente de amor, una amante no estaba dentro de sus planes de lo que debiera ser un amor perfecto.

Las lamentaciones le tienen el alma sensible. En busca de un refugio seguro, un asidero donde iniciar una vida nueva como la que en estos momentos está viviendo Christian. Pasa delante de una vidriera y en un

televisor se proyecta la parte final de la promoción del perfume CREED. Otra extraña coincidencia que no descifra. Al fondo del pasillo, un establecimiento en particular la atrae. Es una heladería. Que oportuno. Un helado le vendría bien para subir el ánimo.

Se sienta mientras saborea con deleite los sabores del cremoso helado. Cucharada tras cucharada, va recuperando su ánimo. Recuerda que tenía un buen tiempo que no encendía su teléfono. No quería que nada ni nadie se interpusiera en su camino hacia el amor, por esa razón lo dejó apagado. Cuando lo enciende tiene muchas notificaciones, pero le llama la atención, el hecho que tiene varias llamadas perdidas. No reconoce el número. Encuentra una nota de voz y la activa.

Sus ojos llenos de sorpresa, evidencian que no ha sido la única que pierde en esta historia. La voz clara de Christian dando motivos y excusas fútiles para concretar un posible reencuentro, la hace palidecer. ¿Qué hago?, ¿Qué puedo hacer con todo esto? Uno a uno fue enviando cada mensaje al olvido eliminándolos de su teléfono, de igual manera elimina el número de sus llamadas perdidas, lo saca por completo de su vida. Christian será un hermoso recuerdo del que podrá sacar miles de aprendizajes para cuando tenga algo emocionante que contar.

Toma lo que queda del helado y se marcha sin volver la mirada. Decidida en darle vuelta a la página de su vida. Sabe que debe volver a lo suyo. Darles todo su amor a los animales que necesitan de sus dulces manos.

El repite vibratorio del teléfono la saca del trance. En la pantalla principal aparece el remitente, Angélica. Por un segundo pierde de vista su entorno.

Como ya se sabe el destino siempre reajusta las cosas para compensar cualquier desbalance.

Alguien la tropieza. El helado junto con el teléfono van directo al suelo. La velocidad de sus manos no logra darle caza antes que se estrellen contra el duro piso. El chasquido del impacto la hace saber que se ha deshecho. Tratando de recomponer algunas de sus piezas, ve unos zapatos negros llenos de un brillo excesivo. Se pliega al deleite de una fragancia que siempre ha conocido. Una mano gentil se extiende ofreciendo ayuda. Un rostro. Una voz. Un hombre. Christian. Con un traje a medio llevar. Con su chaqueta en la mano. La levanta. El mundo gira en mil colores. Anna no entiende que ocurre. Duda de la realidad. Piensa que es un sueño o se ha golpeado la cabeza.

Con su sonrisa galante. Y sin dejar de mirarla. La toma.

—A mi modesto modo de ver las cosas solo tenemos tres opciones: Te beso, me besas o nos besamos. —Dice Christian empujándola gentilmente hacia su pecho. Nota enseguida que su movimiento carece de resistencia. Hay complicidad.

—Y si tomamos las tres. —Le responde ella.

Acto seguido enreda sus manos al cuello de Christian, milímetro a milímetro se acercan. Las miradas sincronizadas solo siguen los pálpitos de sus corazones. Él coloca sus dos manos en la cintura de Anna. Cada pliegue de piel de sus labios se ajusta a la tibia sensación de sus bocas. La calidez del dulce sabor colisiona en sus sentidos. Un escalofrió recorre la medula espinal de Anna. Christian siente una revitalización que le lleva a comprimir aún más el cuerpo de Anna contra sí mismo. Los testigos, les saludan y aplauden. Se han contagiado de ese fastuoso y mágico encuentro. Las lágrimas sobrepasan la emoción y recorren las mejillas de Anna que se siente tan viva y llena de amor. No entiende la situación. La lógica se le escapa. El instinto y una fuerza mayor, han permitido que ocurra este sutil beso. Sin fuerzas en las piernas se separa de Christian. Recoge su cabellera. Y suaviza sus labios contrayéndolos hacia sí misma. Los oculta por un instante y salen llenos de brillo, prestos para sentir un nuevo encuentro.

—Christian Rizzo.

—Anna Valeria.

—Te dije que el destino se encargaría de encontrarnos. Lástima que para los dos no sea el mejor momento. —Dice Anna sin mucho convencimiento.

—Desde que te conocí Anna mi vida no ha sido normal. El instinto, las señales del corazón se convirtieron en mí día a día. Lo más curioso es que jamás pude apartarte de mí. Cada momento de entrega en mi privacidad, evocaba tus palabras, tu sonrisa, tu voz, tu piel y tu cuerpo. —Le dice con voz sugerente a Anna.

—Si ya veo, por eso es que te casaste para hacer más llevadero tu día a día. —Con gran ironía le responde Anna sin dejar de verlo a los ojos.

—¡Ah eso!, Bueno este fue uno de esos días donde las corazonadas fueron más fuertes y no podía contraer matrimonio con alguien que apreciaba, pero no amaba. Daniela estaba más interesada en mi posición financiera que en mi amor. Desde hace unos meses contrate a un investigador y comprobé que estaba haciendo negocios a mis espaldas con el patrimonio de la empresa y no fue hasta hace un par de horas que me entere de sus amoríos con uno que otro banquero. Por eso espere hasta último momento

para que el escarnio público la juzgara. Así que no me case.

—¿Es verdad lo que me estás diciendo Christian?

—¿Cómo explicas que este aquí? Ante todo, el alboroto y el revuelo de la prensa, Alejandro logro sacarme de esa locura. Decide caminar un par de cuadras y aquí estoy saboreando un helado: Chocolate, mantecado y limón. Era la única manera que tenía para calmarme. Y para mi sorpresa te vi desde el otro lado del pasillo cuando te tropezaron y se cayó tu teléfono.

—¿Quieres ir conmigo a Grecia. —Le dice Christian a Anna extendiendo su mano. Acto seguido se arrodilla.

—¿Me quieres acompañar a una aventura que se llama vivir en pareja?

El mediterráneo ofrece a los enamorados, una belleza épica. Grecia tiene un particular encanto, la península Balcánica, es un testigo perenne de grandes batallas y muchas de ellas debido a la rivalidad por grandes amores. La costa ofrece paz y es un remanso de calma para los que buscan entregarse al amor.

La habitación se desvanece de la oscuridad por el resplandor de una que otra vela. Están dispuestas con precisión milimétrica para no brindar más luz de la necesaria. Christian no se había sentido así en muchos años, pleno, sereno, convencido de lo que hacía y lo mejor aún, sin aparentar una fallida felicidad. Respira profundamente mientras descorcha la botella de champaña color rosa. Las fresas le dan frescura al interior del amplio cuarto. Rosas por doquier impregnan de aromas y crean una conexión mágica con el sentir.

Desde la sala de baño, con sus puertas traslucidas, Christian la observa, tiene ideas precisas de las proporciones de físicas de Anna. Las piezas en encaje son colocadas sin prisa, una y luego otra. Los pálpitos hacen temblar el pecho del hombre que la espera. Momentos llenos de colorido. Un sorbo de champaña le da brío para seguir contemplando a la hermosa mujer que desde siempre quiso tener a su lado.

Anna camina hacia él. Ahora su mirada es más sugerente. Sus ojos envuelven a los de Christian que ni siquiera puede permitirse un pestañeo. Se va a levantar del cómodo sillón, pero la mano de Anna dibuja en el aire un alto. Sabe que con esta chica no puede dar todo por sentado.

Anna va hacia un lado de la habitación. La ropa íntima de color rojo le quita distracción a Christian. Coloca el plato de fresas en el suelo. Anna adopta una postura compleja, su cuerpo se contorsiona de tal manera que puede seguir contemplando a Christian sin perder de vista su blanco. Despierta mayor sensualidad en esa posición tan sugerente, es sexy. Toma

una fresa con sus labios. Los ojos de Christian siguen cada movimiento. No quiere perder ningún detalle. Es la primera vez que la piel de Anna se le muestra ante sus ojos. Su imaginación se había quedado corta cuando la imaginó. La tez blanca encajaba a la perfección con el brasier y la ropa interior de color rojo.

Traga grueso. La sangre fluye a borbotones. Todo su cuerpo está rígido. Se aproxima a él con poca celeridad. Le da otra razón para sentirse vivo. Entrega la frescura de sus labios, decorada con una fresa, no sin antes envolver con su lengua, los labios y la lengua de Christian. Que trata en vano de mantenerla cerca de él, sujetándola por la cintura. Ella le quita las manos. Continúa su acto de seducción y se recuesta en la cama. Lo tiene de espectador pasivo.

Con fuerza inesperada abre sus piernas de un solo tirón. Christian se sobresalta. Toma la copa de champaña hasta el fondo. Anna adopta una postura más traviesa, amplía la curvatura de sus caderas y deja al descubierto la perfección de sus nalgas.

La ansiedad quiebra la pasividad de Christian. Sabe que si permanece un momento más sin hacer algo puede sufrir de un paro cardíaco. La temperatura está agradable pero su frente está cubierta de sudor.

—Ahora es mi turno. —Le susurra al oído. Anna yace inmóvil.

La voz y el aroma de la piel de Christian bañada en una fragancia dulce y fresca. La lleva a reajustar su temperatura que sube y sube.

Con su corbata le cubre los ojos a Anna. Sus labios rozan los de ella. Le brinda un toque sutil. Solo para darle un poco de humedad.

Ella lo trata de morder, pero él, le toma la cara con ambas manos y le besa la comisura de los labios y le lame delicadamente, el lóbulo de la oreja para finalmente darle un mordisco ingenuo en el cuello. Se monta sobre de ella. Coloca los brazos de Anna por encima de su cabeza. Sujetándola con una mano. Con la otra sigue los contornos de sus curvas, primero los hombros, luego sus senos, toca sus nalgas y decora sus hermosos pechos con un sutil beso.

Anna lo siente plenamente. Sus labios se entreabren y un cálido aliento se desprende de su cuerpo. Un gemido tímido se le escapa. Con cada beso. Con cada toque. Con cada movimiento deja claro que después de tanto tiempo de estar separados, le pertenece. Su boca sigue dibujando gestos en su vientre. En cada parte de sus muslos encuentra un punto para morderlos. Con sus dientes le desprende la ropa interior. La frescura de la piel de Anna le

embriaga. La sigue hasta empapar sus labios y así sentir la tibia salvia de su entrepierna.

Anna gime.

Sus caderas en rebeldía quieren huir. Son demasiadas sensaciones. No puede escapar. Las manos, la sujetan por las caderas para hacer más profundos sus besos.

Ambos colisionan sus labios. Así de cerca confirman que se tienen el uno y el otro. Al fin. Cada prenda se cae. Las pieles se fusionan entre sí. La noche de luna llena les acompaña. Las figuras de sus cuerpos quedan envueltas en el halo de las velas. A pesar que el deseo les sobresalta. El amor los acobija. Christian muerde el labio superior de Anna mientras suaviza el movimiento de sus caderas para combinar en igual de proporción todos sus vaivenes. El escalofrió que siente Anna con cada embestida con la que Christian sella la suavidad de sus besos, la llevan apretar sus muslos por encima de las caderas de él para sentir con mayor profundidad, la prolongación de la virilidad que le entrega. Recorren todos los rincones de la cama y de sus cuerpos.

Los corazones se sincronizan. Las respiraciones caen en desespero. La danza de las pieles en calentura, se enrojecen. Los sentidos quieren mucho más. El cabello de Anna baila al ritmo de las caderas. Anna le deja saber a Christian cual es el movimiento que más le complace.

Quiero ser tu ritmo. Que le enseñes a mi boca/ tus lugares favoritos. /Déjame sobrepasar tus zonas de peligro/ Hasta provocar tus gritos/ y que olvides tu apellido...suenan en la mente de Anna.

La entrega. El encuentro. La emoción. La intimidad. El amor. La plasticidad de los cuerpos que se desvanecen. Una mordida profunda. Un gemido, que deja la boca entreabierta. Un rasguño en la espalda. Un apretón más recio de las nalgas. Una sensación de muerte lenta. Un suspiro que se cuela entre los labios que aún se encuentran unidos. Es un reclamo, es la pertenencia de nuevas tierras hechas cuerpos. Es un notable hecho de amor que a partir de este momento los mantendrá unidos. Un cálido beso. Un tímido te amo surca sus adentros.

—Esto nos los estábamos perdiendo. Sabía en el fondo de mi corazón que nuestro destino era vivir una vida juntos. —Le dice Anna a Christian.

—La vida nos ha sonreído y el viento del amor nos favorece. ¿Te imaginas envejecer a mi lado. —Le pregunta Christian.

CREED seguiremos nuestro instinto.

Seguiremos nuestro instinto.

ACERCA DEL AUTOR

Espero que hayas disfrutado de mi novela así como yo disfrute escribiéndola para ti mi querida lectora, pero esto no termina aquí, me gustaría saber tu opinión y también que me puedas ayudar dejando una review en el libro en el siguiente enlace:

[¡Sí, quiero ayudarte con mi opinión sobre el libro!](#)

Las reviews positivas me ayudan a mejorar y a seguir dedicándome a la escritura la cual es mi pasión desde muy pequeña.

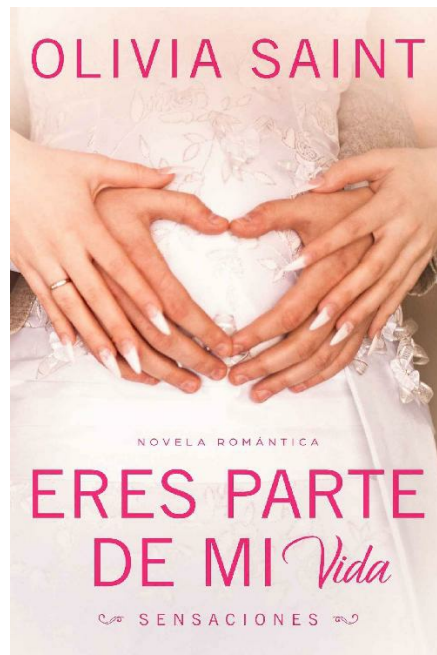
También puedes inscribirte a mi club de lectores más íntimos, donde comparto promociones, descuentos de mis libros y también puedes inscribirte para recibir copias de las novelas antes de que sean publicadas en Amazon.

[Inscríbeme a tu lista de lectores VIP](#)

Por último, siéntete libre de contactarme a **oliviasaint.atora@gmail.com**



NOVELA 3



Eres parte de Mi Vida
Olivia Saint

CAPITULO 1

Era una madrugada fría pero llena de pájaros cantando antes de que amaneciera por completo. Alexandra se levantó esa mañana más tarde que de costumbre. Abrió los ojos de golpe y se dio cuenta de que no había escuchado la alarma sonar. Esto no era algo que le ocurriera con frecuencia, ella era una mujer que se caracterizaba por su responsabilidad y su organización. Pero esa noche había tenido pesadillas y había dormido mal, así que aparentemente, había estado demasiado cansada en la mañana y su cerebro decidió ignorar el sonido insistente pero tenue de su alarma diaria. Al darse cuenta de que se estaba levantando tarde para su rutina, corrió al baño y trató de acelerar cada uno de los pequeños pasos que seguía cada día y que consideraba indispensables para su cotidianidad. Todos los días, al amanecer, Alexandra salía a correr por los alrededores de su casa. Aquella era su principal rutina de ejercicio y la que más disfrutaba. Abría los ojos cuando aún estaba oscuro, luego de escuchar su alarma cuidadosamente seleccionada para que la despertara con delicadeza. Se levantaba, se ponía su ropa deportiva, se cepillaba los dientes, se comía un poco de fruta y salía a correr, feliz de poder disfrutar del amanecer una vez más. Cada vez que respiraba el aire fresco de la mañana nueva y sentía cómo sus músculos se tensaban con el ejercicio del running, se sentía completamente satisfecha, se sentía viva. Sin embargo, ese día el sol ya estaba saliendo cuando ella se levantó agitada de su cama. Se cepilló muy rápido y tomó un par de uvas de la nevera para luego irse a correr antes de que hubiese amanecido por completo. Salió trotando por el camino que conocía tan bien y llegó más rápido de lo usual al punto en el que se quedaba unos minutos a observar el amanecer. Se sintió aún más satisfecha con ella misma porque había logrado apresurar su rutina

de manera que, en ese momento, todo estaba en orden, como si no se hubiese quedado dormida y hubiera ignorado la alarma. Después de estar unos minutos allí, a la hora exacta de siempre se regresó corriendo a la casa. Al llegar se dio una ducha y se preparó unos huevos con jamón de desayuno, acompañados de uno de sus batidos de proteínas favoritos. Desayunó mientras miraba en su teléfono las noticias del día y escuchaba la televisión sonar en el fondo de la sala, a lo lejos. Ese día, como todos, tendría que salir en media hora a trabajar. Ella era la dueña de un gimnasio bastante exitoso que había abierto cerca de su casa. Había comenzado siendo entrenadora de chicas que querían mejorar su cuerpo, ya que ella era una inspiración para muchas por lo que había logrado. Por eso, con el tiempo, decidió que sería una buena idea establecer su propio gimnasio ideal en el que ella pudiera decidir todo, y ofrecerle a las personas el espacio perfecto para que trabajaran en su cuerpo de la mejor manera posible. Se había cansado de ser entrenadora pero el mundo de vida fitness seguía siendo su pasión más importante, así que en el transcurso de un año logró establecer su gimnasio como uno de los mejores de la zona.

LLEGÓ al gimnasio y ya Clara, la encargada, tenía todo en orden como Alexandra se lo pedía. El gimnasio abría al público a las seis de la mañana pero Alexandra llegaba a las siete, lista para estar allí toda la mañana y luego irse en la tarde a supervisar su tienda de ropa deportiva que tenía al otro lado de la ciudad. En cuando llegó, Clara la recibió con un smoothie nuevo que estaba probando para vender en el gimnasio.

—Buenos días, Ale. Este tiene mango, dime qué te parece.- Le dijo Clara mientras le ofrecía el smoothie. Alexandra lo probó sin prestarle demasiada atención porque estaba respondiendo preguntas de sus clientes a través de las redes sociales con respecto a la tienda de ropa y algunos pedidos. Pero se distrajo al sentir el sabor agradable de lo que probaba.

—Wow, este está muy rico. Aprobado, ofrécelo hoy mismo. ¿Confío en que verificaste que todos los ingredientes sean los adecuados?- Le preguntó Alexandra, aunque sabía perfectamente que Clara tenía consciencia completa de qué debía poner en un smoothie para el gimnasio y qué no, después de todo había estado trabajando con ella desde el inicio y además era una especie de gurú digital sobre alimentación y vida fitness. A Clara le molestaba un poco cada vez que ella hacía este tipo de comentarios que

implicaban desconfianza en sus capacidades y conocimientos, pero había estado tratando de aceptar el hecho de que Alexandra simplemente no podía evitarlo, necesitaba chequear todo lo que sucedía a su alrededor cuantas veces fuera posible y asegurarse por completo que todo estuviese bajo su control.

—Sabes que sí.- Le respondió con simpleza. Alexandra se sintió más tranquila con su respuesta afirmativa, aunque sabía perfectamente que eso era lo que iba a responder.

LO CIERTO ES que ella siempre había sido una chica difícil, o así lo habían descrito sus padres desde su infancia hasta su adolescencia. Jamás había sido una niña rebelde ni se había caracterizado por discutir o pelear con sus familiares, pero siempre había hecho hasta lo imposible por llevar a cabo sus objetivos y por controlar su mundo lo más que podía. De pequeña le gustaba siempre ser quien coordinaba los juegos que se hacían en grupo y en la escuela, necesitaba decidir quién se encargaría de llevar a cabo qué parte del trabajo y cómo se ejecutaría todo el proyecto. Esto le trajo buenos resultados académicos pero le trajo muchos inconvenientes con sus compañeros. Ella no solía ser una chica desagradable ni mandona en la cotidianidad pero cada vez que sentía que había algún proyecto entre manos o algún evento que requería de organización, no podía evitar tomar el control y terminaba molestando a todos con su extrema atención al detalle y sus exigencias por encima de lo que los demás estudiantes consideraban necesario. Así era también en el hogar, le molestaba que su madre cambiara el orden de sus cosas en la habitación y cada cierto tiempo decidía que debía vivir bajo una dieta diferente para mejorar su salud. No había sido una niña enferma ni con problemas de peso, pero siempre se preocupó por mantenerse en forma y saludable, aún cuando ni siquiera tenía edad para pensar en inscribirse a un gimnasio. Su padre la alaba de vez en cuando por su tenacidad y sus deseos de salir a correr, inscribirse en natación y hacer cualquier actividad deportiva con la que se encontraba, pero su madre solo podía ver en ella terquedad y prepotencia. Así fue creciendo hasta que, ya hacia los años finales de su adolescencia, la relación entre ella y su madre se tornó completamente distante. Alexandra evadía siempre las discusiones y, simplemente, hacía lo que a ella le venía en gana, intentando que no se interpusiera en el camino de lo que sus padres querían hacer con las vidas de todos, pero cuando esto último pasaba, no había manera alguna de convencerla de que debía hacer las

cosas de manera diferente. Estaba siempre segura de lo que quería y de cómo lo quería, y le parecía absurdo que alguien le pidiera un cambio de opinión cuando se trataba de sus decisiones de vida.

POR ESO, al convertirse en un adulto, se convirtió también en una mujer fuerte y admirable. A los ojos de todos era realmente una persona a quien admirar y a quien considerar un ideal de mujer. Tenía siempre claros sus valores, tenía metas firmes y estaba dispuesta a sacrificar su descanso para conseguirlas. Era una persona activa, inteligente y dispuesta a ayudar a cualquiera que lo necesitara, siempre sin perjudicar, por supuesto, sus propios planes de manera importante. Durante toda su vida había estado segura de que sería hermosa y lucharía siempre por mantener un cuerpo y un aspecto que nadie pudiese criticar y que todos se vieran forzados a admirar, y lo había logrado. Era alta, con ojos grandes y con curvas bonitas en el cuerpo, y su estilo de vida había hecho que aquella genética agraciada se convirtiera en su mayor potencial de manera bastante evidente. Se ejercitaba diariamente, así que tenía todos los músculos torneados y firmes pero sin que se marcaran demasiado en su piel, por lo que mantenía un aura de feminidad encantadora. Su cabello era largo, frondoso y brillante porque comía adecuadamente y tomaba las vitaminas necesarias para garantizar que estuviese perfecto, lo mismo sucedía con su piel, que cuidaba con sumo cuidado de todas las maneras que eran posibles. Ante los ojos de cualquier, era perfecta, incluso ante los ojos de ella misma, no había demasiadas fallas o espacios vacíos que pudiese reprocharse. Alexandra estaba conforme y satisfecha con la vida y la persona que había construido, pero no podía evitar, de vez en cuando, en medio de la rutina que tanto adoraba vivir, sentir una especie de tristeza que la embargaba por solo unos minutos y luego desaparecía. Ella sabía que estaba allí, escondida en algún lugar y salía a la superficie de vez en cuando pero decidía ignorarla y disfrutar de sus logros y satisfacciones profesionales y personales.

DURANTE TODA LA mañana estuvo atendiendo el gimnasio junto a Carla, conversó con algunas de sus clientes VIP quienes mantenían un seguimiento semanal con ella para lograr los objetivos específicos que tenían en mente y

al mediodía se fue a almorzar con un potencial proveedor de materiales para fabricar una nueva especie de muñequeras que quería añadir a su marca. Llegó a uno de sus restaurantes favoritos para almorzar cotidianamente y se sentó a esperar a su posible cliente. Le gustaba ir allí porque vendían alimentos orgánicos y le permitían seleccionar la forma en la que deseaba que prepararan sus comidas. Pidió un té de frutos del bosque frío y sin azúcar mientras esperaba pero segundos después de que le trajeran su pedido, el hombre se sentó frente a ella.

ELLA NO LO había visto antes pero él sí la reconocía por sus redes sociales y porque, aparentemente, había ido un par de veces a comprar a su tienda de ropa, de ahí había obtenido el contacto y la había llamado para ofrecerle el material que estaba vendiendo.

—¿Qué tal estás? Es un placer conocerte oficialmente.- Le dijo y le dio la mano para presentarse. Era un hombre de estatura mediana, bastante bien peinado y vestido de manera informal pero impecable, se notaba que había seleccionado con cuidado cada pieza de ropa y cada una de ellas destilaba altos costos por todas partes. Alexandra lo supo identificar como un hombre que tenía cierto tiempo manejando negocios y que había logrado amasar una pequeña fortuna a partir de ello.

—Lo mismo digo. Disculpa que no te esperé para pedir algo, pero me da un poco de ansiedad esperar.- Le dijo Alexandra por ser amable. Él hizo un gesto de desdén con la mano.

—No te preocupes. Sin embargo, yo tengo bastante hambre así que pediré algo de comer, ¿y tú?- Preguntó.

—Sí. Esperaré a que te decidas, ya tengo en mente lo que quiero comer.-

—Perfecto.- Dijo él y se puso a mirar fijamente el menú que le había traído el mesero. -¿El lugar es vegano?- Preguntó.

—No, no lo es. Pero se especializan en comida orgánicamente producida y sus platos son bajos en calorías, y naturales.- Le explicó Alexandra. Ambos terminaron ordenando lo mismo por casualidad, exceptuando los detalles específicos que Alexandra pedía cada vez que ordenaba. La conversación fluyó de manera bastante cómoda y no tuvieron la necesidad de hablar de negocios antes de que llegara la comida. En ese momento él, como buen hombre de negocios, inició sin rodeos su exposición con respecto al material que deseaba vender. Alexandra lo escuchó con tranquilidad, luego

hizo todas las preguntas que creía pertinentes hasta que estuvo completamente convencida de que tenían entre manos un buen plan. Así que en ese momento aceptó trabajar con él, partiendo de que luego de ver en persona el material era tan adecuado como él lo había descrito.

—Me parece genial. Mañana te esperaré a las tres de la tarde en el galpón. De todas formas te enviaré la dirección por un mensaje de texto para que no te pierdas.- Le dijo él, confirmando a lo que habían accedido minutos antes, como una manera de cerrar casi por completo el trato. Terminaron de comer, pidieron un postre y luego de eso Alexandra dejó saber que debía irse porque tenía un compromiso, por lo que él hizo lo mismo. Se despidieron con simpatía y justo antes de irse, él -Samuel era su nombre-, se detuvo frente a ella y dijo una frase que tensó un poco la situación para la percepción de Alexandra.

—Jamás había disfrutado tanto de un almuerzo laboral. Bueno, no había tenido nunca tan buen compañía en un almuerzo laboral.- Dijo, sonriendo, y sin dejar que ella respondiera nada, se despidió con la mano. -Adiós. Nos vemos mañana.- Y se fue.

Alexandra comprendió aquello automáticamente y se sintió decepcionada. Su belleza la había acostumbrado a que los hombres a su alrededor intentaran seducirla a la primera oportunidad, sin embargo, ella había luchado durante mucho tiempo por hacer que su actitud y su profesionalismo dejaran en evidencia que cuando se trataba de trabajo, ella no estaba dispuesta a darle espacio a ese tipo de actitudes. Siempre le había incomodado que, por ser mujer, los hombres con los que trabajaba perdieran la claridad de que estaban tratando con un igual e intentaran enfocarse en seducirla. Así que decidió que iría con una actitud diferente al día siguiente, de esa manera le demostraría que no estaba dispuesta a seguir sus jueguitos.

DESPUÉS DE SU reunión no tenía un compromiso particular como le había hecho pensar a Samuel, simplemente tenía que ir a la tienda para supervisarla como todos los días, pero siempre le parecía adecuado para su imagen profesional mostrarse como alguien ocupado y que la persona con la que estaba tratando supiera que ella, probablemente, tenía más opciones para hacer ese mismo trato y así le ofreciera su mejor propuesta. Cuando llegó a la tienda comenzó a estresarse. La anterior encargada de la tienda se había tenido que retirar porque le habían ofrecido un trabajo mejor en otra ciudad,

Alexandra trató de mejorar sus condiciones de varias formas para que se quedara, pero lo cierto es que no lo era posible igualar la otra oferta, así que tuvo que dejarla ir. Por tanto, la chica nueva no era aún de su confianza y tampoco conocía muy bien lo exigente que podía llegar a ser Alexandra.

—Bonita, necesito que te tomes en serio las instrucciones que te doy.- Le dijo ella al darse cuenta de que aún estaban en el almacén las franelas nuevas que ella la había pedido que estuvieran expuestas tan pronto llegaran.

—Eso pretendo hacer. ¿Lo dices por las franelas que están en el almacén? - Preguntó con seriedad, lo cual le pareció adecuado a Alexandra.

—Sí. Llegaron ayer, deberían estar disponibles para la venta desde hoy en la mañana. ¿Qué ha pasado?- Preguntó.

—En la mañana tuve que atender al público porque Sofía se enfermó y no vino hoy, solo he podido encargarme del resto de las cosas desde hace una media hora que llegó la chica de la tarde.

—Bueno, debes buscar una solución para hacer que todas esas franelas estén hoy disponibles.- Le dijo tajantemente a la chica, la chica asintió y siguió con su trabajo. Alexandra pensaba a veces que probablemente todas las chicas de la tienda la odiaban, les molestaba su presencia allí pero la verdad era que ella no estaba allí para hacerlas felices ni para agradarles, estaba allí para mantener su tienda a flote y en el mejor estado posible.

A ESO DE las cuatro de las seis de la tarde, Alexandra regresaba al gimnasio para hacer su rutina de ejercicios diaria. Se ubicaba en un área que había diseñado especialmente para ella, en la que podía mantenerse relativamente distanciada de los clientes, y allí se ejercitaba hasta las siete y media de la noche, hora en la que se despedía de Clara y se iba a su casa. Clara se quedaba hasta las ocho y media de la noche, cerraba el gimnasio y dejaba todo preparado para la mañana siguiente abrir a las seis. Alexandra se ponía a prepararse una cena proteica y llena de vegetales, así que esa noche hizo una ensalada fresca y unas pechugas de pollo a la plancha. Se sentó a cenar y luego se acostó en su cama a mirar la televisión hasta que se quedó dormida. Al día siguiente comenzaría su rutina exactamente igual a la del día anterior, exceptuando, por supuesto, el terrible detalle de haberse quedado dormida un poco más de la cuenta. Lo cierto es que su rutina era muy estricta, y ella era una mujer que se sentía cómoda solo viviendo de esa manera

CAPITULO 2

*A*l día siguiente, a las dos y media, Alexandra estaba manejando hasta el galpón de Samuel para encontrarse con él y verificar con sus propios ojos la calidad del producto que él le estaba ofreciendo. Ella estaba de un humor un poco extraño porque durante la mañana se habían presentado algunos inconvenientes en el gimnasio, y además no se había sacado de la cabeza el comentario final de Samuel al terminar su almuerzo laboral, y no quería tener que lidiar con un baboso o un irrespetuoso ese día. Durante el almuerzo él se había mostrado como un hombre activo, astuto y amable, era también bastante atractivo y con una sonrisa carismática, lo cual le había hecho asumir a Alexandra que probablemente tendría novia o estaría casado, pero ahora esperaba que esto no fuese así para no tener que pensar demasiado mal de él. Al llegar al galpón, Alexandra se dio cuenta de que era un lugar bastante cuidado y producido. Tenía un aspecto rústico pero de alta calidad que ella sabía que había sido cuidadosamente planeado.

—Alexandra. ¿Qué tal estás hoy? Bienvenida.- Le dijo él apenas la vio entrar por la puerta. El lugar estaba abierto y Samuel estaba revisando unos documentos junto a un chico joven pero lo dejó de lado para recibirla.

—Muy bien, ¿y tú? Me encanta el estilo del lugar, lo has hecho bien.- Le dijo ella con sinceridad pero intentando mantener la seriedad y la distancia.

—Gracias, pienso lo mismo. Mi hermano me ayudó a llevarlo a cabo.- Le dijo él. -Esas son sus pinturas.- Le dijo a Alexandra señalando un par de cuadros que estaban colocados en la pared rústica del fondo del galpón. Ella los vio e intentó hacer algún comentario que mostrara interés y admiración pero la verdad era que nunca había sido amante de la pintura moderna, más bien se sentía identificada con las personas que hacían comentarios del tipo

“mi sobrina de cinco años hace cuadros como ese”. Pero sabía que aquella actitud era bastante ofensiva para los artistas así que solía reservarse su opinión en ese aspecto.

—Acompáñame por aquí.- Le dijo Samuel y la llevó hasta la parte de atrás del galpón en la que le mostró, uno a uno, todos los materiales que le había ofrecido. Ella se tomó todo el tiempo que necesitaba para verificarlos con mucha atención y no tuvo ninguna objeción así que decidió cerrar el contrato de una vez por todas. Caminaron hasta el área en la que él la había recibido y allí firmaron un par de documentos.

—Estoy encantado de hacer negocios contigo. Esta noche hay una pequeña exposición aquí en este mismo galpón, me gustaría que vinieras y así celebramos nuestro feliz acuerdo.- Le dijo. Alexandra inmediatamente se sintió un poco renuente al no poder definir claramente si se trataba de una invitación simple o si él tenía otras intenciones detrás de ella. Él pareció percibir esto en su expresión porque añadió: -Puedes traer a quien quieras, habrá mucha comida y bebida.- Le dijo y se rio con carisma. Ella comprendió que él estaba intentando hacerla sentir cómoda con la invitación y se relajó.

—Me parece bien, muchas gracias por la invitación.- Le respondió, evitando dar una respuesta certera y segura con respecto a si asistiría o no, él no insistió así que se despidieron y ella regresó directamente al gimnasio para conversar con Clara sobre lo que había conseguido para la marca. Clara, dentro de las personas con las que ella compartía cotidianamente, era la más cercana y con la que mejor se llevaba. Ella había aprendido a conocerla, a manejarla y a satisfacerla en algunos casos, y Alexandra comprendía esto como una señal de amistad, ya que era lo que siempre había deseado recibir de las personas a su alrededor, aun cuando casi ninguna se mostraba dispuesta a darlo.

—Me parece increíble, es la mejor opción del mercado. ¿Hablaste con Paul?- Le preguntó Clara después de que ella le explicara su negocio con Samuel. Paul era el encargado de la fabricación de todo lo que vendía Alexandra, tanto en su tienda de ropa fitness como en el gimnasio. Él era el hijo de un viejo amigo del padre de Alexandra y este lo había contactado con ella cuando supo que estaba necesitando un fabricante de piezas de ropa. Desde que se conocieron, Alexandra y Paul se conectaron inmediatamente. Se llevaron muy bien y comprendieron lo que el otro quería y necesitaba laboralmente de manera casi automática. Así que Paul se había convertido en alguien fundamental en la vida de ella desde ese momento, confiaba por

completo en su juicio y disfrutaba debatir con él sobre cualquier tema. Él estaba casado con una chica muy trabajadora e independiente que nunca congenió demasiado con Alexandra, no llegaron a tener ningún problema real pero tampoco lograron llevar a cabo una verdadera conversación durante todo el tiempo que se conocieron. Pero para comodidad de Alexandra, ella era tan trabajadora que casi nunca la veía.

ALEXANDRA LLAMÓ a Paul por teléfono para contarle sobre el nuevo trato que había conseguido y quedaron en verse al día siguiente para conversar en persona, ella le pidió que la acompañara al evento en el galpón de Samuel pero él no podía porque debía asistir a una cena familiar con su esposa. Ella quería asistir al evento para demostrar que había comprendido las señales de Samuel y entendía que simplemente se trataba de amabilidad y buena actitud su forma de ser con ella, además, lo cierto es que le apetecía hacer algo distinto aquella noche, pero no quería ir sola. De pronto, vio a Carla revisando su teléfono móvil sobre el mostrador.

—¿Tienes planes para hoy?— Le preguntó. Ellas nunca habían salido a hacer planes durante la noche. Se consideraban hasta cierto punto amigas porque compartían todos los días muchos detalles de sus vidas y se llevaban muy bien, pero Carla tenía una vida aparte de su trabajo en la que se desenvolvía realmente cómo quería y donde tenía amigos que ella consideraba mucho más auténticos que su jefa del gimnasio. Sin embargo, para Alexandra eso era lo más cercano que tenía a una amistad en aquel momento, así que intentó invitarla al evento tanto para poder ir acompañada como para ampliar un poco su rango de salidas con ella.

—Eh... No, no lo creo. ¿Por qué?— Preguntó Carla, a quien había tomado muy desprevenida esta pregunta. Después de todo, lo más parecido a una invitación que Alexandra le había hecho era cuando casi le imponía que fueran a almorzar juntas y que ella invitaba.

—¿Quieres ir conmigo a una exposición de arte? Te digo, no soy la más fanática del arte plástico moderno, pero es con este hombre de los materiales, y quisiera demostrarle agradecimiento e interés. De todas maneras me dijo que sería un buen evento, así que quizá podríamos disfrutar un rato.— Le dijo. Carla estaba un poco cansada y se sentía relativamente incómoda con la idea de profundizar en su relación de amistad con Alexandra porque le parecía que ella podría volverse aún más exigente en sentidos que ella aún no sospechaba,

pero no supo encontrar una excusa adecuada para negarse y, en el fondo, le parecía una idea atractiva tomar vino y comer pasando por un rato en una exposición, así que aceptó.

—Perfecto. Iré a mi casa a cambiarme y paso por la tuya a eso de las ocho, ¿te parece?- Le dijo ella y Carla aceptó.

Alexandra se vistió tratando de resaltar sus atributos pero sin que se notara el esfuerzo que estaba haciendo para ello, quería verse atractiva pero despreocupada por su aspecto, ese era su look favorito. Buscó a Carla, quien se había arreglado bastante para la ocasión y se fueron al galpón. Al llegar notó que sería un evento bastante concurrido porque le costó conseguir lugar donde estacionar el auto. El lugar estaba repleto de gente, había lucecitas pequeñas colgando de todas partes y meseros caminando de un lado a otro con bandejas llenas y vacías. Ella no sabía si debía buscar por todos lados a Samuel hasta encontrarlo para que supiera que había asistido, o simplemente estar allí y dejarlo pasar. No tuvo que pensarlo por mucho rato porque minutos después de que Carla y ella comenzaron a mirar las pinturas expuestas, alguien la tocó en el hombro.

—Gracias por venir. ¿Qué te parece?- Le dijo Samuel, con las mejillas sonrojadas por el alcohol y las risas probablemente.

—Me encanta. Gracias por invitarme. Ella es Carla, una amiga y trabaja conmigo en el gimnasio así que es admiradora de tus materiales también.- Le dijo ella. Ambos se presentaron, Samuel hizo conversación un rato con ambas y les explicó que su hermano estaba realmente haciendo esta presentación para en un siguiente evento subastar todo el arte que tenía hecho hasta el momento. Resultó ser que era un nombre bastante reconocido en el medio artístico y los adinerados se morían por adquirir sus piezas.

—Hey, ¡Javi! Allí está, quiero que lo conozcas.- Dijo Samuel y se alejó un poco para traerlo. Regresó con su hermano junto a él. Era un hombre un poco más alto que Samuel, con ojos negros punzantes, cabello despeinado y la misma sonrisa pícaro y llamativa de su hermano. Sin embargo, en su caso, los ojos penetrantes generaban un contraste con la sonrisa que le hacía exudar misterio y una atracción sorprendente a primera vista. Estaba vestido con un suéter negro de mangas largas, un pantalón jean y unos zapatos deportivos sencillos, y llevaba el cabello algo despeinado en unos rulos oscuros que le otorgaban vitalidad a sus rasgos, de otra manera bastante duros.

—¿Qué tal? ¿Están disfrutando de la exposición?- Les preguntó a ambas, mientras las saludaba con un beso en la mejilla.

—Sí, estamos encantadas. Es fascinante.- Respondió Carla. Él sonrió y se giró para esperar una respuesta de Alexandra.

—Completamente fascinadas.- Dijo esta al comprender que si no respondía, estaría quedando bastante mal, pero le pareció un poco de mal gusto que el artista la forzara a opinar acerca de su obra de esa manera. En ese segundo alguien llegó buscando a Samuel y él se fue, excusándose con todos, Carla, al mismo tiempo le dijo a Alexandra al oído que tenía que ir al baño.

—Hey, funcionó bastante bien tu manera de disimular que no le encuentras nada interesante a mi exposición.- Le dijo Javi a Alexandra cuando los otros dos se fueron. Ella se sintió primero descubierta y luego un poco irritada por su impertinencia.

—¿A qué te refieres? Si no me hubiese gustado te lo habría dicho sin problema.- Le respondió ella, ya que se había sentido invadida al ver que él conocía la falsedad de su comentario, y no quería darle el gusto de tener razón. Él sonrió con seguridad.

—Eso no es cierto. Soy artista, soy bastante perceptivo y sensible ante todo lo que me rodea.- Dijo él.

—Oh, entiendo, eso significa que lo que tú decidas que es la verdad es irrefutable para cualquiera, ¿no?-

—Eso es exactamente lo que significa.- Le respondió a modo de chiste pero para Alexandra no le pareció tan gracioso.

—Debo irme a seguir escuchando comentarios falsos acerca de lo maravillosas que son mis piezas, ¿te veo luego? - Le dijo y se fue sin esperar respuesta. En ese segundo en el que él se alejó caminando de ella, Alexandra sintió un pequeño pinchazo en el estómago que la alertó porque sabía lo que podía significar. Ella se mostraba siempre como una mujer segura, independiente y no acostumbraba a perder la razón por ningún hombre, ya que como todas las áreas de su vida, esa también le gustaba tenerla siempre bajo control, pero una vez más hacía unos cuantos años había sentido aquella sensación de que alguien podría ser capaz de remover cosas dentro de ella que la hacían vulnerable.

JAVI ERA un hombre muy particular. Había sido siempre un chico rebelde y extraño ante los ojos de la mayoría de las personas. Desde pequeño lo habían considerado el rebelde sin causa, ya que no era particularmente un chico al

que le gustara crear problemas o pelear, pero disfrutaba de hacer lo que le provocaba cuando le provocaba, y esto generalmente derivaba en que otras personas se veían perjudicadas por su falta de responsabilidad y compromiso. No le gustaba hacer lo que le imponían y rechazaba por completo la idea de seguir el camino de todo el mundo. Para sus padres esto siempre representó una desgracia porque ellos eran personas bastante responsables y preocupados por la estabilidad económica y social de su familia. Sin embargo, sus dos hijos decidieron tomar caminos alternativos, ya que Samuel se volvió un hombre de negocios, sin estudiar una carrera universitaria y Javi era simplemente artista. A pesar de que él siempre le dejó claro a todo el mundo que no le importaba lo que sus padres esperaran de él, se sentía bastante satisfecho con poder haberles demostrado que haciendo lo que él quería había conseguido vivir una vida social y económicamente incluso más estable que la de ellos mismos.

A LOS QUINCE años comenzó a mostrar su interés por la pintura y el dibujo. Comenzó a dibujar los rostros de las personas que tenía a su alrededor, y se volvió bastante bueno en el dibujo hiperrealista. A todos les encantaba que les hiciera dibujos por encargo y eso era, básicamente, lo único en lo que él se permitía satisfacer las exigencias de los demás sin problema. Sin embargo, pronto se cansó de lograr parecerse a la realidad lo más posible y quiso experimentar con otras cosas. Fue en ese momento, cuando tenía dieciocho años que su carrera como artista despuntó y se convirtió en uno de los pintores más codiciados de la ciudad. Consiguió un contacto con una escultora cotizada a través de un compañero del trabajo de su madre que siempre había admirado su talento, y aquella mujer se enamoró por completo de sus capacidades así que lo tomó como su protegido. Apenas vendió su primera obra a buen precio, se fue de su casa. Sus padres no estaban de acuerdo con camino que había tomado pero al menos se sentían aliviados de que estuviese haciendo dinero y no tuviera que depender de ellos para toda la vida, aunque lo cierto era que nunca tuvieron fe en que aquello durara mucho hasta hace un par de años atrás. Él se mudó primero con su mentora, Tatiana. Ella vivía en una casa en las afueras, sola y se encerraba allí a veces por meses sin salir, dedicándose únicamente a hacer arte. A los pocos meses, Javi se cansó de vivir allí y buscó su propio apartamento. Fue en ese momento en el que dio rienda suelta por completo a su desenfreno. Se había dio

inmiscuyendo poco a poco en el mundo del arte y la cantidad de mujeres que conocía era abrumadora, y todas se veían completamente encantadas con su sonrisa y su cuerpo delgado pero musculoso, que contrastaba con el aura de artista torturado que llevaba todo el tiempo. En poco tiempo, había logrado acostarse con tantas mujeres hermosas que había perdido la cuenta, y sus pinturas se veían cada vez más solicitadas por todos, lo que aumentaba también su valor. Así construyó su vida ideal, no se comprometía demasiado con ninguna mujer, y solo repetía más de dos veces las salidas cuando la chica realmente lo cautivaba y comprendía de qué se trataría aquella relación. Adoraba las relaciones abiertas y había aprendido a no sentirse atado a nadie, sino a disfrutar de la compañía que tuviese junto a él a cada momento. Si había algo que sabía cómo hacer en la vida además de pintar, era disfrutar de los placeres más básicos: el amor, la comida y el alcohol. Javi tenía treinta años recién cumplidos y seguía siendo el mismo, comía lo que quería, bebía vino prácticamente todos los días y whiskey cuando era momento de celebrar, tenía sexo prácticamente con la mujer que quisiera, y tenía libertad para trabajar cuando le apeteciera porque todos entendían que era un artista y debía estar inspirado. Él estaba completamente seguro de tener la vida perfecta, todo lo que quería hacer podía hacerlo y no sentía que necesitara nada más, podía considerarse feliz y satisfecho. Por eso, durante aquella exposición, luego de despedirse agitadamente de Alexandra, sintió una especie de emoción que no pudo identificar muy bien y que lo hizo querer correr en la dirección opuesta. Sin embargo, la exposición continuó y Javi se vio rodeado constantemente de personas que deseaban acaparar toda su atención, así que sus intentos por hurgar un poco más en la mente de aquella criatura tan extraña para él, se vieron inútiles ante la cantidad de distracciones con las que se encontraba.

ALEXANDRA, por otro lado, comenzó a disfrutar del evento junto a Carla. La comida que servían estaba completamente deliciosa pero ella solo seleccionó las que se adaptaban mejor a su régimen y, aun así, decidió tomar aquel día como el día de su semana en el que se permitía romper la rigidez de su dieta, que usualmente era el domingo. Carla se había adaptado al lugar, un par de chicos se habían acercado a sacarle conversación y ella se había dado cuenta de realmente había algunos buenos prospectos por allí, que además parecían bastante diferentes a los hombres que ella solía conocer, lo cual era

refrescante.

—Wow, hay un par de chicos bastante interesantes por aquí, ¿no?— Le dijo Carla a Alexandra cuando ya se le habían subido un poco las copas de champán que había tomado.

—¿Te parece?— Respondió Alexandra, como siempre evadiendo ser directa con ese tipo de comentarios. Por algún motivo, siempre había sentido que era de alguna forma degradante que ella aceptara su interés por algún hombre que no estuviese completa y evidentemente prendado de ella.

—Muchísimo. Vamos, no te hagas la tonta, sabes que el artista plástico te dejó pensando un poco en él.— Le dijo Carla. Alexandra se sintió bastante sorprendida con ese comentario, después de todo la interacción entre ellos había sido muy breve y gran parte de esa brevedad había ocurrido cuando ya Carla se había ido, así que no entendía cómo era posible que ella pudiese leer su pensamiento y percibir que había estado deseando todo ese rato que Javi regresara a buscarla.

—Mira, ahí viene.— Dijo Carla, empujándola con el hombre. Alexandra giró en la dirección que ella estaba señalando y comprendió que estaban pensando en cosas completamente distintas. Carla se refería a un chico que se había acercado junto a otro y ambos les habían hecho conversación a ellas, Alexandra ni siquiera recordaba que el chico que le había tocado a ella era artista plástico. En ese momento se sintió bastante decepcionada de Carla y su poca capacidad para percibir correctamente lo que sucedía a su alrededor.

—No me gusta nada Carla, de hecho quisiera evadirlo en este mismo momento, así que por favor interrumpe nuestra conversación con una llamada importante lo más pronto que puedas. — Le pidió. Carla se echó a reír.

—Está bien, pero quizá deberías abrirte un poco a experiencias nuevas.— Le dijo. Y Alexandra sonrió forzosamente. Recordó que por eso le costaba tanto hacer amigas, no le gustaba que le dieran consejos que no había pedido, ni que pretendieran que el estilo de vida de ella era el incorrecto simplemente porque ella no le daba valor a las tonterías que los demás sí. Detestaba tener que explicarse o justificarse ante nadie, así que prefería quedarse sola. Sin embargo, dentro de todo, Carla le caía bien y sabía que era una buena chica así que trató de llevar la fiesta en paz. Para distraerse y relajarse un poco, Alexandra comenzó a tomar copas de champán y vino de manera bastante seguida, pensando que tenía todo bajo control. Pero la verdad era que hacía bastante tiempo que ella no tomaba alcohol de esa manera y había perdido la resistencia de sus años más juveniles, por lo que de pronto, cuando se levantó

para ir al baño, sintió cómo todo a su alrededor le daba vueltas y tuvo que sentarse de nuevo.

—¿Estás bien?— Le preguntó Carla, quien tenía las mejillas cada vez más rojas y los ojos vidriosos.

—Sí, sí. Tranquila.— Le dijo y le pidió que le trajera un par de canapés para recuperarse un poco. Comió y se puso a revisar las notificaciones de sus redes sociales cuando de pronto alguien le habló de cerca y ella tuvo que girarse para entender de quién se trataba.

—Veo que estás disfrutando del evento.— Le decía Javi, sonriente.

—Sí que lo estoy, es un buen evento. Aunque te confieso que ya se me olvidaron tus pinturas.— Le dijo. Javi se carcajeó. —Así me gusta, esto es lo que quiero, sinceridad. Yo mismo me voy a escapar de aquí muy pronto, no se lo digas a nadie.— Le dijo haciendo un gesto de silencio. Hablaron un par de cosas más y él se fue. Alexandra se sentía una tonta por no atreverse a ser más directa con Javi, con esas copas de más, le parecía aún más atractivo. Pero no sabía cómo actuar y mientras pensaba en ello, lo vio irse de la fiesta solo. Ella se levantó y se fue a buscar a Carla pero ella venía caminando junto a Samuel.

—¿Quieres ir a una fiesta en otro lugar? Ya pronto esto terminará aquí y un grupo de nosotros continuaremos la celebración en un apartamento cercano.— Le dijo Samuel. Carla le hacía señas a Alexandra de que dijera que sí, ella asintió sin pensarlo demasiado, intentando ser menos como ella y dejarse llevar un poco, además asumió que en aquella reunión de la que hablaban estaría Javi.

Minutos después, estaban todos saliendo de allí. Alexandra dejó su auto en el galpón y Samuel le aseguró que era mejor idea que se fueran en su auto y él las llevaría a sus casas. Ella detestaba depender de alguien, mucho más de una persona que conocía de poco, pero se sentía bastante mareada por el champán así que le parecía la mejor idea. Se fueron unos cuantos autos llenos de gente y llegaron a un apartamento en la zona más lujosa de la ciudad. Alexandra había ido allí unas cuantas veces para asistir a algunas fiestas o cenas con clientes o compañeros laborales. Así que reconoció los enormes apartamentos lujosos apenas se acercaron al lugar.

Cuando llegaron al pent-house en el que iban a continuar la fiesta, ella se sintió un poco mejor del mareo así que decidió que tomaría un poco más para no quedarse allí sin hacer nada. Samuel se tomó muy en serio la invitación que les había hecho a ella y a Carla y las trató con mucha amabilidad, les

ofrecía constantemente recargar su bebida y les llevaba snacks de vez en cuando. Además de eso, pronto la fiesta se volvió un poco más activa, muchos se levantaron a bailar mientras otros se reían de chistes que los demás no lograban escuchar debido a la música alta. Alexandra se comenzó a sentir bien. Hacía mucho tiempo que no estaba borracha y en ese momento lo estaba comenzando a estar, esta solía ser una señal para que ella se acostara a dormir, dejara de tomar, se tomara una pastilla e intentara evitar una resaca lo más posible. Pero esta vez, se comenzó a sentir libre. Sentía una libertad que no recordaba experimentar muy seguido y que no era exactamente igual a la que sentía cuando corría por la montaña o miraba el amanecer. Ese tipo de libertades eran aún controladas, en cambio esta implicaba que estaba liberando un poco sus propios amarres. Se levantó y se fue hacia el balcón para respirar aire fresco y pensar con más tranquilidad, para disfrutar un poco de la sensación que estaba experimentando. Cuando estaba allí, vio cómo se acercaba Samuel a ella.

—Hola. ¿La estás pasando bien?- Le preguntó, mientras se ponía cerca de ella, mirando también hacia el horizonte como estaba haciendo Alexandra.

—La verdad es que sí. Y eso no es bastante común, no soy del tipo de personas que asiste a estas fiestas o que bebe de más, no lo disfruto. Pero hoy, debo decir, que estoy pasando un buen rato.- Le dijo ella, con total sinceridad. Él se quedó mirándola sin decir nada y ella de pronto comprendió todo. Comprendió que siempre había tenido la razón desde el día en que fueron a almorzar por primera vez, y tenía la razón también cuando él la invitó a aquella exposición de arte de su hermano. Él estaba interesado y simplemente había intentado actuar de la manera adecuada para conseguir que ella no sintiera rechazo y poder conocerla un poco más. Ella pudo leer todo eso en la mirada que él le estaba lanzando en aquel momento, ella no pudo evitar comparar aquellos ojos castaños con los negros y punzantes de su hermano y miró casi sin querer a su alrededor para verificar si había llegado o no.

—¿Qué buscas?- Preguntó él, aún sin apartar la mirada de ella. Ella se dio cuenta de que estaba siendo muy evidente. También comprendió en ese momento que Javi no iría a aquella fiesta. Al ver a las personas que estaban allí y mirar bien al hombre que tenía delante de él, cayó en cuenta de que probablemente los dos hermanos no compartían el mismo círculo de amistades. Javi era un artista carismático pero, después de todo, artista al fin, era probablemente solitario y pedante, así que no disfrutaría de la compañía

de aquel montón de chicos de gimnasio que se llenaban de ron, cerveza y vino mientras hablaban de mujeres. Entendió que Javi se había escapado solo del evento porque quería alejarse de la gente que estaba en él. También entendió que ella era parte de esa gente, que era su hermano quien la había traído y que la verdad era que su mundo siempre había sido el de los chicos de gimnasio y las chicas que se preocupan demasiado por su aspecto físico. Sintió una mezcla de náuseas y enfado, simplemente por el hecho de haber llegado a esa conclusión que la hacía tan coherente ahora en su mente, y porque le molestaba la idea de que Javi pensara que ella no era lo suficientemente interesante para él. Pero después de eso, concluyó que, a fin de cuentas, ella tampoco soportaría compartir un segundo de más con un artista narciso y prepotente, y que las personas como Samuel, por ejemplo, eran mucho más agradables a largo plazo.

EN ESE SEGUNDO, ella se quedó mirando fijamente a Samuel y él pareció notar rápidamente el cambio en su mirada así que, sin dudarlo demasiado, la besó. Alexandra tenía tiempo sin besar a alguien y el alcohol en sus venas la impulsó a no detenerse. Se besaron muchísimo, con pasión pero sin perder el control. Ninguno de los dos miraba alrededor para comprobar si alguien se había dado cuenta de lo que estaba pasando, a ella, por primera vez, no le importaba lo que pensarán los demás. En medio de los besos, Alexandra sintió que estaba haciendo algo mal, después de todo, no quería complicar las cosas con su cliente laboral y en el fondo no quería perder tampoco la oportunidad de tener algo, tal vez, con Javi. Pero otra parte de ella le decía que ya mañana se ocuparía de esos detalles, que por esa noche simplemente diera rienda suelta a lo que su cuerpo sentía. Así que lo hizo y sin darse cuenta, estaba en medio de una habitación con el cuerpo de Samuel desnudo encima del suyo, y estaba entumecida por el alcohol así que percibía las sensaciones de lo que estaba haciendo de manera distante y extraña. A la mañana siguiente se despertó muy temprano y de golpe. Miró a su lado y ahí estaba Samuel, completamente dormido aún. Miró al cielo y se dio cuenta de que estaba amaneciendo, su cuerpo estaba adaptado a levantarse todos los días temprano y esa vez no había sido una excepción. Se sintió completamente avergonzada, no sabía muy bien porqué ni con quién pero el sentimiento que podía identificar con mayor facilidad dentro de ella en ese momento era vergüenza. Se dio cuenta de que no sabía dónde estaba Carla,

así que revisó su teléfono para verificar si tenía algún mensaje de texto o llamada de ella pero no tenía. Se levantó, se visitió, se cepilló los dientes y se lavó la cara en el baño de la habitación, intentando ser lo más silenciosa posible y salió a buscar a Carla por toda la casa. Sin embargo, no tuvo que dar muchas vueltas para encontrarla porque estaba dormida encima de un par de cojines en el suelo de la cocina. Ella la movió y la llamó hasta que Carla despertó.

—¿Qué?... Alex, ¿qué pasa? ¿ya nos vamos? - Le dijo, restregando sus ojos para poder ver bien.

—Sí, voy a pedir un taxi.- Le respondió. -Levántate y toma agua.- Le exigió Alexandra, de nuevo en su papel de control y Carla le hizo caso. Se levantó, tomó agua y se sentó de nuevo en el suelo, usando uno de los cojines para recostarse.

—Me duele la cabeza.- Dijo Carla.

—Tiene sentido. Te tomaste todo lo que viste.- Le respondió Alex, mientras pedía el taxi por una aplicación de su teléfono móvil.

—¿Tú cómo te sientes? ¿Dónde está Samuel? - Preguntó ella. Alexandra sintió un pinchazo de la vergüenza que había experimentado al levantarse.

—Está dormido. Yo estoy bien, pero quiero irme lo más pronto posible de aquí.- Le respondió, intentando sonar desinteresada.

—Me acosté con el dueño de la casa. Resulta que es hijo de millonarios, un rico de cuna, y la verdad es que es un patán pero si me invita a salir probablemente aceptaré. Es sexy y me llevará a comer a buenos lugares.- Dijo Carla como para sí misma, más que para Alexandra. Alexandra tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano por no criticar esa actitud y prácticamente pedirle que no le hablara nunca más. Trató de pensar que todos tienen derecho a ser cómo quieran ser y que, por lo menos, ella está siendo honesta con lo que busca. Pero lo cierto es que solo se convenció de aquello para evitar dañar su inestable relación con la única chica que podía considerar - ahora lejanamente- una amiga.

EL TAXI LLEGÓ RÁPIDAMENTE y ellas se montaron en él antes de que otra persona dentro del apartamento diera señales de vida. El taxi dejó primero a Carla y luego a Alexandra. Era sábado, lo que significaba que la mayoría no tenía que trabajar pero ella tenía que abrir el gimnasio. Le dio la mañana libre a Carla para que descansara un poco y se recuperara para trabajar desde el

mediodía y ella se fue a bañar rápidamente para abrir el gimnasio antes de que todos comenzaran a llegar. Logró hacerlo todo al límite del tiempo y se recriminó todo el rato su maravillosa idea de haberse ido de fiesta la noche anterior, había dejado su auto en el galpón y ahora tendría que comunicarse con Samuel para pedirle que le permitiera buscarlo. Sabía que la mejor opción era actuar de manera progresista y moderna y actuar como si nada había pasado entre ellos, después de todo era lo que ella estaba deseando en aquel momento, que nada de eso hubiese pasado.

A LAS DOCE del mediodía en punto recibió un mensaje de texto de Samuel, diciéndole que acababa de despertarse y preguntándole por qué no le pidió que la llevara como él mismo había prometido. Ella le dijo que no quería importunarlo y que estaba muy apresurada porque debía abrir el gimnasio a la misma hora de siempre. Él le dijo que había disfrutado mucho la noche anterior y que quería invitarla a cenar esa noche, si estaba libre. Alexandra le dijo que tenía un compromiso pero que debía buscar su auto en el galpón, así que quedaron en que él la buscaría en el gimnasio a las siete de la noche y la llevaría al galpón por su auto. Alex se sintió algo nerviosa cuando se acercó la hora de que él fuera por ella. No estaba segura siquiera de si le gustaba Samuel, tampoco estaba completamente segura de cuáles eran las intenciones de él con ella, pero le incomodaba un poco de nuevo tener que depender de su ayuda. Sin embargo, cuando la buscó ella se sintió más cómoda de lo que pensaba. Él no se mostró intenso pero tampoco indiferente, simplemente fue amable e intentó hacerla reír durante el trayecto. En cuanto llegaron al galpón y Alex se montó en su auto, escuchó la voz de Javi desde la distancia hablando con su hermano.

—Ya no queda ni uno, tenías razón, tus amigos están locos.- Le decía Javi.

—Te lo dije. Claro que lo están, aun no entiendo por qué Daniel tiene siete cuadros tuyos. Con dos aquí siento que es más que suficiente.- Le respondió Samuel mientras se acercaba al auto de Alexandra para despedirse.

—¿Quién está allí?- Preguntó Javi, acercándose también.

—¿Todo bien?- Le preguntó Samuel al llegar a la ventana del conductor y verla allí sentada.

—Sí, todo perfecto. Tengo que irme a ese compromiso, pero gracias por todo.- Le dijo ella, sin saber exactamente por qué le estaba agradeciendo,

simplemente le pareció adecuado decirlo. En ese momento Javi llegó hasta donde estaban ellos.

—Oh, pero si es la chica bonita de ayer. ¿Qué tal estás? Veo que realmente te gustó el lugar.- Le dijo Javi y ella sintió un impulso por explicarle lo que había sucedido pero se contuvo.

—No, la verdad es que vine por una de tus piezas, pero como se acabaron pues... perdí el viaje.- Le dijo ella, mostrando unos grandes ojos llenos de tristeza ficticia.

—Ah, vale, vale, muy bueno el chiste, bonita.- Le dijo riendo. -Gracias por interesarte en mi trabajo, ¿eh? Nos vemos pronto.- Le dijo y se fue. Ella se despidió de ambos con la mano y se fue también.

CAPITULO 3

Con el paso de los días, Samuel se fue mostrando cada vez más interesado. La invitó a cenar varias veces hasta que ella aceptó, luego fueron convirtiéndose poco a poco en una pareja poco formal, hasta que él comenzó a llevarla a reuniones con sus amigos y con su familia, en las que a veces estaba Javi. Ella sabía que no estaba loca por Samuel y, probablemente, nunca lo estaría, pero disfrutaba de su compañía y había comenzado a tomarle el gusto a la idea de tener a alguien con quien compartir momentos que no tuviesen que ver con el gimnasio o su tienda de ropa. Carla, por otro lado, había comenzado a salir con el chico rico dueño del apartamento que resultó ser un amigo cercano de Samuel y Javi de toda la vida. Así que ambas salían en grupo con los chicos en varias ocasiones. De esta manera, Alex tuvo la oportunidad de corroborar la teoría que construyó aquel día de la fiesta sobre Javi y su hermano. Cada vez que estaban en el mismo lugar, Javi se notaba distante, como si perteneciera a un mundo distinto y como si solo estuviese allí por los lazos de sangre que lo unían con Samuel. No era que se llevaran mal o que no tuviesen temas de conversación en común, al contrario, parecían quererse mucho ambos pero Javi mostraba siempre un aire de superioridad y ligera indiferencia que volvía un poco loca a Alexandra. No podía evitar que la idea de que Javi estuviese percibiéndola como la novia tonta de su hermano superficial le torturara el pensamiento. Mientras más conocía a Javi, más se interesaba en él. Y, a pesar de sus inseguridades internas, Javi se mostraba también cada vez más conectado con ella.

—¿A qué estás jugando? No puedo creer lo mala que eres en este juego. No son charadas, Alex.- Le decía cuando se ponían a jugar póker en grupo. Él

aseguraba odiar el póker pero cada vez que iniciaban el juego se volvía un vicioso, empeñado en ganarles a todos, y solía también criticar los movimientos de algunos, incluyendo a Alexandra, con la que tenía un interés particular.

—A palabras necias, oídos sordos.- Respondió ella.

—Nena, lo estás haciendo bien, confía en ti.- Le decía Samuel al oído, quien había decidido que en esa partida no jugaría porque iba a preparar una carne a la parrilla con otro par de sus amigos. Como Alexandra no comía carne a esas horas de la noche, él estaba preparando una pechuga de pollo especialmente para ella. Alex agradecía mucho esas atenciones pero, aun así, su naturaleza controladora la hacía estar un poco nerviosa por querer asegurarse de que la estuviese preparando de la manera correcta. Por eso, cuando la comida estuvo lista y todos se fueron a la mesa a comer, Alexandra trató de respirar y tranquilizarse para evitar que su rostro demostrara si estaba decepcionada con la preparación de Samuel. Pero, para su tranquilidad, él la había escuchado realmente cuando le explicó que no podía tener nada de grasa la pechuga y que no era necesario ponerle ningún tipo de salsas. Había quedado bien, exactamente cómo ella la preparaba en casa, así que estaba satisfecha. Samuel era un hombre preocupado por su físico, que se dedicaba al estilo de vida fitness pero no lo llevaba tan lejos como Alexandra. Sin embargo, la carne que preparó para él y para unos dos más de sus amigos que eran también bastante conscientes de su cuerpo, era una carne muy magra y simple, que no llevaba tampoco ningún tipo de salsas. Alexandra miró de pronto a Javi, a quien tenía frente a ella y no pudo contener una sonrisa. Allí estaba él, sirviéndose los pedazos de carne con más salsa, y aun así mojándolos en el guacamole que habían preparado. Se servía también grandes porciones de ensalada de aguacate e intercalaba sus mordiscos con tragos de cerveza. Todo esto lo hacía con una satisfacción que ella tenía tiempo sin presenciar y le producía también satisfacción a ella, lo cual le parecía un poco raro porque siempre le había desagradado la gente que comía de esa manera. Pero en Javi podía ver a la persona que él era, podía ver en aquel segundo lo diferente a ella que era y cómo parecía que jamás podría encontrar a alguien tan distante a su manera de ser.

—¿Tienes suficiente salsa?- Le preguntó ella con toda la intención de ser atorrante. Él levantó los ojos para mirarla con picardía.

—No te preocupes por mí, siempre me encargo de tener suficiente de lo que me gusta.- Le dijo y le guiñó el ojo. Ambos se echaron a reír.

ASÍ TRANSCURRIERON TRES MESES. La relación entre Alexandra y Samuel fue progresando. Él se cambió al gimnasio de ella, así que se veían prácticamente todos los días. Ella siempre había pensado que una relación de ese tipo la asfixiaría pero no le sucedía con él. Algunas veces llegaba a pensar que ninguno de los dos estaba realmente enamorado y que simplemente se comprendían tan bien que podían convivir sin ningún tipo de problemas ni incomodidades. El sexo era bueno, pero no alucinante. Se acostaban un par de veces por semana, a veces en la casa de ella y a veces en la de él. Ambos habían aprendido a disfrutarlo pero, por lo menos para Alexandra, era más bien un trabajo mecánico en conjunto que una locura de pasión desbordada. Sin embargo, aunque esto pudiese sonar mal ante los oídos de otras personas, para ella estaba bastante bien. Nunca había sido alguien que disfrutara los riesgos ni las cosas impredecibles, así que una relación como la que estaba construyendo con Samuel era la relación perfecta para alguien como ella, según ella misma pensaba en ese momento. Allí se sentía tranquila y segura, y cada vez sentía que se parecían más entre ambos.

Por otro lado, su relación con Javi también se transformó. Ella fue comprendiendo cada vez más que jamás harían una buena pareja con tantas diferencias que tenían, pero descubrió que esas mismas diferencias los conectaban de una manera extraña y divertida que era evidente para todos los que estuviesen delante de ellos. A veces le parecía que esa conexión podría generar desconfianza en Samuel, ya que si ella hubiese visto algo parecido entre él y una chica, se habría sentido de alguna manera incómoda o afectada por la situación. Pero por algún motivo, a él no parecía afectarle. Quizá se sentía muy seguro de su relación con ella, o quizá estaba acostumbrado a que su hermano fuese tan unido con sus novias como lo era con ella. Lo cierto es que, finalmente, esta actitud tan tranquila abierta por parte de Samuel, hizo que los otros dos se sintieran en completa libertad de expandir su relación de amistad.

JAVI ERA una completa locura ante los ojos de casi todos. Llevaba a una chica distinta a todas las reuniones y no se podía contar con seguridad con su presencia para ningún plan. Pero cuando iba, era una de las piezas que más diversión brindaba al acontecimiento. A Alexandra le daba cierta satisfacción

sentir que las chicas que llevaba notaban la conexión que había entre ellos dos, y aunque sabían perfectamente bien que no tenían ningún derecho para preguntar, y mucho menos, reclamar nada a Javi, Alex podía notar en sus rostros los celos y la envidia que sentían por los jugueteos y la confianza que ambos reflejaban. Además, le parecía percibir que a él le gustaba jugar con este hecho, y le hacía saber con pequeños chistes internos lo poco que le importaban las chicas que llevaba. Era como si quisiera demostrarle a ella que se trataba solo de compañía barata y que ninguna podría acaparar su atención como ella lograba hacerlo. Ella, por su parte, no se quedaba atrás en el juego y seguía hurgando en esos chistes y comentarios. Ambos tenían mucha facilidad para hacer que el otro se irritara y, al mismo tiempo, se divirtiera y esta manera de jugar era entretenida también para Samuel.

—Vamos Alex, la chica va a escuchar.- Le dijo Samuel a Alexandra cuando le estaba haciendo un chiste a Javi con respecto a lo cabeza hueca que era la chica que había llevado esa noche.

—Sería bueno que escuchara, quizá eso demostraría que estoy equivocada.- Le dijo.

—Eso jamás, tú nunca te equivocas.- Le dijo Javi, justo antes de levantarse para acercarse a la chica que ya estaba bastante cerca de ellos.

Así se mantuvieron todos los encuentros entre ellos durante dos meses más. Cada vez eran más recurrentes las reuniones y salidas que incluían a varios amigos de Samuel, incluyendo al novio de Carla y a ella, y a Javi, casi siempre con una chica.

CARLA Y JAVI NO se llevaban nada bien. A medida que la relación entre Alexandra y ella crecía y mejoraba, la comunicación entre los otros dos disminuía. Los dos parecían haber hecho un esfuerzo desde el inicio para caerse bien pero luego de cinco meses, parecían haberse rendido y todos estábamos bastante claros de que ellos jamás serían amigos. Sus pequeños roces habían desencadenado en algunas discusiones y, en el resto de las ocasiones optaban por simplemente no hablarse demasiado. De esa manera, se había mantenido un clima de cierta tranquilidad en el grupo. Alex no entendía realmente porqué se llevaban tan mal. Carla era una chica simpática, divertida, medianamente inteligente y era bastante amable con todos. Su relación con el chico rico, Ricardo, se había vuelto verdadera. Ella misma no paraba de hablar de él cuando las dos estaban solas y le repetía a Alex que no

podía creer lo mucho que le gustaba y lo mal que lo había juzgado al inicio. Los dos se veían completamente enamorados y, sorprendentemente, Ricardo se llevaba bastante bien con Javi.

EN LA VIDA de Alexandra todo estaba bastante bien y sus días se habían vuelto un poco más alegres, sobre todo cuando veía a Javi, aunque sabía que nunca lo admitiría delante de nadie, ni siquiera de él mismo. Poco a poco, empezaron a hacerse tan amigos que, de vez en cuando, él pasaba a buscarla para que lo acompañara a alguna charla sobre arte que debía dar o a hacer compras de pinturas que le hacían falta. Ella, por otro lado, casi nunca le pedía favores de ese tipo porque a Samuel le encantaba acompañarla a todas partes y, de hecho, ese tipo de cosas eran prácticamente los momentos que construían la relación.

UNA TARDE, Samuel había ido a buscar a Alexandra a eso de las cuatro de la tarde porque ella tenía que recoger un pedido de franelas para su tienda al otro lado de la ciudad. Ella había dejado el gimnasio con Carla pero tenía que regresar más tarde para poder cumplir su rutina de ejercicios de todos los días. Cuando iban en camino en el carro, Samuel hizo un comentario que la dejó helada y generó cierta tensión entre los dos.

—¿Quieres ir conmigo a una cena familiar? Es el cumpleaños de mi padre y suele ser todo bastante formal.- Le preguntó él a ella.

—Ehm... Sí, claro, si quieres que te acompañe, puedo ir. ¿Cuándo es? - Preguntó ella.

—El sábado. Es casi un ritual y para ellos es muy importante. La verdad es que en ciertas ocasiones ha sido un momento bastante incómodo, sobre todo por Javi. Aunque, bueno, probablemente si sabe que tú irás, todo será diferente.- Dijo él, casi como si estuviese reflexionando en voz alta. Alex, al escuchar esa última parte de su reflexión, sintió cómo se alteraban un poco sus nervios, ¿a qué se refería con todo sería distinto si Javi sabía que ella iba? No entendía nada y no estaba segura de que quisiera entender, pero le pareció inapropiado no preguntar.

—¿A qué te refieres? - Le preguntó, con cuidado. Él se giró para verla, con la mirada un poco perdida.

—¿Con qué? Ah, Javi. Pues, que cuando le da la gana deja de asistir al cumpleaños y mis padres se toman esto muy en serio, les duele. Él... bueno, nunca ha sido muy considerado pero para ellos sigue siendo su hijo favorito, y los sigue decepcionando.- Le explicó con bastante seriedad. Por algún motivo, Alexandra entendió que ella ya sabía eso, no era como si alguno de los dos se lo hubiese dicho antes con tanta claridad pero al conocerlos a los dos era como si ese tipo de historias familiares fuesen evidentes para ella. Sin embargo, Samuel seguía sin explicarle la parte que más le interesaba, pero ella no sabía qué podía hacer para insistir en ello sin que él notara su interés y se lo tomara de mala manera.

—Entiendo, es Javi, después de todo.- Respondió ella.

—Es Javi, después de todo. Tú lo comprendes... La verdad es que no sé cómo ni porqué, pero es algo bueno, supongo.- Dijo él, con un tono algo triste.

—No entiendo muy bien a qué te refieres con todo eso.- Le dijo ella.

—¿Qué es lo que no entiendes? Eres la única persona que conecta con él de esa manera, nunca lo había visto suceder. Tú lo comprendes, no lo sé, entiendes sus motivos, lo justificas o quizá simplemente es que lo aceptas exactamente cómo es. La verdad es que, conociéndote, jamás habría pensado que podrías congeniar de esa manera con él. Y él contigo, se ha vuelto alguien distinto, bueno... simplemente se ha vuelto alguien en mi vida, no lo había visto tan seguido jamás.- Dijo él. Alexandra se quedó completamente perpleja con aquella confesión. No podía creer que realmente Samuel estuviese insinuando que Javi asistía a todas esas reuniones únicamente debido a ella, tampoco podía comprender la forma en la que él los percibía desde afuera, como si tuviesen la relación más especial posible. Ella sabía que tenían una conexión, sabía que se divertían mucho más entre ambos que con los demás, pero no sabía que aquello era tan radicalmente evidente. No sabía que podía percibirse como algo tan tangible e innegable. Justo cuando Samuel terminó su discurso llegaron al lugar al que iban, así que ella aprovechó el momento para no responder nada al respecto.

SE BAJARON, él la ayudó a revisar bien los productos, aunque ella ya sabía perfectamente que no necesitaba nada de ayuda para eso, pero había aprendido a manejar un poco mejor su necesidad de tener control sobre todo. Había comprendido que a los hombres les gustaba sentirse de vez en cuando

con un poco de control sobre la situación, y a pesar de sus propios principios tan rígidos acerca de no darles la satisfacción como si fuesen niños pequeños, había llegado a un acuerdo con ella misma de hacerlo de vez en cuando con los que fuesen realmente importantes para ella. De esa manera lo había hecho con Samuel, y ahora que lo pensaba, también con Javi.

EL RESTO de la tarde lo pasó bastante pensativa en todo lo que Samuel le había dicho. Comenzó, además, a unir cabos entre lo que él decía y las cosas que ella pensaba, sentía o hacía y que había tratado de disfrazar de alguna manera. Lo cierto era que durante esos cinco meses que tenía de relación con Samuel, los mejores momentos para ella habían sido con Javi presente. No lo había querido admitir antes ni se había permitido la libertad siquiera de pensarlo, pero ahora que lo hacía, sabía perfectamente bien que ella disfrutaba de asistir a esas reuniones porque sabía que Javi estaría allí. Por eso, esa noche cuando él le pidió por mensajes de texto que lo acompañara a una aburrida cena con unos admiradores muy importantes que querían conversar con él, ella buscó alguna excusa para poder rechazarlo. No quería encontrarse con él, no quería verlo justo después de haber llegado a esa conclusión y mucho menos en una circunstancia tan parecida a algo que harían si estuviesen en una relación amorosa. Pero, por algún motivo, se hurgó la cabeza y no supo cómo rechazarlo. Después de todo, él sabía los planes que ella tenía casi siempre y, si no, los sabía Samuel así que no quería que su negativa generara sospechas en ninguna de las dos partes. Dijo que sí y se fue a su casa a la hora de siempre para bañarse y arreglarse. Él fue específico diciéndole que era un lugar elegante pero le aclaró que no se esforzara demasiado porque era gente de arte, así que nadie esperaba que luciera como una princesa. Todas esas direcciones molestaron un poco a Alexandra, ya que no le gustaba que la condicionaran tanto y mucho menos si se trataba de una invitación a la que le habían pedido asistir como un favor.

—Tu descripción es un poco ambigua, Javi. Dime el nombre del lugar y yo haré lo que me parezca adecuado.- Le dijo ella tajantemente. Él le dio el nombre y le dijo a modo de broma que, por favor, tenía que dejarle el poder masculino cuando estuviesen delante de los demás.

—Patético.- Le respondió ella y colgó. Luego no pudo contener echarse a reír sola mientras caminaba hacia el baño para ducharse. Ella se mostraba siempre fuerte y segura, pero la verdad era que cuando se trataba de Javi, en

muchas ocasiones se sentía bastante vulnerable. Cuando tuvo que decidir cómo vestirse esa noche, las palabras de Javi se repetían en su cabeza, llenándola de leves inseguridades con respecto a lo que él podría esperar de ella esa noche y lo que ella realmente llevaría. Se dio cuenta de que temía decepcionarlo, más aún, quería intensamente sorprenderlo positivamente con su elección, quería que él pensara que no podía haber escogido una mejor pareja para aquella ocasión y, -¿por qué no?- para todas las ocasiones. Al ser consciente de este pensamiento, sintió un pinchazo de culpabilidad, aquello era una estupidez, ella estaba con Samuel, le gustaba Samuel y Javi era un hombre imposible, era lo opuesto al ideal de novio, así que ella no podía dejarse llevar por ese tipo de tonterías. Sin embargo, se convenció a sí misma de que de todas maneras quería dejarlo con la boca abierta, simplemente para ganar el pequeño juego de poder que se había desencadenado desde que él le hizo esos comentarios exigentes. Buscó referencias y ejemplos entre sus modelos y famosas favoritas hasta que consiguió armar el outfit perfecto para ella.

A ESO DE LAS NUEVE, Javi estaba afuera esperándola en su auto. Cuando ella se montó, pudo ver los ojos de Javi brillar y las comisuras de sus labios levantarse un poco, a pesar de que él intentaba disimularlo. No hubo necesidad de nada más para que ella supiera que había logrado su cometido. Por lo tanto, esa sensación le dio una seguridad aún mayor que hizo que se comportara durante toda la salida de una manera tan encantadora que Javi no se lo podía creer. Cuando estacionaron en el restaurante, Javi se giró hacia ella.

—Seguramente los encontrarás insoportables, ten paciencia. En realidad no son malas personas pero su mundo es uno muy específico, en el que se valoran cosas muy específicas. Estoy seguro de que si eres tú misma los vas a dejar enamorados.- Le dijo. Ella sonrió, le dio un beso en la mejilla y le dijo: -Tú tranquilo, todo va a ir bien.- Y salió del auto.

EN EL FONDO, le había incomodado que, de nuevo, él le dejara la responsabilidad del éxito de su reunión a ella, o quizá más bien que pusiera sobre sus hombros el peso de la duda con respecto a lo bien que ella lo haría.

Pero decidió que se lo diría todo al final de la noche para no arruinar la velada, ya que Alexandra había detestado siempre a las personas que arruinaban situaciones ya establecidas por caprichos o antojos personales.

AL ENTRAR AL RESTAURANTE, Javi le dijo cuidadosamente al oído que los que lo habían invitado eran la pareja de sesentones que estaba en la esquina más apartada del lugar. A medida que se acercaban a la mesa, ella pudo identificar con más facilidad el tipo de personas que eran. La mujer era de una elegancia simple y clásica abrumadora, con su cabello canoso peinado en un moño ligeramente descuidado al final del cuello y con cada detalle de su vestuario perteneciente a casas de alta moda. El hombre era bastante parecido pero más sencillo, con una camisa gris sencilla, aunque también de alta moda, y lentes algo gruesos que lo hacían lucir como un escritor de renombre. Inició la noche y Javi la presentó como una “querida amiga”. La pareja actuaba como si Javi fuese su hijo adoptivo y, por extensión, Alex también lo era. No eran unos señores adorables, más bien eran como padres exigentes y pretenciosos que esperaban siempre lo mejor de sus hijos. Alexandra hizo lo posible por ser la mejor versión de sí misma que podía y, le parecía, había logrado ganarse la simpatía de los señores rápidamente. Javi, por su parte, se veía fascinado con el desarrollo de los acontecimientos. Traía a colación alguno que otro chistecito con los que se conectaban ambos y se los intentaba explicar a ellos, quienes los encontraban encantadores. Luego, cuando iban por el postre, comenzaron a hablar de arte. Se inmiscuyeron los tres en una conversación bastante profunda y compleja acerca del nuevo proyecto creativo de Javi, del cual Alexandra no tenía ni idea, así que se mantuvo al margen durante todo ese rato. Ellos conversaron profusamente e incluso llegaron a acalorarse un poco discutiendo acerca del sentido de tomar un camino distinto al que el hombre proponía. Ellos parecían tener cierto derecho a exigirle cosas a Javi, podía percibir Alexandra por la forma en la que le hablaban, así que ella comenzó a comprender que, probablemente, se trataba de una relación parecida a la de unos mecenas y su protegido. Sin embargo, durante ese breve espacio en el que ella se sintió completamente fuera de lugar, sintió cómo se le arrugaba un poco el corazón. Ella siempre había sentido que la intelectualidad elitista de Javi y su mundo era como un abismo profundo e indescifrable entre los dos. La hacía sentir distante y separada de él, además de inferior lo cual le molestaba de sí misma, le

molestaba que se sintiera vulnerable e inferior ante ese tipo de circunstancias cuando la lógica le decía que en realidad las cosas no eran así.

CAPITULO 4

Una vez que llegaron a un acuerdo, Javi cambió de tema e intentó incluir de nuevo a Alex en la conversación. A partir de ese momento, la noche se volvió aún más dinámica y alegre que al inicio y los cuatro se morían de la risa con todas las conversaciones que tenían, todo estaba fluyendo tan bien que pasaban de un tema a otro sin interrupciones y casi sin darse cuenta de cómo estaban conectando una cosa con otra. El ritmo de la noche estaba tan activo que les ofrecieron cocteles y comenzaron a tomar mojitos por un rato. Finalmente, a eso de las doce, la señora dijo que debían irse porque mañana tenían compromisos muy temprano pero que habían pasado una noche maravillosa. Alexandra se despidió de ellos con cariño y Javi y ella se montaron en el auto un poco afectados por los mojitos.

—Wow, muchas gracias por venir. Convertiste una cena aburrida en una noche fantástica.- Le dijo él sin mirarla mucho. Ella sintió un hormigueo en el estómago al escuchar sus palabras.

—¿Qué dices? Ellos son increíbles.- Respondió ella con sinceridad.

—No lo puedo creer. ¡De verdad te cayeron bien! Estás siendo sincera por primera vez cuando se trata de algo relacionado con mi mundo.- Le dijo él en un tono y una actitud que denotaban que estaba intentando exagerar para ser chistoso pero que había bastante seriedad en su comentario.

—No exageres, ya me he acostumbrado a tu estilo de vida. Además, recuerda que me dejaste absolutamente fascinada con tu trabajo desde el primer día.- Dijo ella, haciendo énfasis en lo último que ambos sabían que era completamente mentira y era uno de sus chistes preferidos. Él se rio.

—No, en serio. Gracias. Me alegra que realmente hayas podido disfrutar

esta noche.- Le dijo, esta vez deteniéndose a mirarla a los ojos un poco más.

—Tus amigos son increíbles. Pero la verdad es que siempre que sea contigo, la pasaré bien.- Dijo ella, sin pensarlo mucho. Luego de decirlo se dio cuenta de cómo estaba sonando aquella frase. Quizá estaba dejándose llevar por sus propios sentimientos o quizá era parte de los mojitos, la noche divertida o la intensidad con la que ella había dicho la frase. Él se quedó en silencio unos segundos y bajó la mirada. Alexandra nunca había sido muy buena leyendo las señales de alguien que le interesaba, pero con Javi todo era aún más complicado, él era más complicado de lo que ella podría haber esperado y no sabía qué pensar ni cómo actuar desde que se le habían removido sus sentimientos por él nuevamente.

—Lo sé, me pasa lo mismo contigo. Somos nosotros los increíbles, Alex.- Dijo él, quitándole seriedad al asunto y haciendo que ambos se relajaran un poco. Él encendió el auto y puso música a un volumen considerablemente alto para luego arrancar. Ella entendió esa señal como una manera de finalizar la conversación y, probablemente, evitar que surgiera ninguna otra parecida durante todo el camino. Por eso, no pudo evitar sentirse, de cierta manera, rechazada. No sabía si se trataba de que él había percibido algo extraño en su interés y no quería que ella confundiera su amistad con algo más o si simplemente estaba cansado de hablar tanto durante la cena y quería estar solo, pero cualquiera de los dos motivos eran suficientes para hacerle sentir un poco incómoda y, quizá también, triste.

Durante todo el camino fueron en silencio aunque cantando de vez en cuando en coro algunas de las canciones que sonaban, y que les gustaban a los dos. No tenían gustos muy parecidos en casi nada pero en música solían coincidir de vez en cuando. Cuando la dejó frente a su casa, la llamó de nuevo por la ventana y le pidió que regresara.

—Se me olvidó preguntarte, ¿irás al cumpleaños de mi padre este sábado?-

—Sí, Samuel me pidió que fuera. ¿Por qué lo preguntas?-

—Por nada en especial. Buenas noches y gracias de nuevo.- Le dijo sonriendo.

ALEXANDRA ENTRÓ A SU CASA, cerró la puerta tras de sí y sintió cómo un peso enorme caía en su estómago. Se sentó en el mueble y se quedó mirando al techo por varios minutos. Cada vez que se sentía confundida le gustaba

mirar al techo porque no había nada allí que pudiera distraerla, así tenía que enfrentarse a sus pensamientos directamente. No podía entender qué era lo que estaba sucediendo. No sabía si confiar en sus emociones o en su lógica, y tampoco confiaba demasiado en su percepción sobre los demás en ese punto. Ni siquiera podía identificar claramente qué era lo que estaba sintiendo en ese preciso momento. Lo que sí sabía era que esa noche había movido muchísimas cosas en su interior y eso la hacía sentir fuera de control. No podía sacarse la imagen de la sonrisa de Javi, de sus comentarios durante la cena y de sus agradecimientos en el auto. Se dio cuenta que nunca se había sentido de esa manera con Samuel, que él nunca la había hecho sentir tan inestable, tan perdida, tan confundida y, al mismo tiempo, tan feliz.

LOS DOS DÍAS SIGUIENTES, ella continuó su rutina de manera normal. Durante los minutos que miraba el amanecer se descubrió a sí misma pensando en que sería divertido que Javi mirara el amanecer ese día para saber qué pensaba de los colores. Por eso, el resto del día y el día siguiente se mantuvo más ocupada de lo usual, se involucró mucho en el trabajo en el gimnasio y en la tienda de ropa, y trató de mantenerse positiva todo el día, intentando proyectar nuevas ideas para sus negocios. El sábado en la mañana, ella se despertó a la misma hora de siempre y se preparó uno de sus desayunos repletos de proteínas, se preparó un te verde y se puso a mirar la televisión mientras comía. La noche anterior Samuel le había pedido que se quedara con él pero ella le dijo que había tenido una semana dura y quería descansar, a fin de cuentas se verían el sábado para el cumpleaños de su padre. Esa mañana ella se tomó el tiempo de disfrutar de su soledad y de su tranquilidad. Hizo ejercicio durante un rato en su casa y luego se bañó en la tina con sales de baño. A las seis de la tarde, cuando Samuel la fue a buscar, se sentía renovada, fresca y lista para cualquier cosa.

LLEGARON a un lugar bastante apartado de todo. Era una especie de casa de campo y en el jardín de la misma habían puesto una larga mesa de madera, rodeada de sillas y decorada con dos floreros discretos. Había luces colgando del techo que surgía desde la casa para cubrir el área de la mesa. En la mesa había un montón de personas ya sentadas, conversando y tomando limonada.

Alexandra se sintió un poco presionada. Había compartido con los padres de Samuel un par de veces pero nunca con el resto de la familia que, según veía en esa reunión, era un grupo bastante grande y alegre. En cuanto se dieron cuenta de que habían llegado, todos los saludaron con alegría y Alex pudo ver que Javi ya estaba allí, sentado hacia uno de los extremos de la mesa, y también pudo ver que junto a él había una chica. La chica no se parecía al típico patrón con quien él salía así que Alex sospechó que se trataba de una prima, pero justo cuando había llegado a esa conclusión, ella le dijo algo al oído y él se acercó de una manera que le pareció poco apropiada para que fuesen primos.

Samuel y ella se sentaron al otro extremo de la mesa.

—Muchas gracias por venir, bonita. Espero que te gusta el ternero.- Le dijo a Alex el padre de Samuel, quien estaba al tope de la mesa, cerca de ellos. Ella asintió y dijo que seguramente estaría delicioso, pero se sintió un poco atacada. Eso solía sucederle con las personas que no estaban acostumbradas a ella, la juzgaban constantemente por sus exigencias culinarias y de estilo de vida, y ella pudo notar ese pequeño toque en el comentario del señor. Alguien le sirvió limonada y pronto muchas personas estuvieron preguntándole cosas acerca de Samuel, de su relación y de su vida. Samuel estaba algo incómodo con todas las preguntas que le hacían a Alex, ella pensó que se debía a que se estaría imaginando lo incómoda que estaría ella en ese momento. Pero, poco a poco, ella se fue adaptando a la situación y lograba responder con espontaneidad. Al mismo tiempo, Javi estaba al otro lado enfrascado en una conversación con la chica que tenía a su lado. Alex hizo lo posible por mirar hacia allá disimuladamente y no pudo evitar sentir una punzada de celos al ver que, a diferencia de en otras ocasiones, esta vez él se veía bastante interesado en lo que ella estaba diciendo.

—Eres hermosa. La novia más hermosa que ha tenido Samuel, si me lo permiten.- Le dijo a Alex una prima mayor de Samuel y Javi. Ella se sonrojó un poco pero realmente no le sorprendió, estaba acostumbrada a que todos la llamaran hermosa a donde fuera. Miró a Samuel y vio el orgullo en sus ojos, y no pudo evitar voltear hacia donde estaba Javi para saber si había escuchado pero lo notó aún concentrado en su conversación con la chica. Minutos después, la madre de Samuel interrumpió a todos para contarles una historia divertida que, supuestamente, nunca había contado a nadie. Todos dejaron sus conversaciones grupales a un lado y se pusieron a escucharla. En ese momento, por primera vez en toda la noche después de que la saludara de

lejos, Javi la miró. Ella giró y se encontró directamente con sus ojos, él sonrió y agachó la cabeza en señal de saludo para luego voltear a ver a su madre. La historia era simple pero tierna y divertida, así que todos rieron felices.

EL AMBIENTE ERA MUY positivo y cálido. Todos conversaban entre todos, se sentía confianza y buena vibra, y nadie dejaba que Alex se sintiera fuera de lugar. Todos los familiares de Samuel eran personas bastante alegres y Alex no estaba muy acostumbrado a ese tipo de reuniones familiares. En su familia solo se reunían en navidad y eran apenas cinco personas que compartían una buena comida y se iban a la cama bastante temprano. Sus padres eran poco conversadores y siempre se encargaban de reprochar las actitudes y decisiones de Alex, así que ella había intentado alejarse de ellos cada vez más con el paso de los años. Aquello no significaba que no los quisiera, pero los quería mucho más cuando no debía enfrentarse a su toxicidad de manera muy recurrente. Por eso, al estar allí en medio de ese cumpleaños tan distinto al de sus padres, se sintió al principio como alguien que no pertenecía a aquel lugar, pero la insistencia de los familiares en que ella participara de las conversaciones y escuchara las historias que tenían por contarle, la fue haciendo sentir cada vez más en confianza hasta que comenzó a sentirse verdaderamente contenta de estar allí.

—¿Dónde conociste a tu chica, Javi?- Le preguntó uno de sus tíos y Alex giró la cabeza con discreción.

—Ella es también pintora. Nos conocimos hace muchos años en una exposición, pero nos conectamos más desde hace bastante poco.- Respondió él con naturalidad. Alex volvió a sentir aquella punzada de celos. Lo había presentido, la chica era artista, era alguien exactamente como él y por eso lo tenía embobado con sus disertaciones sobre Matisse o el arte posmoderno.

—Genial. Nunca trae a nadie, ¿eh? Así que debes ser importante.- Le dijo el primo a la chica. Ella sonrió con discreción y no dijo nada. Esto hizo pensar a Alex que quizá era simplemente su amiga, a quien le había pedido el favor de que lo acompañara, justo como había hecho con ella unos días antes.

Sirvieron la comida y estaba deliciosa, la había preparado la madre de los chicos y Alex tenía mucho tiempo sin comer algo con un sabor tan familiar y cálido. Los disfrutó muchísimo pero se reservó de comer postre porque no quería arruinar el conteo de sus calorías. Se sirvió más limonada y dijo que estaba muy llena, pero la madre de Samuel hizo un gesto de negación con la

cabeza demostrando que rechazaba la actitud de Alex con respecto a la comida, y que ella no podía ocultar que se trataba de su obsesión por el cuidado de su cuerpo.

Después de eso, la madre de Samuel insistió en que jugaran charadas después de la comida así que todos aceptaron.

—¿Qué tal? Tu juego favorito.- Le dijo de pronto Javi, sin que Alexandra se diera cuenta de que estaba detrás de ella. Ella siempre había criticado ese juego, le parecía aburrido, muy fácil de jugar e incluso tonto. Por eso, cada vez que alguien lo proponía en las reuniones, ella y Javi se iban a otro lado a conversar mientras el resto jugaba. Samuel se divertía muchísimo jugándolo, así que no le molestaba que a ella no le interesara. Sin embargo, por ser el evento que era, ella sabía que lo jugaría con buena cara para no incomodar a nadie. Javi hizo lo mismo.

ALEXANDRA SE PREGUNTABA por qué él no le había presentado a la chica, y no podía identificar alguna razón que le pareciera lo suficientemente creíble. Pero seguía pensando en la posibilidad de que fuese solamente su amiga. Sin embargo, esta certeza se desboronó delante de sus ojos unos minutos después, cuando lo vio besar a la chica en los labios, para luego echarse a reír por algo que ella había dicho y que Alex no logró escuchar. Sintió como si un escalofrío le recorriera todo el cuerpo y le dieron un poco de náuseas.

—Voy al baño un momento.- Le dijo a Samuel para poder pensar con claridad y tranquilizarse. En cuanto llegó al baño intentó respirar con profundidad y pensar. No podía permitir que Javi se metiera en su mente y en su corazón de esa manera. Ellos nunca podrían estar juntos, ella estaba con Samuel y, después de todo, Javi nunca había mostrado un interés en ella distinto al de una amistad. No podía permitir que él controlara sus sentimientos de esa manera, y se sentía realmente culpable solo por el hecho de estar experimentando esos sentimientos por su hermano, allí en una reunión familiar a la que él lo había invitado. Pero, de alguna manera, se sentía traicionada por Javi y no entendía muy bien porqué, era como si ellos hubiesen hecho un pacto silencioso que indicaba que Javi nunca tendría una relación de importancia más allá de la conexión física y que Alex seguiría divirtiéndose siempre más con él que con su propio novio. Ella estaba segura de que si Javi veía algún cambio en su relación con Samuel, alguna actitud distinta que mostrara que ella estaba enamorándose de verdad, él sentiría el

miedo que ella estaba sintiendo en ese mismo instante. Su lógica le indicaba que no era así, que eso era imposible, que ella se estaba imaginando cosas que no eran ciertas, pero su corazón le gritaba que tenía razón.

ELLA DECIDIÓ, de pronto, que nada de eso debía importarle y que tenía que actuar como la mujer adulta y fuerte que era. Así que salió del baño con seguridad y dispuesta a ser la mejor novia para Samuel y a ignorar por completo lo que Javi y su chica hicieran o dejaran de hacer. Se puso a jugar charadas con toda la energía y Samuel estaba fascinado con su actitud.

—Hoy estás más bella que nunca, ¿lo sabías?— Le dijo él al oído.

—No lo sabía.— Respondió ella y le guiñó el ojo. Él comenzó a acariciar su espalda suavemente, de una manera que ella reconocía que reflejaba deseo, así que pensó en que esa sería la mejor manera de liberar su tensión y enfocarse por completo en Samuel. Alex se concentró tanto en el juego de charadas que logró que su equipo ganara. Todos celebraron e hicieron chiste y Alex aprovechó ese momento de distracción para darle un beso suave pero sensual a Samuel detrás de su oreja. Él entendió perfectamente su intención.

—Esta noche no te dejaré dormir.— Le dijo él al oído.

—No tengo ganas de dormir.— Le respondió ella. Y él la tomó de la mano y se la llevó de allí. Entraron a la casa y Samuel la llevaba de la mano, le hizo subir las escaleras.

—¿A dónde vamos? ¿Conoces esta casa?— Le preguntó ella mientras lo besaba en el cuello.

—Sí, es de mis padres.— Le respondió y se metieron en una habitación, cerraron la puerta y él comenzó a desvestirla con premura. Ella le quitó la ropa a él y comenzaron a hacer el amor en la cama de la habitación. Alexandra estaba concentrada en lo que estaba sucediendo hasta que escuchó una risa en la distancia que la desequilibró. La ventana de aquella habitación daba relativamente cerca al jardín donde estaban todos y entre las voces escuchó la carcajada clásica de Javi. Desde ese instante no pudo mantenerse en el humor adecuado para continuar haciendo el amor con su novio. Samuel notó que algo extraño le sucedía pero ella hizo un esfuerzo enorme por disimularlo y lo dejó terminar lo que había empezado sin que él se diera cuenta de que ella realmente no estaba allí. Se vistieron rápidamente al terminar y bajaron riéndose y dándose besos. Alex se sentía completamente devastada, sus intenciones no se habían podido llevar a cabo adecuadamente

y ahora se sentía aún peor que antes al comprobar que el simple sonido de la risa de Javi la desconcentraba de tal manera que no le permitía disfrutar de la compañía de su novio. En ese momento se dio cuenta de que realmente estaba en problemas.

—Eres hermosa, me encantas, todavía no me puedo creer la suerte que tengo de estar contigo.- Le dijo él justo cuando salían por la puerta para dirigirse de nuevo al jardín donde estaban todos. Ella no se atrevía a decir nada así que solo le dio un beso suave y largo en los labios para luego llevarlo de la mano hasta el jardín.

En cuanto llegaron allí, Javi los miraba con curiosidad, aunque intentaba que nadie lo notara, ella lo hizo.

ESA NOCHE ALEXANDRA fingió que le había caído pesada en la comida, lo cual no era tan raro porque ella no estaba acostumbrada a comer ese tipo de comidas. No se sentía capaz de quedarse esa noche con Samuel, estaba completamente confundida y triste, y le parecía injusto compartir con él si no iba a estar verdaderamente presente. No pudo dormir y no paraba de pensar en Javi, en su relación y en la chica con la que estaba esa noche. No entendía qué estaba pasando, por qué estaba saliendo con esa chica nueva quien parecía ser mucho más importante para él que las anteriores. No entendía por qué un par de días antes la habían pasado tan bien en la cena con sus mecenas y ahora todo se sentía tan mal. Pero de pronto entendió que era precisamente debido a esa experiencia que habían tenido juntos que ella sentía que deseaba algo más, que no podía conformarse con lo que tenían hasta ahora, y mucho menos podía soportar verlo feliz con otra persona, con alguien que probablemente fuese más adecuado para él que ella.

CAPITULO 5

Durante toda la semana siguiente, ella se esforzó por continuar su vida como normalmente lo hacía pero había decidido firmemente tomar distancia de Javi. No quería darle explicaciones a nadie al respecto, por supuesto, así que había pensado en hacerlo poco a poco, como si simplemente fuesen las circunstancias las que los separaban y no una decisión tomada. Así que empezó por invitar a Samuel a salidas que requerían de menos personas, como el cine, a comer en un restaurante específicamente con Carla y su novio, o a ver películas en su casa. Utilizó los cambios que había influenciado en su estricta rutina esta tendencia a reunirse, tomar y bailar para decirle a Samuel que debía ser comprensivo con ella y entender que ella tenía prioridades y realmente no podía dañar el estilo de vida que había construido. Él no tuvo problema alguno con eso y le dijo que quizá así incluso lograría ayudarlo a él a mejorar el suyo. Así que transcurrieron dos semanas en las que Alex se las arregló para evitar encontrarse con Javi. Sin embargo, no podía evitar sentirse un poco dolida porque él no había intentado comunicarse con ella, después de todo se suponía que eran amigos, así que le parecía un poco insultante que no le hubiese siquiera escrito un mensaje de texto. Aunque después pensó en el hecho de que ella tampoco se había comunicado con él, y en que él no era tonto y podría darse cuenta de que era ella quien se estaba alejando, era ella quien había dejado de asistir a las reuniones en las que coincidían y era ella quien estaba intentando que las cosas cambiaran para todos. Le dio un poco de miedo y vergüenza pensar en que él supiera el verdadero motivo por el que ella estaba actuando de esa manera, pero trató de sacarse eso de la cabeza.

POR OTRO LADO, Javi estaba viviendo su propia realidad. Desde el primer día en que Samuel llevó a Alexandra a una de sus reuniones y comenzaron a conversar, él supo que había perdido. Jamás había envidiado nada de su hermano, jamás había sentido que Samuel tenía cosas que él no podría obtener, y mucho menos si se trataba de mujeres. Lo cierto era que Javi era un hombre plenamente feliz, o eso había pensado él hasta que había conocido a Alex. Ese día, después de compartir con ella en una reunión en la que la mayoría terminó bastante borracho, excepto ellos dos, no durmió en toda la noche. Estuvo despierto, viendo televisión y leyendo, intentando distraerse de los pensamientos incesantes sobre la novia de su hermano que amenazaban a cada segundo con invadir su cabeza. Alexandra era una belleza por completo y eso era innegable, pero él había estado con las mujeres más bellas que nadie podría imaginarse, con mujeres incluso más bellas que ella, se decía a sí mismo. Por eso, no entendía qué había sucedido dentro de él que lo llenaba de una incontrolable ansiedad y, al mismo tiempo, lo dejaba con un vacío enorme. No sabía qué había pasado, pero sabía que aquel sentimiento solamente crecería y se volvería cada día peor, mientras más veces la viera y hablara con ella. Sin embargo, Javi no era del tipo de personas que se restringían de hacer lo que les provocaba, así que ni siquiera intentó distanciarse o alejarse de la situación, sino que más bien se dejaba llevar por completo por sus deseos de conocerla. Así transcurrieron los meses hasta que ella se había convertido en una pieza fundamental en su vida. Durante ese tiempo, en algún momento se detuvo a pensar en lo que había sucedido, en cómo Alex se había transformado de la novia encantadora y prohibida de su hermano a, prácticamente, su amiga preferida. Había pasado de ser una espinita que no podría sacarse nunca y que le aparecía de pronto en la mente cuando estaba besando a alguna chica que recién había conocido, a ocupar un enorme espacio dentro de su corazón y su mente. Este espacio era uno tranquilo y estable, que nadie podría mover y que él tampoco pretendía ampliar de ninguna manera.

SIN EMBARGO, esta tranquilidad cambió cuando ella lo acompañó a la cena con sus protectores artísticos. Esa noche, Javi pudo ver claramente el velo tan fino que había utilizado él mismo para ocultar sus verdaderos sentimientos

por ella, y pudo ver cómo ese velo se desaparecía por completo mientras Alex sonreía y le hacía preguntas intrépidas al hombre que tenía delante en la mesa. Fue esa noche cuando decidió que debía tomar cartas en el asunto. Por primera vez, comprendió que debía poner freno a sus sentimientos y limitarse si no quería terminar herido. Él estaba seguro de que ella jamás sentiría lo mismo por él, y estaba completamente de acuerdo en que su relación con Samuel siempre sería mejor que cualquier cosa que él pudiera ofrecerle. Pero también estuvo seguro aquella noche, después de dejarla en su casa, que la fantasía se había roto y ahora no podría verla de otra forma que no fuese con ojos completamente llenos de amor.

ASÍ QUE CUANDO ANA, una de sus pocas amigas con quien no había tenido una aventura, le confesó que siempre había estado atraída por él, Javi decidió que aquella podría ser la mejor forma de salvarse. Ana era una chica muy inteligente, alguien a quien él admiraba profundamente y con quien las conversaciones jamás se hacían tediosas, así que decidió que debía darle una oportunidad a una chica así, decidió que quizá ya había pasado demasiado tiempo de su vida estando siempre solo y que, para poder olvidarse de Alex, tendría mover sus sentimientos de lugar hacia alguien que los pudiera apreciar. Por eso, cuando vio la expresión de Alex en el cumpleaños de su padre, algo dentro de él se agitó. Su instinto le decía que quizá se había equivocado, que quizá se había subestimado a sí mismo, que quizá ella también podría estar sintiendo algo parecido a lo que sentía él. Pero luego la vio regresar tan cariñosa con Samuel, y supo que acababan de hacer el amor a escondidas, y aquello era una señal de enamoramiento que él no podía ignorar. De manera que cuando Samuel y ella comenzaron a dejar de asistir a los eventos a los que solían ir, él no le dio más vueltas al asunto y se entregó por completo a Ana.

EL CUMPLEAÑOS de Carla se acercaba y ella comenzó a planificar la celebración perfecta para ella misma. Alexandra ya se había adaptado a la forma de ser de su amiga, precisamente por eso podía considerarla por fin una amiga, como lo hacía también Carla con ella.

—Te digo que tenemos que ir a la playa. Lo necesito. Mario ha sido un

idiota esta última semana y necesito relajarme.- Le dijo a Alex mientras atendía a una nueva inscripción en el gimnasio.

—Ocúpate de lo que estás haciendo y luego hablaremos de ello.- Respondió Alex, que odiaba que se hablaran de cosas personales delante de los clientes.

—Nunca cambiarás.- Dijo Carla y torció los ojos.

—Ten por seguro que no. Mientras sea tu jefa tendrás que aceptarlo.- Le dijo ella. Luego, al final de la tarde, cuando ya estaban recogiendo todo para irse, Carla volvió a sacar el tema de su cumpleaños.

—Lo cierto es que tú tienes que ir. Quiero que estén todos, me merezco una buena celebración, son 30.- Le dijo.

—Claro que te lo mereces. Yo haré lo que quieres, tú solo dime, sabes que cuando se trata de celebraciones, no soy la mejor organizadora, y estoy segura de que te encantará garantizar que toda la diversión que tú necesitas estará allí.- Le dijo Alex, porque realmente odiaba organizar fiestas de cumpleaños, pero sobre todo, porque sabía que Javi estaría involucrado en la ecuación. Después de un largo tiempo de llevarse mal, Carla y él habían llegado a una tregua hablada y clara. Habían acordado que no discutirían por nada más y que solo hablarían de los temas en los que estaban de acuerdo, y esto les había funcionado, así que Alex estaba segura de que lo invitaría, probablemente junto a su nueva novia. Esto era algo que Alex estaba asumiendo basada solamente en su instinto, ya que nadie le había mencionado a la chica con la que Javi había ido al cumpleaños de su padre, ni habían comentado en ningún momento que él se hubiese enseriado con alguien. Pero Alex lo sabía, tenía la certeza de que si ese viaje se llevaba a cabo y él estaba invitado, iría con ella. Por eso cuando, tres días después Carla confirmó la lista de invitados, a Alex no la tomó desprevenida escuchar el nombre de Ana allí.

EL VIAJE ESTABA PLANIFICADO para durar todo el fin de semana. Se irían todos juntos en varios autos el viernes en la noche y regresarían el domingo por la noche. Samuel estaba entusiasmado. Alex, por otro lado, había reaccionado primero con un desánimo absoluto. Le parecía que todo aquello iba a ser una pesadilla viviente para ella y sentía que era totalmente absurdo que se sometiera a ello, simplemente por complacer a otros. Pero mientras empacaba sus proteínas en polvo se dio cuenta de algo. Ella sabía que era una

mujer fuerte, había luchado siempre por lo que había querido, con disciplina y constancia, nunca se había rendido. No podría permitirse a sí misma perder la razón y el control simplemente por una persona, así que supo que tenía que actuar de la manera madura e ir a ese viaje y disfrutarlo como lo habría hecho en cualquier otro momento.

-CHICOS, de verdad, me alegra mucho que todos hayan podido venir. Me siento muy feliz.- Dijo Carla en el auto. Iban en dos autos separados. En uno iba Carla, Mario, Samuel, Alexandra y David, uno de los amigos con los que siempre salían. En el otro iban Javi, Ana, Rodrigo y Juan. Durante el viaje, en el auto de Alex, todos iban escuchando música y en silencio. Solo Carla y Mario, quien iba manejando, iban conversando de vez en cuando. Alex aprovechó para dormir un poco por si se les ocurría a todos que era buena idea ponerse a beber cocteles o ver películas al llegar. Ella no quería ser la que dañara la fiesta el primer día, estaba dispuesta a hacer un esfuerzo por pasar un buen rato.

-Wow, es hermosa esta casa.- Dijo Ana apenas llegaron todos al lugar. Carla se había encargado de alquilar una casa grande y hermosa, que por supuesto Mario se había encargado de pagar, y todos estaban impresionados. Hasta ese momento, Ana le parecía a Alex una chica tranquila y bastante inocente en su manera de actuar, lo cual no parecía ser coherente con las conversaciones pedantes e intensas que ella sabía que tenía con Javi cada vez que hablaban de arte.

—Lo sé, de hecho Mario y yo vinimos hace un par de fin de semanas. Esperen a ver la piscina.- Dijo Carla, emocionada. Todos tomaron sus habitaciones, ya que había suficientes para todos y Carla les dijo que ella podría preparar una pasta si un par de personas la ayudaban, para tener una cena adecuada. Alex se ofreció, y Ana y Rodrigo hicieron lo mismo. Los demás se fueron a bañar, a ordenar sus cosas y a mirar televisión. A Carla le encantaba cocinar, sobre todo para otras personas y odiaba cuando había demasiadas manos trabajando en lo que ella estaba preparando. Pero en ese caso eran bastantes las personas que comerían, así que le convenía tener algo de ayuda en la cocina.

—Soy un excelente chef, no sé si lo saben.- Dijo Rodrigo mientras picaba algunos ingredientes sobre una tabla en la cocina.

—No lo sabíamos pero esta noche yo soy chef y tú eres un simple ayudante, ¿te parece?- Le dijo Carla, como siempre con su personalidad tan llena de fuego e impetuosa. Ana, por otro lado, se mantenía tranquila pero amable, ofreciéndose a ayudar en todo e intentando sonreír a cada rato. Alex decidió que aquel sería un buen momento para conversar un poco con ella.

—¿A qué te dedicas, Ana?- Le preguntó.

—Soy pintora. También tengo una marca de accesorios femeninos.- Respondió.

—Oh, eres del medio de Javi, muy bien.- Respondió ella.

—Debe ser complicado, ¿no? eso de ser novios mientras hacen lo mismo.- Dijo Carla, metiéndose en la conversación. Ana se mostró completamente confundida.

—Lo siento, pero no entiendo. ¿Por qué sería complicado?- Preguntó.

—Ah, no lo sé. Quizá estoy hablando de estereotipos, pero con eso de que los artistas son egocéntricos, y... no lo sé, pensaría que existe algo de competencia entre los pintores, por ejemplo.- Dijo Carla, pero se interrumpió al ver que Rodrigo estaba poniéndole sal a la salsa que ella tenía sobre la hornilla. -Hey, ¿qué estás haciendo, ayudante? Permanece dentro de los límites de tu posición inferior.- Le dijo, a modo de broma pero pidiéndole en serio que no se atreviera de nuevo a cambiarle la sazón a su comida.

—Eres insoportable, siempre pienso que Mario debe estar un poco loco para estar contigo.- Le dijo él.

—Está loco de amor por mí, y tú lo estarías también si yo te diera la oportunidad.- Le dijo ella.

—Lo dudo mucho.-

—Ya cállate.- Le dijo ella y él se echó a reír.

Estuvieron un buen rato ayudando a Carla con la preparación y a Ana se le ocurrió preparar también un pie de fresas, que era su especialidad en postres así que Alex se puso a ayudarla. Cuando estaban ya colocando las fresas en el pie para ponerlo a hornear, Javi entró a la cocina hablando por teléfono.

—Hola bonita, Marcos quiere hablar contigo.- Le dijo a Ana. -Oh no, está haciendo su pie de fresas, puedes venir hasta acá ya.- Le dijo Javi a la persona con la que estaba hablando por teléfono. Ana se rió y le quitó el teléfono de la mano. Él miró a su alrededor y vio a Alex también poniendo

las fresas.

—¿Qué haces tocando eso? Creo que tiene muchas calorías para ti.- Le dijo él, jugando con ella como lo hacía siempre. Ella solo sonrió e hizo un gesto de desdén. -Hace tiempo que no te veía, ¿cómo has estado?- Le preguntó, mirándola fijamente a la cara.

—He estado bastante bien, un poco agobiada de trabajo. ¿Y tú?- Le dijo ella, tratando de sonar lo más natural posible.

—Es curioso, a Carla sí la he visto, creía que trabajaba contigo. Yo he estado bien, gracias.- Le dijo él. Inmediatamente, ella se sintió retada, él tenía la facilidad para hacerla sentir así y ella odiaba eso.

—No trabaja conmigo, trabaja para mí. Y recuerda que tengo también una tienda de ropa, y otros proyectos de los que no sabes nada. - Le dijo ella y le guiñó un ojo.

—Wow, ácida. Así me gusta. Ya me hacías falta.- Le dijo y se acercó a la cocina para ver lo que estaba preparando Carla con la ayuda de Rodrigo.

—Esto huele delicioso.- Dijo.

—Lo va a estar. Tú nunca has probado mis pastas, ¿cierto? Tu vida va a cambiar a partir de hoy...- Le dijo Carla y comenzaron en una conversación apasionada acerca de lo delicioso de los distintos tipos de pasta y otros platos de la cocina italiana.

En cuanto Ana colgó el teléfono, puso el pie en el horno porque ya Alex había terminado de colocar las fresas, así que ella se fue a su habitación.

Allí estaba Samuel viendo un juego de deporte en la televisión.

—Alex, ven aquí. Acuéstate conmigo un rato.- Le dijo. Ella se quitó los zapatos y se acostó a su lado.

—La comida va a estar riquísima. -Le dijo ella.

—Qué bueno porque me muero de hambre. ¿Preparaste algo especial para ti?- Le preguntó con algo de preocupación pero a ella le irritó un poco la pregunta.

—No, comeré lo mismo que todos.- Le respondió y alguien tocó varias veces en la puerta.

—Pasa.- Dijo Samuel, aunque aún no sabíamos quién era. La puerta se abrió y era Javi, llamó a Samuel con una pequeña señal y en su rostro se notaba cierta preocupación.

—Ya vengo. -Dijo Samuel, se levantó y se fue con Javi. Alex se quedó un poco preocupada por la actitud de ambos pero minutos después Carla fue a buscarla para que fuera a cenar. Rodrigo y Ana sirvieron todos los platos, y

los demás se sentaron a comer.

Allí estaban ya Javi y Samuel, actuando normal, así que ella asumió que no había pasado nada malo realmente. Comieron y conversaron todos felices, la comida había quedado realmente buena y Carla se sentía orgullosa. Luego de comer, Ana les sirvió a todos un pedazo de pie. Todos alabaron lo delicioso que estaba y Ana se mostró satisfecha pero humilde.

Alex se sentía un poco irritada al ver que la chica parecía ser tan buena. Realmente no tenía nada qué criticarle, quizá lo único que la hacía sentir una pequeña satisfacción egoísta era que le parecía una chica bastante aburrida.

TODOS HABÍAN QUEDADO en preparar unos cocteles después de la cena pero pronto se dieron cuenta de que estaban demasiado cansados para eso, así que se fueron a acostar temprano. A la mañana siguiente, todos se prepararon para salir juntos a la playa que estaba a unas dos cuadras de distancia de la casa. Cuando Alex vio la forma en la que se trataban Javi y Ana, sintió muchos celos, y con cada segundo que pasaba, ella se convencía más de que hubiese preferido mil veces estar en ese viaje con Javi que con Samuel, por mucho que le doliera aceptarlo, incluso para sus adentros. Estuvieron toda la mañana en la playa, jugaron voleibol y tomaron piñas coladas. Cada vez que estaban en grupo, Alex se sentía bien, todos disfrutaban de chistes y aunque Carla luchaba por ser siempre el centro de atención, lo hacía de manera graciosa así que Alex lo disfrutaba. Pero cuando se separaban por casualidad cada quien con sus parejas, ella no podía evitar sentir como si le estrujaran el estómago.

—¿Estás bien?- Le preguntó Samuel en uno de esos momentos.

—Sí, sí, claro. ¿Por qué lo preguntas?- Le dijo.

—No lo sé, me parece que a veces te pierdes, como si algo te preocupara.- Le dijo él.

—No, te prometo que todo está bien. ¿Quieres caminar por la playa?- Le preguntó ella. Él dijo que sí y se fueron por allí a conocer otras partes de la playa.

CAPITULO 6

Esa noche Carla propuso que prepararan guacamole, chile y salsas para comer nachos, y que lo acompañaran con mojitos. Esa vez Alex se dedicó por completo a ello junto a Carla. Cuando estaban en medio de la preparación, Javi llegó a la cocina.

—Vengo a ayudarlas, niñas. Hago un guacamole perfecto, así que apártense.- Dijo y comenzó a tomar los ingredientes para prepararlo.

Mientras cocinaban los tres, se comenzaron a tomar una botella de vino así que ya para cuando la carne molida estaba lista, estaban todos un poco mareados y muertos de risa por algo que ya no recordaban muy bien cómo había iniciado. De pronto, mientras estaban así, Javi tomó un mechón de cabello de Alex y se lo colocó detrás de la oreja. Ella dejó de reír automáticamente. Él jamás había tenido gestos tan cariñosos con ella, y por supuesto no se esperaba que eso cambiara precisamente en ese momento. Casualmente, Carla en ese momento dijo que iría a su cuarto a buscar un paquete de almendras que había traído porque quería darle un toque distinto a la salsa.

—Alex, necesito hablar contigo.- Le dijo y Alex sintió cómo le comenzaban a temblar un poco las piernas. Él se mantenía bastante cerca de ella, ella estaba nerviosa por si alguien entraba de pronto a la cocina y notaba la tensión que había entre los dos, pero no se atrevía a moverse porque tenía miedo de tomar cualquier decisión en ese momento, por más pequeña que fuera.

—¿De...? Ahm, ¿De qué quieres hablar? Soy toda oídos.- Dijo ella para intentar mantener cierta ligereza en el ambiente pero no lo logró, su voz salió bastante más baja de lo que ella esperaba y la intensidad en la mirada de él la

hizo sentir que perdía las fuerzas.

—Aquí no puedo. Pero me gustaría que me acompañaras a dar un paseo por la playa hoy.- Le dijo y ella no podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Un paseo...? ¿De qué hablas, Javi? No podemos ir a dar un paseo solos tú y yo.- Le respondió ella, de pronto algo irritada.

—Exactamente. No podemos, ¿por qué?- Le dijo, con ansiedad en su voz y acercándose un poco más a ella. Alex no sabía bien qué responder pero sabía que no podían continuar con esa actitud a tan pocos pasos de sus parejas.

—No sé a qué crees que estás jugando, pero yo no estoy dispuesta a seguirte el juego. Si quieres hablar conmigo de algo, pues lo hacemos aquí, junto a todos y no escondiéndonos de nadie.- Le respondió, se alejó un poco de él y comenzó a mezclar la mayonesa con el ajo que habían picado para preparar una de las salsas.

—Está bien, muy bien, como tú quieras. Estoy loco por ti.- Le dijo y a Alex se le cayó el recipiente en el que estaba mezclando al suelo y se hizo añicos. Rodrigo escuchó el ruido y llegó rápido a la cocina, así que Alex se fue a buscar lo necesario para recoger el desastre que había hecho. Cuando llegó al cuarto de limpieza se dio cuenta de que las manos le estaban temblando. No podía creer lo que estaba pasando, no podía creer lo que acababa de escuchar, y no tenía ni idea de cuál era la forma adecuada de reaccionar ante ello.

REGRESÓ a la cocina con un cepillo de barrer y una pala y ya los chicos habían limpiado un poco la salsa del suelo. Entre los tres terminaron de recoger y limpiar, cuando Carla llegó sin enterarse de nada. Colocó almendras picadas en una de las salsas y todos salieron a servir la comida para el resto. Pusieron música, sacaron unas cartas y otros juegos de mesa, y se pusieron a jugar, comer, beber y hablar. Javi no se acercó a ella el resto de la noche pero tampoco se mostraba demasiado cariñoso con Ana, de hecho, no estuvieron juntos mientras jugaban y solo hablaron como parte de las conversaciones en grupo. Por otro lado, Samuel estaba algo distante, aunque intentaba disimularlo, así que Alex comenzó a tener miedo de que hubiese escuchado su conversación con Javi en la cocina. Aunque sabía que ella no había dicho nada que pudiera haberlo ofendido, suponía que debía ser terrible enterarte de que tu hermano está interesado de esa manera en tu novia.

La reunión siguió y a eso de las dos de la madrugada casi todos se habían ido a dormir. Solo quedaban despiertos Javi, Rodrigo, Mario y Alexandra, quien había dicho que ya se iba a dormir. Los otros tres dijeron que también estaban cansados así que todos recogieron lo que había quedado desordenado y se fueron hacia sus habitaciones. Sin embargo, cuando Alex estaba a punto de abrir su puerta, Javi la tomó del brazo.

—¿Podemos terminar nuestra conversación?- Le preguntó. Ella, de pronto, sintió que la embargaban unas incontrolables ganas de llorar. Se tapó el rostro con las manos y él la abrazó. Ella se resistió al principio pero luego lo abrazó con fuerza. Él la llevó de la mano hacia el jardín que daba a la piscina y se sentaron frente a ella en silencio. Fue Alex quien lo rompió.

—Siempre lo has sabido, ¿no es cierto?- Le preguntó.

—Nunca he estado seguro de nada cuando se trata de ti, hasta ahora.- Respondió.

—¿De qué es exactamente de lo que estás seguro ahora?-

—De que quiero... De que necesito estar contigo y solo contigo. No puedo rendirme sin intentarlo, Alex. Toda mi lógica dice que tú no estás interesada, que tú estás bien con Samuel pero...- Dijo y se detuvo de pronto.

—Pero... Es exactamente ese pero el que no me ha dejado dormir bien todo este tiempo.- Dijo ella y él se echó a reír.

—Aún no me lo creo, aún no lo creía hasta hace un segundo. Alex, Samuel lo sabe.-

—¿De qué estás hablando?- Preguntó ella, ansiosa.

—Es mi hermano, jamás podría engañarlo de esa manera. Él es el primero a quien le dije lo que sentía por ti, y ¿sabes qué me dijo?- Preguntó. Alex no estaba segura de querer escuchar la respuesta, pero preguntó de todas maneras.

—¿Qué te dijo?-

— Que había estado esperando ese momento desde hacía tiempo. Me dijo que te lo dijera, Alex.- Le dijo con los ojos brillantes. Ella no podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Qué hay de Ana?- Preguntó ella.

—Ana estará bien, no me ama y yo no la amo a ella. Simplemente nos llevamos bien. Ninguno sufrirá por el otro si nos tenemos que dejar de ver.- Dijo él con seriedad. -Sé que suena rudo pero es la verdad.-

—Esto es una locura, tú... Yo no sé... ¿Qué es lo que pretendes? ¿Qué se supone que debería pasar ahora? ¿Cómo te imaginaste este momento cuando

planeaste en decírmelo? Esto no es una película romántica...- Javi la interrumpió con un beso. Cuando él tocó sus labios con los de él, Alex supo que no tendría otra opción que dejarse llevar, supo que toda la espera había valido la pena, y que los sentimientos heridos de los demás tendrían que curarse. Lo que estaba sintiendo mientras lo besaba no se parecía a nada que hubiese sentido antes y no se dio cuenta de que le estaba quitando la franela a Javi hasta que ya estaba tirada en el suelo. Se desnudaron casi sin despegar los labios el uno del otro, se metieron en la piscina e hicieron el amor como si no existiese nada más en el mundo que no fuesen ellos dos.

—Por si no te había quedado claro, te amo.- Le dijo Javi a Alex cuando estaban vistiéndose aún mojados a la orilla de la piscina.

—¿Qué? No entendí bien, creo que no lo tengo muy claro, ¿podrías repetirlo?- Le dijo ella y se echó a reír. -Te amo, Javi.-

UNAS PALABRAS FINALES

Espero que hayas disfrutado de mi novela así como yo disfrute escribiéndola para ti mi querida lectora, pero esto no termina aquí, me gustaría saber tu opinión y también que me puedas ayudar dejando una review en el libro en el siguiente enlace:

[¡Sí, quiero ayudarte con mi opinión sobre el libro!](#)

Las reviews positivas me ayudan a mejorar y a seguir dedicándome a la escritura la cual es mi pasión desde muy pequeña.

También puedes inscribirte a mi club de lectores más íntimos, donde comparto promociones, descuentos de mis libros y también puedes inscribirte para recibir copias de las novelas antes de que sean publicadas en Amazon.

[Inscríbeme a tu lista de lectores VIP](#)

Por último, siéntete libre de contactarme a **oliviasaint.autora@gmail.com**

